



# NERO WOLFE

REX STOUT



DEMASIADAS MUJERES

**Rex Todhunter**  
**Stout**

**Demasiadas**  
**mujeres**

*(Too Many Women)*

# GUÍA DEL LECTOR

*En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:*

BENDINI (Rosa): Empleada de la firma Naylor-Kerr.

BRENNER (Fritz): Cocinero y mayordomo de Nero Wolfe.

COHEN (Lon): Periodista, muy

amigo de Goodwin.

CRAMER: Inspector de policía.

GOODWIN (Archie): Brazo derecho y colaborador de Nero Wolfe.

HAROLD (Anthony): Agente de Cambio y Bolsa, esposo de Rosa Bendini.

NAYLOR (George): Presidente de la Directiva de la citada firma.

NAYLOR (Kerr): Alto empleado de la misma y cuñado del gerente.

PANZER (Saúl): Investigador privado.

PINE (Cecily): Esposa del gerente de la firma citada.

PINE (Jasper): Marido de la anterior.

WALDO WILMOT MOORE:

Empleado de esa firma, asesinado.

WOLFE (Nero): Conocido detective norteamericano.

DICKERSON, GWYNNE FERRIS,  
LIVSEY (Hester), ROSEMBAUM,  
HOFF (Summer): Todos ellos  
empleados destacados de la firma  
citada.

# CAPÍTULO PRIMERO

Era el mismo galimatías de siempre. A veces, se me antojaba divertido; otras, me aburría soberanamente y, en no pocas ocasiones, producían un profundo malestar, particularmente cuando estaba hasta la coronilla de Wolfe, con el consiguiente menoscabo de nuestra sociedad.

Esta vez la cosa resultó muy graciosa al principio, pero luego tomó

un sesgo lamentable. El señor Jasper Pine, presidente de la Compañía Naylor-Kerr, en 914, William Street, o sea en un sector donde un edificio de treinta pisos semeja una cabaña, deseaba que Nero Wolfe pasara a verle para discutir cierto asunto. Yo le expliqué pacientemente que Wolfe era demasiado perezoso, demasiado grandote y gordote y, sobre todo, demasiado talentado para rebajarse a visitar a nadie. Cuando el señor Pine volvió a telefonar, a primera hora de la tarde, insistió en hablar con Wolfe personalmente, y Wolfe atendió la llamada sucintamente, en tono áspero y categórico. Una hora después,

aprovechando la circunstancia de que Wolfe había subido a ver sus plantas, simplemente para pasar el rato, marqué el número de la Compañía Naylor-Kerr, y, tras conseguir que me pusieran al habla con el señor Pine, le pregunté por qué no acudía a vernos. El hombre espetó que estaba demasiado ocupado para ello y luego, intrigado, inquirió:

—¿Quién es usted?

Yo le respondí que era Archie Goodwin, el corazón, hígado, pulmones y molleja de la empresa de investigación privada de Nero Wolfe, quien, por su parte, limitábase a ser el cerebro de la misma. Entonces, mi interlocutor preguntome sarcásticamente si yo era



también un genio como mi jefe, a lo cual repliqué que no llegaba a tanto y que me consideraba relativamente humano.

—Si usted quiere, puedo ir a verle ahora mismo —propuse.

—No —repuso el otro, mostrándose brusco pero en modo alguno descortés—. Hoy tengo todas las horas comprometidas. Venga usted mañana por la mañana a las diez, o mejor a las diez y cuarto.

# CAPÍTULO II

Aquellas minas de rendimiento erigidas en el sector de Wall Street, de ciento ochenta y cinco metros de altura, como mínimo, se alquilaban por todo, desde diminutos apartamentos de una sola habitación hasta diez enormes pisos. Aunque el nombre de Naylor-Kerr me sonaba vagamente, no me resultaba familiar, y arqueé las cejas cuando supe, a través de la conserjería, que la citada pagaba el alquiler de tres pisos completos. Las oficinas del

gerente estaban en el piso treinta y seis, y allí me dirigí, en el ascensor. Era un ambiente de gruesas alfombras, paneles de madera y salas espaciosas, pero en lo tocante a la encargada de atender al personal, forzoso es reconocer que, aunque no vieja, tampoco era ninguna jovencita, por haber alcanzado ya aquella edad en que es más propio recibir que dar.

La mujer atendiome a las diez y catorce minutos y, a las diecinueve me acompañó por un pasillo hasta el despacho del presidente. Naturalmente, el hombre tenía una habitación situada en un ángulo del edificio provista de grandes ventanales, pero tuve que

admitir que, a pesar de los consabidos paneles, alfombras y el tipo de mobiliario de oficina que se ve en los escaparates de la Casa Sloane, la sala daba la impresión de un lugar donde se trabaja de verdad.

El señor Jasper Pine tenía más o menos la misma edad que la secretaria, esto es, alrededor de los cincuenta, pero él los llevaba mejor. A excepción de su traje, evidentemente hecho a la medida a juzgar por el corte de los hombros de la americana, el hombre tenía más aspecto de capataz o de jefe de personal que de gerente de una gran Compañía. En medio de la estancia, me estrechó la mano, dando muestras de ser también una

persona relativamente humana, y, en vez de atrincherarse tras su escritorio, eligió para la entrevista un par de confortables sillones instalados entre dos ventanas.

—Tengo la mañana un poco ocupada —me dijo con una voz lo suficientemente sonora y profunda para alcanzar el Central Park si su poseedor se lo proponía.

Yo intentaba calibrarle, preguntándome si se trataría de algún misterioso desfalco, tarea que no estaba, ni mucho menos, a nuestra altura, o de una simple vigilancia de costilla, lo cual tampoco era faena adecuada para un Nero Wolfe. El hombre habíase negado a especificar la índole de la cuestión por

teléfono.

—De modo que se lo expondré en dos palabras —prosiguió el presidente—. Recientemente, al examinar unos informes, observé que nuestro movimiento de empleados aquí, en la oficina central, reservada al personal técnico, excedía del veinticinco por ciento en el año mil novecientos cuarenta y seis. Como la cosa me pareció excesiva, decidí indagarla. A tal efecto, mandé redactar un formulario y sacar dos mil copias de él, tras lo cual envié una porción de ellas a todos los jefes de departamento, con instrucciones de llenar una por cada persona que hubiese abandonado su empleo en

nuestra empresa durante mil novecientos cuarenta y seis. Dichos formularios debían serme devueltos directamente a mí. Aquí está uno de los enviados por el jefe del almacén. Y tendiéndome un papel, instó:

—Échele una ojeada. Léalo de cabo a rabo.

Era una hoja suelta, del tamaño de una carta, con una pulcra labor de multigrafía a un lado. La encabezaban estas palabras:

DEVOLVEDLA AL DESPACHO  
DEL PRESIDENTE ANTES DEL DIEZ  
DE MARZO

Los espacios en blanco aparecían mecanografiados. En primer lugar figuraba el nombre del ex empleado, que en este caso era Waldo Wilmot Moore. Edad: 30. Soltero. Domicilio: Hotel Churchill. Comenzó a prestar sus servicios en la casa el 8 de abril, 1946. Colocado a través de: Solicitó el empleo personalmente. Ocupación: Verificador de correspondencia. Sueldo: 110 dólares semanales. Aumento de sueldo: A 150 dólares semanales el 30 de septiembre de 1946. Cese: el 5 de diciembre de 1946.

En otros espacios constaban más detalles referentes a su eficiencia en el empleo, a sus relaciones con los demás



empleados y seis inmediatos superiores, etc., y luego, al pie del informe, figuraba la que, sin duda, constituía la pregunta clave: Razón por cesar en el empleo (dad detalles). Tras, la pregunta, seguían unos ocho centímetros en blanco, o sea el espacio suficiente para detallar, pero respecto a Waldo Wilmot Moore sólo habíase juzgado necesario mecanografiar una palabra, y ésta era:

*Asesinado.*

# CAPÍTULO III

De modo que, al parecer, no se trataba de un desfalco.

—Tuvo usted una magnífica idea — celebré entusiásticamente, mirando a Jasper Fine—. Esos informes le mostrarán dónde están los puntos débiles, y podrá usted tomar medidas en consecuencia. Claro está que el caso de Moore fue probablemente una excepción. No creo que muchos de los que formaban ese veintiocho por ciento fuesen asesinados. A propósito, estoy al

corriente de los crímenes que se cometen por razones profesionales, pero no recuerdo éste en particular. ¿Ocurrió en esta localidad?

—Moore fue atropellado por un coche —replicó Pine, meneando la cabeza—. La cosa sucedió aquí en Nueva York, en la parte alta de la ciudad, y el conductor se dio a la fuga. Creo que el delito se llama homicidio casual, distinto del asesinato, que requiere premeditación. No soy abogado, pero consulté el caso cuando vi esto en este informe.

Y esbozando un ademán de impaciencia, agregó:

—El autor del atropello no pudo ser

localizado. Quiero que Nero Wolfe averigüe si la suposición de que fue un asesinato tiene algún fundamento.

—¿Se trata de simple curiosidad?

—No. Interpelé al jefe del almacén, esto es, a la persona que hizo ese informe, porque no me pareció bien tener en nuestros archivos un documento con la declaración de que uno de nuestros empleados había sido asesinado, a menos que la cosa sea exacta. Además, me interesaba saber qué razón tenía para hacer semejante declaración. Pero él negose a dar explicaciones. Convino con mi definición de asesinato y homicidio casual, pero negose a modificar el

informe o a redactar otro valiéndose de otra palabra o frase, insistiendo en que el informe está bien como está. Negose a enmendarlo y negose a discutir la cuestión.

—¡Cáspita! —exclamé, sorprendido—. No cabe duda que ese señor batió un récord. ¿Es posible que un simple jefe de departamento se atreviera a formular cuatro negativas al presidente de una Compañía? ¿Quién es ese individuo? ¿El señor Naylor o el señor Kerr?

—Se llama Kerr Naylor.

Por un momento, pensé que mi interlocutor bromeaba para secundar mi ironía, pero la expresión de su rostro convencíome de lo contrario. El hombre

tomábase tiempo para encender un cigarrillo, y saltaba a la vista que se valía de aquella pequeña maniobra para disimular su turbación. Porque era evidente que el presidente estaba realmente turbado.

Tras despedir una gran bocanada de humo, tosió ruidosamente y expresose en estos términos:

—Kerr Naylor es el hijo de uno de los fundadores de este negocio. Le impusieron el nombre de Kerr en honor del otro fundador. Su carrera ha sido muy... muy varia. Además, es hermano de mi mujer. Dirige una gran sección del almacén de la Compañía, pero ésta ya no le pertenece porque vendió su parte.

Se niega a ser miembro activo de la sociedad y se niega a formar parte de la Junta Directiva.

—Total, que es un verdadero especialista en el arte de decir que no, ¿eh?

Pine hizo un nuevo ademán de impaciencia, esta vez con una leve sacudida de la mano, que resultó brusco mas no autoritario.

—Corno puede usted ver — prosiguió—, la situación es bastante comprometida. Después de la negativa del señor Naylor a justificar el informe o a enmendarlo, me sentí inclinado a echar tierra al asunto y destruir el informe, pero hablé del caso con dos de

mis colegas de gerencia y con un miembro de la Junta, y todos fueron de la opinión de que era preferible aclarar el asunto. Por otra parte, entre los empleados del departamento ha corrido la voz de la existencia de tal informe y de la palabreja que en él figuraba, probablemente a través de la persona que lo mecanografió, y la cosa ha derivado en toda clase de habladurías. Moore era una de esas personas que se prestan a ser objeto de chismografías en el ambiente que las rodea, y ahora, casi cuatro meses después de su muerte, vuelve a suscitarlas. Esto no nos gusta y queremos atajarlo.

—Vamos a ver. Antes ha dicho usted



que deseaba que el señor Wolfe averiguase si existía algún fundamento para emplear la palabra «asesinado». Ahora quiere poner fin a los comentarios. Será mejor que escoja usted entre las dos cosas.

—Las dos vienen a ser lo mismo, ¿verdad?

—Pues no del todo. Si averiguamos que el hombre fue asesinado y nuestro descubrimiento trasciende, se multiplicarán las habladurías de un modo alarmante, aparte de otros posibles resultados negativos.

Pine echó una rápida ojeada a su reloj de pulsera y, apagando su pitillo en un cenicero, se puso en pie.

—¡Maldita sea! —masculló, sin levantar la voz—. Para colmo, el hecho de que fuese el señor Kerr Naylor el firmante de ese informe complica aún más la situación. ¡Todo esto es un terrible fastidio y me roba una porción de horas que debiera pasar trabajando! Su padre, el viejo George Naylor, vive todavía y es el presidente de la Junta, a pesar de que cedió su parte a sus hijos hace muchos años. Esta es la Compañía más antigua y más grande en su género, quizá la más grande del mundo, y no sólo goza de tradición sino de una gran reputación. Lo malo es que también se ha creado... ciertas complicaciones. Los directores y administradores al frente de

sus asuntos, entre los cuales me cuento yo, queremos indagar esta cuestión, y personalmente deseo encargar a Nero Wolfe que lleve a cabo la investigación.

—¿Y está de acuerdo la Compañía?

—¡Completamente de acuerdo!

—¿Y qué quieren ustedes que haga mi jefe? Aguarde un momento. Vamos a ver si acierto a expresar sus deseos. Nuestra tarea deberá consistir en ratificar la palabra que figura en ese informe, o bien en obligar a ese señor Kerr Naylor a tragársela, ¿no es eso?

—En líneas generales, sí.

—¿Obtendremos credenciales para merodear por aquí?

—Dispondrán ustedes de toda la

cooperación requerida. Concertarán los detalles conmigo. La cosa debe ser llevada con la máxima discreción... y delicadeza. Creo que lo mejor sería que Nero Wolfe obtuviese un empleo en el almacén, bajo otro nombre, por supuesto. De este modo podría... ¿Pero qué le pasa a usted?

—Nada. Discúlpeme.

Lo cierto es que yo acababa de levantarme de mi sillón. La idea de Wolfe abriéndose paso cada mañana entre la multitud para llegar a la William Street (o incluso dirigiéndose a ella en un coche conducido por mí), y de que, una vez allí, tuviera que registrar su llegada en un reloj de control y trabajar

todo el día en el almacén, era demasiado disparatada para la conservación de mi control facial.

—De acuerdo —murmuré—. Creo que sé lo suficiente para exponérselo al señor Wolfe. Excepto la cuestión monetaria. Debo advertirle, señor Pine, que sus honorarios no han contribuido a la inflación de la postguerra porque antes eran tan elevados ya, que un aumento habría resultado francamente vulgar.

—Esta Compañía sabe que lo bueno hay que pagarlo. Yo le contesté que, en tal caso, no había inconveniente y, tomando mi abrigo y mi sombrero, me despedí.



# CAPÍTULO IV

Entre Wolfe y yo reinaba una gran frialdad. Estos períodos de frigidez alcanzaban un promedio de cuatro días semanales, esto es, de doscientos días al año. El que al presente nos afecta ofrecía dos aspectos distintos: por una parte, obedecía a mi natural deseo de que Wolfe se comprase un coche nuevo, contrario a su obstinada determinación de esperar otro año, por otra, a su intención de comprar una máquina de escribir silenciosa, contraria a mi

preferencia por la que poseíamos. Por si fuera poco, daba la coincidencia de que, a la sazón, flotaban otras frialdades en el ambiente de la vieja casa de piedra oscura, en la Calle 35 del oeste de la ciudad, a poca distancia del río Hudson, propiedad de mi jefe y usada indistintamente por éste como residencia y oficina. Habitábamos en ella cuatro personas, incluyéndole a él, y nuestras mutuas relaciones solían enfriarse temporalmente. Por consejo de algún amigo, a Wolfe habíale dado la manía de condimentar el estofado de almejas con hojas de albahaca, con gran descontento por parte de Fritz Brenner, cocinero y encargado del cuidado de la casa. Por



otro lado, un sujeto de New Hampshire, agradecido a Wolfe por algún favor recibido de éste, le había mandado un obsequio consistente en tres plantas de una nueva begonia llamada «Frambuesa Negra», que Wolfe apresuróse a instalar holgadamente en una fresca habitación de arriba, con lo cual Theodor Horstman, el jardinero, en cuya opinión todo lo que crecía, excepto las orquídeas, eran hierbajos, tenía ya un buen motivo para estar atado.

Total que el ambiente reinante en la casa podía calificarse de ártico, y mientras, bajaba en el ascensor después de mi entrevista con Pine, se me ocurrió la idea de que aquel asunto Naylor-Kerr

o Kerr Naylor o Pine-Kerr Naylor podría servir de excelente pretexto para huir unos días de la citada frigidez. ¿Por qué no podía ser yo el que obtuviese el empleo en el departamento del almacén? Tomando un taxi ante las propias barbas de otros dos presuntos clientes, reflexioné sobre el caso. Ninguna ocupación elegida al azar entre las vacantes se me antojaba práctica. Una breve conversación amistosa con el mozo del ascensor habíame puesto en antecedentes de que en la Compañía Naylor-Kerr se dedicaba a la venta de material y accesorios de ingeniería, campo en el que yo era absolutamente profano. Lo cierto era que el posible

empleo debía permitirme vagar por el lugar y rozarme con los trabajadores. De lo contrario, la cosa llevaría meses, y a mí no me interesaba perder el tiempo. Resultaría difícil convencer a Wolfe de que me dejase hacer la prueba durante una semana, porque me necesitaba a todas horas y a veces, en todo momento, para todo lo imaginable, desde abrir la correspondencia hasta poner de patitas en la calle a clientes inoportunos o, si era preciso, dispararles un tiro sin contemplaciones.

La idea me gustó y como no me interesaba permanecer en la ignorancia cuando andaba por medio algo que olía a crimen, dije al taxista que había

cambiado de parecer y le rogué que me llevase a la Brigada de Homicidios, en la Calle 20 del oeste de Nueva York. Allí tuve la suerte de encontrar a Purley Stebbins, mi sargento favorito, que cortésmente atendió a mi petición, limitándose a soltar tres o cuatro refunfuños. Una llamada telefónica a un sargento colega en el centro de la ciudad aportó la información de que la muerte de Waldo Wilmot Moore había acaecido alrededor de medianoche del 4 de diciembre. El cadáver fue descubierto por un matrimonio en la Calle 33, a unos treinta y siete metros al este de la Undécima avenida. La mujer telefoneó mientras el hombre permanecía de

guardia, y a la una diecinueve de la madrugada del 5 de diciembre llegó al lugar del hecho un coche de policía. Moore tenía la cabeza aplastada y las piernas rotas. El auto causante de su atropello fue hallado a la mañana siguiente, aparcado en la Calle 95 del oeste, cerca de Broadway. Había sido robado la noche anterior del lugar donde se hallaba estacionado, en la Calle 54 oeste. Tras minuciosas investigaciones, llegose a la conclusión de que su propietario no tenía nada que ver con el asunto. La policía no encontró ningún testigo del accidente, pero el informe del forense, amén del examen de varias partículas adheridas a los neumáticos y

al guardabarros del coche robado, en el laboratorio, satisficieron a todo el mundo en lo tocante a lo sucedido. El caso fue archivado como un atropello corriente con fuga de su autor y seguía abierto. Después de la llamada telefónica, Purley desapareció por una puerta y a los dos minutos volvió diciendo que la Brigada de Homicidios continuaba trabajando en el caso.

—Sí, ya me lo figuro —comenté, sonriendo al sargento—. Entrevistas, pistas insignificantes sometidas a riguroso escrutinio, diez de sus mejores hombres revolviendo cielo y tierra para dar con el culpable...

Ante mi ironía, Purley, considerando

que ya había satisfecho cumplidamente mi deseo, espetó con sorna:

—¿Y por qué no hace usted todo eso en mi lugar? Ahora desembuche. ¿Quién es su cliente?

Yo me salí por la tangente, meneando la cabeza.

—Ya sé de dónde se ha sacado usted esa voz de regadera, amigo. Sin duda su madre tenía antojo de un rallador de nueces moscadas cuando esperaba traerle a usted al mundo... Bien, pongamos que se trate de una Compañía de Seguros.

—¡Naranjas de la China! Ninguna Compañía de Seguros se prestaría a pagar los precios de Nero Wolfe. ¿Quién

ha sido el primo?

—Por ahora, no puedo decir nada. —repuse levantándome—. Alguien tuvo un sueño, eso es todo. Si podemos hincar el diente en algo positivo, ya procuraremos darle a usted un bocado. De momento, muchas gracias... y mis afectuosos recuerdos para su jefe.

Pero el caso es que tuve ocasión de dárselos personalmente, pues, en el momento de salir yo del cuartel, entraba por la puerta principal el propio inspector Cramer, caminando a grandes zancadas, con precipitación y aire pensativo.

Al verme, se detuvo en seco preguntándome:



—¿Qué desea usted?

—Pues veré, señor —contesté con voz suplicante—. He pensado que, con mi experiencia, si dispone usted de algún puesto vacante, me encantaría empezar de patrullero y ganarme los galones poco a poco...

—Es usted payaso de nacimiento —repuso el inspector, sonriendo—. ¿Se trata del caso Meredith? ¿Ha metido Wolfe las narices en el asunto...?

—Nada de eso, señor. Mi jefe hubiera considerado muy impertinente semejante actitud. Como dijo ayer tarde, si el señor Cramer se enterase...

El inspector prosiguió su camino. Yo lancé una mirada reprobatoria a su

ancha y viril espalda, y acto seguido me dirigí a la calle.

# CAPÍTULO V

Sentado ante el escritorio del despacho, colgué el receptor telefónico y dije a Nero Wolfe:

—El Banco asegura que Naylor-Kerr tiene un crédito de veinte millones.

Wolfe, instalado tras su propio escritorio, exhaló un suspiro y, una vez más, encerrose en su silencio. Yo le había expuesto la historia completa, seca y sucintamente, sin entrar en detalles ni aderezarla con comentarios, a causa de la frialdad previamente

mencionada. Como era de esperar, su primera reacción fue rechazar el caso, pues siempre se rebela contra la perspectiva de tener que utilizar la materia gris, pero me dije que, a buen seguro, no me vería obligado a gastar mucha saliva para convencerle, porque la cosa prometía copioso dinero contante y sonante para el cual nosotros no tardaríamos en encontrar una buena aplicación.

Al oírle suspirar de nuevo, aventuré, procurando conservar mi seco tono de voz:

—Supongo que lo más socorrido es pensar que el propio Pine mató a Waldo Wilmot Moore y que ahora intenta

guardar las apariencias. Nosotros estarnos en ayunas, pero es posible que no a todo el mundo le ocurra otro tanto. Su sugestión de que acepte usted un empleo en el almacén bajo otro nombre indica que el hombre ha reflexionado mucho sobre el problema. Podría usted llamarse Clarence Camembert, por ejemplo, o Percy Pickerel<sup>[1]</sup>. Si le dan demasiado que hacer, podría usted traerse el trabajo acá y yo le ayudaría con mil amores. Lo mejor sería que le pagaran a usted de acuerdo con su peso, pongamos a dólar por libra, semanalmente. Dado su peso actual, rayano en las trescientas cuarenta libras, la cosa equivaldría a un sueldo anual

de...

—Archie. Toma tu libro de anotaciones.

—Sí, señor —asentí, buscando la primera hoja en blanco.

—Una carta al señor Pine, presidente de..., etcétera, etcétera. El señor Goodwin me ha informado de su conversación con usted en la mañana de hoy. Acepto la tarea de investigar a favor de su Compañía, la muerte de su antiguo empleado, Waldo Wilmot Moore. Se entiende que el fin de la investigación es establecer, con pruebas satisfactorias, la forma en que ocurrió su muerte: si por accidente o por propósito deliberado de una persona o personas.

Entiendo que la tarea no incluye la revelación de la identidad del asesino (si de asesinato se tratase) ni la presentación de pruebas de culpabilidad. Caso que desearan ustedes dicha inclusión, sírvanse comunicármelo. Punto y aparte.

»El sistema prometedor de más rápidos resultados creo sería que inscribiese usted al señor Goodwin en la nómina de la Compañía en calidad de experto en personal. Puede usted explicar su presencia, sin dar lugar a sospechas, presentándolo como parte de su campaña para reducir el movimiento de empleados. De este modo, el señor Goodwin podrá pasar el día allí,

moviéndose libremente y conversando con quien sea, sin originar comentarios ni arreciar las habladurías que usted tanto deplora. Sugiero que le asigne usted un sueldo de doscientos dólares semanales. Punto y aparte.

»Mis honorarios serán, naturalmente, determinados por el tiempo empleado en el caso y por la cantidad y calidad de trabajo requerido. No damos ninguna garantía. Tampoco es necesario anticipo alguno, a menos que lo prefieran ustedes, en cuyo caso el cheque debería ascender a dos mil dólares.

«Sinceramente...

Wolfe, que por lo regular solía enderezarse un poco mientras dictaba,



volvió a recostarse en su silla.

—Después de almorzar, puedes ir a entregarle esa nota.

Si antes estaba frío, al presente me había convertido en un ventisquero.

—¿Y por qué tengo que almorzar? —inquirí—. ¿Por qué tengo que comer?

—¿Por qué no? —exclamó el otro, mirándome, asombrado—. ¿Qué te pasa?

—Nada. Absolutamente nada. Pero a mí me gusta terminar lo que empiezo, y es posible que esto requiera semanas. Hay uno o dos asuntillos pendientes por aquí, y, además, existe la posibilidad de que eche usted de menos mi presencia cuando se le ocurra telefonarme,

llamarme o sermonearme, según suele usted hacer un promedio de diez veces por hora. ¿O no será que intenta usted sustituirme?

—Archie —murmuró, como siempre que acusaba los peores estados de mal humor—. Estoy de acuerdo con la persona que dijo, en este momento no recuerdo su nombre, que ningún nombre es indispensable. A propósito, ¿has reparado en que he sugerido el mismo sueldo que yo te pago? Puedes elegir entre darme cheques a mí para ingresarlos en el Banco, y cobrar mis cheques semanales como de costumbre, o quedarte con los cheques de Naylor-Kerr como sueldo. Lo que te resulte más

cómodo para tus cuentas.

—Muchísimas gracias —mascullé, sin hacer la menor tentativa de proseguir la conversación.

Su deliberado empleo del plural, cheques, en rogar de cheque, por tres veces consecutivas, logró, por tanto, el efecto deseado. Tomé papel y una hoja de papel carbón y, tras acoplarlos, empecé a escribir a máquina de modo que no cupiese la menor duda respecto a su calidad de ruidosa.

Frialdad.

# CAPÍTULO VI

Entré a trabajar con carácter de experto en personal en la Compañía Naylor-Kerr, al día siguiente, miércoles 19 de marzo por la mañana, o sea el penúltimo día de invierno.

Sabía justamente lo que me había dicho Pine en el curso de mi primera visita. Ni una palabra más. El martes a primera hora de la tarde, al llevarle la carta de Wolfe, no tuvo inconveniente en que le formulara preguntas, pero él, por su parte, no pudo darme muchas

respuestas. Le gustó la idea de Wolfe respecto al sistema adoptado y demostró ser un buen director por su diligencia en obrar. Claro está que esto a él le resultaba muy sencillo. Todo cuanto tuvo que hacer fue llamar a un vicepresidente subalterno, presentarme, ponerle al corriente de mi presunta identidad, y darle instrucciones de incluirme en la nómina y de presentarme personalmente a todos los jefes de departamento. Esto fue llevado a cabo el mismo martes por la tarde, y las presentaciones tuvieron efecto en el despacho del vicepresidente, lugar donde fueron requeridos los jefes de departamento. Durante la entrevista, tuve la

oportunidad de advertirles que, tras previa consulta de los informes y expedientes, consideraba oportuno iniciar mi tarea en el departamento del almacén.

Total que el miércoles por la mañana empecé a trabajar en la sección instalada en el piso treinta y cuatro. Lo cierto es que me deparó una sorpresa. Habíame figurado que el departamento sería algo parecido a un enorme almacén de ferretería, con hileras de estantes hasta el techo conteniendo muestras de material para puentes con los respectivos accesorios. Pero me equivocaba. Tratábase de una enorme estancia del tamaño del Yankee Stadium,

con centenares de escritorios y muchachas sentadas ante ellos. A ambos lados de este espacio, todo a lo largo del mismo, había una serie de despachos independientes entre sí, unos con la puerta cerrada y otros con la puerta abierta. No aparecía ningún género almacenado a la vista.

Desde el primer momento, me gustó el empleo. ¡Cuántas muchachas! A ellas las pagaban para estar allí, y a mí me pagaban para moverme libremente entre ellas y charlar con la que me viniese en gana, según constaba en mi contrato. A buen seguro, a los dos años de estar allí y contemplarlas de cerca, habría echado de ver sus defectos, perfiles, cutis,

voces y grados de inteligencia, pero desde donde me hallaba aquel miércoles a las nueve cincuenta y dos minutos de la mañana el espectáculo por ellas ofrecido bastaba para cortarle a uno la respiración. Al menos había medio millar de ellas, y, en conjunto, aparecían todas pulcras, jóvenes, sanas, cordiales, dinámicas, bonitas y diligentes. Yo me llené los ojos de aquel océano de belleza, tratando de aparecer indiferente.

Muy cerca de mí, una voz murmuró:

—Dudo mucho que haya ninguna como es debido en la sala. ¿Quiere usted venir a mi despacho...?

Era Kerr Naylor, el jefe del



departamento. Me hacía personado ante él a mi llegada, según lo convenido, y él procedió a presentarme a cosa de una docena de sus ayudantes, jefes de sección. Excepto dos, todos eran hombres. Uno de los que captaron especialmente mi interés fue el jefe de la Sección de Comprobación de Correspondencia, pues Waldo Wilmot Moore había sido verificador de correspondencia, pero procuré no prestarle más atención de la debida en aquel primer momento. Se llamaba Dickerson. Podría haber sido mi abuelo y tenía los ojos lacrimosos. De nuestra breve conversación colegí que la función de un verificador de

correspondencia consistía en merodear por la oficina general y de vez en cuando tornar una carta para llevarla a su despacho particular y comprobar su contenido, tono, tacto, estilo y presentación. De donde resultaba que seguramente su popularidad en el lugar debía de ser, poco más o menos, la de un policía militar en el Ejército, lo cual no mejoraba en nada las cosas. Es más, cabía la posibilidad de que a cualquier redactor de cartas o estenógrafo le hubiesen entrado deseos de asesinar a Moore, con inclusión de los que habían perdido el empleo... y el movimiento de personal había alcanzado un veintiocho por ciento. Aquel oficio de andar

buscando una aguja en un pajar, no se me antojaba excesivamente agradable, pero, como he sugerido antes, tenía sus compensaciones.

El despacho de Kerr Naylor hallábase también instalado en una habitación dispuesta en un ángulo del edificio, pero ésta era considerablemente más modesta, en todos los aspectos, que la del presidente, dos pisos más arriba. Toda una pared aparecía revestida hasta el techo de archivadores, y había montones de papeles sobre las mesas e incluso en dos sillas. Una vez sentados ambos, él tras su escritorio y yo a un extremo de éste, le pregunté:

—¿Por qué se niega usted a emplear chicas como Dios manda?

—¿Cómo dice? —exclamó Naylor, asombrado.

Luego, cayendo en la cuenta, añadió con un cloqueo:

—¡Ah, si! Bien, la cosa ha sido un simple comentario. No, señor Truett, esta oficina no tiene ninguna prevención contra las buenas chicas. Lo que pasa es que dudo que haya ninguna que merezca ese nombre... Vamos a ver, ¿por dónde desea usted empezar?

Su voz convenía perfectamente a su aspecto físico. Era la propia de un tenor lírico y aunque su poseedor no tenía nada de pigmeo, saltaba a la vista que

andaba mal de talla y de pigmento. Su tez era absolutamente incolora hasta el punto de que lo único que hacía sospechar la existencia de un ser vivo bajo ella eran los ojos. También éstos pecaban de color, pero despedían un inquieto y agudo destello no ya superficial, sino procedente de lo más profundo de su ser.

—Creo que este primer día —respondí— me limitaré a observar al personal para orientarme. ¿Conque ninguna buena chica, eh? ¿Quién ha elegido esas flores? Puede usted llamarme Pete, si lo desea. Todo el mundo lo prefiere.

El nombre escogido para

presentarme al lugar era el de Peter Truett, acaso porque me gustaba la significación de la primera sílaba del apellido<sup>[2]</sup>. Pine me había aconsejado prescindir del mío propio, Archie Goodwin, por temor a que a alguien le resultase familiar. Si insistí en el tema de la presunta veleidad de las empleadas fue para ver los puntos que calzaba el pájaro con quien me las había. Pero, al parecer, todo habíase limitado a una broma porque en lugar de mostrarse interesado en la cuestión, como suele suceder a los hombres que pasan de los cincuenta, Naylor la pasó por alto diciendo:

—Tengo entendido que va usted a

estudiar todo el problema del personal, abarcando el pasado, el presente y el futuro. Si desea usted empezar con un caso determinado y utilizarlo como punto de partida, sugiero el nombre de Waldo Wilmot Moore. Trabajó con nosotros el año pasado, desde el ocho de abril al cuatro de diciembre, como verificador de correspondencia. Fue asesinado.

El destello de sus ojos apartose de mí un instante. Luego volvió a posarse en mi rostro. A pesar de su insistente mirada, logré dominar la expresión del semblante, pero como es perfectamente natural que todo el mundo traicione una pizca de interés al oír hablar de

asesínalos, me permití mostrar asombro.

—¡Cáscaras! —farfullé, arqueando las cejas—. Nadie me había dicho que la cosa hubiese ido tan lejos. ¿Asesinado? ¿Dónde, aquí?

—No, no fue en esta casa, sino en la calle Treinta y Nueve, por la noche. Fue atropellado por un coche. Quedó con la cabeza completamente aplastada.

El señor Naylor esbozó de nuevo una vaga sonrisa, si bien más que sonrisa parecía un tic nervioso.

—Fui uno de los requeridos para ir a identificarle al Depósito de cadáveres, y le aseguro que fue una extraña experiencia... como tratar de identificar un objeto que uno sólo ha visto en forma



redonda, por ejemplo una naranja, después de comprimido hasta formar dos superficies planas. Fue extremadamente interesante, pero por nada del mundo quisiera enfrentarme de nuevo con algo parecido.

—¿Pudo usted identificarle?

—¡Por supuesto! No cabe duda que era él.

—¿Por qué habla usted de un asesinato? ¿Echaron el guante al responsable y le endosaron la papeleta?

—No. Tengo entendido que la policía lo considera un accidente... lo que ellos llaman atropello y fuga de su autor.

—Entonces, técnicamente no fue un

asesinato.

Naylor me sonrió. Su pulcra y pequeña boca no estaba diseñada para esbozar dilatadas sonrisas, pero aquella mueca equivalía en verdad a una de ellas, aun cuando desapareció con la misma rapidez con que había asomado a flor de labios.

—Oiga usted, señor Truett —suspiró el hombre—. Puesto que hemos de trabajar juntos, debemos procurar entendernos mutuamente. Soy una persona muy perspicaz. Sin duda le sorprendería a usted saber cuánto sé de usted ya. Además, me ha gustado siempre aprender idiomas y, por ende, soy extraordinariamente meticulado en

la elección de las palabras. Detesto los eufemismos y circunloquios, y conozco todos los verbos, incluso los de los argots con significados equivalentes a «causar la muerte a una persona». ¿Qué dije que le había sucedido a ese tal Moore?

—Dijo usted que fue asesinado.

—De acuerdo. Eso es lo que quise significar.

—Perfectamente, señor Naylor, pero le advierto que a mí también me gustan las palabras.

Tenía la sensación de que, cualquiera que fuese el motivo que le impulsaba a espetarme aquello como el que lanza una pelota de béisbol, si yo

acertaba a pararla y devolvérsela, cabía la posibilidad de poner fin a aquel juego iniciado aquella primera mañana. En consecuencia, intenté la jugada y declaré, sonriéndole:

—Siempre he sido aficionado a las palabras. Solía sobresalir en gramática y alcancé el octavo grado. No es que quiera alardear, pero puesto que hablamos de palabras, le diré que cuando afirma usted que Moore fue asesinado, entiendo que el conductor del coche sabía que el transeúnte era Moore y, deseoso de matarle o cuando menos de herirle, lo embistió con el auto. ¿No es eso?

Naylor miró a lo alto de la pared

que se alzaba tras de mí. Mantuvo los ojos fijos allí, sin su peculiar destello por hallarse levantados, hasta que volví la cabeza para ver qué miraba. Era un simple reloj. Una vez satisfecha mi curiosidad, le miré nuevamente en el momento que su mirada descendía al nivel de la mía.

—Las diez y veinte —dijo el hombre dulcificando su resentido tono con una sonrisa—. Según mis informes, señor Truett, el señor Pine le ha contratado a usted para inspeccionar nuestros problemas de personal. ¿Qué cree usted que pensaría si supiese que está usted cómodamente sentado en este despacho, prolongando una discusión

sobre un asesinato que no tiene nada que ver con su cometido?

¡Vaya con el mocito! La única manera satisfactoria, de devolverle la pelota era cogerlo y convertirlo en un guiñapo. Sin embargo, dadas las circunstancias., no había más remedio que posponer aquella satisfacción. Así, pues, tuve que apechugar y tragar bilis.

—Sí, soy un charlatán —dije levantándome, con una sonrisa—. Ha sido usted muy amable de escucharme. ¿Por qué no me manda usted encerrar una hora? Reconozco que lo tengo bien merecido.

Y dicho esto, salí de la estancia. Si las «complicaciones» mencionadas por

Pine incluían el deseo, por parte de sus colegas de gerencia y suya propia, de atar una lata al rabo de Kerr Naylor, yo estaba dispuesto a secundarlo con mil amores. No cabía duda que era un tipo falso y mezquino. Habíame herido tan en lo vivo que, al salir de su despacho, fui directo a la sala general y, tomando un rumbo al azar a través del laberinto de escritorios, procedí a mirar en todas direcciones a las caras, hombros y brazos, hasta elegir una empleada con todo el aire de haber sido modelo de un gran modisto, y haber perdido su empleo por el mero hecho de intentar eclipsar a sus colegas.

Me senté en un ángulo de su

escritorio y ella levantó hacia mí sus claros ojos azules, realmente angelicales y hasta virginales.

—Me llamo Peter Truett —dije, inclinándome hacia ella—, y he sido contratado como experto en personal. Si su jefe de sección no le ha hablado de mí...

—Sí, lo ha hecho —repuso la joven, con una dulce y melodiosa voz de contralto, que por cierto, es mi favorita.

—En tal caso, tenga la bondad de decirme si ha oído usted hablar recientemente de un hombre llamado Moore, un tal Waldo Wilmot Moore. ¿Le conocía usted? Creo que trabajaba aquí.

—Lo siento en el alma —replicó la



muchacha meneando la cabeza y adoptando un tono si cabe más dulce que antes—, pero entré a trabajar aquí anteayer, y me marché el viernes. ¡Todo porque no sé deletrear ni escribir con buena ortografía!

Y mirándome con una mirada que fue directa a mi corazón, agregó:

—Oiga usted, señor Truman<sup>[3]</sup>, ¿sabe usted de algún empleo que no requiera conocimientos de ortografía?

No recuerdo exactamente cómo me las arreglé para salir del paso.

# CAPÍTULO VII

Habíanme asignado un despacho propio, cuyo tamaño hubiera resultado suficiente para un perdiguero irlandés, mas no para un perro danés. La sala hallábase aproximadamente en el centro de la hilera de despachos instalados a lo largo de la pared que daba a la parte alta de la ciudad. En ella había un pequeño escritorio muy cuco, tres sillas y un archivador cuya llave obraba en mi poder. Por lo visto, sólo había casas bajas al otro lado de la calle, porque

por la ventana dominábase una buena vista del East River, siempre y cuando uno acertase con la debida posición de través.

Me dirigí allí y tomé asiento.

Al parecer, había emprendido aquel asunto sin reflexionar lo suficiente en lo tocante a estrategia y táctica. De resultas de ello, tenía conciencia de haber metido la pata por dos veces en el curso de mi breve actuación. En primer lugar, al salirme Kerr Naylor con la inesperada historia de Moore y su asesinato, mi obligación hubiera sido encogerme de hombros como corresponde a un hombre despreocupado y sólo atento a sus

problemas personales. Y en segundo lugar, al ver que me pillaba desprevenido con sus malévolas observaciones, debiera haber pasado la cosa por alto en lugar de darme por aludido y prodigar el nombre de Moore a troche y moche. Era demasiado locuaz.

Por otra parte, no entraba en mis planes emplear una semana en asentarme como experto en personal. Fumé un par de cigarrillos, reflexionando sobre el caso, y luego abrí el archivador para sacar dos de las varias carpetas que yo mismo había metido allí. En una de ellas figuraba el marbete: DEPARTAMENTO DEL ALMACÉN — SECCIÓN DE ESTRUCTURAS METÁLICAS, y en la

otra:           DEPARTAMENTO           DEL  
ALMACÉN       —       SECCIÓN       DE  
VERIFICACIONES                    DE  
CORRESPONDENCIA. Con ambas  
carpetas bajo el brazo, salí a la oficina  
general y atravesando uno de los  
pasadizos principales llamé a la puerta  
de un despacho situado al otro lado de  
la sala. Al oír una voz invitándome a  
pasar, entré en la estancia.

—Discúlpeme       —me       excusé—.  
Siento interrumpirle.

El señor Rosenbaum, jefe de la  
Sección de Estructuras Metálicas, era un  
hombre maduro y calvo provisto de unas  
gafas con montura negra. Al verme, me  
hizo seña de que me adelantara.

—No se preocupe —dijo maquinalmente—. Si por casualidad pudiese dictar una carta sin ser interrumpido, perdería el hilo de mis pensamientos. Aquí nunca llama nadie; se limitan a entrar sin previa invitación. Tome asiento. La llamaré más tarde, señorita Livsey. Le presento al señor Truett, mencionado en el informe que antes hemos despachado. Esta es mi secretaria, señor Truett: la señorita Hester Livsey.

Sorprendiome no haber reparado en ella antes, incluso en aquel colosal hormiguero humano del exterior, pero de pronto caí en la cuenta de que, como secretaria de un jefe de sección,

probablemente tenía despacho propio. No era ni mucho menos una chica espectacular como la de las faltas de ortografía, pero llamaba al punto la atención por dos detalles. Inmediatamente, tenía uno la impresión de que su personalidad irradiaba una secreta belleza invisible a los ojos de los demás, y de que la joven pasaba algún apuro que sólo uno podía comprender y remediar. Es posible que la cosa parezca exagerada tras un simple roce de dos segundos, pero lo cierto es que experimenté esa sensación y la recuerdo perfectamente.

La secretaria retiróse con un cuaderno de notas y yo me instalé en una

silla.

—Muchas gracias por recibirme —  
agradecí a Rosenbaum sacando unos  
papeles de la carpeta—. No le  
entretendré mucho. Sólo deseo  
formularle unas pocas preguntas de  
carácter general y una o dos de carácter  
particular sobre estos expedientes. No  
cabe duda que han organizado ustedes  
esta oficina maravillosamente, con sus  
secciones y subsecciones. Me figuro que  
esto simplifica mucho las cosas.

Mi interlocutor convino en que así  
era. Luego, añadió:

—Claro está que, en ocasiones,  
surge alguna complicación. Yo  
pertenezco a la sección de Estructuras



Metálicas, pero actualmente tengo treinta y siete elefantes almacenados en África, y no puedo conseguir que ninguna otra sección se encargue de ellos. En mi opinión, los elefantes no son metálicos. No tendré más remedio que ir a ver al señor Naylor para librarme de ellos.

—¡Ah! —exclamé triunfalmente—. ¡Ahora comprendo dónde tienen ustedes su almacén! ¡Nada menos que en África! ¡Y elefantes! Desde mi llegada estaba perplejo sobre este punto. Bien, una vez aclarado esto pasemos al personal. A propósito, he observado que su secretaria, la señorita Livsey, no parece estar precisamente como unas

castañuelas. Supongo que no piensa dejar su empleo también.

El hecho de desviarme de la cuestión para mencionar su nombre, demuestra mi anterior aserto respecto a la impresión que me produjo la muchacha.

—¿Como unas castañuelas? — repitió Rosenbaum, meneando la cabeza —. No, es natural que no lo esté, El hombre a quien estaba prometida murió hace unos meses en accidente.

Y con un nuevo ademán negativo, prosiguió:

—Si parte de su cometido consiste en hacer dichas á nuestras empleadas, me temo que no saldrá usted airoso con

la señorita Livsey. Además de ser es una excelente secretaria. Me gustaría habérmelas con ese desalmado conductor... Le aseguro que le daría su merecido.

—Y a mí me encantaría ayudarle a usted a dárselo —afirmé, compartiendo su indignación.

Y mostrándole los papeles, inquirí:

—El prometido de esa señorita, ¿figura entre éstos? En otras palabras, ¿trabajaba aquí?

—Sí, pero no en mi sección. Era un verificador de correspondencia. Fue un golpe muy rudo para ella y estuvo algún tiempo sin... pero, discúlpeme usted, amigo. Comprendo que no ha venido

aquí para oírme charlar. ¿Qué preguntas desea formularme, señor Truett?

Puesto que había renunciado a toda locuacidad, decidí no insistir. Era evidente que adondequiera que iba, surgía el recuerdo de Waldo Wilmot Moore. Mi interlocutor y yo fuimos al grano. En mi opinión las preguntas que tenía preparadas evitarían toda sospecha de impostura por mi parte, y para ratificar esta impresión permanecí veinte minutos y pico con él, esto es, un plazo de tiempo bastante dilatado en un lugar de tanta actividad.

Después, me dirigí al despacho del jefe de la Sección de Verificadores de Correspondencia. La puerta estaba

abierta y encontré al hombre solo.

El viejo Dickerson gozaba aún de plenas facultades físicas a pesar de sus años y sus ojos lagrimosos. Una vez cambiados los saludos de rigor, ambos nos sentamos y yo abrí la carpeta. Entonces, él inquirió con mucha cordialidad:

—¿Por qué empieza usted conmigo, señor Truett?

—Debo advertirle que no es usted el primero, señor Dickerson. Acabo de celebrar una entrevista con el señor Rosenbaum. Por cierto que, en aquella sección, hay un problema: ¿pueden considerarse los elefantes miembros del personal?

Pero el otro no estaba para bromas.

—Aun así —murmuró—, soy el jefe de sección que tiene menos empleados a sus órdenes en este departamento. Sólo dispongo de seis hombres, mientras que en otras secciones pasan del centenar. Además, aquí no he tenido movimiento de personal en casi ocho años, excepto por lo que se refiere a la sustitución de un hombre que murió atropellado. Estoy dispuesto a cooperar, pero la verdad es que no comprendo en qué puedo ayudarle.

—Tiene usted razón —convine con un ademán de asentimiento—. Desde el punto de vista general está usted al margen de los problemas relacionados

con el personal. Pero su sección es algo especial. Todos los empleados de esta oficina consideran a sus seis hombres una pandilla de despreciables espías, y usted es el Jefe de Espionaje.

El viejo Dickerson no se inmutó. Al contrario, confirmó mi aserto con un cabezazo.

—¿Qué piensa usted hacer para remediar esta situación?

—Nada. Pero lo cierto es que el hecho afecta a las dificultades de personal. Por ejemplo, el hombre que murió atropellado. ¿Sabe usted que por la oficina se murmura que su muerte no fue debida a un accidente?

—¡Tonterías! —protestó Dickerson,

tabaleando los dedos sobre el papel secante de su escritorio—. ¡Habladurías! Atienda, joven, ¿insinúa usted que el funcionamiento de esta sección ha sido la causa, directa o indirectamente, de la perpetración de un crimen?

—Sí.

Tras un ligero temblor de barbilla, el hombre quedose boquiabierto. Por mi parte, tuve que reprimir el impulso de sacarme el pañuelo y enjugarle los ojos.

—Esta no es la forma correcta de exponerla —dije con énfasis—, pero, al fin y al cabo, fue usted el que lo hizo, no yo. Por mi parte, preferirla presentar el problema así: que las hablillas sobre la



muerte de ese hombre constituyen realmente uno de los problemas de personal de esta oficina, y que el propio señor Naylor ha sugerido que las utilice como punto de partida, ¿Me permite unas preguntas respecto a él? Me refiero a Moore, naturalmente.

—Me molesta cualquier insinuación de que el proceder de esta sección haya provocado injusticias o despertado un legítimo deseo de venganza —declaró el viejo, reaccionando.

—De acuerdo. ¿Quién ha hablado de legitimidad? Los deseos de venganza tienen muchos matices. Pero volvamos a ese Moore, ¿en qué concepto lo tenía usted? ¿Era un buen trabajador?

—No.

—¿No? —exclamé con indiferencia

—. ¿Por qué motivo?

La quijada del hombre acusó un nuevo temblor, pero esta vez su propietario logró dominarse en el acto. Una vez conseguido esto, el viejo explicó:

—Estoy al frente de esta sección desde que empezó a funcionar unos veinte años atrás. En abril del pasado año tenía cinco hombres a mis órdenes, número que, a mi entender, era más que suficiente. Pero la empresa contrató a otro empleado y recibí orden de incorporarlo a mi sección. Era incompetente, y yo informé en este

sentido, pero mi informe fue ignorado. Así, pues, no tuvimos más remedio que aguantarlo. En varias ocasiones, sus errores hubieran desacreditado a nuestra sección a no ser por nuestra constante vigilancia. Total, que nos complicó la vida a todos.

Me dije que una vez más, surgían nuevos sospechosos. Yo intentaba reducir la lista, pero, en lugar de ello, veíame obligado a incluir seis nombres más, el de Dickerson y el de cinco leales verificadores, susceptibles de haber quitado de en medio a Moore por el honor de la sección. Al presente, todo el mundo parecía complicado en el asunto excepto Kerr Naylor.

—Pero —objeté—, ¿y las regulaciones de contrato? Tengo entendido que no existe un control general para el personal, sino que cada jefe de sección contrata al suyo propio en teoría, si bien en la práctica los que deciden no son los jefes de sección. ¿Quién empleó a Moore para endosárselo a usted?

—No tengo idea.

—¿Cómo es posible que no lo sepa?

Dickerson enjugose los ojos con su propio pañuelo, aliviando con ello mi tensión. Hice votos por que conservara el pañuelo en la mano, pero el hombre volvió a metérselo cuidadosamente en el bolsillo.

—Ésta —suspiró— es una empresa muy grande, la mayor del mundo en su género e incomparablemente la mejor. Como es de suponer, la autoridad está rigurosamente organizada. En esta oficina no tengo más superior que el jefe del departamento, señor Kerr Naylor, hijo de uno de los fundadores. Por consiguiente, sólo puedo recibir órdenes a través del señor Naylor.

—¿Entonces fue Naylor el que empleó a Moore?

—Lo ignoro.

—Pero fue Naylor el que dijo que necesitaba usted otro hombre y el que le mandó a Moore.

—Efectivamente. La autoridad se

ejerce según he indicado.

—¿Qué más puede decirme usted de Moore aparte de su incompetencia?

—Pues, nada —repuso Dickerson, dando a entender con su tono y su expresión que consideraba tonta mi pregunta.

Evidentemente, el que un hombre fuese incompetente zanjaba la cuestión; cualquier otro detalle de su personalidad carecía de importancia. Pero, al parecer, Dickerson estaba dispuesto a admitir que incluso un hombre competente necesita comer porque sacándose un reloj del bolsillo del chaleco, declaró:

—A las doce tengo que almorzar,

señor Truett.

# CAPÍTULO VIII

Al salir del despacho de Dickerson, dirigí mis pasos a la izquierda, hacia el fondo de la sala general. De pronto, me detuve. Acababa de ocurrírseme una idea. Reflexionando sobre ella y considerándola exenta de defectos, di media vuelta y eché a andar en dirección contraria. Al llegar ante la puerta del despacho de Rosenbaum, la encontré cerrada una vez más, pero puesto que el propio interesado había aconsejado no llamar, giré el picaporte y entré en la



estancia. Mi intención era preguntar al jefe dónde estaba el despacho de su secretaria, pero no tuve necesidad de hacerlo porque la joven hallábase allí, sentada en una silla a un extremo del escritorio con su cuaderno de notas en la mano.

Ella ni siquiera volvió la cabeza al oírme entrar. Por su parte, Rosenbaum limitose a echarme una ojeada y a decirme sin gran entusiasmo:

—¿De vuelta por aquí?

—Acaba de ocurrírseme una idea muy lógica —les dije— y me gustaría saber qué opina de ella la señorita Livsey.

La joven me miró. Nada había

cambiado en ella durante la hora transcurrida. Seguía siendo evidente que ningún ser humano podía comprenderla o ayudarla excepto yo.

—Verá usted —le expliqué—. Mi tarea en este lugar requiere un cambio de impresiones con miembros del personal, cuantos más mejor. Ahora bien: mi obligación es cumplir ese cometido procurando entorpecer lo menos posible el trabajo del departamento. Usted, señorita, es un miembro del personal. Si almorzamos juntos y aprovechamos la coyuntura para charlar, no perderá usted ninguna hora de su trabajo. Yo pagaré el almuerzo y lo incluiré en la nota de gastos.

—Me parece una idea excelente —  
elogió Rosenbaum, cloqueando.

Y dirigiéndose a su secretaria,  
añadió:

—Puesto que este joven se ha  
devanado los sesos por usted, Hester, lo  
menos que puede hacer es permitirle que  
la invite a tomar un sándwich.

—¿A quién debo ese honor? —  
inquirió la muchacha con una voz que  
hubiera sido un regalo para el oído de  
haber revestido más animación.

—A mí no, desde luego —contestó  
su jefe—. Probablemente lo debe a  
usted misma. Por lo visto el señor Truett  
se siente capaz de hacerla a usted  
sonreír. Siquiera para esbozar una leve

sonrisa, ¿por qué no le deja hacer la prueba?

Entonces ella, volviéndose a mí, dijo cortésmente:

—Gracias, pero creo que no puedo aceptar.

No cabía duda que aquella chica poseía un encanto especial, y no tengo inconveniente en admitir que empezaba a sentirme celoso de Waldo Wilmot Moore, pese al hecho de que el hombre no se contase ya entre los vivos. ¿Cómo se las habría arreglado para convencer a aquella preciosidad de que se casara con él?

La joven posó de nuevo los ojos en su cuaderno. Rosenbaum la miraba

perplejo, meneando la cabeza filosóficamente. Como nadie parecía advertir mi presencia, decidí retirarme. Pero en el preciso momento que me disponía a salir, de espaldas a ellos, llegó a mis oídos la voz de la muchacha expresándose en estos términos:

—¿Por qué ha preguntado usted a una de las empleadas si había oído algún chisme acerca del señor Moore?

¡Caramba, qué rapidez! ¡En menos de dos horas ya había corrido la noticia!

—¿Ve usted? —exclamé, volviéndome hacia ella—. ¿No le dije que no quería entorpecer su trabajo? Podría usted haberme hecho esa pregunta saboreando cualquier manjar,

desde patito asado hasta una copa de helado.

—De acuerdo. Acepto. Saldré a la una. Podemos encontrarnos en el vestíbulo, el que da a la William Street, cerca del buzón.

—Así me gusta. Eso vale por una sonrisa. Dicho esto, salí del despacho.

Total, que mi plan había dado resultado. Ya estaba citado para almorzar con Hester Livsey. Lo malo es que luego la cosa se estropeó, sin tener arte ni parte ninguno de los dos. A mi regreso a mi pequeño despacho, metí de nuevo las carpetas en el archivador y luego me acerqué a la ventana para contemplar el río y poner orden a mis

pensamientos. Todo cuanto saqué en limpio fue la convicción de que, de momento, no había nada que ordenar. No pude menos de pensar sarcásticamente que, en mi lugar, Nero Wolfe habría, terminado su labor a mediodía y vuelto a casa como si tal cosa, a tomar un vaso de cerveza. En cambio yo todo cuanto había conseguido era alborotar el gallinero. Aquella rapidez habíame impresionado. ¡En dos simples horitas y sin mediar tregua para la comida! A buen seguro, todo salía de la sala de descanso. De haber podido habérmelas con una falda y una blusa y pasar media hora allí, probablemente me hubiera enterado de todo cuanto necesitaba para

redactar el informe final. Fuera, en el río, estuvieron a punto de chocar dos remolcadores.

Al oír el timbre, pegué un brinco, asustado. En aquella pequeña habitación parecía una sirena. No estaba seguro de qué se trataba, pero lo más lógico era suponer que procedía del teléfono y, en consecuencia, me dirigí al escritorio y, tomando el receptor, atendí la llamada con el consabido «dígame». Poco faltó para que añadiera «Aquí, Archie Goodwin». Por fortuna, me contuve a tiempo. Una voz de tenor inquirió:

—Oiga, ¿es usted el señor Truett?

—El mismo.

—Soy Kerr Naylor. Si no tiene usted



inconveniente, me gustaría que almorzase conmigo. ¿Puede usted venir a mi despacho?

Tras decirle que aceptaba con mucho gusto, colgué el receptor. En mi reloj de pulsera era la una menos diez. Tomé de nuevo el teléfono y rogué que me pusieran con la señorita Hester Livsey, del Departamento del Almacén, Sección de Estructuras Metálicas. Tras una breve espera, una voz dijo:

—Aquí, la señorita Livsey.

—Soy Peter Truett —murmuré—.

Este es el día más infausto de mi vida desde que mi acaudalado tío cambió de médico. El señor Kerr Naylor acaba de telefonarme rogándome que vaya a

almorzar con él. Puedo reunirme con usted según lo convenido y volver después de comer dispuesto a renunciar a mi empleo.

—No quiero que renuncie usted a su empleo —replicó la joven—. He estado pensando en usted. No faltaba más, vaya con el señor Naylor. Mi despacho está al lado del señor Rosenbaum a la izquierda.

Pero esto no me consoló mucho, acaso por estar al cabo de la calle del motivo que impulsaba a la chica a celebrar aquella entrevista. Tomando mi abrigo y mi sombrero, me encaminé al despacho de Naylor. Éste me aguardaba en la puerta. Yo había tenido la

precaución de tomar el abrigo y el sombrero porque, aunque el vicepresidente subalterno habíame advertido que comería muy a gusto en la sección de la cafetería Naylor-Kerr reservada a los jefes ejecutivos, tenía el presentimiento de que el hijo del fundador no figuraba entre sus parroquianos. No me engañaba. El hombre llevaba el sombrero puesto y el abrigo al brazo. Ambos bajamos en el ascensor y, una vez en el vestíbulo, Naylor me condujo a la salida trasera. Recorrimos una manzana y, al doblar la esquina, nos hallamos ante una puerta sobre la cual figuraban estas palabras escritas con letras verdes: «Fuente de

salud». Esto sólo podía significar una cosa y, mientras entrábamos, dije a mi estómago que se armara de paciencia porque de hecho estábamos de servicio y había que sacrificarse. Naylor y yo nos instalamos en una mesa junto a la pared y consultamos la carta que nos ofrecía la camarera. Allí no había más que raíces, hojas y burdo forraje, todo ello disfrazado con nombrecitos como «Ensalada epicúrea y budín de salvado y zanahoria». Mi reacción fue tan fuerte que apenas me di cuenta de que Naylor estaba hablando. En presencia de la expectante camarera, decía algo como:

—...así pues, lo probé una vez hace aproximadamente cinco años y, desde

entonces, he comido siempre aquí. Representa un cambio radical no sólo física y mentalmente, sino incluso espiritualmente. Es fuente de pureza. Mantiene a un hombre ágil y limpio. ¿Qué va usted a tomar, señor Goodwin?

Esta última palabra tuvo la virtud de sacarme de mi ensimismamiento.

# CAPÍTULO IX

Era muy propio de aquel malintencionado sabihondo elegir aquel momento para salir con semejante andanada, aprovechando la presencia de la camarera, conocida suya, para ponerme en la situación más embarazosa que cabe imaginar. Eso es lo que él se figuraba. Pero, en realidad, me limité, a levantar un poco la carta para ocultar mi rostro a su mirada y poder reflexionar sobre el problema con cierto desahogo. Evidentemente, no era aconsejable obrar

con precipitación. Tras un breve intervalo, tendí la carta a la camarera encargándole que me trajera tres manzanas y un vaso de leche. Luego, pregunté a Naylor, cortésmente:

—¿Decía usted algo? Temo que no le escuchaba.

Naylor encargó su menú, y, en cuanto se fue la camarera, espetó:

—Estaba hablando de régimen alimenticio y usted me ha oído perfectamente. No es de esperar, señor Truett, que le guste a usted esta comida al principio. A todo el mundo le sucede lo mismo. Pero, transcurrido algún tiempo, le sorprenderá haber sido capaz de comer otra cosa.

—Aja. Cuando me guste, relincharé como un caballo. Ahora bien: ¿a quién ha invitado usted a comer, a Goodwin o a Truett? Debe inclinarse por uno de los dos.

—Prefiero, con mucho, a Goodwin—respondió el hombre, sonriéndome—. El principal motivo de mi invitación ha sido para advertirle que la única manera de tratar conmigo es directa y abiertamente, y también para darle un recado para el señor Nero Wolfe. Sírvase decirle de mi parte que ha sido usted un chapucero de marca. Esta mañana, cuando he mencionado el asesinato de un antiguo empleado de mi departamento, no debiera usted haber



mostrado interés en el asunto.

—Comprendo. Muy agradecido. De modo que eso despertó sus sospechas y le indujo a llevar a cabo las correspondientes investigaciones — comenté con admiración—. No cabe duda que ha dado usted en el clavo. ¿Por dónde empezó?

—Vamos, vamos —repuso Naylor con aire regañón—. Es usted extraordinariamente diáfano, señor Goodwin, cosa que, a decir verdad, me sorprende y desilusiona. Hubiera sido para mí un motivo de satisfacción contar con un hombre cabal e inteligente para trabajar en el esclarecimiento de ese crimen. Habría seguido su actuación con

el máximo interés y expectación... Esas manzanas dejan mucho que desear — masculló, mirando a la camarera con expresión ceñuda—. ¿No las tienen ustedes más grandes?

Al parecer, no las tenían. En cuanto se marchó la camarera, procedí a mondar una manzana. No solía hacer tal cosa, pero supuse que esto molestaría a mi anfitrión. No obstante, fue un esfuerzo inútil, pues el otro se hizo el desentendido, concentrándose en el acto de introducir su tenedor en una enorme fuente llena de un inmundo revoltillo de hortalizas crudas, que había encargado bajo el nombre de «Vitanutrita especial del día». Como tenía la boca tan

pequeña, veíase obligado a comer a pequeños bocados, masticando concienzudamente cada porción, sin más interrupciones que las impuestas por las gestiones.

—Ahí va una idea —dije amablemente—. Comprenda usted que no puede contar conmigo para dar ese recado al señor Wolfe. ¿Por qué no pasa usted a verle esta noche después de cenar, para dárselo personalmente?

—Me encantaría —barbotó Naylor, con la boca llena—. Pero esta noche no puedo. Tres noches por semana, los miércoles, jueves y viernes, voy a jugar al ajedrez al Club Midtown. El sábado pienso ir al campo, a pasar el fin de

semana contemplando a los pajaritos.  
¿Qué le parece el lunes?

—Perfectamente, concertaré la entrevista —convine disponiéndome a comer otra manzana sin molestarme en mondarla—. Pero, por entonces, es posible que yo haya renunciado a mi cometido. A mi entender, y supongo que el señor Wolfe estará de acuerdo conmigo, solo hay una solución: informar a la policía y dejarles poner en marcha la maquinaria. Una acusación de asesinato es demasiado peliaguda, particularmente para un chapucero como yo.

—¿Quién ha formulado semejante acusación? —saltó el otro, cesando de

masticar.

—Usted.

—No es verdad. Me he limitado a declarar que Moore fue asesinado. ¿La policía? ¡Bah! Pusieron en marcha todo el aparato en cuanto fue descubierto el cadáver, pero, actualmente, la máquina ya no funciona. Salta a la vista que intenta usted obligarme a hacer revelaciones amenazándome con la intervención de la policía. Mi querido señor Goodwin, me temo que este asunto está muy por encima de sus facultades. Hace una semana visité al comisario O'Hara, un antiguo conocido mío, para manifestarle que Moore había sido asesinado. Naturalmente, el hombre me

rogó que entrara en detalles, a lo cual yo; naturalmente, me negué. Le dije que todo cuanto podía facilitar era el hecho escueto, y que la consecución de pruebas y captura del criminal incumbían a su departamento. Y riéndose entre dientes, Naylor agregó:

—Estoy convencido de que, por un momento, el comisario tuvo tentaciones de someterme a un severo interrogatorio.

Dicho esto, mi interlocutor siguió saboreando su «Vitanutrita».

Mi primer impulso fue terminarme la leche, meterme la tercera manzana en el bolsillo, encaminarme a la Calle 35 y decir a Wolfe que Kerr Naylor era un vulgar escarabajo malicioso, parlanchín

y herbívoro, y que todo aquel asunto reduciase a una paparruchada. Varias consideraciones me abstuvieron de hacerlo, entre ellas las de que la Compañía Naylor-Kerr tenía un crédito de veinte millones y la de que, al presente, me constaba dónde estaba el despacho de la señorita Livsey.

—De acuerdo —accedí, con absoluta cordialidad—. Quedamos en que hay que descartar las amenazas por mi parte y las revelaciones por la suya, y en que el ajedrez y la contemplación pajaril le impedirán a usted visitar al señor Wolfe hasta el lunes. Entretanto, debo advertirle que en el informe sobre Moore que envió usted al señor Pine,

puso usted esta respuesta en la casilla correspondiente a la pregunta relativa a cómo entró a trabajar en la empresa dicho empleado: «Solicitó el empleo personalmente.» ¿A quién dirigió Moore su solicitud, al jefe de sección, señor Dickerson?

Por primera vez, logré practicar una hendidura en el caparazón del escarabajo. No se le cayó el tenedor, ni mudó de semblante, pero siguió masticando con un ahínco reñido con todas las regias de la buena crianza. Saltaba a la vista que quería tomarse tiempo antes de decidirse a contestar.

Por fin, tragando el bocado que tenía entre dientes, declaró:



—Dirigió su solicitud a mi hermana.

—¡Ah, caramba! ¿A qué hermana?

—Sólo tengo una —repuso Naylor,

con el peculiar destello que caracterizaba su mirada—. Mi hermana, señor Truett, es una mujer muy interesante, pero, desde luego, mucho más convencional que yo. Cada uno de nosotros recibimos de nuestro padre, deseoso de librarse de sus cargas y responsabilidades, una cuarta parte del capital de la compañía. Yo cedí la mía, sin compensación, a varios viejos empleados del negocio, por considerar que ellos se la habían ganado y yo no. No me gusta poseer cosas susceptibles de ser reclamadas por otras personas,

especialmente si se trata de reclamaciones de orden moral. Las de orden legal tampoco me interesan. Pero mi hermana, como más convencional, guardó su capital. Esto le fue de perilla a su marido, Jasper Pine, a quien creo conoce usted ya, pues, de otro modo, es muy improbable que hubiese llegado a presidente de la sociedad.

—¿Y Moore obtuvo el empleo a través de su hermana?

El destello de la mirada del otro experimentó una sacudida.

—Posee usted un talento especial, señor Goodwin, para exponer las cosas de la manera más desagradable posible. A mi hermana le gusta ayudar a la gente.

Me mandó a Moore, y tras hablar con él y ordenar a Dickerson que le interpelase, le asigné un empleo en aquella sección... Y ahora, ¿qué le parece si tomásemos un poco de budín y Ponche Tangerino? Es agua caliente con zumo de mandarina.

A partir de entonces, Naylor cesó su papel de agencia informativa. En adelante, su único tema de conversación fue la comida, absteniéndose de contestar a toda pregunta relacionada con Moore, con su asesinato o con su hermana. Su actual actitud irritábame aún más que la anterior. Por fin desistí de mi empeño y le observé en su cometido de sorber el Ponche Tangerino.

A nuestro regreso al edificio de la William Street, me separé de él en el vestíbulo y, metiéndome en una cabina telefónica, marqué el número de *La Gaceta* y pregunté por Lon Cohen. Éste sabía más chismes de la ciudad que la Delegación de Policía y la Biblioteca Pública juntas.

Cuando Cohen se puso al aparato, dije:

—Ahora te toca a ti hacerme un favor. ¿Sabes algo de una tal señora Jasper Pine? De soltera se apellidaba Naylor. Su marido es el presidente de una gran firma de material de ingeniería con oficinas en la parte baja de la ciudad. ¿Has oído hablar de ella alguna

vez?

—En efecto, es una señora muy prometedora.

—¿Prometedora de qué?

—De proporcionarnos una buena crónica periodística algún día. Hasta ahora, se ha mantenido al margen de la primera plana, limitándose a aparecer en gacetillas de las páginas interiores, pero ningún rotativo de la ciudad ha perdido la esperanza.

—¿En qué se funda esta esperanza?

—¿Desde dónde telefoneas? ¿Desde el descacho de Wolfe?

—¿A qué vienen tantas preguntas?

—refunfuñé—. Puedes hablar libremente. Estoy en una cabina

telefónica.

—Entendido. Ahí va eso. La persona objeto de tu pregunta es una protectora de muchachos jóvenes. No abusa en cuanto al número. Más bien le gusta elegir. Pero su mal es crónico. Tiene pasta en abundancia, está bien conservada y, según todos los indicios, no es ninguna tonta. De lo contrario, habría perdido el equilibrio hace muchos años. Te aconsejo que pruebes fortuna, ¿qué edad tienes ahora, treinta años? ¡Pues ni pintado para ella! Presencia no te falta. En cuanto a tus modales, podrías pulirte un poco y...

—Entendido, entendido Tú tendrás el diez por ciento. Y a propósito: me

figuro que no dispones de una lista con mis predecesores en el oficio, ¿verdad?

—Pues no, no somos tan minuciosos como para eso. ¿Crees que nuestro periódico es de los que se dedican a meterse en vidas ajenas...? ¡Oye! ¡Aguarda un momento! Me pregunto si cierto apellido no guardará relación con vosotros, esto es, contigo, con Nero Wolfe y con vuestros homicidios. ¡Maldita sea! ¿Cómo era ese nombre? ¿Murray? ¡No! ¿Moore?

—¡Amigo Cohen! —exclamé, aterrado—. ¡Has dado en el clavo como de costumbre! En efecto, Moore murió atropellado por un coche que se dio a la fuga el cuatro de diciembre por la noche

en la Calle 39. ¿Insinúas que gozaba o había gozado del favor de cierta dama?

—Sí.

—¿De la señora Pine, concretamente?

—Rectifica la pregunta. Aunque me llames desde una cabina, no me gusta citar nombres en un terreno tan delicado como éste.

—¿Por la persona objeto de mi investigación?

—Ni más ni menos.

—¿Te importaría ser más explícito?

—No tengo inconveniente. Según todos los indicios, había llegado el momento de dar carne a la fiera. La muerte de ese tipo en la oscuridad de la



noche y sus relaciones con esa dama, nos convencieron de que nuestro deber para con la sociedad era procurar por todos los medios ponerla en antecedentes del posible escándalo que alentaba tras ello...

—Comprendo. Continúa.

—Así, pues, obramos en consecuencia, y me figuro que la poli hizo lo propio. Pero todo quedó en agua de borrajas. Ya no recuerdo bien los detalles, pero lo cierto es que no dimos con nada aprovechable para las prensas.

Todas las pistas, incluso las que parecían más evidentes, no nos condujeron a nada positivo. Era palmario que el marido no había hecho

ningún, disparate para reparar su honor ni para vengarse. Moore era un simple número en la lista, no sé exactamente si el séptimo o el octavo, y, además, llevaba meses relegado a un segundo término, ya que el protegido de turno era... no recuerdo su nombre... pero es igual, no tiene importancia. Y el marido estaba al cabo de la calle de todo hacía años, según fidedignas averiguaciones realizadas por nuestro departamento de investigación. Debes de estar asfixiándote en esa cabina. Bien, chico, tengo que ir a trabajar. Si quieres más pormenores puedes pasar por aquí. ¿Quién ha contratado los servicios de Wolfe?

—Todavía no puedo informarte —  
repuse—. Te lo diré en cuanto la cosa  
esté en sazón... si no se ha agusanado.  
Ya nos conoces. Nos gusta devolver  
favores. Si paso a hacerte una visita,  
¿podré hablar con la persona que trabajó  
en el asunto?

—Es preferible que telefonees antes  
de venir.

—Lo tendré en cuenta. Gracias y...  
nuestros afectuosísimos recuerdos.

Atravesé el vestíbulo y salí a la  
calle para encaminarme a cierto  
establecimiento que había visto allí  
cerca, donde compré tres sándwiches de  
jamón y un cuartillo de leche. Luego lo  
llevé todo al piso treinta y cuatro del

edificio donde prestaba mis servicios y, en la soledad de mi despacho, me lo comí tranquilamente. Al terminar mi almuerzo, había llegado ya a un par de conclusiones, felicitándome en primer lugar de no haber obedecido a mi impulso de largarme de la «Fuente de salud» sin más botín que una simple manzana.

# CAPÍTULO X

Tenía dos cosas que hacer y lo más natural hubiera sido reservar la mejor para el final, tal como me proponía. Con todo, tuve que modificar mis planes. Estos consistían en telefonar a Jasper Pine para concertar una entrevista a las tres, pero cuando lo intenté un tal señor Stapleton me informó de que el señor Pine no estaría disponible hasta las cuatro y cuarto. Esto me obligó a alterar el orden de los factores. Pero antes de visitar a la señorita Livsey, me dije que

no estaría de más solicitar cierto instrumento que necesitaba para mi despacho. En consecuencia, seguí las instrucciones recibidas con anterioridad, esto es llamar a la Extensión 637 y decir que necesitaba una taquimecanógrafa. Apenas transcurridos dos minutos, presentose una con un cuaderno. Distaba mucho de ser como la chica de las faltas de ortografía, pero, a decir verdad, tampoco constituía ninguna prueba contra mi teoría de que la Compañía Naylor-Kerr sentía evidente predilección por las mujeres de buen ver.

Una vez enterado de su nombre, le manifesté:

—Oiga, señorita. No tengo nada contra usted, al contrario, pero el caso es que no la necesito a usted sino a su máquina de escribir. ¿Podría traérmela aquí?

A juzgar por la expresión de su cara cualquiera hubiera dicho que lo que un servidor acababa de pedirle era que me trajese al señor Kerr Naylor con esposas y que me lo sentase en el regazo. Una vez repuesta de su sorpresa, excusose amablemente, replicando que no podía complacerme. En cuanto se marchó, procedí a formular mi petición por teléfono y, a poco, me trajeron una máquina de escribir, papel y otros accesorios. Entonces salí a la sala

general y, dirigiéndome al otro lado, me metí por la puerta abierta situada a la izquierda del despacho de Rosenbaum.

Cerré la puerta tras de mí y me instalé en una silla próxima al escritorio de la muchacha. Su despacho era el doble de grande que el mío, pero la estancia tampoco resultaba espaciosa debido a las hileras de archivadores dispuestos en ella. La luz de la ventana filtrábase por la primera capa de la hermosa cabellera castaña de la joven, produciendo la sensación de que ésta lucía una corona de malla sedosa y resplandeciente. Al verme, la chica cesó de teclear la máquina para mirarme abiertamente.



—Ha sido sencillamente detestable —declaré—. El señor Naylor se alimenta de avena y cortezas desmenuzadas.

—Sí —asintió la muchacha, absteniéndose de sonreír—. Tiene fama de eso. Alguien debiera haberle advertido a usted.

—Pero nadie lo hizo, ni siquiera usted. ¿Está muy ocupada?

—No, sólo me quedan ocho o nueve cartas por hacer —repuso la joven, consultando su reloj de pulsera—. Son sólo las tres.

—Magnífico —murmuré, inclinando mi silla hacia atrás, con las manos en los bolsillos, como aquel que desea inspirar

confianza—. Creo que lo mejor será atenemos a las preguntas de rigor. ¿Cuánto tiempo lleva usted empleada aquí?

—Tres años, mejor dicho, dos años y ocho meses. Tengo veinticuatro años, casi veinticinco. Cobro cincuenta dólares semanales, y puedo escribir cien palabras por minuto.

—Es usted maravillosa. Vamos a ver, ¿cuáles son las cosas que le gustan menos de su trabajo?

—Pues, no sé... —musitó la muchacha.

Seguía sin sonreír, pero sus labios esbozaban una tenue curva.

—¿Me permite una pregunta? —

inquirió.

—No faltaba más.

—¿Por qué me invitó usted a comer?

—Bien... ¿Quiere usted que le conteste con franqueza?

—Me encanta la sinceridad.

—A mí, también. Pues verá. Con sólo mirarla, me quedé completamente paralizado, como en un sueño. Los dos bandos de mi naturaleza pugnaban por dominarse. Uno, el bajo y perverso, ansiaba estar a solas con usted en una isla. El otro deseaba escribir una poesía. Lo del almuerzo fue una mera componenda.

—Todo esto me parece muy bien — comentó la chica, mostrando cierta

complacencia, mas no entusiasmo—. Pero, en aras de la sinceridad, pasemos a otra cosa. Repito la pregunta: ¿Por qué me invitó usted a comer? ¿Para interpelarme acerca de Waldo Moore?

—¿Qué le induce a pensar eso?

—¡Vive Dios! ¡Pero si prácticamente lo fue usted pregonando como una trompeta! Apenas preguntó usted por él a esa chica, corrió la voz por todo el lugar.

—No tengo inconveniente en reconocerlo. ¿Qué cree usted que me proponía preguntarle sobre él?

—Lo ignoro, pero aquí estoy. Vamos, pregúnteme.

—No debiera usted ser

taquimecanógrafa —murmuré con admiración—. Estaría más en su papel como experta en personal, presidenta de un centro docente o esposa de un detective. Es usted muy perspicaz, y me resultaría difícilísimo interrogarla acerca de Moore sin traicionar mis designios. De modo que me reservaré. Usted y Moore estaban comprometidos para casarse, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Llevaban mucho tiempo prometidos?

—No, escasamente un mes.

—Y, naturalmente, su muerte fue un golpe muy rudo para usted.

—Sí.

—¿Le importaría describirme en líneas generales qué clase de individuo era?

—Pues... —titubeó la joven—. Su pregunta se me antoja muy rara. Era la clase de individuo que me gustaba para marido.

—Esto constituye una respuesta satisfactoria para usted —conviene—, pero yo sólo tengo el gusto de conocerla hace unas horas, resumidas a veinte minutos en total, de modo que sigo en ayunas. Supongo que comprende usted que todo esto queda entre nosotros. No represento a ninguna, autoridad y usted es dueña de su lengua. ¿Había Moore estado casado antes de conocerla?

—No.

—¿Le conocía usted hacía mucho tiempo?

—Le conocí cuando entró a trabajar aquí.

—¿Cómo era... alto, bajo, guapo, feo, grueso, delgado...?

La chica abrió un cajón de su escritorio y, tomando su bolso, sacó de su interior un portarretratos de piel.

Eso significaba que llevaba aún la fotografía de su ex novio. Cuando me la tendió, la examiné atentamente. El hombre no me resultaba en absoluto fuera de lo corriente en ningún sentido: tenía aproximadamente mi edad y contextura, la frente despejada y una

abundante cabellera lisa peinada hacia atrás. A no ser por su incipiente papada, pudiera haber pasado por uno de esos tipos que aparecen en los anuncios de los periódicos y revistas.

—Gracias —mascullé, devolviéndole el retrato—. Esto demuestra que no era ningún desesperado. En primer lugar, usted no es chica de último recurso. En segundo, parece ser que Moore era un joven apuesto. Me figuro que así opinaban los que le conocían.

—Sí. Todas las mujeres se enamoraban de él. Cualquier muchacha de esta oficina se hubiera considerado muy reliz de pescarle.



Yo la miré con expresión ceñuda. Aquel vulgar alarde no parecía propio de mi admirada señorita Livsey, pero como, por otra parte, nunca habíamela imaginado exenta de defectos, me conformé.

—Según eso, es de suponer que muchas intentaron echarle el anzuelo.

—Pues claro que lo hacen. Y en este caso determinado, siguieron fieles a su costumbre...

—¿Cómo se lo tomaba Moore? ¿Se ponía muy nervioso?

—No. Le encantaba.

—¿Y usted?

La chica sonrió. Sin embargo, su sonrisa no era precisamente la

imaginada por Rosenbaum, Yo sonreí, a mi vez.

—Por fin llegamos al meollo de la cuestión, ¿verdad?

—Lo ignoro —repliqué—. ¿Usted cree?

Apenas pronunciadas sus últimas palabras, la joven mordiose el labio inferior. A poco, relajando la presión de sus dientes, declaró:

—Reconozco que he dicho una tontería... Pues, no. La cosa no me preocupaba. En parte me divertía y en parte me molestaba. Prosiga usted.

Yo me saqué las manos de los bolsillos y, enlazándomelas en la nuca, contemplé fijamente a la muchacha.

—Me encantaría proseguir, señorita Livsey, si tuviera idea de cómo hacerlo. En fin, pulsemos otra cuerda. ¿Tiene usted algún motivo para suponer o sospechar que la muerte de Moore fue algo más que un atropello con fuga de su autor?

—No           —repuso           la           joven,  
categóricamente.

—Sin embargo, ha habido ciertas habladurías a propósito de la cuestión, ¿no es eso?

—Efectivamente.

—¿Qué es lo que dijo a esas hablillas?

—Lo ignoro. Empezaron en diciembre, a raíz del suceso, y, a mi

modo de ver, no se fundaban en ningún motivo determinado. De la misma manera que empezaron, acabaron hace algún' tiempo, extinguiéndose por completo. Lo raro es que la semana pasada comenzaron de nuevo.

—¿Sabe usted por qué razón?

La chica me miró y, asegurándose de que mis ojos correspondían a su mirada, inquirió:

—¿Y usted?

—Si usted quiere diré que sí.

—Entonces, de acuerdo. Sí.

—Lo mismo digo de esto. ¿Tiene usted idea de lo que indujo al señor Naylor a escribir cierta palabra en el informe?

—No. Ni la más remota idea. Me gustaría...

Pero., antes de terminar la frase, la muchacha se interrumpió.

—¿Qué? —insté.

No obtuve respuesta. Por primera vez en mis tres encuentros con ella, la chica mostraba claramente un destello de sensibilidad. A mi entender, no era una mujer fría. Es más, esta palabra no le iba en ningún sentido. Pero, hasta entonces, ni siquiera el nombre de Moore había provocado en su rostro o en su voz el menor rastro de emoción. En cambio, al presente, parecía conmovida. No hubo el vulgar temblor de labios ni el consabido parpadeo para

reprimir las lágrimas, sino un simple relajamiento de los músculos de la cara, revelador de que la estricta disciplina impuesta hasta el momento cedía ante algo superior a sus fuerzas.

—Es curioso —murmuró la joven, entre desconcertada e irritada—. No quisiera pecar de inmodesta, pero le diré que, por lo regular siempre he sabido manejar a los hombres y sacarles lo que quiero. En cambio, ahora, con usted me siento perdida. Y conste que no es culpa suya. No se si es usted un policía o no, pero, prescindiendo de su posible identidad, no cabe duda que es todo un hombre.

—Y que lo diga —convine con

vehemente complacencia—. Si supiera lo que usted desea, podría sugerirle una línea de acción. Pero primero necesito saber a qué atenerme.

—Bien, ante todo deseo conservar mi empleo aquí.

—De acuerdo. Lo tendré en cuenta en mi informe. ¿Qué más?

—Es ridículo —farfulló la muchacha, acusando también su emoción en la voz—. No sé quién es usted, ni cuál es su profesión, pero me consta que intenta usted averiguar algo con relación a la muerte del hombre con quien yo iba a casarme, y eso es más de lo que puedo soportar. Quiero olvidar todo ese asunto y quiero olvidarle a él también. ¡Puede

usted creerme! ¡Si supiera lo horrible que es oír hablar a centenares de muchachas sobre el caso! Ignoro lo que ha inducido al señor Naylor a empezar otra vez. No sé si podré soportarlo por mucho tiempo más, pero me gusta esta casa y, por otra parte, tengo que trabajar... Me gusta mi trabajo y me gusta mi jefe, el señor Rosenbaum...

Y posando sus crispadas manos sobre el escritorio, exclamó:

—¡Qué contrariedad!

—Sigo sin saber qué desea usted de mí —protesté.

—Lo sabe perfectamente —replicó mi interlocutora fulminándome casi con la mirada—. Puede usted poner fin a las



habladurías y demostrar que el señor Naylor no es más que un viejo tonto. Puede usted sentar de una vez para siempre que Waldo murió víctima de un atropello y que eso es todo.

—Comprendo.

Sus ojos posáronse de nuevo en los míos. Ambos nos miramos por espacio de un buen rato, y yo tuve la sensación —ignoro si compartida por ella o no— de que empezábamos a conocernos mutuamente. Cuando una muchacha sostiene la mirada de un hombre, en silencio, y persiste varios instantes en esta actitud, no puede seguir pretendiendo que ese hombre le resulte un completo desconocido.

—No soy un policía —declaré—. Quienquiera que sea, no puedo sentar cómo ni por qué fue muerto Moore, porque eso quedó perfectamente sentado hace casi cuatro meses, en la noche del cuatro de diciembre. Lo único que está a mi alcance es tratar de ahondar lo suficiente en el asunto para satisfacer a todos los interesados. Es un consuelo comprobar que, por lo menos, usted ya está satisfecha.

—Salta a la vista que trabaja usted para el señor Naylor —espetó la chica, dando a entender con su tono y su mirada que nunca me hubiera creído capaz de caer tan bajo.

—No —repuse, enfáticamente—. Se

equivoca usted.

—¿De veras?

—Puede usted estar segura.

—En este caso...

Mi interlocutora dejó la frase en suspenso y, mirándome con expresión ceñuda, aventuró:

—No obstante, el señor Naylor le ha hablado a usted de Waldo, ¿verdad?

—En efecto. Naylor es muy parlanchín.

—¿Qué le ha dicho respecto al caso?

—Que Moore fue asesinado.

—Ya me lo figuraba —murmuró la joven sin desarrugar el ceño—. Eso fue lo que puso en el informe. Todo el

personal de la oficina lo sabe, que es, al fin y al cabo, lo que él quería. Por eso hizo mecanografiar los informes a una muchacha de la oficina general en lugar de servirse de su secretaria. ¿Qué más ha dicho?

—Pues, sobre Moore, nada más de importancia. Se limita a asegurar que fue asesinado. Es una idea fija.

—¿Ha dicho algo referente a otro tema?

—¡Ya lo creo! Que comer hortalizas guisadas fue la causa de la guerra. Que un hombre que come carne...

—¿Sabe usted perfectamente a qué me refiero! —replicó la joven, en tono regañón—. ¿Qué ha dicho de mí?

—Ni una palabra. Ni la más pequeña insinuación. Tan solo hizo una observación que acaso la incumba a usted. Esta mañana, mientras nos hallábamos en un extremo de la oficina general, dijo que dudaba que hubiera una chica decente en toda la sala, pero, puesto que tiene usted despacho propio, probablemente la cosa no la atañía para nada.

Al parecer, aquella cuestión de la decencia la tenía sin cuidado, porque, sin hacer ningún comentario sobre el tema, asintió:

—¿De veras no me ha nombrado?

—Todavía no —mascullé,  
consultando mi reloj.

Al ver la hora que era, posé de nuevo las patas delanteras de mi silla en el suelo y dije, levantándome:

—Usted tiene que escribir sus cartas y yo también tengo varias cosas que hacer. Lamento de veras no poder arreglarlo todo ahora mismo, conforme a sus deseos. ¿Dice usted que quiere olvidar para siempre lo de Moore?

—¡Sí! ¡Todo absolutamente!

—De acuerdo. Lo anotaremos en la agenda.

# CAPÍTULO XI

La primera tarea que figuraba en mi lista consistía en cierto trabajo manual. Y como el utensilio con que debía realizarlo era una máquina de escribir, me encaminé a mi despacho para poner manos a la obra. Entre otras cosas, había pedido papel de cartas y, aunque el que acababan de enviarme no era nada del otro mundo, me dispuse a utilizarlo. Eran las cuatro menos cuarto, o sea que faltaba sólo media hora para la cita concertada con Jasper Pine. Por

consiguiente, debía darme prisa. Tras hacer un grueso sándwich con tres hojas de papel de cartas y dos de papel carbón, lo inserté todo en el rodillo de la máquina y, en el margen superior derecho, mecanografié con letras mayúsculas:

INFORME DE LA OFICINA DE  
NERO WOLFE

19 de marzo, 1947.

Cuatro espacios más abajo, en el centro, escribí:

CONFIDENCIAL A LA CÍA.  
NAYLOR-KERR.



914 William Street  
Nueva York.

No me daba tiempo a hacer una cosa esmerada, con toda clase de detalles, como solíamos enviar a la mayoría de los clientes para darles la impresión de que no gastaban el dinero en balde, pero procuré conferirle la debida amplitud y claridad. Facilité la información de que Kerr Naylor había sacado a relucir el nombre de Moore en el curso de los tres primeros minutos de la entrevista. Añadí que habíame invitado a comer con él y que durante el convite me llamó por mi propio nombre, con el consiguiente sonrojo por mi parte. Expliqué después

que el hombre aseguraba que Moore había sido asesinado, sin más especificaciones, y que accedía a visitar a Wolfe. Además, confesaba haber manifestado al comisario de Policía O'Hara que Moore había sido asesinado. Por otra parte, admitía que Moore obtuvo el empleo por mediación de su hermana. Después de exponer lo relativo a Naylor, incluí en mi informe un resumen de mi conversación con Dickerson, el jefe de la Sección de Verificadores de Correspondencia; una nota advirtiendo que por el departamento había corrido la voz de que yo estaba investigando la muerte de Moore, y un breve párrafo dando cuenta

de mi interpelación a una tal Hester Livsey, ex prometida de Moore, sin resultados dignos de mención. El único incidente pasado completamente por alto en mi informe era mi breve conversación con la chica de las faltas de ortografía, por no consideraría pertinente... y naturalmente mi llamada telefónica a Lon Cohen de *La Gaceta*, por considerarla un poco demasiado pertinente.

Una vez escrito el texto mecanografiado, firmé el original y, tras doblarlo, me lo metí en el bolsillo. Después, hice lo propio con una de las copias, dejando la otra en espera. A continuación, abrí el archivador y,

sacando todas las carpetas del cajón metálico por mí utilizado, lo limpié concienzudamente con mi pañuelo, por dentro y por fuera. Antes de volver a meter en él las carpetas, cuyas cubiertas eran de liso y bruñido cartón verde, las limpié de una en una, por sus cuatro caras. Dentro de la tercera de ellas, empezando por arriba, metí, sobre los papeles ya contenidos en ella, la segunda copia de mi informe y, encima de ella, deposité cuidadosamente cuatro granos de tabaco extraídos de la colilla de un cigarrillo. Los dispuse en cuatro puntos de la copia y bajé lentamente la tapa de la carpeta sobre ellos. Una vez cerrado el cajón, limpié toda la parte

anterior del archivador y luego me enfrenté con un pequeño problema sobre el cual me hubiera gustado mucho reflexionar de no haber sido las cuatro y doce minutos y, por tanto, hora de subir arriba ya. Dicho problema consistía en la siguiente alternativa: ¿cómo dejaría el archivador, sin cerrar con llave o con la llave en la cerradura? Optando por lo primero, me metí la llave en el bolsillo.

Acto seguido, me dirigí a buen paso al vestíbulo exterior para tomar el ascensor, y, una vez en el piso treinta y seis, me enfrenté con una nueva pregunta para la cual debiera haber tenido prevista una respuesta. Lo malo era que, debido a mi precipitación, el detalle

habíaseme pasado completamente por alto. ¿Quién era yo para la veterana empleada de las oficinas de la gerencia, encargada de atender a los visitantes? El día anterior, en mi visita a Pine, me presenté como Goodwin. ¿Lo haría ahora como Truett exponiéndome a que la mujer se me quedara mirando desconcertada sin saber a qué atenerse? Imposible. Así, pues, no tuve más remedio que dirigirme a su mesa y decirle que el señor Goodwin estaba citado con el señor Pine a las cuatro y cuarto.

Tuve que sentarme y aguardar diez minutos. Por lo regular, soporto bastante bien las antesalas, con paciencia y

tranquilidad, pero aquella vez la espera me irritó, pues me dije que podría haber limpiado mucho más a fondo el archivador si no hubiese andado con tantas prisas. Con todo, la cosa ya no tenía remedio, y allí estuve hasta que me llamaron.

Pine tenía aspecto de cansancio y parecía contrariado. Sentado tras su escritorio, empezó a hablar antes de darme tiempo a adelantarme hacia él.

—Sólo puedo concederle unos minutos —dijo, bruscamente—. Cuando ha solicitado usted verme, ya tenía el programa completo y todavía quedan muchas cosas por hacer. ¿Qué desea?

Le tendí el original del informe y

aguardé de pie.

—Naturalmente, si lo desea puede usted leerlo más tarde, pero me he dicho que quizá...

Al ver que Pine procedía a leerlo, me interrumpí. El hombre leyólo de cabo a rabo tres veces más aprisa de lo que hubiera hecho Wolfe en igualdad de condiciones. Luego, releyó varios párrafos.

—Ya sabía que el señor Naylor había visitado al comisario general de Policía —masculló, al fin, echándome una rápida ojeada.

—No tiene nada de particular —me apresuré a replicar—. No me dijo usted nada respecto a ese punto, pero es



natural que quede siempre algo en el tintero. A propósito, tengo un pequeño problema. Cuando el señor Wolfe lea una copia de este informe, me consta, porque le conozco muy a fondo, que lo primero que preguntará es si sabía usted que la hermana del señor Naylor pidió a éste un empleo para Moore, y por qué no me dijo usted tal cosa, si en efecto, estaba enterado del asunto.

Empleé la expresión «la hermana del señor Naylor» por parecerme más discreta que «su esposa».

—Claro está que si no lo sabía... —proseguí. —Lo sabía perfectamente —soltó Pine—. ¿Qué tiene que ver eso en el asunto?

—Que yo sepa, nada —concedí ya en plan de mostrarme generoso—. Pero necesito su consejo. Como he dicho, conozco al señor Wolfe. Me dirá que telefonee a la hermana del señor Naylor para rogarle que pase a verle por su despacho, y, si la dama no se presenta, me ordenará que vaya a verla y yo tendré que obedecerle. ¿Qué me aconseja usted que haga?

—¿Trabaja Usted para Wolfe, no es eso?

—Sí.

—Entonces haga usted lo que le mande.

—De acuerdo, gracias. ¿Alguna sugerencia?

—No —repuso Pine, con su característico ademán de impaciencia—. Si se refiere usted a mis posibles deseos de proteger a mi esposa de las consabidas molestias, comprenderá usted por qué lo juzgo innecesario en cuanto la conozca. Lo que me interesaría saber es cómo se enteró el señor Naylor de su identidad. ¿Puede usted explicármelo?

—De haberlo sabido —repliqué—, lo habría hecho constar en ese informe. Yo también daría cualquier cosa por dilucidarlo. Hay dos posibles explicaciones. Mi retrato ha aparecido en los periódicos un par de veces. Podría ser que él u otra persona lo

recordasen lo suficiente para reconocerme. Pero hay muy pocas probabilidades de que así sea. Más bien me inclino por la otra explicación. ¿Cuántas personas de esta casa me conocen? ¿La empleada de ahí afuera y quién más? Creo recordar que dijo usted haber discutido el asunto con dos colegas de la gerencia y con un miembro de la Junta Directiva.

A juzgar por la expresión de su rostro, mi interlocutor no parecía perdido en un mar de confusiones. También a él le gustaba más la segunda explicación y, en consecuencia, procedió a hacer memoria en lo tocante a los nombres. Las «complicaciones»

existentes en la Compañía surgían una vez más con evidente descontento por su parte.

—La encargada de la recepción queda descartada —murmuró, enfurruñado—. Yo mismo la puse en antecedentes. La señorita Abrams lleva veinte años en la casa y merece toda mi confianza.

El nombre parecía satisfecho de que cuando menos hubiera una persona de confianza a su alrededor.

—¿Entonces...? —inquirí con intención.

—Me lo figuro —murmuró.

Al poco tiempo, dispuso el informe sobre su escritorio y lo contempló

fijamente, con las palmas de las manos juntas y los dedos inquietos.

—Me lo figuro —repitió en tono sombrío, si bien exento de desesperación.

De pronto, levantando el rostro hacia mí, dijo:

—Procuraré reflexionar sobre este punto. Pasemos a otra cosa. ¿Qué hay de esa joven con quien Moore pensaba casarse? ¿Cómo se llama?

Él mismo buscó el nombre con el índice hacia el final de mi informe.

—¡Ah, sí! Hester Livsey. ¿Ha facilitado alguna... información?

—Pues, no. No ha dicho nada de particular. Intentaré interpellarla otra

vez... esto es, si sigo adelante con el asunto. ¿Quiere usted que vuelva mañana por aquí?

—Naturalmente. ¿Por qué no?

—He pensado que como Naylor sabe ya quién soy y probablemente mañana a mediodía lo sabrá todo bicho...

—Eso no importa. Venga usted sin falta. Ahora no dispongo de más tiempo, pero llámeme por la mañana, a eso de las diez. Ya que hemos empezado, debemos procurar llegar hasta el fin.

Y tomando un curioso teléfono de fantasía instalado sobre el escritorio, dijo a su secretaria que estaba dispuesto a recibir a un tal señor Whosis.

Yo me despedí con una leve inclinación. La jornada de trabajo terminaba a las cinco en Naylor-Kerr, y eran ya las cuatro cincuenta y seis minutos mientras recorría el pasillo de las oficinas de la gerencia en dirección al ascensor. Dije al mozo que me llevase al piso treinta y cuatro, no porque sintiera escrúpulos de conciencia por estafar cuatro minutos a la Compañía, sino para recoger mi abrigo y mi sombrero.

En mi despacho no aprecié ningún indicio de posibles visitantes durante mi breve ausencia. Tras cerrar la puerta, abrí el cajón del archivador para echar un vistazo. Las partículas de tabaco



seguían en su sitio. Por espacio de un rato, permanecí de pie junto a la ventana, dando vueltas al magín sobre los últimos acontecimientos, incluyendo mi conversación con Pine. Por un momento, estuve tentado de telefonear a Wolfe para preguntarle si le parecía bien mi plan de presentarme a ver a la señora Jasper Pine antes de que su marido regresara a casa después del trabajo. A buen seguro, hubiera cedido a mi impulso de no haber sido por la frialdad previamente mencionada. Dadas las circunstancias, preferí abstenerme.

Al salir de mi despacho, me detuve en seco, realmente sorprendido. La sala general semejaba absolutamente vacía, a

pesar de los centenares de sillas y escritorios y otros diversos objetos. La ausencia de las muchachas lo explicaba todo. Mientras contemplaba el desolado espectáculo que se ofrecía a mis ojos, introduje una o dos rápidas modificaciones en mi sistema filosófico. Llegué a la conclusión de que hasta que un hombre se decide a elegir una para sí, cien chicas, o mil chicas, representan una sola. Por consiguiente, no era correcto contemplar aquella sala desierta y decirse: «Las muchachas se han ido», sino «La muchacha se ha ido». Abridando la sospecha de que había dado en algo lo suficiente profundo para escribir tres artículos de revista e

incluso un libro, me dirigí a los ascensores y bajé al vestíbulo. Convencido de que me resultaría imposible encontrar un taxi en aquel sector a aquella hora del día, me encaminé a la esquina y, doblando a la derecha esto es, a la Wall Street, eché a andar hacia el metro de la parte oeste de la ciudad.

Como llevo unos diez años en la profesión de detective y, naturalmente, me he dado muchas caminatas, son innumerables ya las veces que he seguido alguna pista o alguien me la ha seguido a mí. Esto explica que, cuando trabajo en un caso y salgo a la calle, el instinto de volver la cabeza está tan

desarrollado en mí como en cualquier persona el de mirar en dirección al tráfico antes de bajar de un bordillo. Rara es la vez que no me doy cuenta, si me siguen. Pero en aquella ocasión, fallé con todas las de la ley. Sin duda, la chica debía de estar emboscada en el vestíbulo inferior, atenta a los ascensores y dispuesta a seguirme por la calle. Como no soy ninguna tortuga, a buen seguro tuvo que apretar el paso para no perderme de vista. La primera vez que tuve conciencia de ello, allí en la acera, entre la afanosa muchedumbre que regresaba al hogar, fue por un contacto muy distinto del resultante de un codazo o un empujón. Alguien

acababa de agarrarme por el brazo, firme y deliberadamente.

Me detuve en seco. Era una chica por lo menos un palmo más baja que yo.

—¡No sea usted salvaje! —protesté—. Me está lastimando el brazo.

Lo cierto es que me hallaba ante un verdadero bombón.

# CAPÍTULO XII

No me conoce usted, ¿verdad, señor Truett? —profirió la muchacha—. Creo que no se ha fijado en mí hoy.

—Pero ahora lo estoy haciendo a conciencia —mascullé—. Suéltame el brazo. La gente pensará que tiene usted algo contra mí.

Es posible que mi mirada admirativa resultase algo imprudente y susceptible de acarrear complicaciones. Pero, ante semejante pimpollo, asumí toda la responsabilidad. Sólo diré que tenía los

ojos negros y audaces y que todo en ella semejaba resistirse a demostrar el principio geométrico de que una línea recta es la distancia más corta entre dos puntos. Era de ese tipo de muchachas que se prestan a un apodo. En España o en Italia seguramente la habrían llamado algo así como Pétalo de Rosa; en el lugar donde yo vivía, Las Curvas. Pero la idea fundamental era la misma.

Al parecer, tenía sin cuidado el interés que despertábamos en los curiosos transeúntes.

—Quiero hablar con usted —  
declaró.

Advertí entonces que mi interlocutora tenía hoyuelos, tan

diminutos que sólo era posible verlos bajo un ángulo de luz propicio.

—Aquí, no —repuse—. Vamos. ¿Suele usted tomar el metro?

—Sólo dos veces al día. ¿Adonde vamos?

—¿Cómo quiere usted que lo sepa? No tenía idea de que tuviéramos que ir a ninguna parte hasta que usted me lo ha dicho hace un momento. No sé... Tal vez a uno de mis clubs...

De pronto, me detuve.

—Aguarde aquí un instante. Tengo que telefonar. Me metí en un estanco y, tras una breve espera, me deslicé a la primera cabina telefónica que quedó libre y marqué el número que más



grabado tenía en la memoria Me constaba que no atendería la llamada el propio Wolfe, por la sencilla razón de que de cuatro a seis de la tarde mi jefe solía subir a visitar las orquídeas del improvisado invernadero. En efecto, no me equivoqué.

—¿Fritz? Oiga, soy Archie; diga usted al señor Wolfe que no iré a cenar esta noche porque me han retenido en la oficina.

—¿Retenido... dónde?

—En la oficina. Límitese a darle esta explicación. Él ya sabe de qué se trata.

A mi regreso a la acera, pregunté a Miss Curvas:

—¿Cuánto calcula usted que durará nuestra conversación?

—Pues todo el tiempo que quiera usted escucharme, señor Truett. Tengo mucho que contarle.

—Magnífico. ¿Qué le parece si fuésemos a cenar a algún sitio? Si cenamos juntos, podrá usted explicármelo mejor.

—De acuerdo, me parece muy bien; pero es muy temprano.

Di a entender con un gesto que el detalle carecía de importancia, y ambos nos dirigimos al metro.

La llevé al «Rusterman». Por un lado, era el lugar donde servían mejor de comer en Nueva York, aparte del

comedor particular de Wolfe. Por otro, a lo largo del muro izquierdo del piso de dicho establecimiento, corrían una serie de compartimientos separados por pequeños tabiques, con aire de auténticos reservados. Y, por otro, el propietario y administrador del «Rusterman» era un viejo amigo de Wolfe, Marko Vukcic, circunstancia que me permitiría limitarme a firmar la cuenta que me presentasen, mientras que si llevaba a mi invitada a otro sitio donde tuviera que soltar la mosca, a lo mejor a Wolfe le daba por negarse a reconocerlo como un gasto en aras del servicio, alegando que mi obligación hubiera sido ¡lavarla a comer a casa, a

su propia mesa.

A nuestra llegada al restaurante, habíame enterado ya de ciertos pormenores a guisa de información preliminar, como por ejemplo, que la chica se llamaba Rosa Bendini y era archivera auxiliar de la Sección de Maquinaria y Accesorios. Había sacado, asimismo, varias conclusiones, entre ellas que mi invitada tenía veinticuatro años, que no se arredraba por nada y que constituía una prueba fehaciente en favor de la observación de Kerr Naylor acerca de la veleidad de sus empleadas.

Rosa manifestó que prefería el vino a los combinados, declaración que le valió una mirada aprobatoria de Vukcic,

él cual, habiéndome visto entrar, brindose a acompañarnos personalmente a arriba, no ya en honor mío, sino en el de su antiguo amigo Wolfe. Luego, la muchacha disipó la buena impresión causada con lo del vino prefiriendo un bistec a un complicado plato de pescado propuesto por el dueño del establecimiento. Yo pedí lo mismo que ella por delicadeza. Apenas nos quedamos solos, le faltó tiempo para ir al grano.

—¿Es usted un policía, señor Truett?

—Atienda, jovencita —repuse con una sonrisa—. Como usted sabe, soy fácil de reclutar, pero, en cambio, resulto algo duro de pelar. Dijo usted

que tenía mucho que contarme. Una vez haya cumplido su promesa, veremos qué puedo contarle yo a mi vez. ¿Qué le induce a pensar que soy un policía?

—El hecho de que preguntase usted por Waldo Moore. Lo único que importa de él ya, son las circunstancias de su muerte, y eso es propio de un policía, ¿no cree?

—Por supuesto. Pero también es natural que pregunte por él toda persona interesada. Supongamos que yo sea una de ellas. ¿Y usted?

—También.

—¿En qué sentido?

—No me gusta que un posible asesino quede impune —murmuró la

chica, con un momentáneo destello en la mirada—. Waldo era amigo mío.

—Según eso, ¿fue asesinado?

—¡Naturalmente?

—¿Por quién?

—Lo ignoro... O quizá no estoy tan en ayunas. ¿Qué pasaría si lo supiera?

—Pues supongo que, como es usted una buena chica, no tendría inconveniente en decírselo a papá.

—Ojalá me hubiese llevado usted a un sitio más íntimo —lamentose la chica, posando una firme mano sobre la que yo tenía sobre el mantel—. Necesito conocer más a fondo a un hombre para hablarle con sinceridad.

La entrada del camarero con sendas

raciones de toronja, salvó la situación. En cuanto el hombre se retiró, mi compañera volvió a la carga:

—¿Qué fue usted a hacer al despacho de Hester Livsey?

—¿Otra pregunta? —protesté—. Dijo usted que tenía mucho que contarme, no que preguntarme. ¿Cómo sabe que Moore fue asesinado? No es posible que llegara usted a semejante conclusión con sólo verle con la cabeza aplastada. Eso no es ninguna prueba, ni siquiera para la policía o los forenses de la ciudad.

—¿Qué cosas más horribles de decir! —exclamó la chica, quedándose con la cuchara en el aire.



—También es horrible declarar que un hombre fue asesinado, particularmente tratándose de un amigo. ¿Qué grado de amistad mediaba entre ustedes?

La muchacha comió otro poco de toronja, no ya para ganar tiempo en lo tocante a la respuesta, sino simplemente porque le apetecía saborear su ración de fruta. Tras engullir otros tres bocados, declaró:

—Solía llamarle Wally, porque no me gustaba Waldo. Se me antojaba un nombre demasiado intelectual, y, además, soy muy aficionada a los sobrenombres familiares. Mi marido se llama Harold, pero yo le llamo Harry.

Wally y yo éramos excelentes amigos y seguíamos siéndolo cuando... fue asesinado. ¿Ye usted como tengo algo que contar? Y, dicho esto, atacó de nuevo su toronja.

—¿Su marido? —exclamé, mostrando sorpresa—. ¿Bendini?

—No, se apellida Anthony Harold Anthony. Cuando me casé, hace cerca de tres años, trabajaba ya en Naylor-Kerr y no me tomé la molestia de cambiarme de nombre. Me alegro de no haberlo hecho porque, tarde o temprano, conseguiré que Harry se avenga a pedir el divorcio. Cuando salió del Ejército, se llevó una sorpresa porque estaba convencido de que me había dejado envuelta en bolas

de naftalina. A Wally jamás se le hubiera ocurrido semejante majadería. Y apuesto a que a usted tampoco.

—Ni pensarlo —convine—.

¿Trabaja su esposo en Naylor-Kerr?

—No, es agente de Bolsa; mejor dicho, trabaja para un agente de Cambio y Bolsa, en la Nassau Street. Es un hombre muy ilustrado. Estudió en un Colegio, nunca recuerdo cuál. Llevo varios meses separada de él, pero no se resigna a perderme y, por ahora, no logro convencerle de que somos incompatibles, por más que le repito que lo nuestro no fue verdadero amor, sino un mero impulso.

Y depositando su cucharilla sobre el

plato, agregó:

—Permítame confesarle una cosa, señor Truett. Amaba sinceramente a Wally Moore. Yo misma me di cuenta de ello porque jamás había sentido celos de nadie excepto de él. Estaba tan celosa de todas mis amigas, que de buena gana las hubiera quitado de en medio. No me creía usted capaz de sentir así, ¿verdad? La primera sorprendida fui yo misma.

Mi respuesta no pudo ser muy expresiva porque en aquel momento llegó el camarero con los bistecs, servidos con gran acompañamiento de batatas asadas, escarola y vino de Borgoña. Después de llenamos los platos, el hombre dejó una reserva del

guisado sobre la mesa, al calor de un braserillo de carbón vegetal.

—¡Huy, qué buen aspecto tiene esto!  
—ensalzó Rosa.

El buen sabor del guiso y el aroma del Borgoña tuvieron la virtud de romper definitivamente el hielo. Total que, al terminar la cena, hallábame en posesión de material suficiente para llenar seis páginas mecanografiadas a un espacio. Rosa me lo contó casi todo en inglés mondo y lirondo, con exclusión de dos o tres meras alusiones que yo interpreté a mi manera. Más o menos deduje lo siguiente: desde el primer día que entró a trabajar, Waldo Wilmot Moore navegó entre el personal del

departamento del almacén como un delfín entre las olas. Resultaba, pues, poco menos que imposible calcular el número de sus devaneos y de los consiguientes odios despertados por su inconstancia. A buen seguro éstos contábase por docenas, si bien Rosa, acaso por respeto a su memoria, limitose a dar cuatro nombres, dos de ellos masculinos.

GWYNNE FERRIS era, según Rosa, una perfecta zorra. Como tal, intentó emplear sus malas artes con Moore, pero la cosa no surtió efecto y tuvo que retirarse de la circulación, al menos temporalmente. Tenía más o menos la misma edad que Rosa y llevaba unos

dos años trabajando en la casa, en calidad de taquimecanógrafa.

BENJAMÍN FRENKEL, joven serio y de carácter vehemente, que ostentaba el cargo de subjefe de una sección y pasaba por uno de los tres mejores corresponsales del departamento había sido también víctima de las malas artes de Gwynne Ferris hasta quedar completamente desorientado. Odiaba, pues, a Waldo Moore con toda la seriedad y toda la vehemencia de que era capaz, y acaso un poco más.

HESTER LIVSEY era una falsa, una presumida y una necia. Moore había la entretenido para pasar el rato sin abrigar jamás la menor intención de casarse con

ella. En realidad, no pensaba casarse con nadie, pero Hester no veía más allá de sus narices. Por espacio de algún tiempo, la chica habíase hecho ilusiones de que Moore era de su exclusiva propiedad, y cuando descubrió que el hombre seguía gozando del favor de Rosa, por no citar a otras muchas, perdió por completo el juicio y, hasta la fecha, seguía sin recobrarlo.

SUMNER HOFF disfrutaba de una categoría especial por ser ingeniero civil y asesor técnico del departamento. Dicho personaje había sido el héroe (o el villano, según el punto de vista de cada cual) del episodio más dramático de toda la carrera de Moore. Cierta día



de octubre, un poco antes de la salida del trabajo, frente al propio despacho de Dickerson, Sumner asestó un puñetazo a Moore, en pleno mentón, derribándole sobre la falda de una muchacha sentada ante el escritorio más cercano, con el natural menoscabo de la carta que ésta estaba escribiendo.

Antes de propinar el derechazo, el agresor había insinuado que el motivo de su enfado era cierto informe de Moore a propósito de una carta por él dictada, pero según Rosa, esa explicación fue sólo un pretexto, siendo así que la verdadera causa de su resquemor era el hecho de que Moore hubiese conquistado a Hester Livsey, a

quien él llevaba un año pretendiendo con las mejores intenciones.

Después de sabido todo esto, empecé a comprender por qué Pine había dicho que Moore era una de esas personas que provocan habladurías.

Durante casi dos horas, entre bocados de bistec y sus accesorios, tragos de una segunda botella de vino, y postres a base de pasteles, café y coñac, Rosa me contó una porción de cosas. Al fin de su relato, tenía en mi haber un buen puñado de detalles, pero, en resumidas cuentas, sabía lo mismo que antes. Me constaba que varios empleados estaban resentidos con Moore por sus informes adversos como

verificador de correspondencia, que el propio jefe de su sección le toleraba a la fuerza por no profesarle ni pizca de simpatía, y que el sujeto en cuestión era un tenorio de marca. Todo cuanto hizo Rosa fue perfilar los contornos, pero cuando llegados al medio del asunto, esto es, a corno sabía que Moore había sido asesinado y a si sospechaba la identidad del autor del hecho, todo fueron divagaciones. Rosa sabía que había sido asesinado porque le constaba que alguien deseaba su muerte. De acuerdo, pero, ¿quién era ese alguien? La chica estaba indecisa entre Hester Livsey y Gwynne Ferris. Cualquiera de las dos podía haberlo hecho. En cuanto a

las circunstancias de la muerte de Moore, Rosa tampoco pudo aportar nada nuevo, como no fueran hablillas, sospechas y prejuicios que a nada conducían.

La verdad es que me lo tomé con bastante filosofía, pues sabía, por experiencia, que tales desilusiones eran gajes del oficio de detective. Sin embargo, a pesar de toda aquella locuacidad de mi interlocutora, tuve la impresión de que se callaba algo. Cabía la posibilidad de que me hubiese acechado con el mero fin de brindarme apoyo moral y orientarme en lo que, a su juicio, constituía la dirección a seguir en aquel caso. Era perfectamente capaz de

ello. Pero, al propio tiempo, llegué a la conclusión de que también era capaz de ocultarme algo. En consecuencia, no bien apurarnos nuestro coñac, propuse:

—Son sólo las ocho. Podríamos ir a algún sitio a bailar o a ver un espectáculo, o bien a buscar mi coche para dar un paseo. Pero todo eso puede esperar. Creo que esta noche deberíamos concentrarnos en Wally Moore. ¿Ha oído usted hablar alguna vez de Nero Wolfe?

—¿Nero Wolfe, el detective? Pues, sí, muchas veces.

—Estupendo. Yo le conozco muy bien. Como dije antes, no soy policía, pero, como me dedico a la profesión de

detective, suelo consultar a Nero Wolfe. Tiene el despacho en su casa de la calle Treinta y Cinco. ¿Qué le parece si fuéramos a verle para discutir el asunto con él? Es un hombre muy ducho en atar cabos.

Abandonando su confiada actitud, la chica miróme algo alarmada.

—¿Adonde dice usted que vayamos, a una casa?

—Sí, a la casa donde Wolfe tiene su despacho.

—Temo que me ha juzgado usted mal, señor Truett —replicó Rosa, meneando la cabeza—. Jamás iría a una casa desconocida con un hombre a quien apenas conozco.

—Creo que es usted la que me interpreta mal —aseguré—. Lo que intento es librarla del recuerdo de ese Wally Moore. Por eso, y sólo por eso, propongo esa visita al señor Wolfe.

La chica accedió, renunciando a toda desconfianza. Un cuarto de hora más tarde, salimos del restaurante y tomamos un taxi. En el curso de aquel cuarto de hora previo a nuestra marcha, desplegué una gran actividad: lo empleé en firmar la cuenta, dedicar unos pocos requiebros a mi compañera y telefonar a Wolfe para anunciarle nuestra visita.

En el taxi, la chica mostrose algo nerviosa, sin duda emocionada ante la perspectiva de exponer un caso de

asesinato a Nero Wolfe. Por mi parte, pese al vino y al coñac que había ingerido, estaba aún lo suficientemente despejado para observar lo que sucedía a mi alrededor y, gracias a ello, en el cruce de la Calle 47 y la Décima Avenida, advertí que llevábamos escolta. En efecto, otro taxi que, al parecer, venía siguiéndonos todo el tiempo, viró detrás de nosotros hacia la Décima Avenida, Saltaba a la vista que su conductor no brillaba por lo sutil. Como Rosa persistía en su distante actitud, me abstuve de ponerla en antecedentes.

Cuando, tras virar a la derecha para metemos en la Calle 35, nos detuvimos



ante el domicilio de Nero Wolfe, apenas mediaba un palmo entre nuestro taxi y el de nuestro perseguidor. Pagué al taxista desde mi asiento y, al tiempo que tendía, la mano a Rosa para ayudarla a apearse del vehículo, surgió del interior del otro coche un corpulento hombretón con abrigo y un discreto sombrero de fieltro.

Al ver que el desconocido avanzaba hacia nosotros, juzgué oportuno dirigirle la palabra.

—No he entendido su nombre, caballero —espeté.

Sin prestarme la menor atención, el hombre acercóse a mi compañera y dijo, inquisitivo:

—¿Adonde vas con este hombre?

A pesar del tono autoritario del desconocido, Rosa no se inmutó.

—Cada día te pones más tonto, Harry —profirió la chica, profundamente enojada—. Te he dicho mil veces que no te importa nada adonde voy ni con quién voy.

—Y yo te he dicho y repetido que la cosa me importa mucho más de lo que crees —repuso el otro., dominándola con su estatura—. ¿Qué vas a hacer a esa casa con ese tipo? ¡Vamos, ven conmigo!

Y la agarró por el hombro. Rosa hizo un movimiento para desasirse, no ya presa de pánico, sino porque, sin duda, la presión de aquella mano la

magullaba. Con una mueca de dolor, la muchacha me gritó:

—¡Señor Truett! ¡Éste es el marido de que le hablé! ¡Tiene mucha fuerza!

Con ello, insinuaba que no me metiera con él. En visto de esto, intenté contempORIZAR:

—Escuche, amigo, ahí va una sugerencia. Sólo estaremos ahí dentro unas tres o cuatro horas, todo lo más. Podría usted aguardar aquí, al pie de estos escalones de acceso, y llevar a Rosa a casa en cuanto esté lista.

Me figuro que me expresé con torpeza, pero los maridos que se empeñan en seguir manejando el volante cuando el coche está boca abajo en una

zanja, me han irritado siempre. El hombre reaccionó inmediatamente y, soltando el hombro de su mujer, requisito esencial para la adopción de su nueva actitud, levantó el puño con el evidente propósito de descargármelo en pleno rostro.

Al tiempo que esquivaba el golpe, me dije que la cosa prometía ser simple, porque un buen luchador sabe que en el cuerpo humano hay partes más vulnerables y más fáciles de alcanzar que una cara. Pero me equivocaba. El hombre estaba perfectamente enterado, sólo que, creyendo a su vez que la cosa iba a ser coser y cantar, no había prestado gran atención a la táctica.

Cuando esquivé su puñada, ladeando la cabeza, y le asesté un codazo seguido de todo el peso de mi cuerpo en plena boca del estómago, dándole a entender con ello qué sabía el alfabeto, mi contrincante convirtiose en otro hombre.

En el plazo de un minuto, abalanzose tres veces sobre mí logrando darme en la mandíbula, todo lo cual, unido a la circunstancia de que el hombre pesaba diez o quince kilos más que yo, convencíome de que me llevaba ventaja en todos los aspectos, excepto en uno: él estaba fuera de sí y yo, en cambio, conservaba plenamente la sangre fría. Creyendo como creo en las ventajas, intenté sacar partido de la mía a base de

pequeñas pullas ofensivas para su dignidad de marido ultrajado, pronunciadas en los momentos culminantes de nuestra pelea, como por ejemplo la vez en que, al intentar asestarme un derechazo, mi agresor erró el golpe y tuvo que marcar unos compases de baile para recobrar el equilibrio.

En un momento dado, tras recibir una fuerte puñada en mi corazón, pareciome que el hombre farfullaba algo por lo bajo, a su vez. Entre el fragor de la lucha, oí distintamente una voz que decía:

—Podría usted pagarme ahora. Él sólo está atento a la pelea. En cambio,

usted puede hablar y luchar a la vez.

Vagamente, llegué a la conclusión de que el que así se expresaba no era mi enemigo, sino uno de los taxistas, que, recostados en el guardabarros del coche donde habíamos viajado Rosa y yo, disfrutaban de la pelea absolutamente gratis. El chófer de mi contrincante pretendía, bromeando, que le pagase también el importe de su viaje aprovechando una de aquellas breves treguas en la lucha. La cosa me molestó, pero procuré apartarla del pensamiento para conservar el aplomo. Al parecer, el marido de Rosa tenía pulmones de elefante. Ante la ausencia de un batintín para anunciar las pausas, sentí no haber

aprendido a respirar por las orejas. En cambio él ni siquiera necesitaba abrir la boca.

Una vez más, avanzó hacia mí con ánimo de golpearme la cabeza. Habíalo hecho ya en otra ocasión con éxito aprovechando mi retraso de una décima de segundo, y esta, vez me propuse actuar con más prontitud. Mi mejor puñada es el derechazo a la región renal, imprimiendo al cuerpo un impulso en sentido circular, y si la distancia y el ritmo de la lucha son favorables, siempre da resultado. Esta vez tampoco falló. Mi enemigo no se vino abajo, pero, por un instante, se le paralizaron los brazos y le flaquearon las piernas.



Aprovechando mi ventaja le asesté varios codazos, casi rozándole la cara y, cuando me pareció oportuno, retrocedí un poco y le propine otros dos puñetazos en los riñones. El segundo resultó un poco alto porque, por entonces, el hombre empezaba a desplomarse.

Permanecí junto a él con los puños crispados, sin poder hacer nada por evitar el temblor que me agitaba de pies a cabeza.

Uno de los taxistas comentó:

—¡Muy bien, muchacho! ¡Qué pelea más estupenda! ¡Casi he notado esos dos últimos derechazos!

Miré a mi alrededor. Aquella manzana nunca solía estar muy transitada

y a aquella hora del día hallábase desierta. Como, además, mi enemigo y yo no habíamos metido ruido con gritos o bramidos, no había ni un alma a la vista, fuera de los dos taxistas.

—¿Dónde está la dama? —pregunté.

—Se marchó como alma que lleva el diablo en cuanto empezó la pelea —respondió mi taxista, señalando en dirección oeste con un ademán del pulgar—. ¡Atiza! ¡Cualquiera se mete con usted! ¡Parece un boxeador profesional!

Yo intentaba aún moderar el ritmo de mi respiración, resollando como el que más. El marido de Rosa recostose sobre un codo con evidentes deseos de

levantarse.

—Atienda usted, marido resentido —le advertí—; si trata de ponerse en pie, siquiera a la pata coja, recibirá usted una nueva tanda de caricias. ¿Sabe quién vive en esa casa? Nero Wolfe. Traje aquí a su esposa para consultar a ese señor sobre cierto asunto. Ahora su mujer se ha ido y, como no pienso presentarme con las manos vacías, se vendrá usted conmigo. Además, necesita usted arreglarse un poco y beber una taza de té.

—¿De veras la trajo usted aquí para consultar a Nero Wolfe? —inquirió el hombre, incorporándose penosamente.

—Sí.

—Entonces, lo siento —farfulló mi ex enemigo, bregando por ponerse en pie—. Le presento mis disculpas. Cuando se trata de ella, no me detengo a recapacitar... Acepto su invitación. Me gustaría verme en un espejo para ver qué facha tengo. En cuanto a lo del té no tengo inconveniente, pero, la verdad, prefería un trago de algo.

—En este caso, suba usted por esa escalinata. Procuraré proporcionarle un espejo. ¡Eh! Recoja su sombrero. Está ahí en el arroyo.

Uno de los taxistas se apresuró a tenderse. Seguí a mi invitado en el ascenso de los siete escalones que formaban el quicio de acceso y abrí la

puerta con mi llave. Una vez colgadas nuestras cosas en el perchero del vestíbulo, conduje al hombre al despacho. Wolfe estaba sentado en su escritorio. Invitó a entrar al marido de Rosa con una rápida ojeada y luego, posando la vista en mí, inquirió:

—¿Qué diablos significa esto? ¿Es ésta la joven que cenó contigo?

—No, señor —repuse, satisfecho de mí mismo, a pesar de los pesares.

Tenía los huesos molidos, pero, a la sazón, respiraba ya normalmente.

—Este es su marido —proseguí—, el señor Harold Anthony, agente colegiado de Cambio y Bolsa. Siguió a su mujer a la salida de la oficina, y

luego nos ha seguido a los dos hasta aquí, pensando que íbamos a comérnosla. Al parecer, conoce nuestra reputación. Intentó darme un puñetazo en la cara sin conseguirlo, ahí enfrente, en la acera. Como ha tomado lecciones de boxeo, he tenido que forcejear al menos diez minutos para dominarle, y al fin lo he conseguido a base de tres derechazos en los riñones que le han dejado prácticamente fuera de combate. ¿No es cierto, señor Anthony?

—Sí —asintió el otro.

—De acuerdo. ¿Qué prefiere usted, *Scotch*, *rye* o *bourbon*?[\[4\]](#).

—Un buen trago de *bourbon*.

—Entendido. El señor Wolfe dirá a

Fritz que lo traiga. El baño está por ahí.  
¿Quiere usted seguirme?

—Pero, vamos a ver —gruñó Wolfe a nuestras espaldas—. ¿Dónde está la señora Anthony?

—Se ha largado —contesté desde la puerta del cuarto de baño—. Ha ido a dar un paseo. Su marido ostentará su representación, ¿verdad, señor Anthony?

# CAPÍTULO XIII

A pocos palmos del escritorio de Wolfe, hay un amplio y confortable sillón de cuero rojo, junto al cual hállase instalada una sólida mesita de nogal, cuya función principal es servir de recordadero mientras los clientes proceden a llenar sus talonarios de cheques. Harold Anthony instalose en el citado sillón, con una botella de *bourbon* en la mesita, al alcance de la mano, y soportó pacientemente el interrogatorio de Wolfe durante más de



una hora.

El señor Anthony tenía la convicción de que el departamento del almacén de Naylor-Kerr era un antro de lujuria y salacidad donde los primitivos apetitos germinaban como vástagos de batata.

El señor Anthony tenía un historial: desde su licenciamiento del Ejército en noviembre había zumbado a cuatro representantes del sexo masculino sorprendidos en el acto de acompañar a algún sitio a su mujer, y uno de ellos habíase visto obligado a ingresar en un hospital con la mandíbula rota. Nuestro visitante ignoraba si entre ellos figuraba uno llamado Wally o Moore.

El señor Anthony tenía una coartada:

la noche del 4 de diciembre habíala pasado en una bolera, con unos amigos. Al salir del local, a eso de las once y media, regresó a su domicilio. Ante la observación de Wolfe de que, según esto, habíale sobrado tiempo para ir a la Calle 39 y atropellar a Moore, Anthony asintió sin titubear, pero agregó que, por entonces, él no podía hallarse en posesión del coche por la sencilla razón de que éste había sido robado antes de las once y veinte, hora en que su propietario acudió a buscarlo, al salir del teatro, encontrándose con la desagradable sorpresa de su desaparición.

—Por lo visto —comentó Wolfe—,

siguió usted las informaciones sobre la muerte del señor Moore con interés y asiduidad. ¿Dónde, en los periódicos?

—Sí.

—¿A qué obedecía su interés?

—A que, al ver las fotografías de Moore en los periódicos, le reconocí como el hombre a quien había visto con mi mujer unos días antes.

—¿Dónde?

—Subiendo a un taxi en Broadway, en la parte baja de la ciudad.

—¿Le dirigió usted la palabra?

—Sí, le dije cuatro lindezas, y luego le casqué.

—¿Cómo?

—Aestándole un directo que le

obligó a recorrer medio Broadway, y me llevé a mi mujer.

—¿Es verdad eso? —masculló Wolfe., mirándole con expresión ceñuda —. ¿Qué le pasa a su sesera, amigo? ¿Tiene algún escape? Antes dijo usted que ignoraba si entre los acompañantes de su mujer por usted bombardeados figuraba uno llamado Moore.

—En efecto —convino el marido sin inmutarse—. Pero, ¡qué diablo!, entonces no sabía que iba usted a sacar a relucir este punto.

Sin duda aquel individuo tenía una doble personalidad. Sentado allí con un par de hombres y bebiendo buen *bourbon*, mostrábase equilibrado y

precavido. A duras penas le hubiera reconocido como el furioso tigre que había perdido todo dominio de sí mismo al verme ayudar a descender de un taxi a una archivera auxiliar de Naylor-Kerr, a no ser por el esparadrapo que cubría una incisión en su rostro, resultado de mi olvido de que los pómulos resultan muy duros al contacto con los nudillos.

Al principio, esto es, cuando él y yo salimos del cuarto de baño para regresar al despacho, el hombre habíase mostrado receloso y solapado, pese a sus tragos de *bourbon*, hasta que, por fin, pareció convencerse de que, en efecto, el único fin por mí perseguido al llevar a Rosa allí era consultar a Wolfe.

Luego, al enterarse de que dicha consulta estaba relacionada con la muerte de Waldo Wilmot Moore, no vaciló en llegar a la conclusión de que lo mejor era cooperar sin reservas si esperaba obtener alguna ayuda por nuestra parte para preservar a su mujer en lo posible de las derivaciones de aquel asunto. Al menos, ésa fue la impresión que tuve, y, para cuando llegamos a la cuestión de su coartada del 4 de diciembre, sentíme casi dispuesto a considerarle un semejante.

A eso de las diez menos cuarto, el hombre se despidió, no por el mero hecho de que la botella estuviese vacía o porque a Wolfe no le quedasen ya

preguntas que formular, sino por la llegada de Saúl Panzer. Hice pasar a Saúl, y al tiempo que éste se dirigía al despacho, el marido de Rosa salió de la estancia, tomó sus cosas del perchero y, al ponerse el abrigo, lanzó una serie de quejidos y lamentaciones sin el menor asomo de falsa modestia.

—¡Vive Dios! —exclamó—. ¡Estaré tullido una semana! ¡Esa derecha suya podría abollar un tanque!

Agradecí el cumplido y, tras cerrar la puerta tras él, regresé al despacho.

Saúl Panzer, un hombre de baja estatura, con una nariz digna de obtener el primer premio caso de progresar la teoría de que una nariz es todo lo que

una cara necesita, y una barba de las que siempre parecen afeitadas el día anterior, era el mejor agente independiente de Nueva York, el único colega, entre los que conozco, a quien me hubiera atrevido a entregar un cheque en blanco sin el menor recelo. Había venido a presentar un informe y, a juzgar por la extensión de ésta, saltaba a la vista que Wolfe debía de haberse puesto en contacto con él para encargarle unas gestiones aquella mañana en cuanto salí de casa para dirigirme a Naylor-Kerr.

Pero, aparte de su extensión, el citado informe no presentaba ningún otro interés. Panzer había hablado con varios



policías enterados del caso por su intervención directa en él, visitado tres archivos de periódicos, hojeado el expediente que le mostrara el capitán Bowen, e incluso al propietario del coche; y todo cuanto había cosechado era la más completa colección de negativas imaginable. En el coche no había sido obtenida ninguna huella digital; nadie tenía idea del motivo de la presencia de Moore en la Calle 39; nadie había visto aparcar el auto en la Calle 95 después del atropello; es decir, que no fue posible dar con la más pequeña pista. La policía estaba al corriente de la amistad de Moore con la señora Pine y de su romántica carrera en

Naylor-Kerr, así como de otros pocos detalles sobre su persona que no eran nuevos para mí, pero ninguno de éstos arrojaron el menor destello de luz sobre el asunto. Al presente, el hecho había pasado a la historia, pues era preciso atender a otros problemas. Con todo, subsistía un interés por el asunto, porque un homicidio casual con fuga de su autor nunca terminaba hasta la detención del responsable.

—Sólo hay un pequeño indicio — declaró Saúl, con expresión contrariada —. El cuerpo fue hallado a la una y diez de la madrugada. A la una cuarenta y dos llegó el forense. A primera vista, calculo que Moore llevaba unas dos

horas muerto, opinión confirmada, más o menos, por el informe final. De modo que contamos con las siguientes alternativas: primero, el cuerpo estuvo en la calle desde cerca de medianoche hasta la una y diez, sin que nadie lo descubriera. Segundo: cabe la posibilidad de que el informe médico fuera inexacto y que, por tanto el interfecto no llevase tanto tiempo muerto. Tercero: el cuerpo no estuvo allí todo el tiempo, sino que primero permaneció en otro lugar. Expuse esta teoría a la policía, pero nadie la dio por buena, alegando que es muy posible que la Calle 39 estuviera completamente desierta a partir de medianoche... En

resumidas cuentas —concluyó Saúl, con un ademán de impotencia—, que me contentaré con cobrar los gastos y no hay más que hablar.

—¡Bah, tonterías! —gruñó Wolfe—. El que paga no soy yo, sino el cliente. Los ojos de un tigre no dan luz, Saúl; se limitan a reflejarla. Has pasado el día en la oscuridad. Mañana por la mañana vuelve por aquí. Es posible que, para entonces, se me haya ocurrido algo.

Saúl se despidió.

Yo bostecé. Mejor dicho, intenté hacerlo sin resultado. No cabe duda que el vino suele inducirme a bostezar, pero debo reconocer que los efectos subsiguientes a una serie de puñadas

recibidas indistintamente en la mandíbula y en el cuello me impidieron satisfacer ese legítimo deseo. En vista de ello decidí levantarme y, para conseguirlo, di media vuelta a mi silla giratoria y no vacilé en apoyar la mano en el borde del escritorio para facilitar mis movimientos. Un *mínimum* de cuarenta músculos formularon una protesta simultánea, y, aprovechando la circunstancia de que Harry no se hallaba ya presente, lancé un quejumbroso alarido.

—Creo que voy a acostarme —  
declaré.

—Todavía no —objetó Wolfe—.  
Son sólo las diez y media. Mañana a

primera hora tienes que ir a la oficina y aún no he oído tu informe.

Y recostándose en su sillón, con los ojos cerrados agregó:

—Vamos, explícate.

Total que tres horas más tarde, a la una y media de la madrugada, seguíamos los dos allí dando vueltas a mi informe. Jamás había visto a mi jefe tan exigente y atento a todos los detalles y palabras. Por mí parte, sentíame la cara rígida como una tabla, aparte de otras molestias, especialmente en el costado izquierdo, pero me abstuve de lanzar nuevos quejidos para no regalar los oídos a Wolfe. Tras escuchar todo mi relato, éste quiso saber más cosas, y

cuando juzgó imposible prolongar por más tiempo aquella situación sin dar pie a la sospecha de que su único intento era ver cuánto tiempo tardaría en desplomarme en el suelo, allí, ante él, inquirió:

—¿Qué opinas tú de todo esto?

Traté de sonreírle, pero creo que no lo conseguí.

—Opino —farfullé— que el momento crucial de este caso sobrevendrá dentro de cinco o seis semanas, cuando nos hallemos en la alternativa de desistir y mandar la cuenta o de seguir adelante una temporadita más. Dependerá de dos cosas: de lo necesitados que estemos de

dinero y de lo que los Naylor-Kerr estén dispuestos a pagar a cambio de nada. Este es el problema con que nos enfrentamos y hay que darle una solución.

—Según eso, no crees que el señor Moore fuese asesinado.

—Lo ignoro. Existen por lo menos doscientas personas susceptibles de haberle asesinado. Caso que una de ellas hubiera hecho tal cosa, y contando con que haya algún medio de descubrir su identidad, tengo, naturalmente, mis predilecciones. Por ejemplo, como dije ya en otra ocasión, Pine figura entre mis favoritos porque resulta siempre verosímil que un culpable intente



desviar posibles sospechas fingiéndose interesado en la resolución del caso, según ha demostrado requiriendo los servicios de un detective. Pero, si es de esa clase de tipos que se avienen a que su mujer tenga amigos ante la idea de que, al fin y al cabo, él cobra un sueldo de la Compañía en que su costilla tiene una gran participación, ¿qué pudo inducirle al crimen? Por otra parte, la mujer había dado ya el pasaporte a Moore. De hecho, mi verdadero favorito es Kerr Naylor.

—¿De veras?

—Sí, señor. Es una cuestión puramente psicológica. Verá usted cuando le conozca el lunes. Apuesto a

que en sus diez últimas encarnaciones fue un gato con el record mundial en la caza de ratones. Añada a esto el inveterado impulso de un criminal a confesar su delito, ¿y qué tiene usted? Aunque el caso ha sido archivado como atropello con fuga de su autor sin que hasta el momento haya sido posible determinar la identidad del culpable, Naylor experimenta ese impulso y, en consecuencia, declara al mundo, con inclusión de un comisario de Policía, que el hecho fue un asesinato. Esto satisface su impulso sin costarle nada y, además, mantiene la tradición de su linaje gatuno. ¡Chico, qué divertido! En este caso, el ratón está representado por

los empleados de su departamento, por el presidente de la firma, la Junta Directiva, la policía... y todo bicho viviente menos él. ¡Ajá!, es mi favorito.

—¿Algún otro sospechoso?

—Muchos. Dickerson, por el honor de la sección. Rosenbaum, por beber los vientos por la señorita Livsey y desear salvarla de un temible Casanova. Y así sucesivamente. Pero todo esto es académico. Aunque sacáramos alguna conclusión, ¿de qué nos serviría? Las olas han borrado las huellas, y como he dicho antes, todo cuanto podremos resolver es la cuestión de renunciar a la empresa y presentar la cuenta. El único consuelo es que, a consecuencia de esto,

encontraré una esposa. Tengo empeño en que la señorita Livsey olvide a Waldo.

—Déjate de pamplinas —refunfuñó Wolfe.

Al comprobar que tanto su vaso de cerveza como la botella estaban vacíos, los miró con mirada incendiaria.

—En fin —suspiró—. Creo que lo mejor será que nos acostemos. ¿Te duele mucho?

—¿Que si me duele? ¡Quiá! ¿Quién habla de acostarse? Pensé que íbamos a charlar un rato más. Es un caso muy difícil. "

—Es posible que lo sea. Mañana procuraré ver a la señora Pine. Lo mismo da que venga a las once de la

mañana que después de almorzar. Podrías concertar la entrevista a través del señor Pine.

Y, dicho esto, Wolfe apoyó, ambas manos en el borde del escritorio, indicando con ello que se iba a levantar.

En aquel momento sonó el teléfono. Al punto, di vuelta a mi silla giratoria, sin exhalar ni una queja, para atender a la llamada.

—Oficina de Nero Wolfe. Archie Goodwin al aparato.

—¡Ah! ¿Es usted el señor Goodwin? Mi marido me ha hablado de usted. Yo soy Cecily Pine, la señora de Jasper Pine.

—A sus órdenes, señora Pine.

—Acabo de llegar del teatro, y mi marido me ha dicho que deseaba usted interpelarme acerca de Waldo Moore. Me gustaría colaborar en lo que buenamente pueda y, como no soy partidaria de diferir estas cuestiones, salgo hacia ahí ahora mismo. Ya tengo las señas.

—¿No le parece que sería preferible dejarlo para mañana, señora Pine? —insinué tratando de conservar mi tono sociable y cordial—. Es muy tarde, y el señor Wolfe...

Pero éste lo echó todo a perder. Tomando su teléfono supletorio, espetó:

—Aquí, el señor Wolfe, señora Pine. Puede usted venir ahora. Me parece una

idea excelente. ¿Tiene las señas?

Nuestra comunicante asintió. Dijo que no tardaría porque pensaba salir inmediatamente y vivía bastante cerca, en la Calle 67. Wolfe y yo colgamos nuestros respectivos receptores.

—Lo siento —comentó Wolfe—. Deberías estar acostado, pero es posible que te interese tomar notas.

—No tengo sueño —mascullé—. Esperaba esa llamada.

# CAPÍTULO XIV

Considerando lo que sabía de ella, apenas pude dar crédito a mis ojos cuando abrí la puerta para invitarla a pasar. Sin duda, me la figuraba inconscientemente como una especie de Hedy Lamarr ya madurita, con las consabidas arrugas en la cara, y, naturalmente, me llevé una sorpresa al comprobar que la mujer tenía una tez tersa, rosada y saludable, amén de una complexión de mediana estatura, algo rolliza y adocenada, pero en modo



alguno gruesa.

—¿Es usted Archie Goodwin? —  
preguntó con voz grave y armoniosa.

—El mismo, para servirla.

La visitante mirábame abiertamente y, en un momento dado, avanzó un paso para verme mejor.

—¿Pero qué le ha pasado a su cara?  
—inquirió—. ¡La tiene usted  
completamente congestionada y llena de  
contusiones!

—Sí, señora. Me enzarqué con un  
hombre y éste me golpeó con el puño.  
Mejor dicho, con los dos puños.

—¡Cielos! ¡Da pena mirarle! ¿Se ha  
aplicado usted algún bistec?

Como es de suponer, la mujer no

hablaba por experiencia, sino por el recuerdo de alguna lectora. Le contesté que, a mi juicio, la cosa no merecía la pena de sacrificar el bolsillo adquiriendo bistecs a noventa centavos la libra, y añadí intencionadamente que todo cuanto necesitaba era una buena noche de sueño. Una vez sentado esto, la hice pasar al despacho.

Wolfe estaba de pie, pero, a buen seguro, habíase levantado con el exclusivo fin de desperezarse. La señora Pine adelantóse a estrecharle la mano y, declinando el sillón de cuero rojo por preferir las sillas de respaldo recto, aceptó la que me apresuré a ofrecerle. Luego, tras permitirme que la ayudase a

despojarse de su elegante abrigo de visón plateado o de marta cibelina argentada, tomó asiento, diciéndome:

—Opino que debería usted hacerse algo en la cara. Lo curioso es que su insistencia no me irritaba en absoluto. Dábame la impresión de que la mujer sentíase incómoda al verme incómodo a mí, y, ¿cómo iba a ofenderme por esto? Comentamos, pues, lo de mi cara hasta que, al fin, Wolfe juzgó llegado el momento de ir al grano.

—¿Deseaba usted verme, señora?

Ella se volvió a mirarle. Sus modales cambiaron por completo., acaso porque mi jefe no tenía contusiones ni ronchas en la cara.

—Sí —respondió la mujer, secamente—. Pero conste que estoy en completo desacuerdo con mi marido en lo tocante a esa idea de contratarle a usted para indagar la muerte de Waldo Moore. ¿Qué conseguirá con eso?

—No tengo ni la más remota idea —murmuró Wolfe, cómodamente arrellanado, con los antebrazos apoyados en los brazos de su sillón—. Esto es cuestión de su marido. Sí no está usted conforme con su decisión de requerir mis servicios, debiera usted persuadirle a prescindir de ellos.

—No puedo. Lo he intentado, pero está empeñado en seguir adelante. Por eso me he decidido a venir a hablar con

usted. Me figuro que mi marido le ha contratado a usted personalmente... o en nombre de la firma. Si se aviene usted a desistir desde este momento, le pagaré lo que sea.

—¿Y qué conseguiría usted con ello? —replicó Wolfe, suspirando.

No me atrevería a afirmar que nunca le han gustado las mujeres, pero sí puedo asegurar que detesta a las que toman la iniciativa en asuntos ajenos.

—Su marido —prosiguió mi jefe— recurriría a otra persona. Por otra parte, señora, aunque me gusta cobrar precios muy elevados por hacer algo, no acostumbro a cobrarlos por no hacer nada, y no quisiera adquirir ese hábito

empezando por usted. No. Es evidente que está usted acostumbrada a conseguir lo que quiere, pero sin duda existe algún otro sistema de hacerlo. ¿Qué es lo que desea usted, concretamente?

La señora Pine volvióse a mirarme. Por un momento, creí que iba a insistir en lo de mi cara., pero, en lugar de ello, inquirió:

—¿Qué tal es su jefe, Archie? ¿Es tan terco como parece?

—Mucho más de lo que parece —corroboré, halagado por lo de Archie.

—¡Cielos! —lamentose la mujer, observando a Wolfe con interés, pero sin sombra de desaliento—. Supongo que está usted enterado de que, en cierta

época, Waldo Moore fue un buen amigo mío.

—Así tengo entendido —asintió Wolfe—. Me lo ha dicho el señor Goodwin, que, a su vez, fue informado por un periodista. Al parecer, la cosa es del dominio público.

—Naturalmente. Esta es la ventaja de no andar con tapujos. Las cosas que sabe la gente suelen darse por sentadas. Pero de permitir que las sepa a consentir que las comente públicamente en los periódicos, media un abismo. ¿Acaso se figura usted, señor Wolfe, que voy a cruzarme de brazos mientras usted ventila mi vida privada en los diarios y convierte la muerte de Waldo Moore en

una sensación pública?

—De ningún modo, señora —repuso Wolfe—. Salta a la vista que no piensa usted cruzarse de brazos. De otro modo, no hubiera venido usted a verme a las dos y media de la madrugada. A propósito, supongo que ha formulado usted la misma pregunta a su marido. ¿Qué le ha contestado?

—Asegura que la cosa no será ninguna sensación pública, y que lo único que se propone es dar fin a las habladurías de la oficina y evitar que mi hermano las promueva otra vez. Pero, personalmente, no me interesa correr ese riesgo y no pienso correrlo.

—¿Qué dice su hermano a todo esto?



¿Lo ha discutido usted con él?

La mujer contrajo el rostro. Como Wolfe no me había mandado tomar notas aún, tuve ocasión de observar las reacciones de nuestra visitante y, por primera vez, su cara acusó indicios de necesitar los servicios de un consultorio de belleza. La señora Pine apretó los labios sin decir nada. Al parecer, aquellas reacciones inesperadas eran propias de la familia, porque en el curso de la llamémosla comida con Kerr Naylor, la primera y única vez que éste habíase detenido a reflexionar era cuando su hermana había salido a relucir en la conversación.

Por último, la señora Pine

manifestó:

—No sé exactamente lo que piensa mi hermano. Se niega a decírmelo, a pesar de que, por lo regular, me lo cuenta todo. Es un... hombre muy particular. Siente gran antipatía por mi marido y por todos los demás personajes de la compañía, excepto por uno o dos.

—¿También por usted? —gruñó Wolfe.

—¿Cómo? Pues, no, ni pensarlo.

—Entonces, ¿por qué no cesa de remover esa cuestión de un posible asesinato cuando usted se lo suplica? —le espetó Wolfe.

Tras una pausa, la mujer explicó:

—Verá usted, mi hermano opina lo mismo que mi marido, esto es, que no hay peligro de que la cosa trascienda al dominio público. Pero a mí no me convencen; a pesar de lo que digan, el riesgo subsiste, y yo siempre he sido del parecer de evitar a toda costa riesgos innecesarios. Y puesto que mi marido y mi hermano se empeñan en portarse como niños mimados, por no decir otra cosa peor, no tengo más remedio que tomar cartas en el asunto.

La señora Pine me miró, e inmediatamente trocose en otra mujer.

—Parece que se nota un poco de fresco aquí, Archie. ¿Le importaría traerme el abrigo?

No me sorprendió la salida, porque, de hecho, la mujer llevaba aún el vestido de noche lucido en el teatro, con el consabido escote. Éste dejaba al descubierto una carnadura muy aceptable todavía, a pesar de que su poseedora me llevaba al menos diez años. Fui a por el abrigo y se lo eché por los hombros. Ella me lo agradeció con una sonrisa y yo volví a mi sitio, procurando moderar mi admiración.

—Me dije que lo mejor era tratar directamente con usted —continuó nuestra visitante, dirigiéndose de nuevo a Wolfe—. Tal vez tiene usted razón. Si renunciara usted a trabajar en el asunto, como dije, seguramente mi marido

acudiría a otra persona. En tal caso, ¿por qué no dejarle actuar libremente? Al parecer, quiere que usted investigue, y mi hermano está conforme, de modo que, ¿por qué no? Usted cobrará de todos modos y, además, recibirá un cheque personal. Esta vez no podrá usted objetar que le regalo el dinero, porque desde ahora va usted a garantizarme que la investigación se mantendrá al margen de toda publicidad. Lo importante es que nos entendamos. En cuanto al importe del cheque, ¿le parece bien... diez mil dólares?

—¡Por amor de Dios! —murmuró Wolfe, con incredulidad—. ¿Se da usted cuenta que me propone guardar un

secreto a cambio de ese dinero?

—¡No es cierto! —protestó la mujer, con expresión asombrada—. ¿Qué secreto?

—Todavía no lo sé. Pero el caso es que su marido, o su firma, cuya principal accionista es usted, me paga por descubrir algo, y usted quiere pagarme por ocultarlo si consigo descubrirlo. Ha insinuado usted que su marido y su hermano son un par de necios, pero ¿y usted? Usted me ofrece diez mil dólares. Me cree capaz de dobleces y fraudes. Si de veras lo fuera, ¿se figura que me conformaría con esa cantidad? ¿Por qué no cien mil, o un millón? Siento decirle, señora, que es usted una ilusa.

Sin darse por aludida, la mujer optó por concentrarse en la lógica.

—No diga usted tonterías —repuso desdeñosamente—. ¿Cree usted que habría venido a verle si no hubiese conocido su reputación? Eso sería un chantaje, y usted no es ningún truhán.

Wolfe quedose sin habla, lo cual constituía una prueba más de que no comprendía a las mujeres ni la mitad de bien que a los hombres. En cambio, yo entendí su razonamiento sin dificultad. Lo que insinuaba la señora Pine era sencillamente que si Wolfe engañaba a la Compañía Naylor-Kerr, no cometería bajeza alguna porque eso era lo que ella quería, mientras que si la engañaba a

ella o hacía la objeto de un chantaje, lo tendría por un estafador, un tunante y un bribón; sin embargo, sabía que no lo era porque conocía su reputación.

Viendo que no se entendían ni probablemente se entenderían, decidí intervenir con esta observación:

—Mire usted, señora Pine. De este modo, no conseguirá usted nada. No puede usted sobornarle ni amenazarle.

A juzgar por la forma en que me miró, colegí que ya no era Archie para ella, al menos de momento.

—No he intentado amenazarle — protestó.

—Ya sé. No he querido decir eso exactamente.



La señora Pine observó un instante a Wolfe. Luego, su mirada posose de nuevo en mí.

—Pero... —balbució al fin como aquel que le está dando vueltas a una idea—, sería perfectamente posible anular su licencia. Con los impuestos que pago y la gente que conozca no me costaría nada conseguirlo. ¿No necesita un detective una licencia para ejercer su profesión?

Esta salida casi me dejó sin habla a mí también, pero alguien tenía que defender nuestra causa.

—En efecto, la necesita —asentí—. Tanto el señor Wolfe como yo tenemos esa licencia. Claro está que podría usted

intentarlo, Alice, pero dudo que lograra su objeto.

—Me llamo Cecily.

—Ya sé. Me refiero a Alicia en el país de las maravillas. Me la recuerda usted mucho.

—Es un libro delicioso —declaró mi interlocutora—. He vuelto a leerlo hace poco. ¿Son ustedes socios?

—No, yo trabajo para él.

—¿Por qué? No comprendo cómo puede usted aguantarle. ¿Cuánto necesitaría para establecerse por su cuenta?

—¡Vamos! —intervino Wolfe—. Dejémonos de tonterías. Le aseguro a usted, señora, que si hiciera un pequeño

esfuerzo, llegaría usted a la conclusión de que soy un hombre razonable. ¿Quiere una sugerencia?

—No sé —repuso ella sensatamente—. Primero debo saber a qué atenerme.

—Pues verá usted. Con toda esta especie de cháchara no conseguirá usted nada del señor Goodwin ni de mí. Por otra parte, sepa usted que, aunque me diera por aceptar su ridícula oferta, es muy posible que gastara usted el dinero en balde. A lo mejor, sus suposiciones no son justas. Al parecer, da usted por sentado que, si llevamos a cabo una labor competente en la investigación de la muerte del señor Moore, es seguro, o cuando menos muy probable, que se

originará un escándalo público. ¿Qué la induce a creer eso? ¿Por qué está usted tan segura?

—Su observación es muy atinada — concedió la mujer, mirándole con admiración—. Si de veras estuviese segura de ello y le dijese el porqué, la cosa constituiría una gran ayuda para usted. Pero lo malo es que no estoy segura. Lo único que sucede es que no quiero correr ese mal riesgo.

—¿Comparte usted la opinión de su hermano según la cual el señor Moore fue asesinado?

—De ningún modo. Fue un accidente.

—¿Había usted visto al señor Moore

aquel día, esto es, el día en que murió?

—No, llevaba meses sin verle —  
manifestó la mujer.

Luego, riéndose quedamente, como si algún pensamiento hubiese despertado su hilaridad, agregó:

—¡Pensaba casarse! La novia era una muchacha de la oficina llamada Livsey, Hester Livsey. Un día Waldo me telefoneó para comunicarme la noticia. Naturalmente, ustedes no pueden darse una idea de lo grotesca que me pareció la cosa porque no conocían a Waldo.

—¿Le aconsejó usted que no se casara?

—¡Dios me libre! Habría sido inútil. Si hubiese conocido a la muchacha, tal

vez le hubiera dado un consejo. Pero, a Waldo, ni hablar.

Y, volviéndose a mí, la señora Pine preguntó:

—¿Suele su jefe emplear esa táctica. Archie? Dijo que iba a hacerme una sugerencia, y en vez de ello me está sonsacando.

—¡Ajá! —convine—. Pero no lo hace premeditadamente. Lo que ocurre es que le vuela el pensamiento.

—Mi sugerencia reviste un carácter meramente contingente —declaró Wolfe, sin prestarme la menor atención—. Su eficacia depende de que me haya dicho usted la verdad. Si de veras ignora usted los hechos susceptibles de causar

sensación caso de ser descubiertos, y todo cuanto desea es una garantía contra un posible riesgo, ¿por qué no confía en mi discreción? Tengo bastante, y, además, no me produciría satisfacción ni provecho provocar un tumulto público sin necesidad. ¿Por qué no me ayuda a desentrañar el caso? El meollo, del asunto está en la tenacidad de su hermano, en su apego a la noción de asesinato... o al menos al vocablo. Supongo que conoce usted a su hermano mejor que nadie. ¿Por qué no ayudarle? ¿Por qué no empezar ahora mismo hablándonos de él? Por ejemplo, tengo entendido que le rogó usted que diera un empleo al señor Moore. ¿Puso el señor

Naylor algún reparo a su petición?

Fue una tentativa muy equitativa, pero fracasó. Al parecer, Wolfe no había advertido que la mujer mostrábase reacia a hablar de su hermano, aunque semejante falta de perspicacia se me antoja improbable en un hombre que suele darse cuenta de todo. Sea como fuere, lo cierto es que la cosa no surtió efecto. La señora Pine no dio por terminada la entrevista (al contrario, parecía dispuesta a seguir charlando toda la noche), pero mostró abiertamente que no abrigaba la menor intención de proporcionarnos una biografía de su hermano. La única declaración positiva que Wolfe pudo arrancarle fue la de que



su hermano era una persona muy particular, según nos había dicho ya, lo cual no constituía ninguna novedad para nosotros.

Por fin, Wolfe apoyose en su escritorio y, empujando la silla hacia atrás, se puso en pie. La señora Pine le imitó y yo me apresuré a ayudarla a ponerse el abrigo.

En el vestíbulo, al verme dispuesto a abrir la puerta anterior, nuestra visitante colocose de forma que no pudiera realizar mi intento sin golpearle el pie, y me dijo afablemente:

—Confío en que mañana tendrá la cara casi curada.

—Gracias. Ojalá no se equivoque.

—Todavía no ha contestado usted a mi pregunta sobre cuánto cree usted que necesitaría para establecerse por su cuenta.

—Es verdad, lo había olvidado. Ya lo pensaré.

—¿Le gustan los conciertos sinfónicos?

—Sí, a veces, sobre todo cuando los escucho por radio, tumbado en la cama.

—¡Vaya! —exclamó ella, riéndose—. De todos modos, ya estamos casi en abril. ¿Es usted aficionado al remo, al golf, al béisbol?

—Al béisbol. Voy siempre que puedo escaparme.

—Es un juego maravilloso, ¿verdad?

¿Qué equipo prefiere? ¿«Yanquis» o «Gigantes»?

—Cualquiera. Me da igual.

—Ya le mandaré un pase para la temporada. Francamente, Archie, creo que mi hermano está loco. No le diga al señor Wolfe que he hecho este comentario.

—Nunca le digo nada.

—Entonces ése es nuestro primer secreto. Buenas noches, Archie.

La acompañé a la calle por los escalones de acceso, hasta el bordillo de la acera, pero no le abrí la portezuela del coche porque su chófer la aguardaba ya junto a ella. Al subir de nuevo los peldaños del quicio, me dije que a la

mañana siguiente debía telefonar a Lon Cohen sin falta para informarle de que la partida estaba prácticamente ganada, pero que no contase para nada con el diez por ciento porque el mérito era estrictamente mío.

Una vez dentro de casa, me dirigí directo a la escalera para no exponerme a nuevas dilaciones, pero opté por subir los peldaños de uno en uno en atención a que mi cuarto estaba dos tramos más arriba. En el primer rellano, me volví a gritar con toda mi alma:

—¡Subo a mi cuarto a calcular cuánto le costará a la señora Pine amueblar mi despacho! ¡Buenas noches!

# CAPÍTULO XV

A la mañana siguiente, es decir, el jueves, la oficina general del departamento del almacén se me antojo otro mundo. Cada vez que me dejaba ver, yendo y viniendo por ella, palpaba el cambio en el ambiente. El miércoles por la mañana el personal de la sala habíame considerado una mezcla de nuevo empleado, a quien era preciso inspeccionar y clasificar, y de intruso del exterior, muy capaz de no ver en las preciosas empleadas de la casa más que

meros miembros del personal. En cambio, el jueves por la mañana pasé a ser un detective tras un criminal. Tal es lo que pensó todo el mundo, y así lo dio a entender con su actitud. Ignoro si la propagación de la noticia debíase a Kerr Naylor o a otros varios medios de difusión, pero la reacción con que todos acogieron mi presencia no daba lugar a dudas.

Las partículas de tabaco dispuestas en el interior de la carpeta seguían en su sitio. La cosa no me defraudó grandemente porque abundaba en la creencia de que ninguno de los miembros del personal tenía tachuelas en el asiento. No obstante, dejé la

carpeta como estaba. A las diez, telefoneé a Jasper Pine para informarle del episodio del señor y la señora Harold Anthony. Luego, añadí:

—Su esposa vino a vemos anoche.

—Ya sé —respondió él, sin extenderse más en el asunto.

De esta parquedad deduje que mi interlocutor no necesitaba preguntar qué había dicho su mujer porque sin duda ésta le había puesto ya en antecedentes de todo.

Luego, al decirle que, al parecer, todo el departamento tomábame por un sabueso, Pine repuso ásperamente que en ese caso podía compórtame como tal y efectuar una batida general.

No obstante, mi primer galope no fue por el lugar en cuestión, sino hacia la redacción de *La Gaceta*, para ver a Lon Cohen, previa llamada telefónica. Sentía viva curiosidad no sólo por la actitud de Pine ante la afición de su esposa por los pollos de buen ver, sino también por las relaciones entre ella y Moore. Deseoso de saber la verdad, salí con la convicción de hallarme en posesión de ella, tras una entrevista con Lon y un pequeño cambio de impresiones con un par de periodistas. Una de dos: o bien Pine había adoptado la filosofía, en un tiempo ya muy lejano, de que las costumbres personales de la costilla no son de la incumbencia del marido,



desentendiéndose, por tanto, de todo, y la señora Pine había perdido por completo el interés en Moore a principios de 1946, limitándose a proporcionarle un empleo, o bien los muchachos de *La Gaceta* vivían en un mundo de fantasía.

Tras invitarles a comer en el *Pietro*, volví a la William Street. En mi despacho no había nada para mí. Ni Wolfe, ni Pine o Kerr Naylor habíanse dignado enviarme ningún mensaje. Por otra parte, el cajón del archivador seguía intacto. Así, pues, como no me hallaba aún sujeto a ninguna brida, era libre de elegir el rumbo a mi capricho. El de atravesar la sala hacia el despacho

de la señorita Livsey se me antojó tan acentuado como el que más.

La puerta estaba abierta, y la muchacha hallábase dentro, escribiendo a máquina. Entré, cerré la puerta y, sentándome en la silla situada a un extremo de su escritorio, inquirí:

—¿Qué opinión tiene usted de Rosa Bendini?

—¿Qué diablos se ha hecho usted en la cara? —inquirió ella, a su vez, contemplándome fijamente.

—Es posible que con esta pregunta se figure usted cambiar de tema —mascullé—, pero, en realidad, no es así. Hay una conexión. El que de tal suerte me embelleció la cara es el marido de

Rosa. ¿Qué opina usted de ella en diez mil palabras?

—¿Le duele?

—Vamos, vamos, jovencita. ¿A qué viene mostrarse dulce y femenina siendo así que todavía no ha empezado a olvidar a ese Moore? Déjese de evasivas.

La joven ruborizose ligeramente, por primera vez en mi presencia.

—No me juzgue usted mal. Es posible que no note usted dolor, pero, si se mirase a un espejo, comprendería mi actitud. ¿Qué hay de Rosa Bendini?

—¡Vaya! —exclamé, sonriendo, para demostrarle que los músculos funcionaban, a pesar de su aspecto—.

¿Conque ahora es usted la que pregunta? De acuerdo, ahí va, Rosa llama Wally a Moore. Afirma que éste jamás abrigó la menor intención de casarse con usted, y que usted perdió completamente el juicio, ésas fueron sus palabras, cuando descubrió que su novio seguía viéndola a ella, sin dar muestras de haberlo recobrado hasta la fecha. Permítame añadir que no soy de los que creen todo lo que les cuentan, porque comprendo que, de no haber recobrado aún el juicio, estaría usted loca, y me consta que no lo está.

La joven había palidecido visiblemente. Hasta entonces habíase mantenido en actitud de trabajar, frente a

su máquina, con las yemas de los dedos apoyadas en el marco del teclado, convencida de que yo sólo había entrado un momento a saludarla y no tardaría en marcharme; pero, al presente, volvióse de lleno hacia mí, mirándome abiertamente a los ojos. El tono de su voz corría parejas con la expresión de su mirada.

—Debiera usted haberme pedido una lista de la gente más chismosa de esta casa, aunque sospecho que, en realidad, no la necesitaba, porque sin ella ha encontrado usted por sí solo a la persona que encabeza esa lista. Cuando descubra a sus demás componentes, no se moleste en repetirme sus comentarios.

Tengo mucho que hacer.

Dicho esto, la joven adoptó de nuevo su erguida actitud ante la máquina y, mirando alternativamente el papel dispuesto en el rodillo y su libreta de notas, pulsó las teclas.

Yo hubiera podido formular varias objeciones, entre otras las de que Rosa habíame abordado a mí, no yo a ella. Pero consciente de que habría tenido que desgañifarme para dominar con mi voz el sonoro tabaleo de la máquina, opté por ahorrar aliento y marcharme por donde vine. La jornada estaba tocando a su fin y quedábame aún por interpelar casi todas las personas nombradas por Rosa. Volví a mi

despacho y, desde allí, telefoneé al jefe de la sección de personal de reserva donde prestaba sus servicios la señorita Gwynne Ferris, preguntando si podía mandármela un momento. El hombre repuso que, sintiéndolo mucho, no podía complacerme porque en aquel momento la señorita Ferris estaba ocupada escribiendo al dictado de un jefe de sección cuya secretaria habíase ausentado aquel día. Tras quedar de acuerdo en que me la mandaría en cuanto fuera posible, colgué el receptor y, mientras lo hacía, me percaté de que había alguien en la puerta.

Era un joven alto y huesudo, con una abundante cabellera enmarañada y

rebelde que pedía a gritos un peine o incluso la tijera de un barbero. Parecía un poeta sumido en profundos pensamientos y, como mantenía la mirada clavada en mí, deduje que sin duda el objeto de dichos pensamientos era yo.

—¿Puedo pasar, señor Truett? —  
inquirió el desconocido con voz retumbante como un trueno lejano.

Ante mi respuesta afirmativa, entró, cerró la puerta tras sí y, dirigiéndose a una silla en tres grandes zancadas, instalose en ella, diciendo:

—Soy Ben Frenkel. Benjamín Frenkel. Tengo entendido que se encuentra usted entre nosotros para



buscar al asesino de Waldo Moore.

Así, pues, a falta de Gwynne Ferris, tenía en mi haber a otro interesante personaje, el vehemente joven que, según Rosa, había sido alentado por la señorita Ferris hasta ser víctima de una auténtica desorientación.

Sosteniendo su mirada, tuve que concentrarme para evitar salir despedido por la ventana situada a mis espaldas.

—Yo no diría tanto, señor Frenkel —repliqué—, pero, puesto que ha optado usted por exponerlo así, por mí no hay inconveniente.

—Y yo me congratulo por ello —apresuróse a declarar mi visitante,

sonriendo con afable y triste sonrisa—. No esperaba que se comprometiese usted hasta tal punto. He estado aquí varias veces desde que me enteré esta mañana del motivo de su presencia en esta oficina, pero no he tenido la suerte de encontrarle hasta ahora. Deseaba decirle que me hallo bajo la impresión de haber sido yo el causante de la muerte de Moore, Vivo bajo esa impresión desde la noche en que sucedió el hecho o, mejor dicho, desde el día siguiente.

Al llegar a este punto, el joven se interrumpió.

—Siga usted, señor Frenkel —insté, alentándole con un ademán afirmativo

—. Todo eso es muy vago. ¿Se trata de una simple impresión o puede usted concretar fundándola en unos hechos?

—Temo que mi explicación será muy poco satisfactoria —murmuró el joven, enfurruñado.

Por su despejada frente pasó una nube de preocupación que convenía a maravilla con el eco retumbante de su VOZ.

—De hecho —prosiguió Frenkel—, he venido a verle con la esperanza de que me saque usted de dudas y me libre de esa obsesión. ¿Puedo contárselo confidencialmente?

—Depende. No puedo comprometerme a guardar el secreto de

una confesión de asesinato, por muy confidencial que ésta sea...

—¡Por Dios, señor Truett! ¡No se trata de ninguna confesión!

—¿Pues de qué?

—Mi odio por Waldo Moore — empezó Frenkel, lanzando un profundo suspiro—, fue uno de los sentimientos más vivos que he experimentado en la vida, por no decir el más vivo. No le diré a usted el motivo, porque no tengo derecho a comprometer el nombre de otra persona. Dudo que ningún hombre haya odiado a otro tan intensamente como le odiaba yo a él. La cosa duró meses, y llegó a asustarme, lo que se dice a asustarme. Por otra parte, he

sentido siempre un profundo interés en el fenómeno de la muerte. Ambos sentimientos entremezcláronse dentro de mí. Por último, sobrevino una fusión, una síntesis, de esas dos reacciones ante el estímulo. Una, el odio, era emocional; otra, el interés en la muerte, intelectual; y ambas se confundieron. De resultas de ello, la idea de la muerte de Moore pasó a constituir una verdadera obsesión para mí, y le di vueltas y más vueltas en el magín hasta reducirla a términos concretos y específicos. La idea de un auto atropellándole y dejándole sin vida se me ocurrió muchas veces, ignoro cuántas, pero puedo asegurarle que a decenas.

—No fue una idea lo que le atropello; fue un sedán.

—En efecto. No sugiero nada oculto en el misterio. Pues verá usted. Yo vivo en una habitación amueblada en la calle 94, cerca de Broadway. Una noche hallábame en mi habitación, con la cabeza llena de esas ideas de que le he hablado. Era siempre una experiencia extremadamente agotadora, y tal resultó también esta vez. Psicológicamente, podía compararse a un trance resultante de una congestión de las células cerebrales sometidas a una prolongada e insoportable tensión. Me dolía la cabeza y estaba tumbado en la cama.

—Y entonces se durmió usted y soñó

—colegí, experimentando ya los primeros indicios de aburrimiento.

—No. Me dormí, pero no soñé. Es decir, tuve la abrumadora impresión de que había estado durmiendo. Eso fue después de la una de la madrugada, exactamente a la una y diez. Experimenté la sensación consciente en el momento de abrir la puerta del cuarto de baño. Me dije entonces que debía de haber estado muy profundamente dormido para levantarme de la cama e ir hasta la puerta del baño, en el otro extremo de la habitación, sin darme cuenta de ello. Tenía la mente descansada y completamente libre de pensamientos, al revés de lo que suele sucederme cuando

me levanto. Eso fue todo lo que sucedió aquella noche; me desvestí y me acosté, y, al poco rato, me dormí de nuevo. Pero, a la mañana siguiente, cuando leí la noticia de la muerte de Moore en el periódico, ¿se imagina usted mi sorpresa?, sentíame súbitamente dominado por la impresión de que yo le había matado. Creo que una pequeña circunstancia contribuyó grandemente a la concepción de dicha impresión: la circunstancia de que el coche que le mató hubiese sido hallado aparcado en la Calle 95, justamente a una manzana de mi casa.

—Recapacite, señor Frenkel. El auto no fue hallado hasta cerca de mediodía,



de modo que él detalle no figuraba en el diario de la mañana.

—¿De veras? —exclamó el joven, desconcertado—. ¿Está usted seguro de eso?

—Segurísimo.

—¡Qué raro! —murmuró Frenkel, meneando la cabeza—. Eso demuestra lo que puede trabajar una mente. Recuerdo perfectamente que sentía ya aquella impresión por la mañana, al ir al trabajo; sin duda, el detalle de dónde fue encontrado el coche llegó más tarde y no hizo más que reforzar y corroborar la citada impresión. Sea como fuera, así empezó la cosa y, como subsiste todavía, quisiera desembarazarme de

ella.

—Lo comprendo y no se lo reprocho —le aseguré—. ¿Qué hora era cuando se acostó usted por primera vez, abrumado por sus ideas y su dolor de cabeza?

—Alrededor de las nueve. Naturalmente, he reflexionado sobre este punto. No puedo precisarlo con exactitud, pero fue más o menos a esa hora.

—¿Sabía usted dónde estaba Moore aquella noche o dónde había posibilidades de encontrarle?

—No.

Luego, tras un titubeo, aventuró:

—Sabía...

Pero dejó la frase en suspenso.

—Vamos, prosiga usted —insté.

—Sabía dónde me figuraba que estaba, o mejor dicho, sabía con quién me figuraba que estaba. Eso es todo. Prefiero no mentar nombres.

—Cuando se despertó usted junto a la puerta del baño, ¿cómo iba vestido?

—Como de costumbre. Exactamente igual que al tumbarme en la cama. Traje, zapatos... la indumentaria completa.

—¿Con abrigo o sombrero?

—No, hombre, por Dios. En ese caso, habríanse disipado todas las dudas, ¿no le parece?

—Por lo menos, la mitad. ¿Algún otro indicio, como por ejemplo las manos sucias o algo?

—No. Nada en absoluto.

—¿Ha mentado usted a alguien esta impresión de haber matado a Moore?

—Nunca. Mientras la policía investigaba el hecho, poco después de acaecido, vino a verme un detective para preguntarme si había salido a dar un paseo a última hora de aquella noche y reparado en alguien aparcando un coche en la Calle 95. Naturalmente, la policía mostraba interés por mí porque mi domicilio hallábase sólo a una manzana de distancia de dicha calle. El detective en cuestión preguntó también algo referente a... a mis relaciones con Moore, a lo cual yo respondí francamente que le detestaba.

—¿Pero se calló usted lo de su impresión?

—Sí, ¿a santo de qué había de decírselo?

—Es natural. Pero, ¿Por qué me lo ha contado usted a mí?

Frenkel encogiose de hombros. Sus ojos ya no me escudriñaban; al contrario, apartándose de mi persona, posáronse en el suelo. Parecía muy abatido. ¿No le estaría entrando dolor de cabeza otra vez? Haciendo votos por que así no fuera, aguardé a que levantase la vista de nuevo.

—Es muy difícil —murmuró, al fin, mi interlocutor, mirándome apesadumbrado—. Quizá le parecerá

una tontería, pero cuando me enteré de que estaba usted investigando el asesinato de Moore, concebí la vaga esperanza de que, si se lo contaba, tal vez podría usted comprobarlo (al fin y al cabo es usted un detective y tiene medios de hacerlo); por ejemplo, interrogando a la patrona y a otras personas de la casa, es posible que pudiera usted establecer el hecho de que no salí de mi habitación aquella noche.

Luego, con evidente perplejidad, agregó:

—Tal vez conseguiría usted sosegar mi mente. No puede figurarse la terrible tensión en que he vivido estos últimos tiempos. A propósito, ¿podría usted

decirme si el señor Naylor mentó algún nombre en relación con ese... irresponsable informe que envió al señor Pine? Concretamente. ¿Mentó el mío?

A la sazón, habíase desvanecido por completo mi aburrimiento, pero procuré reprimir todo destello de animación en la mirada.

—Bien —dije de pronto—, lo cierto es que han salido a relucir muchos nombres. ¿Tiene usted algún motivo para suponer la posible mención del suyo por parte del señor Naylor?

—Pues, no, señor Truett —replicó, inclinándose hacia delante—. Ningún motivo particular.

Por lo visto, el hombre volvía a estar en vena, porque, una vez más, dedicose a escrutar-me a conciencia.

—Esa impresión de haber matado a un hombre —prosiguió—, ha sido el elemento dominante de todos mis procesos mentales durante casi cuatro meses. Por consiguiente, debo procurar comprobar como sea su validez o nulidad en el mínimo plazo de tiempo posible. Necesito saber, y tengo derecho a saber, si alguna otra persona comparte la misma impresión y, en caso afirmativo, por qué motivo y con qué justificación. No puede ser el mismo motivo que el mío, porque nadie en el mundo, excepto usted, sabe lo que me



sucedió en mi habitación aquella noche. Por eso le pregunto si el señor Naylor ha mentado mi nombre. Si así es y usted no me insta a guardar el secreto, me gustaría ir a verle y...

En aquel momento abriose la puerta dando paso al propio Kerr Naylor.

A pesar de la tribulación de Ben Frenkel y su llamada de auxilio, no había germinado en mí el menor síntoma de caridad fraterna hacia él, o en todo caso, habíase marchitado ante la sospecha de que su principal propósito era sonsacarme. Pero, a la vista de la descolorida cara de Naylor y de sus centelleantes ojos de iris casi incoloro, despertose mi instinto protector, no sólo

a favor de Frenkel, sino de todo el departamento. Por su parte, Frenkel al ver quién era el recién llegado, levantose con tal precipitación que estuvo a punto de volcar su silla.

—Hola —dije a Naylor, con absoluta naturalidad—, ¿usted por aquí? No tenía el gusto de haberle visto hoy. El señor Frenkel me ha estado hablando del personal de su sección. Opino...

—El señor Frenkel no es el jefe de la sección —espetó Naylor.

—¡Ajá!, pero he comprobado que, por lo regular, obtengo más información de un subjefe que de un jefe. ¿Desea usted algo?

—Puede usted seguir con Frenkel

más tarde.

—No faltaba más —accedí, afablemente—, pero tengo la impresión de que nuestro amigo desea preguntarle a usted algo acerca de uno de los puntos de nuestra conversación. ¿No es eso, señor Frenkel?

Al parecer, me equivocaba porque éste dirigíase ya a la puerta. No había perdido del todo el habla, pero su retumbante voz degeneró en un tenue murmullo al manifestar que debía marcharse para despachar el correo pendiente, y en efecto, desapareció, dejando la puerta abierta. Kerr Naylor fue a cerrarla y, acercándose a la silla un momento antes ocupada por su

subordinado, tomó asiento.

—Los tiene usted atemorizados — comenté con admirativo espanto—. Incluso a los hombretones como Frenkel, capaces de dejarle a usted fuera de combate con una sola mano.

Naylor esbozó una aviesa sonrisa.

—Frenkel lo haría gustoso — murmuró.

—¿Por qué? ¿Algún motivo especial?

—No, salvo que cree que impedí su ascenso en enero —masculló Naylor, sacándose un folleto del bolsillo—. He encontrado esto en un cajón de mi escritorio y he pensado que tal vez a usted le gustaría leerlo.

Al tomar el folleto en cuestión, vi que el título de la cubierta rezaba así: «Proteínas y enzimas.»

—¿Dijo usted leerlo o comerlo? —  
inquirí.<sup>[5]</sup>

Como carecía de sentido del humor, Naylor optó por ignorar mi pregunta. Al parecer, el motivo de su visita obedecía exclusivamente a hacerme entrega del folleto y a discutir su tesis, o mejor dicho, a darme una conferencia sobre él. Teníalo todo en la punta de la lengua y soltó el rollo como si yo hubiese pagado por oír su charla y ardiera en deseos de escucharla.

De vez en cuando, captaba alguna palabra suelta, suficiente para

permitirme intervenir con alguna que otra pregunta o gruñido de aprobación. Pero casi todo el tiempo que duró su plática lo empleé en tratar de dilucidar a qué obedecía su reserva. ¿Por qué no iba al grano? Ni por un momento me tragué que abrigara el sincero deseo de instruirme sobre la cantidad de enzimas contenidas en la verdura. Ante mi impotencia, mi enojo iba en aumento. Mientras aquel individuo soltaba su discurso, allí dentro, en su pequeña cabeza, bullían hechos e intenciones o sea lo único que me interesaba. Pero, desgraciadamente, no se me ocurría nada para obligarle a soltar prenda. Por lo regular, cuando hablo con un hombre

en plan de detective, tengo siempre la esperanza de que, si yo fracaso en mi intento de sonsacarle, cuando menos Wolfe podrá con él. Pero, tratándose de Kerr Naylor, desconfiaba incluso de las reconocidas dotes de mi jefe.

El hombre siguió con su interminable perorata. Por dos veces consulté mi reloj, sin resultado. Finalmente, le dije que me disculpara, pues tenía una cita y se estaba haciendo tarde. Naylor inquirió con quién y yo le solté el primer nombre que se me ocurrió: Sumner Hoff.

—¡Ah! —exclamó, levantándose—. El señor Hoff es uno de nuestros mejores hombres, un buen ingeniero y un

excelente organizador. ¡Lástima que esté comprometiendo toda su carrera por culpa de esa muchacha, Hester Livsey! Podría haber ido al Brasil y asumido el mando de nuestra casa allí, pero no quiso marcharse a causa de ella. Creo que la conoce usted, ¿verdad? En todo caso, estuvo usted ayer en su despacho y hoy ha vuelto por allí. ¿Sabe usted dónde está el despacho de Hoff?

—Ya me enteraré...

—Venga usted conmigo. Está cerca del mío.

Así, pues, le seguí, pensando que su servicio de espionaje debía de ser no sólo perfecto sino rápido, a juzgar por la prontitud con que se había enterado de



mi breve visita a la señorita Livsey. Recorrimos la ancha nave lateral que separaba la oficina general de la hilera de despachos y, a poca distancia del fondo, mi compañero se detuvo ante una puerta cerrada.

—Este es el despacho de Hoff — declaró con su fina voz de tenor, tan prodigada un momento antes—. A propósito, se me olvidaba decirle algo. Con relación al asesinato de Waldo Moore le dije ayer que todo cuanto podía facilitarle era el hecho escueto. Esto no correspondía exactamente a la verdad y, por ende, pecaba en cierto modo de tergiversación. En realidad, estoy en posesión de otro hecho: el

nombre de la persona que le mató. Conozco su identidad. Pero no puedo ser más explícito. No es propio ni aconsejable acusar a una persona de asesinato sin aportar las debidas pruebas para apoyar la acusación. Así que esto es todo cuanto puedo decir.

Y dirigiéndome una sonrisa, agregó:

—Diga usted al señor Wolfe que lo siento.

Tras lo cual, dando media vuelta, encaminose a su despacho, situado al fondo del pasillo.

Mi primer impulso fue seguirle. Pero me detuve a reflexionar. Naylor había actuado de acuerdo con su peculiar estilo, espetándome la cosa en el

momento más inoportuno, esto es, cuando nos hallábamos a dos pasos de la primera hilera de escritorios con el correspondiente personal. Una bella joven de cabello oscuro me miraba atentamente, aprovechando la marcha del jefazo, al igual que las demás chicas de aquel sector, deseosa de contemplar de cerca al sabueso. Les hice una mueca colectiva, y, optando por no ir tras Naylor para evitar el posible deseo de estrangularle, abrí la puerta del despacho y entré en la estancia.

Hoff levantó la vista y, tras darme una ojeada, gritó:

—¡Salga usted de aquí!

Cerré la puerta y di una mirada

circular. Hoff tenía un bonito y espacioso despacho. En cuanto a él, era de esperar que el hombre que había asestado un puñetazo en la mandíbula de Waldo Moore por motivos sentimentales, y que por si fuera poco, ostentaba el título de ingeniero civil, tuviese más prestancia física. Era un tipo bastante robusto, pero con tendencia a engordar y a desarrollar una considerable papada en el plazo de muy pocos años. No se levantó ni tomó ningún objeto para echármelo por la cabeza; limitose a ordenarme que me largara.

Yo me acerqué a su escritorio, proponiendo con mucha sensatez:

—Lo haré con mucho gusto si me da usted una razón.

—¡Salga usted de aquí! —repitió en un tono que no daba lugar a dudas—. ¡Y quédese fuera, so entrometido! Por un lado, me dije que con un hombre en aquel estado de ánimo las probabilidades de mantener una conversación cordial y provechosa eran casi nulas; por otro, mi presencia allí en aquel momento obedecía al mero hecho de haber asegurado a Naylor, para salir del paso, que estaba citado con Sumner Hoff. En mi fuero interno, detestaba perder una oportunidad de hacer un comentario mordaz, más que más cuando tenía ya dos o tres en la punta de la

lengua, pero la expresión de su rostro indicaba bien a las claras que esperaba con gusto que me quedase para poder soltarme, a su vez, otras lindezas de su cosecha. En consecuencia, le gané la partida girando sobre mis talones y saliendo de la estancia, como él decía. De regreso a mi despacho, permanecí de pie junto a la ventana, examinando mentalmente la última papeleta de Kerr Naylor. Estuve tentado de bajar a una cabina telefónica y llamar a Wolfe, pero eran las cuatro dadas y eso significa que mi jefe estaría ya en el invernadero hasta las seis, de modo que rechacé la idea, por constarme que a Wolfe no le gustaba que le obligaran a utilizar la

materia gris cuando contemplaba sus plantas. En vez de ello, introduje unas hojas de papel en el rodillo de la máquina y puse el mismo encabezamiento de mi informe a la Compañía Naylor-Kerr, escrito el día anterior. Tras recapacitar unos instantes sobre la forma de redacción, tabaleé el teclado. El texto decía así:

*El señor Kerr Naylor presentose en mi despacho a las 3 y 25 de la tarde. Después de hablar un rato de cosas triviales, declaró que sabe quién mató a Waldo Moore. Agregó que eso era todo cuanto podía decirme,*

*porque "no es propio ni aconsejable acusar a una persona de asesinato sin aportar las debidas pruebas para apoyar la acusación". Me rogó dijera al señor Wolfe que lo sentía mucho. Intenté recomendarle que adelantase su visita al señor Wolfe antes del lunes, pero se fue a su despacho, dejándome con la palabra en la boca, en vista de lo cuál llegué a la conclusión de que era inútil seguirle.*

A continuación, añadí un par de párrafos sobre Ben Frenkel y Sumner Hoff, pero, a pesar de todo, quedó una cosa bastante pobre para toda una



jornada de trabajo. Apegado aún a la idea de la posibilidad de que alguien acudiera a echar un vistazo a mis carpetas, por curiosidad o por temor, hice una segunda copia y la puse sobre la del día anterior en la tercera carpeta empezando por arriba, con las consabidas partículas de tabaco sobre los mismos puntos. Cuando terminé de disponerlo todo, eran las cuatro y media. Salí del despacho y tomé un ascensor al piso treinta y seis. Una vez allí, dije a la recepcionista, señorita Abrams, que no estaba citado con Pine, pero esperaba verle unos instantes para entregarle algo, a lo cual ella replicó que su jefe estaba en una reunión y no quedaría libre hasta

al cabo de una hora, por lo menos. Me dije que puesto que Pine confiaba en su secretaria, no había inconveniente en que yo hiciera lo propio. Así, pues, le pedí un sobre y, tras meter en él el informe y cerrarlo, se lo confié con el ruego de que se lo entregase a Pine.

De vuelta a mi departamento, tuve una idea luminosa. Aún no había visto a Gwynne Ferris. Puesto que un miembro del personal habíame acechado el miércoles, ¿qué me impedía hacerlo yo, a mi vez, el jueves? Con todo, a última hora, opté por el teléfono, diciéndome que aguardaría a verla antes de decidir si la invitaba al Rusterman o la llevaba a casa conmigo para que Wolfe la

interpelase.

Pero no pude verla. Atendiendo a mi llamada telefónica, el jefe de la sección de personal de reserva me dijo que lo sentía mucho, pero que la señorita Ferris tenía aún tanto que hacer que tendría que quedarse un rato más, por lo que me agradecería que aguardase hasta el día siguiente. Naturalmente, tuve que acceder.

Salí con los demás, a la hora reglamentaria, y al bajar en el ascensor no pude quejarme de falta de atención. Unos me miraban abiertamente, otros echábanme una ojeada cuando creían que yo estaba distraído, y otros, en fin, me observaban con el rabillo del ojo.

Pero para cada uno de ellos y para todos, yo era única y exclusivamente el sabueso.

# CAPÍTULO XVI

Wolfe estaba leyendo tres libros a la vez. Solía hacer eso de vez en cuando, al menos desde que yo trabajaba a su servicio, y a decir verdad, semejante costumbre me incomodaba por parecerme jactanciosa. Las tres obras que al presente tenía entre manos eran: *El huésped inesperado*, de Christopher La Farge; *Amor desde Londres*, de Gilber Gabriel, e *Introducción a la Lógica Simbólica*, de C. I. Lewis. Mi jefe leía alternativamente veinte o treinta

páginas de cada uno, por sesión de lectura. Aquella tarde, después de cenar, sentose en su escritorio, dispuesto a gozar un rato de su circuito literario.

Antes de cenar, yo habíale informado ya de los sucesos de la jornada y, aunque al parecer me escuchaba, no formuló ni una sola pregunta ni hizo el menor comentario. Naturalmente, a las horas de comer, quedaba excluida toda conversación, pero era de esperar que durante la digestión mi jefe aventurase un par de sugerencias. Sin embargo, no fue así.

Yo me instalé en mi escritorio y procedí a limpiar y engrasar mi arsenal, consistente en dos revólveres y un

automático. Cuando Wolfe terminó el segundo turno de lectura, dedicada esta vez a *Introducción a la Lógica Simbólica*, y dejó el libro a un lado para tomar *Amor desde Londres*, inquirí respetuosamente:

—¿Dónde está Saúl?

—¿Saúl? —repitió con aire de tratar de dilucidar si me refería a Saúl de Tarso o a Saúl Soda—. ¡Ah, sí! No me pareció bien gastar el dinero de un cliente en balde. ¿Le necesitabas para algo? Creo que actualmente trabaja en un caso de falsificación, para el señor Bascom.

—Total que estoy haciendo un solo, ¿eh? ¿Qué prefiere usted, que me suba

arriba a dormir o que me quede para darle una oportunidad de pretender que nos ganamos el pan juntos?

—Archie —suspiró Wolfe, tomando el libro—. No tengo intención de empezar a poner orden en un caos. De momento, este caso es meramente una ininteligible babel. Si el señor Naylor mató al señor Moore, es muy posible que lleve su broma demasiado lejos. Si no hizo tal cosa y sabe que otra persona fue la autora del crimen, cabe el mismo comentario. Si no es ni una cosa ni otra, la Compañía está gastando el dinero tontamente, pero nosotros no somos accionistas. Probablemente, sabremos algo más concreto después de mi



entrevista con el señor Naylor el lunes por la tarde. Hasta entonces, sería inútil que me devanara los sesos pensando. Además, en realidad tú no quieres que haga tal cosa. Estás en tu elemento, con centenares de muchachas asequibles, indefensas y enteramente a tu merced.

—En primer lugar —gruñí, cerrando el cajón donde guardaba mi arsenal y poniéndome en pie—, no estoy en mi elemento. Y en segundo —agregué, dirigiéndome a la puerta del vestíbulo—, esas chicas no están a mi merced., sino al contrario, soy yo el que está a la suya. De modo que si en aquella casa caigo en alguna trampa y usted tiene que acudir a rescatarme, no me lo reproche.



# CAPÍTULO

## XVII

A las nueve treinta y cinco de la mañana siguiente, viernes, abrí el cajón del archivador de mi despacho en Naylor-Kerr y contemplé su interior con verdadera satisfacción. No sólo habían desaparecido las partículas de tabaco, sino que el borde del informe del jueves hallábase por lo menos un centímetro y medio más abajo que el del miércoles, aun cuando yo habíalos dejado

perfectamente superpuestos.

Gocé unos instantes de aquel sentimiento de euforia, pero, a poco, me entraron ganas de abofetearme. El jueves habíame llevado al despacho algunos instrumentos; no obstante, volví a llevármelos a casa para no dejarlos allí, al alcance de cualquiera y he aquí que aquella mañana no me había acordado de traerlos. Eso representó una pérdida de cuarenta minutos. Tras cerrar el archivador con llave, bajé a la calle. Afortunadamente no tuve dificultad en encontrar un taxi por ser la hora en que empezaban a circular los coches de alquiler por aquella zona de la ciudad. No hice más que entrar y salir

de casa en tanto el taxi me aguardaba fuera. Por suerte no tropecé con Wolfe, pues sus horas matinales en el invernadero discurren entre nueve y once. De modo que pude regresar a la William Street sin novedad.

Con gusto hubiera cerrado la puerta con llave, ya que allí imperaba la costumbre de entrar sin llamar; pero como no había llave, obstruí la puerta empujando el escritorio hacia ella. Una vez cuidadosamente transportadas las carpetas a la mesa, abrí mi caja de instrumental y puse manos a la obra. Era como arrancar melocotones de un árbol con el ramaje cuajado de fruto. Cualquier colegial hubiera podido

recoger aquella cosecha. A los veinte minutos, contaba ya con tres docenas de huellas, unas en el bruñido cartón de la primera carpeta, otras en la segunda y en la tercera, y un sinnúmero de ellas en los dos informes.

Mi euforia había cedido un poco. La curiosidad despertada por mi persona y mis actividades en la oficina general y las dos hileras de despachos hubiera podido llenar un camión de diez toneladas de haber tenido consistencia material, y contábame que la simple curiosidad arrastra a la gente a aventuras mucho más complicadas y peligrosas que la de entrar a hurtadillas en un despacho para registrar el

contenido de un archivador. Con todo, algo es algo y, cuando menos, podía trabajar sobre un hecho positivo en vez de andar dando vueltas por allí como un despistado.

Fiel a mi sentido del humor me dije que lo inmediato era adquirir material adicional, preferentemente al por mayor, y proceder a tomar las huellas digitales de todos los empleados de aquel piso. Suponiendo que todos se prestasen a colaborar, la tarea requeriría cuatro o cinco días de trabajo, a razón de ocho horas diarias, si la emprendía solo. Naturalmente, esto tenía sus inconvenientes. Dirigirme entonces al teléfono, depositado en el suelo a

consecuencia del traslado de la mesa, e inclinándome a recogerlo manifesté que deseaba hablar con el señor Pine.

Cuando, por fin, éste se puso al aparato, dije:

—Necesito que me responda usted a una pregunta que prefiero no formular a ninguna otra persona de esta casa. Sé que algunas grandes compañías han adoptado la costumbre de registrar las huellas digitales de todos sus empleados. ¿Figura la Naylor-Kerr entre ellas?

—Sí —respondió Pine—, empezamos a hacerlo durante la guerra. ¿Por qué?

—Quisiera obtener permiso para



echarles una ojeada. Me interesa examinarlas.

—¿Con qué objeto?

—Alguien ha andado rebuscando en mi despacho y curioseando mis papeles. Naturalmente, me gustaría saber de quién se traía.

—Eso resulta un poco descabellado, ¿no le parece? A propósito, recibí su informe. Esta tarde será sometido a la consideración de varios miembros de la junta directiva en una reunión prevista para hoy. Por otra parte, el señor Hoff ha insistido en verme; acaba de marcharse hace unos minutos. Asegura que la presencia de un detective en el departamento está desmoralizando a

todo el personal. Sinceramente le digo que de buena gana atropellaría al señor Naylor con mi coche. Menos mal que le ha estimulado usted un poco. Tal vez no estaría de más que celebrase usted una entrevista con el señor Hoff tanto si a éste le gusta como no.

—Me encantaría. ¿Qué me dice usted de lo de las huellas?

—No tengo inconveniente en que las examine, si considera que la cosa merece la pena. Diríjase usted al señor Cushing y dígale que va de parte mía.

El señor Cushing era el subvicepresidente que me había presentado a los diversos jefes de sección cuando empecé a trabajar en la

casa. Me puse en contacto con él por teléfono. Cabía esperar que el hombre mostrase cierta curiosidad por saber a qué obedecía el interés de un experto en personal en las huellas digitales de los empleados, mas no fue así, sin duda porque la noticia de mi verdadera identidad había trascendido ya allende los límites del departamento del almacén. El señor Cushing mostrose muy servicial, llegando al extremo de mandarme un chico con una caja de cartón vacía y una provisión de papel de seda para el feliz transporte de mis bártulos. No me dejaron solo con las fichas, clasificadas en un archivador instalado en una habitación del piso

treinta y cinco. Una mujer madura con el pelo teñido de castaño claro y la carnadura enjuta, que al parecer había comido cebolla para desayunar, se mantuvo constantemente a tres metros escasos de mí. Dicha guardiana tuvo un momento de vacilación cuando mandé a por el chico y le encargué me trajera sándwiches y leche, pero salió del paso telefoneando a una compañera con el ruego de que la relevase mientras ella se iba a dar cuenta de su almuerzo.

Yo sabía lo que traía entre manos, pero como no era ni mucho menos ningún experto en la materia, veíame obligado a trabajar despacio para no echarlo todo a perder. Tenía la ventaja

de contar con una extensa colección de excelentes muestras originales, pero aun así la tarea resultaba muy larga y penosa. Durante la tarde, la devoradora de cebollas ofreciome por dos veces ayuda, pero yo decliné cortésmente, experimentando un vivo escozor en los ojos y un asomo de tortícolis en el cuello.

Por último, a las cuatro dadas, di con lo que buscaba. Aun antes de aplicar la lupa sobre la ficha en cuestión, barrunté que estaba al cabo de la calle, y tras cinco minutos de comparar las huellas que figuraban en ella con una docena de los mejores ejemplares estampados en las carpetas y los

informes, confirmé mis sospechas con pruebas susceptibles de convencer al jurado más exigente. Sin duda lancé una exclamación de triunfo y acusé mi alegría con algún ademán, porque la devoradora de cebollas acercose a preguntarme:

—¿Ha encontrado usted ya lo que buscaba?

Para ahorrarme una mentira, contesté afirmativamente, teniendo buen cuidado de tapar con la mano el nombre escrito en la ficha. Cuando la mujer retrocedió a su puesto de observación, metí de nuevo la ficha en el archivador, cerré el cajón y recogí mis utensilios en la caja de cartón con el papel de seda. Luego, tras

agradecer a la devoradora de cebollas las agradables horas pasadas en su compañía, regresé al piso treinta y cuatro con la caja bajo el brazo. Una vez en mi despacho, deposité mi carga en el suelo, entre la ventana y el escritorio, ya reintegrado a su sitio, y, tomando el teléfono, pedí comunicación con el jefe del personal de reserva.

—¿Qué hay de la señorita Gwynne Ferris? —le pregunté en cuanto se puso al habla—. ¿Puedo verla ahora?

—Me temo que no —disculpose el hombre—, Lo siento muchísimo, señor Truett, pero la señorita Ferris todavía tiene mucho que...

—Perdone que le interrumpa —

espeté—, Yo también lo siento, pero ya no puedo aguardar más. Ya he preguntado por ella tres veces, y si es preciso recurriré al señor Naylor o al señor Pine...

—¡No se moleste, por Dios! ¡Ignoraba que fuese tan importante!

—Es posible que lo sea.

—¡En tal caso, se la mandaré inmediatamente! ¡En seguida estará ahí!

Le di las gracias y colgué el receptor. Luego, me levanté a colocar en la debida posición la silla reservada a los visitantes y volví a mi sitio. La puerta estaba cerrada En el momento que consideraba indolentemente la posibilidad de levantarme a abrirla para



ahorrar la molestia a la muchacha, abriose la hoja dando paso a la señorita Ferris. Ésta cerró la puerta tras sí y acercose al escritorio.

Yo no tengo la excusa de Wolfe — basada en el acarreo de cerca de ciento sesenta kilos de humanidad— para no ponerme en pie cuando entra una visita en mi despacho, y además, no soy un patán. Pero aquella vez, permanecí pegado en mi silla por lo menos tres segundos más de lo impuesto por los límites de la cortesía, hasta que la joven inquirió con voz dulce y melodiosa:

—¿Me ha mandado usted llamar?  
Soy Gwynne Ferris.

Era la chica de las faltas de

ortografía que me había lanzado aquella serie de miradas tiernas a la hora escasa de mi entrada en la oficina general del departamento.

# CAPÍTULO

## XVIII

En vista de que había pasado el momento psicológico de levantarse para acoger la entrada de una dama, pasé por alto el ceremonial y dije:

—Ahí hay una silla. S-I-LL-A. Tenga la bondad de sentarse. S-E-N-T-A-R-S-E.

Ella obedeció graciosamente, sin agitación, cruzando las piernas con el consabido tironcito a la orilla de su

falda de lana verde, al tiempo que me sonreía por partida doble, con sus lindos labios rojos y sus claros ojos azules.

—Hoy es viernes —declaré—. De modo que supongo que es su quinto y último día de trabajo aquí, ¿verdad?

—Pues verá usted... —titubeó la muchacha.

—Soy magnánimo por naturaleza —proseguí— (¿a que no sabe deletrear la palabreja?), y no me molestan las bromas. Varios de mis mejores amigos son grandes bromistas y yo no les voy en zaga. Además, me figuro que mi súbita interpelación, sentado en el extremo de su escritorio, sobre Waldo Moore le produjo a usted un sobresalto, habida

cuenta de..., bien, no quisiera pecar de indiscreto, digamos de la propincuidad existente entre ustedes. P-R-O-P-I-N...

—No se moleste en deletrearlo — me atajó ella, con voz algo menos melodiosa y carente en absoluto de dulzura—. Limítese a decir lo que significa. Si significa lo que me figuro, es una perfecta mentira y sé quién se la contó a usted.

—Demuéstrelo. ¿Quién?

—Hester Livsey. ¡Y usted la creyó a pies juntillas! ¡Mi reputación, la reputación de una muchacha, no cuenta para nada! ¡Ni siquiera se detuvo usted a reflexionar, pensando que si se lo decía Hester Livsey, nada menos que la

secretaria de un jefe de sección, era la pura verdad! ¿Qué le contó esa mujer? ¿Qué dijo exactamente?

—Se equivoca usted de medio a medio —repuse, meneando la cabeza—. La señorita Livsey no la ha nombrado a usted para nada, y, en cualquier caso no parto de la base de que una secretaria de jefe de sección esté exenta del vicio de mentir. ¿Por qué no olvida usted ese detalle? Vamos a ver, conocía usted a Moore, ¿no es eso?

—En efecto, todo el mundo le conocía —contestó la chica con entonación normal.

Por lo visto, la inflexión de su voz variaba con la frecuencia y la rapidez

del tiempo.

—Ninguna chica, cualquiera que fuese su carácter y temperamento, se libraba de conocerlo.

—Sí, tengo entendido que era muy sociable. ¿Salió usted mucho con él?

—No, no... —murmuró, indecisa, al tiempo que una diminuta arruga aparecía en su hermosa y tersa frente—. Me llevó un par de veces al teatro, y pare usted de contar. Una vez fuimos a Long Island en su coche y sufrimos un pequeño accidente del que salí con una herida sin importancia. Como es de suponer, todo el mundo se enteró.

—Ya me lo figuro... ¿Pero usted no intimó especialmente con él?

—¡Cielos! ¿Quién había de intimar?

No, no hubo tal cosa.

—Entonces, supongo que su muerte no constituyó un golpe muy rudo para usted.

—No, apenas me di cuenta... Es decir —apresuróse a rectificar—, sí lo sentí, pero más que por él, por mi carácter. No me gusta la muerte. Sencillamente, no me gusta, sea de quien sea.

—Lo mismo me ocurre a mí —convine con un ademán de asentimiento—. La comprendo perfectamente. Lo que quiere usted decir es que lo hubiera usted sentido mucho más si se hubiese tratado de... de Ben Frenkel, por



ejemplo.

La joven dio un respingo, con el consiguiente retroceso de la orilla de la falda sobre las rodillas.

—¿Quién diablos ha mentado a Ben Frenkel?

—Pues, yo. En este preciso momento. Frenkel vino a verme ayer y estuvimos charlando. ¿No es amigo suyo?

—Sí, pero no íntimo —replicó Gwynne con aire retador—. ¿Dijo él tal cosa?

—No, ni hablar. No es de esa clase de individuo. Me he limitado a utilizarlo como ejemplo de lo poco que notó usted la muerte de Moore. ¿Qué opina usted

de esas habladurías sobre un posible asesinato de Moore?

—Me parece espantoso y no quiero oír hablar de ello. La chismografía es detestable.

—¿Pero ha oído usted algo referente a ese rumor, verdad?

—Muy poco. ¡Prefiero no escucharlo!

—¿No siente usted interés o curiosidad? Pensé que las mujeres inteligentes sentían curiosidad por todo, incluso por los asesinatos.

—Yo, no —repuso ella, meneando su angélica cabecita—. La curiosidad no forma parte de mi carácter.

—¡Qué raro! La cosa no puede

menos de sorprenderme, porque cuando averigüé que era usted la que vino aquí a hurtadillas a registrar ese archivador, curiosear mis carpetas y leer mis informes sobre Moore, me dije: «Era de esperar. Pero la cosa no pasa de aquí: Gwynne Ferris es una hermosa e inteligente muchacha que ha sentido tal curiosidad por mis indagaciones que no ha podido resistir la tentación.» Y ahora me sale usted con que no es curiosa. No acierto a explicármelo. Es realmente muy raro.

No soy un Nero Wolfe en el arte de leer en las caras, pero tampoco me tengo por tonto y, en aquella ocasión, observé claramente que durante mi parlamento,

la chica había decidido tres veces llamarme embustero y mudado otras tantas de parecer, optando al fin por una idea mejor. Cuando cesé de hablar, sin formular de inepta ninguna pregunta, en espera de ver su reacción., hizo el siguiente comentario:

—En efecto; es muy raro.

—Bien —suspiré—, puesto que no es usted curiosa, me figuro que tenía un motivo especial para desear saber mis averiguaciones. El hecho de que le esté hablando de este asunto, a solas, se debe a que considero mucho mejor esta solución que dar parte y someterla al interrogatorio de una pandilla de necios... Ya sabe usted cómo es la

policía.

Dejé la frase en suspenso porque, al parecer, Gwynne había tomado una determinación. Con un encantador ademán, levantose de su silla y vino hacia mí susurrando estas palabras:

—¿De veras me considera usted capaz de semejante cosa? ¿Cómo es posible que crea usted todas las mentiras que le cuentan sobre mí? Porque a alguien se le ocurre decirle que me han visto entrar y salir de su despacho, ¿va usted a creerlo?

—No. Imposible.

Me proponía seguir hablando, una vez recobrado de la sorpresa que me produjo el hecho de que la muchacha se

apoderara de mis manos. Pero en aquel momento, abriose la puerta de la estancia y apareció Kerr Naylor.

Al percibir el rumor a sus espaldas, mi seductora apartose bruscamente de mí, volviéndose hacia el recién llegado.

—Ya son más de las cinco, señorita Ferris —advirtió Naylor—. ¿Todavía no cesa usted de trabajar?

—Yo mandé a por ella— intervine, echando un cable a la muchacha—, y estamos manteniendo una charla que se prolongará por lo menos una hora. En este momento, la señorita Ferris procedía a sacarme una mota del ojo. ¿Puedo ayudarle en algo?

Naylor sonrió y, dirigiéndose a la

silla aún tibia de Gwynne, tomó asiento.

—Tal vez el ayudado va a ser usted —profirió el hombre con su aguda voz atenorada—. Me encantaría tomar parte en la conversación, si la limita usted a una hora.

—Se lo agradezco a usted mucho, pero se trata de algo muy reservado —repuse, meneando la cabeza enfáticamente—. No se retire, señorita Ferris. Quédese aquí. En cuanto a usted, señor Naylor, si todo cuanto ha venido a decirme es buenas tardes, de acuerdo: buenas tardes.

—Este es mi departamento, señor Truett.

—Con excepción del lugar en que

pueda yo encontrarme en un momento dado. El suyo es el departamento del almacén. El mío, el departamento criminal. Repito: buenas tardes... a menos que haya venido a otra cosa.

Naylor estaba mudo de cólera. Aunque su pequeño rostro céreo no acusaba ningún sentimiento, el hecho de que permaneciera silencioso era señal inequívoca de su ira. Poniéndose en pie, clavó la vista en Gwynne, y al ver que la chica no le miraba, posó los ojos en mí.

—Muy bien, señor mío. La cuestión de su posición en esta casa será debatida el lunes... si sigue usted aquí para entonces. He venido a decirle algo y, aunque la señorita Ferris no es ideal



para el caso, no estará de más tener un testigo. Según parece ha informado usted conforme yo le he dicho que sé el nombre de la persona que asesinó a Waldo Moore. ¿Es verdad eso?

—Ajá.

—Entonces, ha dicho usted una mentira. Yo no le he hecho a usted esa declaración, ni ninguna que se preste a semejante interpretación. No tengo idea del porqué ha informado usted de esa mentira, ni pienso perder el tiempo tratando de averiguarlo.

Y dirigiéndose a la puerta, volvióse a decimos, sonriente:

—Ya pueden ustedes reanudar la conversación por mí interrumpida.

Buenas tardes.

Y se marchó, cerrando la puerta tras sí. Yo permanecí un rato inmóvil, con el oído atento, y en el silencio de la desierta sala general percibí sus pasos alejándose gradualmente.

—¿Ve usted? —exclamó Gwynne, al fin—. De la misma manera que le han dicho que yo entré subrepticamente en su despacho, ahora le acusan a usted de mentiroso. Sólo que yo no soy de las que creo todo lo que me cuentan...

—Silencio, monada. Siéntese y estése calladita mientras yo aguzo el ingenio.

La chica obedeció. Yo me abstuve de mirarla para no distraer mi atención,

procurando posar la mirada en un objeto más neutro. A primera vista, aquella brusca impetuosidad de Kerr Naylor parecía el principio de una gran retirada. Una vez emprendida ésta, a buen seguro ya no se detendría, y a mediados de la semana siguiente, el hombre saldría con que Moore no había sido asesinado, y, a lo mejor, ni siquiera herido.

—Lo que me sorprende es la cobardía del señor Naylor —comenté—. ¿A qué viene esa retirada? En cuanto a usted, debo advertirle que en el momento en que se presentó Naylor, estaba a punto de decirle que perdía usted el tiempo, porque nadie me vino

con el cuento de haberla visto entrar en mi despacho. Lo sé por las huellas digitales. Dejó usted al menos cinco docenas de ellas en las carpetas y los informes. Pienso guardármelas para tener un recuerdo suyo. Bien, ¿qué me dice usted a esto? ¿Estaba sonámbula? Vamos, explíquese.

Una profunda arruga surcó su frente, como si le hubiera dado instrucciones para realizar un difícil trabajo mecanográfico e intentase assimilarlas mentalmente. En cuanto a mi ingeniosa sugestión sobre su posible sonambulismo, no pareció afectarla en lo más mínimo, acaso por no haberla siquiera oído. Por fin, aventuró:

—¿Huellas digitales?

Lo dijo en el tono de aquel que oye pronunciar una palabra rusa y se lamenta de no entender ese idioma.

—Eso es. Unas diminutas rayitas que tenemos en las yemas de los dedos que quedan impresas con bellos dibujos en cuanto tocamos. H-U-E-LL...

—No sea usted impertinente —reconvino la joven en tono ofensivo—. De todos modos dijo usted antes que le resultaba imposible creer una acción así por mi parte.

—En primer lugar —repliqué con firmeza—, yo no dije tal cosa. En segundo, tengo por norma no permitir que una mujer entable una discusión

sobre lo que dije o deje de decir. Veamos. Explíquese.

—Yo no tengo que explicar nada — declaró mi interlocutora visiblemente indignada—. Todo cuanto debo hacer es decirle a usted la verdad, aunque no le considere digno de ello. Ayer dijo usted que quería verme, pero no pude venir porque tenía un montón de cosas que hacer para el señor Henderson, cuya secretaria está enferma en casa. No obstante, cuando terminé mi trabajo, pasé por aquí diciéndome que, a lo mejor, seguía usted aguardándome. Al ver que no estaba, pensé que quizás había dejado trabajo para mí en el archivador, y naturalmente tuve que

abrirlo y mirar dentro de las carpetas, por ser el lugar más adecuado para dejar papeles pendientes. ¡Y ahora me acusa usted de manejos clandestinos simplemente porque intenté cumplir con mi deber a pesar de ser cerca de las siete de la tarde!

—No está mal —admití, mirándola de hito en hito—. Sería una buena explicación, aunque estúpida, sino lo hubiese negado usted al principio. ¿Por qué lo hizo, querida mía?

—Pues creo que porque... porque no puedo evitar tomarle el pelo a la gente. Soy bromista por naturaleza.

—¿De modo que esa es su explicación y se da usted por satisfecha

con ella, eh?

—¡Naturalmente! ¡Al fin y al cabo es la pura verdad!

—No es el momento ni el sitio adecuado para dispensarle a usted la clase de atención que merece —refunfuñé reprimiendo el impulso de darle unos azotes—. Pero hay otros lugares. Los policías tienen mucha menos paciencia que yo con los embusteros redomados como usted. Mañana será sábado y esta oficina estará cerrada, pero la policía trabaja siete días a la semana. Me encantaría verla en otro ambiente. Ahora váyase a casa.

—Usted no es un policía —declaró,



levantándose de su silla—. Es usted demasiado apuesto e ilustrado.

Parecía contradecirme, como si yo hubiese afirmado que era un policía, siendo así que había insinuado todo lo contrario.

En vista de ello, opté por llevarme a casa la caja de cartón, reacio a dejar su contenido allí, siquiera con el archivador bajo llave.

# CAPÍTULO XIX

Aquella noche, después de cenar, Wolfe reanudó la lectura de sus tres libros. Como había entre ellos notables diferencias en cuanto al número de páginas, me dije que mi jefe iba a tropezar con serias dificultades cuando terminase el más corto, a menos que hubiese previsto la cosa y tomado las medidas necesarias reduciendo la extensión previamente asignada.

Tras darle cuenta de los sucesos del día, y en vista de que reaccionaba igual

que el día anterior, limitándose a lanzar un gruñido de indiferencia cuando expuse la opinión de que Kerr Naylor parecía en plan de emprender la retirada a instancias de su hermana, decidí echar una cana al aire.

Generalmente, cuando trabajo en un caso, dejo el cine para mejor ocasión, pero aquel viernes por la noche hice una excepción porque (a) no estábamos ocupados —al menos bien sabe Dios que Wolfe no lo estaba— y porque (b) personalmente empezaba a dudar de que aquello fuese un auténtico caso. A buen seguro allí no había más homicidio que un simple revoltijo de sucios manejos internos de las altas esferas de la

Compañía Naylor-Kerr, y aunque probablemente dichas maquinaciones revestían gran importancia a los ojos de la Junta Directiva y del campo enemigo representado por los miembros de la gerencia, debo confesar que, en el fondo, no reprochaba a Wolfe por mantenerse a distancia de ello, por la sencilla razón de que yo también sentíame inclinado a hacer lo propio. Así, pues me inhibí en lo posible de todo y, hasta cierto punto, disfruté de la película quedándome casi hasta el fin de la proyección. Cuando llegó el momento en que se presagiaba el final feliz y la revelación de que en realidad el protagonista no había extendido un

contrato falso ni arramblado con todo el dinero, me apresuré a marcharme porque por entonces habíame formado ya una opinión propia del héroe de la cinta y no me apetecía variarla.

Luego, a mi regreso a casa alrededor de las siete y media encontré al inspector Cramer en el despacho, sentado en el sillón de cuero rojo y hablando con Wolfe. Al parecer, la conversación no pecaba de cordial, porque no bien entré Cramer lanzome una mirada incendiaria y, como yo no había dado motivos para ella, deduje que dicho recibimiento obedecía al estado de ánimo del visitante respecto a Wolfe.

—¿Dónde demonios ha estado usted metido? —preguntome el visitante como si me tuviese bajo contrato o figurase en la lista de presos con libertad condicional.

—Era una película estupenda —comenté, sentándome en mi escritorio—. Sólo dos de sus protagonistas sufrían amnesia: la bellísima muchacha de...

—Archie —espetó Wolfe, que, al parecer, tampoco estaba para guasas—. El señor Cramer desea preguntarte algo. Supongo que has visto lo que dice de nosotros *La Gaceta* de esta noche.

—Por supuesto. Publica una pésima fotografía suya.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—Estaba usted muy abstraído leyendo y, por otra parte, no valía la pena gastar saliva en ello.

—¡Es un ultraje! —vociferó Cramer—. ¡Una incalificable traición de la confianza de un cliente!

—¡Bah! —suspiré, obligado a mantener los ojos en constante movimiento para afrontar alternativamente las dos feroces miradas—. No me atribuye ninguna declaración y ni siquiera insinúa que fui entrevistado. Se limita a decir que Archie Goodwin, el competente ayudante de Nero Wolfe, está investigando la muerte de Waldo Moore y que por tanto, cabe suponer que

alguien sospecha un posible asesinato. Aparte de los tres citados, no menciona nombres. Por otro lado, como cerca de un millar de empleados de Naylor-Kerr están al cabo de la calle del asunto, y al menos uno de ellos sabe quién soy y, a buen seguro, muchas cosas más, creo sinceramente que puede usted retirar la palabra «traición» y reservarla para mejor ocasión. Aun así, Lon Cohen no hubiera hecho tal cosa sin contar antes con mi consentimiento. Fue cosa de ese condenado Whosis, el director de la sección financiera. ¿A quién le duele la tripa, al cliente? Vamos a ver, inspector, ¿pertenece usted a la brigada criminal o se dedica a acariciar mininos?



Wolfe y Cramer empezaron a hablar los dos a un tiempo, hasta que, por fin, Wolfe ganó la partida.

—El suelto —dijo— te aplica efectivamente la palabra «competente», y ése es el único reparo que le opongo desde mi punto de vista personal. Pero el señor Cramer está muy disgustado y, al parecer, el comisario general, señor O'Hara, comparte su indignación. Quieren que renunciemos a la tarea.

—Lo cual demuestra que les sobra tupé —solté—. ¿De qué comeremos? ¿Es que piensan mantenernos ellos?

Cramer intentó hablar de nuevo, pero Wolfe dióle el alto con la palma de la mano.

—Dejémonos de comestibles —  
gruñó mi jefe, siempre reacio a bromear  
sobre cuestiones alimenticias—. Según  
ellos, el suelto de *La Gaceta* es el inicio  
de otra campaña crítica contra la policía  
por un crimen no aclarado, cosa  
totalmente irresponsable porque no  
existe la menor prueba de que el señor  
Moore muriera por causas distintas a la  
de un mero atropello con fuga de su  
autor. Dicen que el hecho de que  
nosotros emprendamos una investigación  
es la única excusa válida que puede  
alegar *La Gaceta* para iniciar semejante  
campaña o continuarla. Pretenden,  
asimismo, que o bien obramos  
engañados por la extravagancia de un

hombre excéntrico llamado Kerr Naylor, o bien, no engañados, la explotamos para hacernos con unos honorarios. Agregan que tú has llegado al extremo de informar de que el señor Naylor te dijo que sabía quién mató al señor Moore, lo cual no es verdad, impulsado por la necesidad de inventar algo que justifique nuestra prolongada actuación. ¿Olvido algún detalle, señor Cramer?

—Creo que ha esbozado usted el esquema general —gruñó Cramer—. Deseo preguntar a Goodwin...

—Un momento, por favor —atajole Wolfe, con brusquedad.

Luego, volviéndose a mí, prosiguió:

—Archie: creo que no necesito

decirte que tengo absoluta confianza en ti y que estoy plenamente satisfecho de tu actuación en este caso, como lo estuve en todos los anteriores y espero estarlo en los sucesivos. Naturalmente, dices mentiras y lo mismo hago yo, incluso a los clientes cuando la ocasión lo requiere, pero jamás me mentirías a mí ni yo a ti cuando entran en juego la confianza y el respeto mutuos. Es posible que tu falta de talento sea lamentable, pero, en realidad, el detalle carece de importancia, y en cualquier caso la presencia de dos hombres talentados bajo el mismo techo resultaría intolerable. Tus insensatos pecadillos, tales como tu negativa a

utilizar una máquina de escribir silenciosa, constituyen un abominable engorro, pero esta estúpida acusación de que mentiste en ese informe al señor Pine me ha puesto en otra disposición de ánimo sobre el particular. Conserva tu máquina, pero, por amor de Dios, engrásala.

—¡Cáscaras! —protesté—. ¡Pero si la engraso cada...!

Cramer soltó una palabrota imposible de reproducir en letras de molde.

—¡Dejen ustedes sus trifulcas caseras para otro rato! —rugió—. En cuanto a usted. Goodwin, ¿insiste en que Naylor le dijo que sabía quién mató a

Moore?

—No, ni hablar —repuse—. No insisto en nada y menos respondiendo a una pregunta de usted. Esto es una investigación privada y yo presenté mis informes al señor Wolfe y a nuestro cliente. ¿Usted qué pito toca en este asunto? Usted es el jefe de la Brigada Homicida, pero, según propia declaración, la muerte de Moore fue un accidente. De modo que no le importa nada lo que digo ni lo que dejo de decir. Comprendo que no le guste que *La Gaceta* arme bulla, pero si espera usted mi cooperación le aseguro que no va a obtenerla preguntándome si insisto o dejo de insistir en que no soy un

embustero. Supongo que O'Hara le ha telefonado dándole el gran susto, pero a mí todo eso no me va ni me viene.

Y tendiendo las palmas de las manos, agregué:

—Vamos a ver. Supongamos que es usted un hombre razonable en lugar de un exaltado, y que ha venido aquí a preguntarme algo con esa buena disposición, e incluso me llama Archie. Supongamos que me dice lo que quiere en un tono cordial y bien modulado. ¿Qué diría usted?

—Lo que he dicho ya a Wolfe, y éste le ha repetido a usted —profirió Cramer, sustituyendo la belicosidad por la firmeza—. Quiero que dejen de

remover la cuestión de un posible asesinato del que no existe la menor prueba y de ir con cuentos sobre falsos rumores a los periódicos.

—Yo no he ido con ningún cuento. Me limité a pedir información a los muchachos de *La Gaceta*, y la obtuve. En cuanto a lo de remover cuestiones de asesinato, ¿insinúa usted que deje mi empleo en Naylor-Kerr?

—Sí. No necesitan ustedes dinero hasta ese punto.

—Eso yo no lo sé. Soy sólo el tenedor de libros. El señor Wolfe tiene la palabra. Yo soy su empleado.

—Y yo, a mi vez —intervino Wolfe—, estoy al servicio de la Compañía



Naylor-Kerr, a través de su presidente, el señor Pine. Me inclino a creer que él y sus colegas administrativos me contrataron animados de ciertas secretas intenciones. Ignoro la índole de estas intenciones, pero no tengo motivos para suponer que sean criminales o inmorales. Es más quizá resulten muy dignas de alabanza. ¿Por qué no interpela usted al señor Pine? ¿Ha hablado usted con él?

—Ya lo ha hecho el comisario general en mi lugar a primera hora de esta tarde —declaró Cramer sin sacarse de la boca el cigarro puro que estaba fumando—. Tengo entendido que la conversación versó mayormente sobre la

mentira de Goodwin respecto a cierta declaración de Naylor. No creo que el comisario le sugiera abiertamente la necesidad de despedirles a ustedes. Esa tarea me fue encomendada a mí.

—No considero justo desentenderme del caso sin la aprobación del cliente — objetó Wolfe, lealmente.

—De acuerdo, entonces obtenga usted esa aprobación. Telefonéele ahora mismo. Los dos hablaremos con él. Yo, primero.

—Pide comunicación con el señor Pine. Archie —ordenó Wolfe, dirigiéndose a mí—. En cuanto a usted, señor Cramer, hablará con él, pero en segundo lugar, no en primero.

Busqué el número en la guía y lo marqué. Tras una breve espera, atendió a mi llamada una voz femenina que al punto reconocí. Sorprendiome que una mujer tan acaudalada contestase al teléfono personalmente. Pero sin duda la cosa tenía una explicación: era medianoche y probablemente la servidumbre no se levantaba tan tarde como ella por la mañana. Apenas le dije quién era, mi interlocutora reaccionó con esta exclamación:

—¡En seguida he reconocido su voz!  
¿Qué tal va su cara, Archie?

Lo dijo en un tono realmente interesado, como si de veras le preocupase la cosa y deseara enterarse

de mi estado.

—Mejor, gracias —respondí—. Siento molestarla a estas horas de la noche, pero...

—¡Ninguna molestia! ¡Es muy buena hora para mí!. Nunca me acuesto hasta las tres o las cuatro. Los pases para la temporada de béisbol no estarán disponibles hasta la semana que viene. Recibirá usted el suyo en cuanto obre en mi poder.

—Se lo agradezco mucho. ¿Está su esposo ahí? El señor Wolfe desearía hablar con él.

—Sí, está en casa, pero a lo mejor ya está durmiendo Se acuesta mucho más temprano que yo. Aguarde un momento

mientras lo averiguo. ¿Es importante?

—No tanto como para despertarle si detesta que le desvelen como me ocurre a mí.

—De acuerdo. No se retire. Voy a ver.

Tras una considerable espera, oí por fin su voz anunciando:

—Lo siento, pero mi marido está profundamente dormido. Por un momento, pensé que, a lo mejor, estaba, leyendo. ¿Es sobre el motivo de mi visita?

—Sí, relacionado con ello. Bien, ya nos pondremos en contacto con él mañana a primera hora. Muchas gracias.

—Tal vez yo podría ayudarles. ¿De

qué se trata?

—No creo que pueda usted resolvernó nada. Es sólo un detalle. ¿Hace el favor de aguardar un momento?

Y protegiendo el receptor con la mano, declaró:

—El señor Pine está durmiendo y su señora desea saber sí puede ayudarnos en algo. Asegura que tendría mucho gusto en colaborar.

—No —repuso Wolfe, categóricamente.

—Aguarde un momento —intervino Cramer.

Pero yo, sin prestarle atención, dije a mi comunicante:

—El señor Wolfe le agradece el

ofrecimiento, señora Pine, pero prefiere llamar a su esposo mañana.

—Entonces, dígame usted de que se trata, Archie, y así podré discutir el asunto con él antes de que telefonee el señor Wolfe.

Tuve que batallar al menos tres minutos para dar por terminada la entrevista sin pecar de descortés.

Sobrevino entonces un pueril altercado. Cramer dijo que mi obligación hubiera sido persuadir a la señora Pine a despertarla su marido, pero Wolfe, más enemigo aún que yo de que le turben el sueño, disintió violentamente de esa opinión del inspector, y ambos persistieron en la

discusión como si fuese un problema de trascendencia mundial. Ninguno de los dos cedía en lo más mínimo y, naturalmente, siempre estaban estancados en el mismo sitio. Por último, Cramer lamentose, presa de evidente belicosidad:

—Total que no he conseguido nada con perder dos horas de sueño para venir aquí a pedirle un favor.

—¡Pamplinas! —gruñó Wolfe, tan belicoso como su interlocutor—. No ha pedido usted ningún favor. Se ha limitado a llamar embustero al señor Goodwin y a venir con exigencias absurdas. Además, mi casa le cae a usted de paso en el camino de regreso a



la suya.

Tal era el nivel intelectual a que ambos habían descendido en su discusión. No me hubiera sorprendido en absoluto ver a Cramer exhibiendo un plano de la ciudad para demostrar que la casa de Wolfe no estaba en línea recta entre su despacho y su domicilio. No obstante, el hombre pasó por alto el detalle y concentró en el otro punto, esto es, en si había pedido un favor o no. Sostuvo que habíalo pedido y que el hecho de que nos hubiera sonado a exigencia debíase simplemente a su forma de expresarse, la cual, por otra parte, no se prestaba a malas interpretaciones por sernos de sobra

conocida. Al fin, por este camino indirecto, el hombre volvió a su punto de partida: ¿estábamos dispuesto o no a romper las relaciones con la compañía Naylor-Kerr? Al parecer, el comisario general, O'Hara, habíale puesto en un brete.

—Pero, vamos a ver —exclamó Wolfe, con aquel tono de falsa solicitud capaz de sacar de quicio al más pintado—. ¿Es tan urgente como eso? Durante mucho tiempo, el señor Kerr Naylor...

En aquel momento sonó el teléfono. Antes de tomar el receptor, le eché una mala mirada creyendo que era la señora Pine sin nada mejor que hacer en las dos horas que le faltaban para acostarse que

interesarse de nuevo por el estado de mi cara. Pero me equivocaba. Una áspera voz masculina preguntó por el inspector Cramer, en vista de lo cual cedí mi silla al interesado para permitirle atender a la llamada en mi escritorio.

Fue una conversación muy desigual. El comunicante llevaba la voz cantante y Cramer limitose a contribuir con unos pocos gruñidos y tres o cuatro preguntas al final. Tras asegurar que estaría allí al cabo de cinco minutos, el inspector colgó el receptor y, volviéndose a nosotros sobre el eje de la silla giratoria, manifestó:

—Kerr Naylor ha sido hallado muerto en la Calle 39, cerca de la

Undécima Avenida, o sea a cuatro manzanas de aquí. Al parecer, arrollado por un coche, con la cabeza aplastada.

Cramer se puso en pie.

—Han averiguado su nombre por los documentos que llevaba encima. ¿Quiere usted venir a identificarle? — preguntome, en tono regañón.

—¡Vaya, vaya! —murmuró Wolfe—. ¿Curiosa coincidencia, eh? El señor Moore murió ahí también. Debe de ser una calle peligrosa.

—Lo malo —me lamenté— es que ahora jamás podré obligarle a retirar su acusación de mentiroso... En marcha. Tendré mucho gusto en prestar mi colaboración.



# CAPÍTULO XX

Como, que yo supiera, figuraba aún en la nómina de Naylor-Kerr, me alegré de que no hubiera oficina los sábados, porque aquel sábado particular por la mañana no me levanté de la cama hasta el mediodía, después de seis horas escasas de sueño. De hecho, había regresado a casa cuando comenzaba ya a lucir la oblicua luz del sol en la Calle 35.

Tratábase, en efecto, de una coincidencia. En la Calle 39, entre la

Décima y Undécima Avenidas, a unos nueve metros del lugar donde había sido hallado el cuerpo de Waldo Wilmot Moore cerca de cuatro meses atrás, un coche había atropellado a Kerr Naylor aplastándole la cabeza y rompiéndole los huesos. Tuve ocasión de apreciar palpablemente las dificultades con que, según propia declaración, tropezó Kerr Naylor al ir a la morgue para identificar los restos de Waldo Moore, pero no había duda: el atropellado era evidentemente Naylor, según se infería una vez efectuado el ajuste mental requerido por la transformación de una esfera en un disco.

Para colmo de las coincidencias, el

cadáver, descubierto por un taxista a las doce cuarenta de la noche, había permanecido algún tiempo sin ser visto, concretamente una media hora, si los cálculos del médico forense sobre la hora de la muerte eran exactos. Y no sólo esto: las similitudes llegaban al extremo de que el auto causante del atropello fue encontrado en la Calle 95, al oeste de Broadway, aparcado frente a la sucursal de un lavadero, exactamente en el mismo sitio en que había sido hallado el coche que mató a Moore. En este punto debo hacer justicia al inspector Cramer. Una de sus primeras órdenes al llegar al escenario del hecho fue gritar a un policía que fuera a la



Calle 93 a examinar los coches estacionados allí, demostrando con ello que un inspector también es capaz de echar de ver una coincidencia cuando se le pone por delante. Antes de marcharme a casa a dormir, el propietario del coche había sido interpelado ya en el cuartel de policía, tras ser obligado a acudir desde su domicilio en Bedford Hills. Dicho interrogatorio resultó ser absolutamente innecesario, ya que poco demostrarse sin dificultad que el interesado había denunciado a la policía, a las once dieciocho, que su coche había sido robado del estacionamiento de la Calle 48; mientras él estaba en el teatro. No era el primer

simplón que, como ocurría a diario se olvidaba de cerrar el coche e incluso de tomar la llave consigo.

Tras examinar los neumáticos del vehículo a la luz de unos reflectores, en la propia Calle 95, dos expertos facilitaron la prueba de que el coche en cuestión era el autor del atropello de Naylor, lo cual constituía un detalle más en favor de la coincidencia.

Casi todo el tiempo, fui un mero espectador, pero eso no me molestaba en lo más mínimo porque sabía que el inspector Cramer deseaba tenerme a mano para contestar a otras varias preguntas cuando tuviera ocasión de encajarlas en el esquema general, a

medida que avanzaba la investigación. Durante todas aquellas horas, el inspector no aludió para nada a la censurable conducta de Wolfe y de un servidor, empeñado en remover la cuestión de un posible asesinato del que no existía la más pequeña prueba. Y yo, viendo que estaba ocupado y que mi insistencia le exasperaría, me limité a sacar la cosa a colación ocho o nueve veces. Ni aun así, me despachó en su afán por tenerme cerca. En nuestra primera sesión, me reservé un poco, alegando que me resultaba muy violento traicionar la confianza de un cliente, pero cuando mi interlocutor se puso serio le conté todo cuanto me constaba

que muy pronto llegaría a su conocimiento por otro conducto. Le informé de todo, o casi todo, lo referente a las personas con quienes había departido en Naylor-Kerr, incluyendo, claro está, ciertos detalles, como el de la impresión bajo la cual vivía Ben Frenkel desde diciembre. Poco me figuraba, al tratar de inducir a hablar a Gwynne Ferris amenazándola con contárselo todo a la policía para que ésta la sometiera a un interrogatorio, que me vería obligado a hacerlo en el breve plazo de diez horas.

Cramer cambió tres veces de cuartel general, llevándome siempre consigo. Por espacio de una media hora, trabajó

al aire libre en la Calle 39. Luego, nos trasladamos al Cuartel de Policía del Distrito XVIII, en la Calle 54. Alrededor de las tres, el inspector dirigióse a su propio despacho de la Calle 20, y una hora más tarde procedió a otro traslado, esta vez al despacho del comisario general O'Hara en la Centre Street. El propio O'Hara nos aguardaba allí en medio de una gran actividad. La máquina policial hallábase ya en pleno funcionamiento. Yo estaba también en danza e incluso tuve el honor de celebrar una entrevista con el comisario general en persona. A juzgar por el modo en que empezó a interpelarme, colegíase claramente que no sólo me

consideraba un embustero redomado, sino el posible autor del desaguizado, como si al regresar a casa y reunirme con Wolfe y Cramer en el despacho a las 11,30, no hubiese venido del cine sino de aparcar el coche homicida en la Calle 95. Puesto que por entonces había facilitado ya a Cramer toda la información en mi poder susceptible de prestar alguna ayuda, me dije que no estaría de más permitir que O'Hara mantuviese sus ilusiones, y para contribuir a sustentarlas, le conté una serie de mentiras varias, tales como la de que no sabía conducir y la de que (y eso en plan estrictamente confidencial) en realidad, no había estado en el cine,

sino cortejando a la esposa de un político de nota cuyo nombre prefería morir, que revelar. Por último, O'Hara comprendió que le estaba tomando el pelo y, naturalmente, hizo una escena.

Como es de suponer, la hermana de Kerr Naylor fue informada de la noticia, no por teléfono, sino mediante el envío a su domicilio, sito en la calle 67, del teniente Rowcliff. Éste regresó al Cuartel del Distrito XVIII —donde nos hallábamos a la sazón— en compañía de Jasper Pine, cuyo sueño estaba de Dios que tenía que ser turbado aquella noche. Antes de acudir al cuartel. Rowcliff habíale llevado a identificar al cadáver, y como me constaba, por reciente

experiencia, lo desagradable que resultaba la gestión, no me sorprendió verle un poco pálido. No tenía aspecto de hombre abrumado por el dolor, pero tampoco daba la impresión de ser un gran director administrativo perfectamente dueño de sí mismo y de cuanto le rodeaba. Sabedor de que tanto él como su mujer aseguraban ignorar en absoluto el paradero de Kerr Naylor el viernes por la noche y el motivo de su presencia en la Calle 39, Cramer se entretuvo muy poco con él y luego confió de nuevo a Rowcliff a fin de que éste completara su interrogatorio. Yo cambié sólo dos palabras con él. Al disponerse a salir del despacho con



Rowcliff, el hombre encarose conmigo, formulándome esta pregunta:

—¿De veras le dijo Naylor lo que luego usted me comunicó en su informe, este es, que sabía quién había matado a Moore?

—En efecto —aseveré—. Comprenda usted que si me hubiera dado por decir una mentira, podría haber inventado algo mejor.

Antes de dar por terminadas las gestiones de aquella noche, vi a otros conocidos, una vez instalados todos en la Centre Street. Sin embargo, entre ellos, no figuraba Hester Livsey. El agente que fue a por ella volvió diciendo que su madre, con quien vivía

en Brooklyn, había manifestado que su hija no había pasado por casa aquella tarde por haberse dirigido directamente, al salir del trabajo, a la Estación Grand Central, a fin de tornar un tren para pasar el fin de semana con unos amigos en Westport, Connecticut. La mujer facilitó el nombre de dichos amigos, pero éstos no habían respondido a la llamada telefónica de la policía. No obstante, Cramer y sus muchachos desplegaron gran actividad en todas direcciones. Entre otras cosas, telefonearon a la policía de Westport y ésta efectuó una visita a los amigos en cuestión, tras lo cual informó de que en efecto Hester Livsey estaba allí,

durmiendo plácidamente, después de presentarse en el tren que llegaba a Westport a la una y nueve minutos de la madrugada. Dada la circunstancia de que un tren tarda unos setenta minutos, y no ocho horas, en ir desde Grand Central a Westport, el visitante había insistido en hablar con la señorita Livsey, la cual declaró que había decidido tomar el tren más tarde y que a nadie le importaban sus andanzas en Nueva York aquella noche. Informada de la muerte de Kerr Naylor, repitió su declaración, agregando que no sabía nada del señor Naylor y que sus relaciones con él eran en extremo remotas, puesto que él era el jefe de un

gran departamento y ella una simple taquimecanógrafa. Interrogada sobre si regresaría a Nueva York por la mañana para cambiar impresiones con la policía, repuso que no pensaba hacerlo por la sencilla razón de que no podría facilitar ningún dato de interés.

Un sargento informó conforme había sostenido una breve conversación con Sumner Hoff en su apartamento de los East Fifties. Hoff no había podido aportar nada útil, pero, como ciudadano responsable, estaba dispuesto a cooperar con la policía en la investigación del crimen, actitud que se me antojó una evidente y alentadora mejora de sus modales.

Los timbrazos y llamadas a la puerta de la habitación con baño alquilada por Rosa Bendini en Greenwich Village no dieron resultado, con el agravante de que, en este caso, no había una madre dispuesta a facilitar información ni ninguna persona de la casa enterada del paradero. Yo tenía la absoluta convicción, sabiendo como sé adonde puede conducir el gusto por una buena compañía, que cuando Rosa apareciese no sabría dar razón de dónde había pasado la noche del viernes; pero éste fue uno de los detalles que silencié a Cramer, reacio a contribuir que le cayese de concepto el sexo femenino americano. Pensaron entonces que, a lo

mejor, Rosa estaba con su marido en la casa donde éste vivía con unos parientes, en Washington Heights. Pero, no. Harold Anthony se levantó de la cama y, tras vestirse, presentose en la Centre Street sin ser requerido. Explicó que no había visto a Rosa desde el miércoles por la noche, cuando ésta le dejó peleándose conmigo frente a la casa de Wolfe; en cuanto a él, no conocía a Kerr Naylor en absoluto, y había pasado la velada del viernes presenciando un partido de basket-ball en el Carden, a donde había ido solo, regresando luego a casa a pie —con un recorrido de seis millas— para consumir energías.

—¿De modo que ya había recuperado usted las energías en el breve plazo de cuarenta y ocho horas después de nuestra pelea? —le pregunté —. ¡Creí que le había dejado turulato!

—¿Qué diablos está usted diciendo? —fanfarroneó el hombre—. ¡A la mañana siguiente ya ni me acordaba del percance! ¿Para qué quieren ustedes molestar a Rosa? ¿Son lo bastante bobos para creerla capaz de matar a un nombre? ¿Qué se proponen?

En resumidas cuentas que le había faltado tiempo para acudir a la Centre Street a acuellas horas de la noche para velar por su mujer. La fidelidad es una virtud muy hermosa, pero todos los

extremos son malos. Dije al hombre que no se inquietara porque en realidad la policía limitábase a pasarlo todo por el tamiz con el mero fin de saber a qué atenerse. En cuanto a lo de sus energías, no le creía. Tres puñetazos míos en los riñones no matan a un hombre, pero tampoco se desvanecen de la memoria al día siguiente, como si tal cosa.

Pero esto fue ya hacia el final de nuestras pesquisas nocturnas. Antes, habíamos celebrado una entrevista con Ben Frenkel, a poco de nuestra llegada al despacho de O'Hara. A la sazón, Cramer hallábase sentado ante el gran escritorio y yo permanecía de pie detrás de él, atisbando por encima de su



hombro las copias de mis informes a la Compañía Naylor-Kerr, que habíame metido en el bolsillo antes de salir del despacho de Wolfe. Un agente hizo pasar a Frenkel y le instaló en una silla, en un extremo del escritorio. Si su cabello habíame parecido rebelde cuando su visita a mi despacho el jueves anterior, al presente, pude ratificar mi primera impresión, pues ni un solo par de sus pelos guardaban paralelismo. El joven procuraba no posar la vista en nada ni en nadie, cosa materialmente imposible de lograr a menos que se decida uno a cerrar los ojos y a desplegar un gran esfuerzo de voluntad.

—¿Cómo está usted? —pregunté.

Frenkel no se dignó reconocerme.

—¿Es usted Benjamín Frenkel? —  
gruñó Cramer.

—Sí, ése es mi nombre.

—¿Tiene usted la impresión de haber matado a Kerr Naylor?

Frenkel echole una furtiva ojeada y luego hizo una nueva tentativa de no mirar nada a su alrededor, todo ello sin pronunciar una palabra.

—Bien, ¿qué contesta usted a mi pregunta?

Por fin, Frenkel, mirándome de hito en hito, exclamó:

—Es usted, un despreciable soplón.  
¡Le conté todo eso confidencialmente!

—Nada de eso, amigo —repuse—.

Antes le advertí que no podía guardar el secreto de una confesión de asesinato por muy confidencial que ésta fuera.

—Entonces, hágalo ahora —instó Cramer—. Vamos, confiese. Cuéntenoslo todo y verá como después se sentirá mejor.

La invitación no surtió efecto. Formulada de este modo tan directo pareció, no obstante, constituir el reactivo más eficaz para sacar al joven de su ensimismamiento. Cesó al punto de mirar en el vacío y recostándose normalmente en el respaldo de la silla, replicó con voz aún intensa pero exenta de temor:

—Fui invitado a venir aquí para

responder a unas preguntas. ¿Qué preguntas son ésas?

Al tiempo que así hablaba, Frenkel esbozó una dulce y triste sonrisa.

Cramer formuló las preguntas y el joven apresuróse a contestarlas. Había visto a Kerr Naylor por última vez alrededor de las tres de la tarde del viernes, en el despacho, y, a partir de esa hora, ignoraba todos sus pasos. Al salir del trabajo, habíase dirigido a su habitación de la Calle 94 para bañarse y cambiarse de ropa, tras lo cual cenó solo en un restaurante de Broadway y tomó el metro hacia el centro de la ciudad con objeto de visitar a una joven residente en la Calle 21, con quien tenía

concertada una cita para la velada. Naturalmente, prefería no mencionar su nombre. Ambos fueron al Moonlight, en la Calle 50, y allí estuvieron bailando hasta las doce dadas. Luego de acompañar a la muchacha a su domicilio, él regresó al suyo. A su llegada, era la una de la madrugada. En cuanto al nombre de la joven, no consideraba necesario revelarlo. Caso de serlo más adelante, así lo haría.

A la pregunta de por qué tenía la impresión de haber matado a Waldo Moore, Frenkel contestó que dicha impresión constituía una de las extravagancias mentales a que estaban sujetos los hombres hipersensibles

corno él. Otra vez habíale dado por pensar que era secretamente un nazi y tuvo que asistir a una reunión del partido en Yorkville para librarse de su obsesión, dando a entender con ello que su visita a mí había obedecido a las mismas ansias de liberación, cosa que no contribuyó ni mucho menos a intensificar mi afecto por él.

¿No había acudido a mí con el exclusivo fin de averiguar si Naylor había sacado a relucir su nombre en relación con la muerte de Moore?

No, eso no era cierto. Semejante idea no se le había ocurrido hasta que se le vino a las mientes en el curso de la conversación.

¿Conocía a Gwynne Ferris?

Sí, era una de las taquimecanógrafas del departamento.

¿Había hablado con ella el viernes?

Probablemente, pero no se acordaba.

¿No le había dicho la joven que Naylor aseguraba saber, según propia declaración, quién había matado a Waldo Moore?

No, al menos no lo recordaba; Pero, no obstante, sabía que el señor Naylor había hecho semejante declaración porque todo el mundo lo comentaba en el departamento.

Esto era nuevo para mí. Adelantándome a Cramer, inquirí, asombrado:

—¿Cuándo?

—Pues, hoy. Es decir, ayer, viernes.

—¿A quién hizo Naylor esta declaración?

—Lo ignoro. Sólo sé lo que oí. Según rumores, el señor Naylor se lo dijo a usted y usted informó de ello al presidente de la Compañía.

—¿Quién le facilitó a usted esta información?

—No recuerdo —murmuró Frenkel, ya absolutamente dueño de sí mismo.

Su retumbante voz semejaba emerger de un profundo pozo y sus ojos escrutábanme de nuevo.

—Por lo regular —prosiguió el joven—, no suelo prestar atención a



detalles secundarios como éste. En cambio, cuando se trata de algo de índole intelectual...

—Tonterías —refunfuñó Cramer, visiblemente contrariado.

¡Pensar que por un momento había tenido la esperanza de oír una confesión y ahora le salían con aquella pata de banco!

—Fue Gwynne Ferris la que se lo dijo, ¿no es eso? —espetó el inspector, blandiendo un cigarro medio consumido en las mismas narices de Frenkel.

—Ya he dicho que no.

—¡Y yo digo lo contrario! Según mis informes... ¿Qué quiere usted?

La pregunta iba dirigida a un

ordenanza que acababa de acercarse al escritorio.

—El sargento Gottlieb está aquí, señor con una tal señorita Ferris — respondió el hombre.

—Reténgala usted hasta que terminemos —masculló Cramer enfurruñado—. Mejor dicho, aguarde.

Y mirándonos alternativamente a Frenkel y a mí, exclamó:

—¿Por qué no?

—Eso digo yo, ¿por qué no? — convine.

—Hágala pasar —ordenó Cramer al agente.

# CAPÍTULO XXI

Gwynne Ferris hizo su aparición, al parecer completamente ajena o indiferente al hecho de ir acompañada por un sargento de detectives y, tras detenerse un instante a echar una ojeada a la estancia, acercose a nosotros.

—Hola, Ben —musitó con su dulce y melodiosa voz—. No cabe duda que han sucedido cosas horribles, pero, ¿por qué estás aquí?

Sin aguardar respuesta, agregó, lanzándonos una rápida mirada a Cramer

y a mí:

—Vaya, señor Truett, ¿conque resulta que es usted un policía?

Tuve que reconocer que la muchacha estaba siempre al nivel de las circunstancias, no sólo por lo que respectaba a sus nervios, sino también a su aspecto. Despertada por un policía a las cuatro de la madrugada y obligada a vestirse y presentarse en una comisaría, aparecía tan fresca, pura y hermosa como cuando había levantado sus claros ojos azules a mí para decirme que no sabía deletrear.

—Siéntese usted, señorita Ferris —  
invitola Cramer.

—Gracias —profirió la joven

sarcásticamente, tomando asiento en una silla, a dos pasos de la de Frenkel—. Tienes un aspecto terrible, Ben. ¿Es que no has dormido?

—Sí, he dormido —retumbó Frenkel desde las profundidades de su pozo vocal.

—Le he preguntado esto —explicó la joven, dirigiéndose a Cramer y a mí —, porque sólo hace unas pocas horas que nos hemos visto. Fuimos a bailar. Pero supongo que ya se lo habrá contado él. Menos mal que mañana no es día de trabajo. ¿Qué es usted, señor Truett, un inspector?

—Esto es incalificable —protestó Ben Frenkel con profunda vehemencia

— No les quise decir con quién había ido a bailar para evitar que te molestasen, pero a pesar de todo lo han hecho, sin ningún motivo. Me figuro que, al menos, se han portado bien contigo. ¿Te han hecho objeto de alguna grosería?

Al igual que Harry Anthony con Rosa, Frenkel ponía de manifiesto su ansiosa solicitud, por Gwynne. A partir de aquel momento, me propuse pues, renunciar a comprender a las mujeres y aplicarme a tratar de comprender a los hombres.

—No, en realidad, el sargento ha sido muy cortés —atestiguó Gwynne, generosamente.

—¿De modo que estuvieron ustedes juntos toda la noche? —inquirió Cramer, que en todo aquel rato no había cesado de mirarles alternativamente—. ¿Es verdad eso, Frenkel?

—Sí. Basta la palabra de la señorita Ferris.

—Insisto en la pregunta. ¿Estuvieron ustedes juntos?

—Sí.

—¿La llevó a usted a su casa el señor Frenkel, señorita Ferris?

—¡Pues claro que sí!

—¿A qué hora llegó usted a casa?

—¿Qué hora era, Ben? ¿Sobre las...?

—Le he formulado la pregunta a usted.

—Bien, creo que era la una menos cuarto cuando subí a mi habitación. Lo hice sola, naturalmente. Charlamos un rato abajo.

Cramer me sorprendió. Generalmente, reservaba para los muchachos las preguntas ofensivas, pero he aquí que, al presente espetó a la chica:

—Cuando Waldo Moore la acompañaba a casa, no subía sola, ¿verdad?

Ben Frenkel saltó de su silla con los puños apretados y la mirada llameante. Un policía apostado discretamente a un lado, adelantóse hacia él. Yo me enderecé, algo tenso, por ignorar a qué



extremo podían llegar los impulsos de Frenkel. Pero evidentemente Gwynne lo sabía, porque, poniéndose en pie, agarrole por las solapas de la americana, instando en un tono capaz de ablandar las piedras:

—Vamos, Ben, cariño. Ya te he dicho mil veces que eso no es verdad. Ese señor es un poco malicioso. Vamos —agregó, empujándole con apremio—, siéntate y haz oídos sordos a esas insinuaciones.

Las rodillas de Frenkel comenzaron a ceder. Por fin, el joven sentose de nuevo, obediente a la presión de la muchacha.

—Hubo muchas murmuraciones

respecto a mí y Waldo Moore — prosiguió la joven, volviéndose a su silla—. Y ahora pago las consecuencias. Pero me he propuesto no volver a perder los estribos por esa cuestión. Prefiero ignorarla.

Total que la grosería de Cramer había sido inútil. Así, pues, cambiando de táctica, el inspector inquirió:

—¿Por qué tenía usted tanto interés en leer los informes de Goodwin sobre la muerte de Moore?

—¿Goodwin? ¿Qué Goodwin?

—Truett —expliqué—. Mi verdadero nombre es Goodwin.

—¡Vaya, me alegro de saberlo! ¿De modo que adopto usted un nombre falso?

—Le he preguntado —insistió Cramer, secamente— por qué tenía usted tanto afán por saber sus averiguaciones sobre la muerte de Moore.

—Yo no tenía ningún afán por semejante cosa.

—Entonces, ¿por qué se deslizó usted subrepticamente en su despacho para curiosear sus papeles?

—¡Eso no es cierto! —protestó Gwynne, mirándome con expresión reprobatoria—. ¿Es posible que le haya contado usted eso después de haberle asegurado que pasé por su despacho creyendo que a lo mejor me estaba aguardando y tenía algún trabajo para mí...?

—Sí —la interrumpió Cramer—, Goodwin ya me ha contado esa historia. ¿Insiste usted en ello?

—¡Naturalmente, es la pura verdad! —exclamó la joven, fingiendo a maravilla una paciente indulgencia frente a la injusticia de que la hacían objeto.

—Atienda, señorita Ferris —suspiró Cramer, adoptando un tono más sosegado—. Todo esto podía pasar mientras sólo se trataba de investigar una muerte que pudo ser un simple accidente acaecido unos meses atrás. Bajo este punto de vista, carecía en cierto modo de importancia que no dijese usted la verdad cuando Goodwin

le preguntó por qué había andado curioseando sus papeles. Pero ahora la cosa ha cambiado. Ahora sabemos que efectivamente fue un crimen y eso lo cambia todo. ¿No quiere usted colaborar? Sí, como me figuro, no está usted complicada en el asunto, ¿qué la impide cooperar diciéndonos por qué hizo semejante cosa?

—¿Qué significa todo esto? — preguntó Frenkel con evidentes ganas de hablar otra vez—. ¿A qué papeles se refieren ustedes?

No obtuvo respuesta.

—He dicho la verdad —insistió Gwynne—. No creo que me favoreciera en absoluto mentir.

Renunciando a su empresa, Cramer rugió:

—¿A quién se lo dijo usted?

—¿Decir qué?

—¡Lo que vio usted en ese informe! ¡Lo de que Naylor había asegurado conocer la identidad del asesino de Moore! ¿A quién se lo dijo?

—A ver, déjeme pensar —murmuró la joven, arrugando la frente en profunda reflexión—. Creo que a una de las muchachas, ¿pero, cuál?, y también a uno de los hombres. Me parece recordar que fue al... no, no, era el señor Henderson... Lo siento, pero no me acuerdo —concluyó la chica, mirando a Cramer con aire de disculpa.

El comisario O'Hara entró en la estancia. Era su despacho.

—Pasaremos a otra habitación para finalizar nuestra entrevista, señorita Ferris —gruñó Cramer, levantándose con expresión ceñuda—. En cuanto a usted, señor Frenkel, por ahora no tenemos nada más que preguntarle. De todos modos, es posible que le necesitemos en cualquier momento dado. Manténganos al corriente de su paradero.

—¿Es usted Archie Goodwin? —inquirió O'Hara—. Quiero hablar con usted.

Pero los puntos principales de esa conversación con el comisario han

quedado ya consignados más arriba.



# CAPÍTULO

## XXII

Como he dicho antes, el sábado no me levanté de la cama hasta cerca del mediodía. Mi cara no se prestaba ya a suscitar comentarios entre los chavales que me veían por la calle, pero empleé más tiempo que de costumbre en afeitarme y procuré ducharme con precaución. Así que, cuando bajé, Fritz estaba a punto de servir la comida. Como, por mi parte, no me sentía

inclinado a romper el ayuno con *rognons aux montagnes*, o sea riñones de cordero guisados con caldo, vino tinto y profusión de especias, y, por otro lado, Wolfe tenía terminantemente prohibido hablar de asuntos profesionales durante las comidas, todo ello unido a la circunstancia de que me apetecía echar un vistazo a los periódicos de la mañana, decidí comer en la cocina. Fritz, que siempre me comprende, tenía a punto un plato de gachas calientes, una botella de crema de leche caldeada al baño maría, los huevos en la sartén, el jamón en la parrilla, la pasta de fillós batida, la tartera caliente y el café humeante. Hice

ademán de besarle en la mejilla, pero, en vista de que me amenazaba con un afilado cuchillo de medio metro de longitud, opté por sentarme y emprender la campaña contra el hambre con el Times debidamente apuntalado frente a mí.

Después de almorzar, o de desayunar, depende del color del cristal con que se mire, me dirigí al despacho y, a poco, Wolfe reunióse conmigo. Por la expresión de su rostro colegí que la frialdad reinante entre nosotros habíase disipado (hasta la próxima) de nuestras relaciones con su rendición en lo tocante al asunto de la máquina de escribir. Ahora bien: si se figuraba que yo iba a

corresponder cediendo a mi vez en lo del coche nuevo, se equivocaba de medio a medio. Con todo, preferí no sacar la cosa a colación inmediatamente después de su almuerzo. Luego de acomodarse en su silla (hecha de encargo para su voluminosa humanidad) ante su escritorio, Wolfe preguntó:

—¿Qué han decidido los de la policía sobre el señor Naylor? ¿Muerte accidental?

—No señor. Opinan que alguien trató de lastimarle. Sobre ese punto, Cramer da muestras de estar sumido en un mar de confusiones. No ha descubierto ningún indicio que explique la presencia de Naylor en la calle

Treinta y Nueve o en aquella vecindad. Por otra parte, se niega a creer que Naylor se prestase a permanecer tendido en medio de la calzada guardando la debida inmovilidad para que el conductor del auto pudiera hacer pasar las ruedas del vehículo justamente por los mismos miembros, la cabeza y las piernas, maltrechos en Moore. Así, pues, infiere que Naylor fue muerto en alguna otra parte, probablemente por medio de un golpe o golpes en la cabeza, tras lo cual el autor del hecho trasladó su cadáver en el coche a la calle Treinta y Nueve y, depositándolo en la calzada, aplastole la cabeza con las ruedas del auto para borrar la huella

o huellas del golpe o golpes que le produjeron la muerte. Los peritos están examinando el interior del auto con microscopio en busca de pruebas reveladoras de que el cuerpo fue llevado en el vehículo. Cramer no lo dice abiertamente, pero siente en el alma no haber hecho lo propio con el coche que mató a Moore.

—¿Han procedido a alguna detención?

—No, por lo menos hasta las seis, hora en que yo me fui. El comisario O'Hara quería arrestarme, pero Cramer necesitaba de mí. Mi colaboración resultó muy eficaz.

—¿Sigue creyendo Cramer que

mentiste en tu informe al señor Pine?

—No, pero O'Hara está convencido de ello. Admito que le mentí. Le dije que usted es simplemente el que da la cara a los clientes, pero que el verdadero cerebro de esta agencia es una vieja asmática y pellejuda que tenemos encerrada en el sótano.

—Creo que lo mejor será que me lo cuentes todo —suspiró Wolfe, recostándose en el respaldo de su silla.

Yo satisfice su deseo. Presumiendo que quería saberlo todo de cabo a rabo, le complací, incluyendo no sólo hechos sino también unas pocas interpretaciones y análisis personales. Dije que saltaba a la vista que, al presente, Cramer

consideraba el Evangelio todo cuanto yo insinuaba, pues habíase concentrado en los miembros del personal por mí citados, si bien había echado también mano del expediente policiaco sobre la muerte de Waldo Moore como punto de referencia, y en él figuraban, sin duda, todos los nombres en cuestión. En cuanto al proceder de Gwynne Ferris, observé que, a lo mejor, su divulgación de la noticia obtenida en mi archivador era un inteligente pretexto para encubrir otros planes e intenciones, o simplemente ganas de darse importancia, pero me resistí a emitir un juicio definitivo hasta conocer mejor a la chica, para lo cual necesitaba, a mi



entender, un mínimo de cinco años En cualquier caso, el resultado era el mismo: suponiendo que Naylor hubiera sido liquidado por haber declarado que sabía el nombre del asesino de Moore, las sospechas recaían en todo el mundo por igual. Hasta las seis de la mañana, momento en que había decidido marcharme, no habíanse iniciado aún los procesos de eliminación ni de determinación, pese a que Cramer había movilizado a todo su ejército para efectuar las tareas de rutina, tales como comprobar las coartadas, reconstituir los movimientos de los complicados en el caso, con inclusión de Naylor, tratar de encontrar testigos de los hechos en

las calles 39, 95, 48 y otros puntos vitales, etc., etc. No lograron dar con nadie que admitiese haber visto a Kerr Naylor tras su marcha del edificio de la William Street el viernes por la tarde, o siquiera tener noticias de él. Esto resultaba interesante, ya que equivalía a que Gwynne Ferris y yo éramos las últimas personas que le habíamos visto vivo. Eran alrededor de las cinco y media cuando el jefe del departamento habíase presentado en mi despacho en Naylor-Kerr para llamarme embustero. Todos los demás empleados habían desfilado ya, y ningún «botones» del servicio de ascensores recordaba haberle conducido abajo. O'Hara estaba

firmemente convencido de que Naylor y yo habíamos salido juntos del edificio, a lo cual me limité a encogerme de hombros, convencido de que tratar de disuadir a un irlandés era perder el tiempo.

Una vez vaciado el costal y expuestos todos los hechos e impresiones, observé:

—Queda una duda en el aire. Como usted sabe, fuimos requeridos para determinar la forma en que ocurrió la muerte de Moore. ¿Recuerda usted su carta a Pine? Pues bien, al parecer, ese punto ha sido determinado ya en cuanto a la policía se refiere. Según eso, ¿tenemos aún un cliente? Si seguimos

trabajando en el caso, usted agotándose los músculos y yo devanándome los sesos, ¿cobraremos nuestros honorarios?

—Naturalmente, esa idea se me ocurrió también a mí —asintió Wolfe con un ademán afirmativo—. Esta mañana he telefonado al señor Pine y, al parecer, el hombre está un poco indeciso. Dice que el lunes por la mañana habrá una junta de directores y que, una vez celebrada ésta, nos participará lo que hace al caso. A propósito, su mujer ha venido a verme esta mañana.

—¿Quién, Cecily? ¿Es posible que se haya levantado antes de mediodía? ¿Qué quería?

—No tengo la menor idea. Probablemente ella lo sabe, pero yo lo ignoro. Sospecho que es una histérica de esas que logran disimularlo. Al parecer, abrigaba el propósito de enterarse exactamente de lo que te había dicho su hermano en los tres últimos días de su vida. Deseaba saberlo al pie de la letra y pagar nuestra información. El que esa mujer disponga aún de un centavo, con su pasión por derrochar el dinero a manos llenas, es un misterio. Me rogó te dijera que recibirá las entradas para el béisbol en jueves o viernes. También quiso saber si te cuidas la cara.

Y apuntándome con el índice, agregó:

—Archie. Esa mujer es una maniática... Sería temerario aceptarle entradas de béisbol...

En aquel momento, sonó el timbre.

—¡Si es ella otra vez no la dejes entrar! —ordenó Wolfe, presa de pánico.

Afortunadamente, no era ella. Al abrir la puerta del vestíbulo, me encontré frente a frente con una de mis caras predilectas: la de Saúl Panzer.

—¿Dónde diablos estabas metido? —pregunté mientras nuestro visitante colgaba su gorra en el perchero—. ¿Te equivocaste en el caso de la falsificación Bascom y tuviste que pedir disculpas?

Saúl es siempre un hombre práctico, poco dado a las bromas; pero esta vez mostrose visiblemente displicente.

—¿Está el señor Wolfe? —preguntó, sin siquiera corresponder a mi sonrisa.

—Sí, en el despacho. ¿Qué bicho te ha picado?

Él pasó delante y yo le seguí, cerrando la marcha. Saúl nunca se sienta en el sillón de cuero rojo, no ya por la falsa modestia de no apreciar su comodidad, sino porque no le gusta ponerse de cara a una ventana. Aun cuando posee el mejor par de ojos que conozco, sin exceptuar los de Wolfe, procura darles siempre todas las ventajas. En consecuencia, eligió su

sitio habitual, una silla amarilla de respaldo recto instalada cerca de la mía, y dijo a Wolfe con voz lúgubre:

—Creo que ésta es la peor faena que he hecho para usted, o mejor dicho, para nadie.

—Es posible que de nada hubiera servido que hubieses salido airoso de tu cometido —le consoló Wolfe generosamente—. Dijiste por teléfono que le habías perdido de vista. ¿Qué ocurrió? ¿Advirtió que le seguías?

—No, no llegaron las cosas a ese extremo —aseguró Saúl—. No suele darse el caso de que un hombre se dé cuenta que le sigo los pasos, y estoy seguro de que, esta vez, el sujeto en



cuestión tampoco lo advirtió. Naturalmente, cabe la posibilidad de que lo advirtiera, pero eso ya no podemos preguntárselo. Sea como fuere, lo cierto es que, mientras se dirigía al oeste por la calle Cincuenta y Tres, en la parte alta de la ciudad, entre la Primera y Segunda avenidas...

—Discúlpenme ustedes —intervine—. ¿Qué prefieren, que suba a echar una siesta o ponerme en antecedentes del caso?

—Saúl seguía al señor Naylor —aclaró Wolfe. No era la primera vez que Wolfe tomaba alguna medida, ya fuera por cuenta propia o por medio de uno o varios de los ayudantes de que nos

valíamos, sin comunicármelo. Por lo regular, achacaba el motivo de su silencio a que, en su opinión, yo trabajaba mejor si abrigaba la creencia de que todo dependía de mí. En la presente ocasión, dio la excusa de que le encantaba que se levantase de pronto el telón mostrándole en el cometido de sostener una foca viva en equilibrio sobre su nariz. Como, personalmente, había renunciado hacia largo tiempo a quejarme de semejante exclusión, me limité a preguntar:

—¿Cuándo?

—Ayer tarde. Continúa, Saúl.

—Yo iba por la otra acera, a unos treinta pasos de distancia. Naylor

llevaba dos horas andando a intervalos, sin dar muestras de dar fin a su paseo. Inesperadamente, sin volverse a mirar si venía un taxi, llamó a uno en el preciso momento que pasaba junto a él, obligando al taxista a frenar en seco. Entonces, el hombre subió al auto y éste se perdió de vista. La cosa me pilló completamente desprevenido. Eché a correr detrás del vehículo hasta la esquina de la Segunda Avenida, pero como estaba la luz verde, el auto siguió adelante sin detenerse. Como no había ningún otro taxi a la vista, seguí corriendo, pero una de dos: o Naylor iba metiendo prisa al taxista o éste era de los que les gusta llegar pronto a los

sitios.

Saúl hizo una pausa. Luego prosiguió:

—Reconozco que, a juzgar por todos estos indicios, parece que el hombre se hubiera dado cuenta de mi persecución, pero no lo creo. Más bien me figuro que tomó una súbita decisión. Lo que siento no es haberle perdido de vista (a todos nos puede ocurrir lo mismo en tales casos), sino el hecho de que tres horas después fuera asesinado. Eso es lo que me fastidia. Cabe achacarlo a mala suerte, pero si de veras me ha abandonado la suerte lo mejor que puedo hacer es retirarme. De momento, como ignoraba que aquel hombre estaría

muerto antes de medianoche, no me preocupé mucho. Probé fortuna con algunas pistas en mi haber, tales como su club de ajedrez y otros dos sitios, pero no vi rastro de él. Total que me volví a casa y me acosté, prometiéndome localizarle de nuevo esta mañana. En cuanto vi el periódico matinal, le telefoneé a usted, y usted me dijo...

—No importa lo que dije —repuso Wolfe con voz tajante, induciéndome a pensar que preparaba otra charada—. ¿Qué hora era?

—Cuando cesé de correr eran las ocho treinta y cuatro, lo cual significa que el hombre tomó el taxi a las ocho y media, minuto más, minuto menos.

—Ponte al habla con el señor Cramer, Archie.

Intenté cumplir la orden sin resultado, porque Cramer no estaba en el cuartel. Probablemente, seguía durmiendo en su casa después de la agitada noche y parte de la mañana, aunque nadie cometió la indelicadeza de darme esta explicación. Me ofrecieron un capitán y varios tenientes a elección, pero, declinando, pregunté por el sargento Purley Stebbins. Inmediatamente, Wolfe se puso al habla con él.

—¿El señor Stebbins? ¿Cómo está usted? Tengo una información para el señor Cramer. Ayer viernes, a las ocho y

media de la tarde, el señor Kerr Naylor tomó un taxi en la calle Cincuenta y Tres, entre la Primera y la Segunda avenidas. El coche dirigióse al oeste, por la Segunda Avenida. Iba como... Por favor, déjeme terminar —instó, consultando una nota que Saúl acababa de tenderle—. El coche en cuestión era un «Sealect», algo deteriorado, con matrícula WX uno, nueve, siete, cuatro, cuatro, cero... Sí, eso es. ¿Cómo demonios quiere que sepa el nombre del taxista? ¿No le bastan esos datos?... Por favor. Esta información es absolutamente digna de confianza. Puedo garantizarla. Pero no tengo, ni tendré, nada que añadirle. Tonterías. Si el

taxista lo niega, tráiganmelo.

Me dije que, al menos, ya no era el último en haber visto a Naylor vivo, aunque la cosa no había mejorado mucho puesto que el honor recaía ahora en Saúl. Sería maravilloso cuando diesen con el taxista y dicho honor quedase definitivamente excluido de la familia detectivesca.

—¿Qué sucedió antes de que le perdieras de vista? —preguntó Wolfe a Saúl—. ¿Dónde le encontraste, en la William Street?

—Sí, señor —respondió Saúl—. Salió del edificio a las cinco treinta y ocho en dirección al Parque Municipal, compró un periódico de la tarde y se



sentó a leerlo en un banco del parque, hasta las seis y cuarto. Entonces, encaminose al puente de Brooklyn, tomó el elevador de la Tercera Avenida y se apeó en la calle Cincuenta y Tres. Al presente, parecía tener mucha prisa, porque caminaba a muy buen paso. En el cruce de la Primera Avenida con la calle Cincuenta y Dos, encontró a una muchacha que, por lo visto, le estaba esperando. Era una mujer joven. Ambos se dirigieron al oeste por la calle Cincuenta y dos, hablando. En la Segunda Avenida, doblaron a la derecha y volvieron a hacer lo propio en la calle Cincuenta y Tres, tras lo cual retrocedieron a la Primera Avenida.

Allí, dobla ron a la izquierda y por segunda vez a la izquierda en la calle Cincuenta y Cuatro para volver a la Segunda Avenida, sin cesar de hablar en todo el tiempo. Así estuvieron una hora larga, andando y desandando varias calles. Ignoro si discutían. Caso de hacerlo, en ningún momento levantaron la voz lo suficiente para permitirme captar una sola palabra.

—¿No oíste nada?

—No, señor. Todo cuanto puedo decir es que, a juzgar por su modo de conducirse, no simpatizaban mutuamente. Se encontraron a las seis treinta y ocho y se despidieron a las siete cuarenta y un minutos, en la calle

Cincuenta y Siete esquina Segunda Avenida. La mujer emprendió rumbo a la parte baja de la ciudad por la Segunda Avenida. Naylor encaminose al este por la calle Cincuenta y Siete, se detuvo en un puesto de frutas en la esquina de la Primera Avenida, y compró una bolsa de plátanos. Luego, dirigiose al este, hacia el Drive, y, sentándose en un banco, se comió nueve plátanos, uno tras otro.

—Los suficientes para morir de una indigestión —comentó Wolfe, estremeciéndose.

—Sí, señor. Se entretuvo un rato comiendo y después prosiguió su camino, sin prisas, como el que da un paseo, y en la calle Cincuenta y Cinco,

empezó a dar vueltas otra vez, por la Segunda Avenida, la calle Cincuenta y Cuatro, la Primera Avenida y la calle Cincuenta y Tres, nuevamente hacia el oeste. Por entonces, le vi tan dispuesto a seguir doblando esquinas, que supongo que me confié demasiado. Sea como fuere, el caso es que en la calle Cincuenta y Tres el hombre paró un taxi del modo más inesperado y le perdí de vista. ¡Pensar que estaba en vísperas de ser asesinado!

Y quebrando por una vez su buena costumbre de no maldecir, Saúl no pudo menos de exclamar:

—¡Maldita sea mi suerte!

—No fue culpa tuya —disculpole

Wolfe, lanzando un suspiro—. Tu actuación me parece muy satisfactoria. ¿Qué me dices de la mujer?

—Tenía unos veintitrés o veinticuatro años, un metro sesenta y cinco de estatura y unos sesenta y tres kilos de peso. Llevaba un abrigo pardo claro sobre una falda, o acaso vestido, de lana de color canela, un sombrero pardo oscuro con una flor artificial blanca, y unos zapatos salón del mismo tono. Cabello castaño y creo que los ojos también castaños, pero no estoy seguro. Buena figura y buen porte. Andaba con un leve balanceo, pero sin exagerar la nota. Cabello suave y fino. Cara más larga que redonda, y barbilla

ovalada. Facciones regulares, sin nada de particular, tez clara, atractiva. Como estuvo casi todo el tiempo de espaldas a mí, eso es todo cuanto puedo precisar respecto a su rostro. Tenía buenas pantorrillas y los tobillos delgados.

—¿Qué dices a esto, Archie? —murmuró Wolfe, volviéndose a mí.

En cualquier otro sitio y en presencia de otras personas, me hubiera detenido un poco a reflexionar y no habría tenido dificultad en salirme por la tangente. Pero se trataba de Nero Wolfe y Saúl Panzer, y con ellos no valían subterfugios.

—Sí —me apresuré a contestar—. La chica se llama Hester Livsey.

—Magnífico. ¿Conque está pasando el fin de semana en Connecticut y ha dicho a la policía de Westport que no sabe nada del señor Naylor y que apenas tenía tratos con él?

—Sí, señor.

—Ponte al habla con el señor Cramer o con el señor Stebbins.

# CAPÍTULO

## XXIII

Es sencillísimo dar media vuelta en una silla giratoria y tomar un teléfono, pero a veces las cosas son las más difíciles de llevar a cabo. En lugar de efectuar dicha maniobra, me humedecí el labio superior con la lengua, repetí la operación con el inferior y luego, introduciendo la punta de la lengua entre los dientes, realicé unas pruebas para ver cuan fuerte tenía que morder para



sentir dolor.

—Bien, ¿qué te detiene? —inquirió Wolfe.

—Me he acordado —dije devolviendo la libertad a mi lengua— del famoso comentario de Ferdinand Bowen en Sing-Sing cuando le instaron a dirigirse a la silla que tenían preparada para él. Bowen les murmuró: «Semejante idea me repugna.» No pretendo que el aprieto en que me encuentro sea idéntico al citado, pero, con todo, me siento en extremo reacio a...

—¿A qué vienen esos reparos?

—Me gusta el reflejo del cabello de la señorita Livsey a la luz del sol.

—¡Bah! Vamos, telefonea al señor Stebbins.

—Por otra parte, aunque he pronunciado su nombre, me he guiado por una simple descripción y estimo que Saúl debería comprobar que efectivamente es ella antes de meterla en este fregado.

—Nadie nos ha encomendado la tarea de atrapar al asesino del señor Naylor. No pienso pagaros el viaje a Westport a Saúl y a ti.

—Ni falta que hace. Saúl puede verla el lunes en la oficina.

—No sería correcto retener información...

—¡Atienda! —proferí, levantando la

voz—. ¿Hace el favor de escuchar lo que voy a decirle? ¡Todos sabemos que, si le gusta recibir información es mayormente para ocultársela a la policía! Lo de ahora es simple terquedad. Mas le advierto que si se decide usted a telefonar a Stebbins personalmente, cosa que dudo porque no le conviene el ejercicio, me retractaré de mi identificación. Diré que, a juzgar por la descripción de Saúl, barrunto que se trata de la duquesa de Brimstone, que se halla en este país...

—Archie —me atajó Wolfe, echando fuego por los ojos—. ¿Qué te ha dado esa muchacha? ¿Te ha trastornado el seso?

—Sí, señor.

Eso tuvo la virtud de apaciguarle casi instantáneamente. Recostándose en su silla con un cabezazo de asentimiento, frunció los labios en forma de círculo y exhaló una especie de siseo con pretensiones de silbido, ya que, de hecho, nunca ha sabido silbar.

—Está bien —declaró, como si nadie, excepto un necio, pudiera opinar lo contrario—. Así quedamos que el lunes. He sido demasiado impetuoso.

Al propio tiempo, miró el reloj de pared. Eran las cuatro menos dos minutos, o sea la hora de iniciar su sesión de la tarde con las orquídeas. Luego, logrando emerger de su silla,

agregó:

—Puedes venir acá el lunes por la mañana, Saúl, e ir con Archie a la ciudad De momento, sube conmigo al invernadero. Tengo que hacerte un par de sugerencias.

Ambos se marcharon, Saúl hacia la escalera y Wolfe hacia su ascensor. Su destino me recordó que tenía muy atrasados los registros correspondientes a los procesos de germinación y floración, por lo que, abriendo un cajón del escritorio, procedí a sacar de su interior la acumulación de notas de Theodore.

# CAPÍTULO

## XXIV

Tenía, asimismo, mucho sueño atrasado y, en parte, pude compensarlo aquella noche del sábado, si bien no hasta el extremo que suponía Wolfe. A poco de marcharse éste arriba con Saúl, comprendí que mi mente estaba demasiado inquieta para concentrarse en el proceso de germinación vegetal, dado lo cual decidí ir a por el coche y dirigirme a la Calle 20 a ver qué

novedades había. El sargento Purley Stebbins no juzgó necesario darme toda clase de explicaciones por el mero hecho de haber disfrutado durante unas horas del importante privilegio de ser el último hombre que había visto a la víctima con vida, pero en el tiempo que estuve merodeando por allí saqué la conclusión de que no había ninguna novedad digna de mención. Naturalmente, un par de policías intentaron sonsacarme respecto a cómo sabía Wolfe que Naylor había tomado un taxi en la Calle 53, pero yo insistí en que no tenía nada que ver con ello, lo cual era, al fin y al cabo, la pura verdad. El taxista aún no había sido llevado a

declarar, aunque, como es de suponer, la matrícula de su coche permitió localizarle en el acto. El hombre había ido a Connecticut, a pescar sábalos, y un agente fue enviado en su busca. Excuso decir que pedí a todos los santos que dicho agente no encontrase al taxista en cuestión paseando por la orilla de un río en compañía de Hester Livsey.

De hecho, Wolfe pensó que aquel sábado por la noche yo dormiría más de lo que dormí en realidad a causa de la muchacha. Por lo regular, los sábados por la noche suelo llevar a alguna persona del bello sexo a un partido de hockey o basket-ball, o bien a un combate de boxeo en el Garden, pero



aquel sábado particular trabajé un rato en el despacho después de cenar y luego dije que tenía sueño. Así, pues, me subí unos buñuelos, un poco de mermelada de zarzamora y una jarrita de leche a mi habitación, y, una vez allí, me instalé en la silla por mí elegida y comprada, dispuesto a reflexionar sobre el asunto. Según la descripción de Saúl con referencia a sus prendas de vestir, particularmente el detalle del sombrero pardo oscuro con una flor artificial blanca, me constaba que la muchacha a quien nuestro colaborador había visto con Naylor era Hester Livsey. Yo no estaba ni mucho menos frenético, pero tratándose de una chica como ella no es

de extrañar que un hombre esté dispuesto a molestarse un poco en procurar sacarla de un apuro. Además, no ocurre todos los días que, con sólo mirarla, una muchacha le dé a uno la impresión de ser el único varón sobre la tierra capaz de apreciar su belleza, lo cual me pareció, asimismo, muy digno de ser tenido en consideración.

Me dije que debíamos darle una oportunidad de pasar inadvertida, si las circunstancias lo permitían, a fin de que no cayera en las garras de Cramer y sus secuaces. A lo mejor, su paseo y conversación con Naylor debíanse a algún asunto privado independiente de lo que iba a sucederle a Naylor, en cuyo

caso, si optaba por silenciarlo, nos exponíamos a hacerla objeto de un verdadero asedio por parte de la policía, traducido en interminables interrogatorios diurnos y nocturnos, llevados a cabo por sucesivos relevos de hombres que no tienen inconveniente en quitarse la americana delante de las damas. El motivo que me había inducido a retirarme a mi habitación a reflexionar era decidirme en pro o en contra de tomar el coche e ir a Westport a hablar con ella. Finalmente, opté por no ir, diciéndome que, si la cosa salía mal, el que tendría que sacar las castañas del fuego sería Wolfe, no yo. Total que me desvestí y acosté.

A la mañana siguiente, domingo, mientras me hallaba en la cocina dando fin a mi desayuno y saboreando los dos últimos sorbos de mi segunda taza de café, con el periódico a la vista, sonó el timbre. Fritz acudió a abrir y cuando, un momento más tarde, oí una voz femenina en el vestíbulo, dejé a un lado el periódico y fui a ver quién era.

—Es una dama, Archie —anuncióme Fritz.

—Sí, eso es lo que tú siempre te figuras, muchacho, que hay damas a porrillo.

Era Rosa Bendini, la señora de Harold Anthony, y, a juzgar por todos los indicios, estaba más que asustada.

Tras recorrer el vestíbulo para venir a mi encuentro, echose materialmente en mis brazos, diciendo:

—¡Por favor, ayúdeme!

Su actitud no se me antojó ni mucho menos ofensiva, en sí, pero dábase la circunstancia de que Fritz estaba presente, dispuesto a volver a la cocina, y me consta que, a su manera suizo-francesa, puede ser un porfiado bromista. En consecuencia, traté de apartarla de mi lado llamándola bruscamente al orden, pero ella no cejaba, dispuesta a lograr su intento. Fritz actuaba de espectador imparcial. Al ver que la chica no bajaba la voz y que por hallarnos, al pie de la escalera,

nuestras voces llegarían a Wolfe, a la sazón desayunando en su habitación, la tomé casi en volandas, y, una vez en el despacho, la deposité en el sillón de cuero rojo, diciéndole ásperamente:

—Parece que se haya fugado usted de la cárcel y la acosen sus perseguidores. ¿Está ahí afuera su marido?

—¿Mi marido? —exclamó Rosa, deslizándose hasta el borde del sillón—. ¿Está aquí?

—No sé. Eso pregunto yo. Vamos, no se mueva de esa silla. Cuando desapareció usted la otra noche, dejé a Anthony fuera de combate y, desde entonces, está más manso que un

cordero.

Juzgué oportuno insistir en el pasado para tranquilizarla.

—¿Le ha vuelto usted a ver desde entonces? —agregué.

La chica no respondió a mi pregunta. Al parecer, su marido no le preocupaba en lo más mínimo. Pero retrocediendo de nuevo hasta medio asiento, exclamó casi a voz en grito:

—¡La policía me persigue!

—Dispararé contra los seis primeros y luego la emprenderé a pedradas con los demás. ¿A qué distancia la seguían?

En vez de contestarme, la muchacha me dedicó la más dulce de las sonrisas.

Por fin, aventuró:

—Me he asustado tanto, que he estado a punto de echarme al mar. Siempre me han dado pánico los policías, tal vez porque, siendo niña, se presentaron una vez en mi casa a detener a mi hermano. Al llegar a casa y enterarme por el portero e Isabel, la chica que se aloja en la habitación de enfrente, que la policía había ido tres veces y podía volver de un momento a otro, ni siquiera entré en mi habitación. Total que tomé las de Villadiego. De momento, me precipité al metro, sin tener idea de adonde dirigirme, y ya metida en un coche con destino a la parte alta de la ciudad, me acordé de



Nero Wolfe. Así, pues., me apeé en la calle Treinta y Tres y me vine para acá con intención de verle. ¡Y le encuentro a usted aquí! ¿Cómo ha sido eso?

—¿De modo que no regresó usted a casa hasta esta mañana?

—Eso es... ¡Ah! ¡Ya sé por qué está usted aquí! ¡Ahora recuerdo el suelto de] periódico! Se llama usted Archie Goodwin y es el brillante ayudante de Nero Wolfe!

—El mismo que viste y calza. Está usted en la casa a donde no quiso venir conmigo. ¿Ve como no nos comemos a nadie? ¿Dónde estuvo usted el viernes por la noche y ayer sábado, durante el día y durante la noche?

Y al ver que titubeaba, resistiéndose a contestar a mi pregunta, insté:

—Vamos, muchacha. Como de todos modos tendrá que decírselo a la policía o a quien sea, lo mejor es que practique usted conmigo.

Eso fue un error. Al oírlo, la chica echose a temblar, visiblemente asustada.

—Tenga en cuenta que suelo deslizarme entre los polizontes como el viento por Wall Street, y es posible que pueda disponer las cosas para estar con usted cuando la interpelen. Por consiguiente, debo saber a qué atenerme. ¿Dónde estuvo ayer y anteayer?

Tuve que insistir un poco más porque la muchacha seguía realmente

asustada. Por fin, logré sacarle que el viernes por la noche había regresado bastante temprano a su habitación con baño de Greenwich Village, más o menos a las nueve, tras despedirse del amigo con quien había estado cenando. Cuando llevaba ya unas horas durmiendo, se despertó debido a una serie de timbrazos y llamadas a la puerta. Al principio, no contestó, sobresaltada por el ruido, y luego, dispuesta ya a abrir, acercose a la puerta. Pero al oír que el inoportuno visitante interrogaba a la muchacha de enfrente, volvióse a meter en la cama y allí estuvo, temblorosa e incapaz de conciliar el sueño, hasta la mañana

siguiente, sospechando que se trataba de la policía. Entre seis y siete procedió a vestirse y a preparar una pequeña maleta. Después, salió a hurtadillas, tomó el metro hasta Washington Heights, y se dirigió al piso donde vivía su marido con sus padres. Estos le aconsejaron comunicar su paradero a la policía, a fin de facilitarles la tarea contestando a sus preguntas, pero, como no insistieron, ella hizo la suya. Todo parecía indicar que había dado con un buen escondrijo hasta que el domingo a primera hora de la mañana su marido tuvo la ocurrencia de proponer una reconciliación. Arrose entonces tal trifulca, que toda la familia saltó de la

cama para intervenir. Al fin, la echaron de casa sin contemplaciones. Ella tomó sus bártulos y se marchó. Después de un buen rato de viajar en metro a la ventura, cobró el suficiente valor para volver a su domicilio a efectuar un reconocimiento. Pero al enterarse de que la policía había estado allí tres veces, perdió el poco valor que le quedaba y volvió a emprender el vuelo hasta ir a parar a casa de Nero Wolfe.

Todas estas explicaciones llevaron un buen rato. Al fin de ellas, exclamé, contrariado:

—¡Hum! No tiene usted ninguna coartada para las horas esenciales, o sea de diez a doce del viernes por la noche.

La explicación de que estaba usted acostada no resuelve nada. ¿Le dijo su marido que había ido a prestar declaración al cuartel de policía?

—Sí, me lo contó todo.

—¿Reconoce que le casqué?

—Sí. Siento no haber presenciado la pelea.

—Al presente, tiene usted otras cosas más importantes en que pensar. Está usted metida en un lío, muchacha, pero, en fin, veré lo que puedo hacer por usted. ¿Qué prefiere para desayunar, zumo de naranja, gachas, huevos, jamón...?

—Me gusta todo menos el pescado. Pero, ¿podría tomar un baño primero?

Mi maleta está en el vestíbulo.

Eso significaba que, entre una cosa y otra, la chica no estaría lista hasta las once, hora en que Wolfe se instalaría en el despacho después de su visita matinal a las plantas. No me pareció mal la idea y, tras acompañar a Rosa a la habitación de los huéspedes y cerciorarme de que había toallas y demás útiles para el baño, bajé de nuevo al despacho y, luego de comunicar a Wolfe por medio del teléfono interior que teníamos una huésped, fui a la cocina a encargarme a Fritz el desayuno.

A pesar de la aparente camaradería y sinceridad de Rosa, yo no estaba ni mucho menos convencido de que la

chica fuese un dechado de franqueza e inocencia. Y como, por otra parte, nuestra actuación profesional con referencia a la muerte de Moore seguía en pie, al menos por el momento, no vi inconveniente en que Wolfe trabajara un poco, para variar, y dedicarse las dos horas que mediaban entre el fin de la visita a las plantas y la hora de almorzar a una de sus minuciosas exploraciones, con Rosa haciendo las veces de selva. En consecuencia, expuse la idea a la muchacha mientras ésta desayunaba, si bien, naturalmente, modificando algo los términos.

La cosa comenzó con muy buenos auspicios, poco después de las once,



con Wolfe tras su escritorio y Rosa en el sillón de cuero rojo, luciendo un atrevido vestido de rayón color cereza.

—La verdad es que su traje y ese sillón forman una combinación horrible —gruñó Wolfe.

—Tiene usted razón —convino la muchacha—. ¿Me permite que me cambie de sitio?

Y se trasladó a la silla amarilla, la preferida de Saúl Panzer.

Eso sentó la base para un mutuo entendimiento. Todo parecía indicar que la conversación resultaría interesantísima, pero, de hecho, apenas cambiadas las preliminares preguntas y respuestas, como por ejemplo, en qué

consistía el trabajo de una archivera auxiliar, sonó el timbre de la puerta. Antiguamente, en casos que requerían discreción, tales como el de tener un fugitivo de la Justicia en el despacho, veíame obligado a apartar un poco la cortinilla de la puerta para ver de quién se trataba pero recientemente habíamos hecho instalar un pequeño panel de cristal que permitía ver al instante sin que éste pudiera vernos a su vez, cosa a la que me costó mucho acostumbrarme. Tras comprobar quién era el visitante, volví al despacho y dije a Wolfe:

—Es el señor Cross. ¿Quiere usted verle?

—No. Dile que estoy ocupado.

—A lo mejor le trae una orquídea —  
refunfuñé: sin ocultar mi contrariedad.

—¡En fin! —suspiró Wolfe,  
apretando los labios—. ¡Paciencia! Le  
recibiré. Si no tiene usted inconveniente,  
señorita Bendini, ¿hace el favor de subir  
a la habitación de los huéspedes? En  
seguida estaremos listos.

La chica desapareció con la rapidez  
de un rayo. Una vez en el vestíbulo,  
aguardé a que nuestra huésped subiera  
los dos tramos de escalera y se metiera  
en la habitación indicada. Entretanto, el  
timbre sonó por segunda vez.

Por fin, abrí la puerta y exclamé en  
son de protesta:

—¡Dios mío! ¡Qué prisa traen

ustedes!

El inspector Cramer, seguido del sargento Purley Stebbins, no tuvo la cortesía de dirigirme el más pequeño saludo, ni siquiera en atención a la eficaz ayuda que un servidor había prestado el viernes por la noche. Arabos hombres recorrieron el vestíbulo en dirección al despacho, en tanto yo cerraba la marcha.

—Buenos días —dijo Wolfe, sucintamente.

—Conque ésas tenemos otra vez, ¿eh? —espetó Cramer.

—¿A qué se refiere usted? —inquirió Wolfe, sorprendido.

—Sospecho que esta entrevista lo

misino puede durar un minuto que varias horas. Todo depende de usted. ¿A qué vino aquí Kerr Naylor el viernes por la noche? ¿A qué hora se marchó y adonde fue?

—Eso no llevará ni un minuto, señor Cramer. El señor Naylor no estuvo aquí el viernes por la noche. No me gustan sus modales, inspector. Nunca me han gustado. Buenos días, señor.

—¿Insinúa usted... —empezó Cramer, sin acertar por unos instantes a expresarse—, insinúa usted que Naylor no vino a verle el viernes a las nueve menos veinte, o sea poco antes de ser asesinado?

—No, señor. Y van dos veces. Creo

que ya basta. Haga el favor de...

—¡Está usted loco! —rugió Cramer.

Y volviéndose al sargento, comentó:

—¡Este hombre ha perdido la  
chaveta, Stebbins!

—Sí, señor.

—Traiga aquí a ese individuo.

Purley alejose a grandes zancadas.

Cramer tomó asiento en el sillón  
encarnado. Yo mantuve la vista fija en  
Wolfe, por si me hacía señal de no dejar  
pasar de la puerta a Purley y a aquel  
desconocido, quienquiera que éste fuese.  
Pero por lo visto mi jefe había decidido  
que lo más exasperante que podía hacer  
era adoptar un aire de fastidio, y, ni  
corto ni perezoso, puso en práctica su

decisión. El único rumor reinante era el resuello de Cramer, suficiente para los tres que estábamos allí. Por último, percibimos un rumor de pasos en el vestíbulo, y a poco entró un hombre seguido de Purley. Era un individuo de edad madura, con calvicie incipiente y espaldas de descargador de muelle. Saltaba a la vista que estaba de muy mal talante. Purley le ofreció una silla y él dejase caer en ella como un fardo.

—Este señor —declaró Cramer, solemnemente— es Carl Darst. El viernes por la tarde estaba de servicio con un coche «Sealect», número nueve mil cuatrocientos tres, matrícula WX uno, nueve, siete, cuatro, cuatro, cero.

¿Quiere usted decimos, Darst, quién le alquiló el taxi en la calle Cincuenta y Tres, entre la Primera y la Segunda avenidas?

—El sujeto que me mostró usted en una fotografía —manifestó Darst, con voz ronca y desabrida—. Me gritó a mi paso. Ojalá no lo hubiera hecho. ¡Pensar que éste era mi domingo libre...!

—¿Era el mismo hombre que vio usted en la Morgue?

—Creo que sí. Fue difícil reconocerle... pero, sí, seguro que era él.

—Se llamaba Kerr Naylor, el mismo que vio usted en la fotografía que le enseñé. ¿A dónde le llevó?



—Me dijo que le condujera al número novecientos catorce de la calle Treinta y Cinco, y allí le llevé.

—¿O sea a las señas donde nos hallamos ahora?

—Sí.

—¿Qué sucedió cuando llegaron ustedes aquí?

—Después de pagarme, mi pasajero dijo que, como no estaba seguro de si encontraría alguien en casa, le aguardase hasta que lo averiguara. Subió los peldaños y llamó al timbre, y en vista de que alguien abría la puerta y empezaba a hablar con él, me marché. No aguardé a que entrase en la casa porque no me lo pidió.

—Pero, ¿alguien abrió la puerta y habló con él?

—Aja, eso puedo asegurarlo.

—De acuerdo. Salga usted y aguarde en el coche. Es posible que vuelva a necesitarle. ¿Quiere usted formularle alguna pregunta, Wolfe?

Éste, siempre con su aspecto de aburrido, meneó la cabeza negativamente. Darst se retiró, pero el sargento Stebbins quedose con nosotros. Tras aguardar a que llegara el rumor de la puerta anterior cerrándose tras el taxista. Cramer dijo con la tranquila calma del que tiene la sartén por el mango:

—Repito que está usted loco. Su

actitud es realmente estúpida y, si es que puede darla, exijo una explicación. Si intenta convencerme de que el hecho de que Naylor viniera y llamara al timbre hasta que se abrió la puerta no prueba que entrase en esta casa, me apresuraré a preguntarle cómo sabe usted que tomó un taxi en la calle Cincuenta y Tres a las ocho y media. Aguarde un momento, aún no he terminado. Esto parece un buen razonamiento, ¿verdad? Pues, señor, si lo es, ¿por qué demonios telefoneó usted a mi despacho para decirnos que Naylor tomó un taxi y darnos incluso el número de la matrícula, sabiendo que con éste en la mano no tardaríamos en encontrarlo? Repito que le falta a usted

un tornillo. Por lo regular, cuando emprende usted una investigación, tengo una vaga idea del rumbo que intenta seguir, pero esta vez tendrá usted que explicármelo. Me encantaría escucharle.

—¡Uf! —refunfuñó Wolfe.

—Vamos, amigo, déjese de gruñidos y vaya al grano.

—Archie —murmuró Wolfe, distraídamente—, ¿fuiste al cine el viernes por la noche?

—Sí, señor.

—¿A qué hora saliste de aquí?

—A eso de las ocho y media.

—Entonces, no pudiste abrir la puerta del señor Naylor.

Al tiempo que hablaba, Wolfe

oprimió un timbre instalado sobre su escritorio, y a los pocos instantes abriose la puerta de la estancia dando paso a Fritz.

—Oye, Fritz —suspiró Wolfe—, ¿recuerdas que el viernes por la noche, después de cenar, Archie salió para ir al cine?

—Sí, señor.

—¿Y que, algo más tarde, alrededor de las once menos cuarto, si mal no recuerdo, se presentó el señor Cramer?

—En efecto, señor.

—Bien, eso basta para identificar la noche en cuestión. ¿Sonó el timbre a poco de la marcha de Archie?

—Sí, señor.

—¿Fuiste tú a abrir?

—Sí, señor.

—¿Quién era?

—Un hombre, pero no quiso decirme su nombre.

—¿Qué deseaba?

—Preguntó por el señor Goodwin.

—Vamos, acaba de contarnos lo que pasó.

—Le dije que el señor Goodwin había salido. Entonces, preguntó si estaba en casa el señor Wolfe, a lo cual contesté afirmativamente. Tras reflexionar unos instantes, preguntó a qué hora regresaría el señor Goodwin y yo le dije que probablemente después de las once. Le pregunté si deseaba dejar su

nombre y él contestó que no. Al ver que daba media vuelta y se disponía a bajar los escalones, cerré la puerta.

Cramer gruñó algo por lo bajo, pero Wolfe, sin prestarle la menor atención, preguntó a Fritz:

—¿A qué hora fue eso?

—Eran las ocho cuarenta y cinco cuando regresé a la cocina. Hice una nota, como de costumbre... ¡Cielos!

—¿Qué ocurre?

—¡Me olvidé de decírselo a Archie!

A su regreso, el inspector Cramer estaba aquí, y luego se ausentó toda la noche y el sábado durmió hasta mediodía... Lo siento en el alma, señor...

—No te preocupes. De nada hubiera

servido. ¿Me lo dijiste a mí?

—No, señor. Estaba usted leyendo sus tres libros, y como el desconocido no dejó su nombre...

—Descríbenoslo...

—Era bajito, más bajo que yo, y llevaba abrigo y sombrero. Tenía la cara pequeña y demacrada, como si no se alimentase bastante...

—Muy bien, Fritz, eso es todo. Gracias.

Fritz se retiró, cerrando la puerta del vestíbulo tras sí.

—Bien, ¿qué dice usted a esto, inspector?

—Sigo en mis trece —respondió Cramer, enfáticamente—. El que haya



usted aleccionado tan bien a Fritz no quita que esté usted loco. ¿Cómo supo que Naylor había tomado un taxi y por qué nos telefoneó...?

—No empiece a sermonearme otra vez —interrumpiome Wolfe—. Por lo visto, jamás aprenderá usted a dilucidar cuándo miento y cuándo no. El sábado por la tarde presentose un hombre en este despacho a decirme que había visto al señor Naylor tomando un taxi. Tras interrogarle debidamente, llegué a la conclusión de que su versión era exacta e inmediatamente telefoneé a su despacho y puse en antecedentes al señor Stebbins. ¿Qué tiene esto de particular?

—¿Quién era el hombre que se presentó en su despacho?

—Discúlpeme, inspector —  
intervino Purley Stebbins.

—¿Qué hay? —gruñó Cramer  
fulminándole con la mirada.

—Ese detalle no debe preocuparnos, señor. Puesto que, al parecer, no fue Goodwin, cabe achacarlo a uno de los muchachos que trabajan para Wolfe: Gore, Cather. Durkin, Panzer o Keems. Salta a la vista que uno de ellos se dedicaba a seguir a Naylor. De modo que si Wolfe se obstina en no aclarar este punto, siempre nos queda el recurso de mandar a por ellos...

Sonó el teléfono. Girando sobre mi

silla, atendí la llamada. Era Saúl Panzer, deseoso de hablar con Wolfe.

—No faltaba más, señor Platt — accedí en el tono reservado a los clientes dispuestos a pagar grandes facturas—. El señor Wolfe se pondrá al habla en seguida. A propósito, aprovecho la ocasión para decirle que esa gran firma jurídica que insiste en que todo cuanto desea es justicia, ¿sabe a cuál me refiero, verdad?, no hace falta mencionar nombres, se propone emplazarle a usted judicialmente. Sugiero, pues, que lo más prudente por su parte sería desaparecer uno o dos días. Tiene usted muchos sitios a donde ir, aparte de su casa. ¿Está usted

conforme? —No tengo inconveniente —  
convino Saúl—. Te comprendo  
perfectamente. ¿Quién está ahí, Cramer?

—Sí. Supongo que serán muy  
porfiados. El señor Wolfe al habla.

Wolfe siguió el juego con el  
supuesto señor Platt. Como me hizo  
señas de que colgara el receptor, dando  
a entender con ello que sus acuerdos con  
Saúl no eran de mi incumbencia, resultó  
que me quedé tan en ayunas de la  
conversación como Cramer y Purley.  
Wolfe la redujo casi exclusivamente a  
monosílabos. Purley estornudó. Los tres  
permanecíamos con la vista fija en  
Wolfe, en espera de que terminase.

La puerta del vestíbulo abriose de

par en par y en su marco apareció Rosa Bendini.

Era una situación en extremo embarazosa. Wolfe seguía atendiendo al teléfono, en tanto los dos funcionarios públicos y yo contemplábamos asombrados a la recién llegada, vestida aún con aquel traje color cereza tan poco propio para ir por la calle. Estuve a punto de decir algo como: «Oye, querida Mabel, estamos hablando de negocios con estos caballeros, de modo que vuélvete a tu habitación y aguárdame allí», o «Ahora estamos ocupados, señorita Carmichael, pero dentro de un momento la recibiremos». Lo malo fue que lo primero se me antojó

indecente y lo segundo ilógico, y no acerté con ningún substitutivo satisfactorio a su debido tiempo.

Wolfe dio fin a su conversación telefónica y, luego de colgar el receptor, espetó a la muchacha:

—¿Como se te ha ocurrido presentarte aquí vestida de este modo? ¡Vamos, vuelve arriba y aguarda a que esté listo!

Su esfuerzo no me pareció en modo alguno superior a los por mí rechazados. Mas lo cierto es que todo esfuerzo hubiera resultado inútil. La chica había cometido un error garrafal y no había escapatoria posible. Adelantándose directamente hacia mí, sin mirar siquiera

a Cramer y Purley, Rosa declaró:

—Me prometió usted estar a mi lado cuando me interpelaran. Al ver un auto de la policía en la calle, bajé al vestíbulo a escuchar y me dije que lo mejor era aprovechar la ocasión de presentarme ante ellos en presencia de usted y del señor Wolfe.

Y volviéndose a Cramer y Purley, les dijo sin rodeos:

—Me llamo Rosa Bendini, o señora de Anthony, como ustedes prefieran y vivo en la Bank Street, cuatrocientos dieciocho, segundo piso. El viernes por la noche, cuando vino a por mí un policía, estaba acostada en la cania. ¿Qué desean ustedes preguntarme?

Afortunadamente, no le dio por agarrarme del brazo o recostarse en mi hombro. Lo único que deseaba era decir aquello a la policía en mi presencia.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Cramer, en el tono más maligno que le había oído adoptar en mi vida—. ¿Qué divertido, eh? ¡Realmente divertido! ¿Cuánto tiempo la ha tenido usted escondida, Wolfe? Supongo que no mucho, porque, al parecer, aún no está muy adiestrada.

—Es usted un majadero, señor Cramer —le informó Wolfe para su conocimiento.

Considerando que tal como estaba la cosa lo mejor era acabarla de embrollar, tercié, exclamando en tono pesaroso:



—La culpa ha sido mía. Se me ocurrió la estupidez de decir a esa señorita que irrumpiese aquí dentro cuando me oyese estornudar, pero Purley me tomó la delantera.

Y echando al sargento una mirada incendiaria, dije:

—¡No tenía idea de que estuviese usted resfriado!

—Bien —suspiró Cramer, levantándose—. Supongo que tiene usted aquí otras prendas y objetos personales, ¿no es eso, señorita Bendini?

—Sí, pero...

—Le doy tres minutos para cambiarse, a menos que quiera usted salir a la calle con esta indumentaria.

Ande, vaya a arreglarse.

—No —replicó Wolfe, golpeando la mesa con el índice, lo cual significaba que estaba dispuesto a habérselas con un tigre—. No se mueva de aquí, señorita Bendini. ¿Tiene usted una orden de arresto, inspector, o se limita a formular una acusación contra ella?

—Tonterías. Asesinato. Testigo material.

—¿Testigo de qué?

—Eso se lo diré a ella, no a usted.

—¡Bah! Señorita Bendini, le aconsejo que no salga de aquí si no se la llevan por fuerza.

Me decidí a intervenir por varias razones. En primer lugar, Wolfe no

seguía un plan preconcebido porque la cólera le cegaba. En segundo, Rosa habíase puesto tan pálida y rígida que dudaba de que pudiera andar, especialmente acompañada de un policía, aparte de que no me parecía bien permitir que la sacasen de nuestra casa con aquella indumentaria. Y en tercer lugar, aunque no le había prometido nada, lo cierto era que habíale insinuado que, llegado el caso, la ayudaría.

—Atienda, inspector —dije a Cramer—, ¿a qué viene todo este forcejeo? Si se la lleva y esta señorita resulta ser tan testigo como yo, saldrá usted perdiendo, pues ya ve lo resentido

que está el señor Wolfe. Si no le gusta conversar con ella aquí, le propongo una cosa, y usted es libre de aceptarla o rechazarla. La señorita se cambiará de vestido, y Purley y yo la llevaremos a la parte baja de la ciudad en el coche del señor Wolfe. Durante su conversación con ella, yo estaré presente, muy calladito. Después, a menos que decida usted acusarla, la señorita se vendrá conmigo. ¡Qué demonio! ¡Al fin y al cabo, estuve con usted todo el viernes por la noche! Bien, ¿que contesta?

—Lo menos que podrías hacer es pedirme permiso, Archie —murmuró Wolfe, severamente.

—Hoy es domingo —dije a Cramer

— Para que el trato quede debidamente cerrado, tiene usted que decir en voz alta, «sí» a fin de que todo el mundo le oiga. Personalmente, preferiría que se la llevara usted para demostrar al señor Wolfe lo que puede la Ley, pero se da el caso que la señorita Bendini es como una hermana para mí. ¿Qué contesta? ¿Sí?

—Sí —gruñó Cramer.

Mientras iba a por el coche, me dije que uno de los primeros papeles había vuelto a recaer en nosotros. Me refiero al representado por la última persona que había visto a Naylor con vida. Por espacio de unas horas, el honor habíame correspondido a mí. Luego, recayó en

Saúl Panzer, que lo pasó, a su vez, al taxista. Al presente, volvía a la familia, en la persona de Fritz. ¿Quién sería el próximo?

# CAPÍTULO

## XXV

Me perdí la comida dominical, pero no la cena. No era de extrañar que, dadas las circunstancias, Cramer se figurase haber pescado un buen pez y puesto en ridículo a Wolfe. Pero, tras pasar media hora con Rosa y un servidor en su despacho, empezó a sospechar que lo que en realidad había pescado era un simple tocón y, dejándonos a merced del teniente Rowcliff, largose a la Centre

Street. Rowcliff no se tomó muy en serio la cesión, acaso porque su concepto de mí corre parejas con el que yo tengo de él. Por espacio de una hora, atosigó a Rosa a preguntas con su gramática de curso por correspondencia, procurando no dejarme meter baza con ninguna clase de sonido articulado, y ya no cejó hasta ser interrumpido por el regreso de un agente enviado a Washington Heights para interpelar a los suegros. No sólo resultó que tanto el padre como la madre políticos corroboraron la historia de Rosa, sino que, además, el marido político presentose con el agente para armar una trifulca. No estaba dispuesto a permitir que maltratasen a su mujer y



cuidaría personalmente de evitarlo. Sabedor de lo que había motivado la aurora dominical, miré al hombre, desconcertado. Habíame fijado que en el papel de cartas de la Compañía Naylor-Kerr figuraba el siguiente lema de la firma: «TODO LO DEL MUNDO, EN CUALQUIER PARTE DEL MUNDO». Y, según todos los indicios, el lema del personal masculino del departamento del almacén era PROTEGE A LA MUJER, o mejor, PROTEGE A TU MUJER QUIENQUIERA QUE ÉSTA SEA.

De resultas de todo ello, Rowcliff tuvo que circunscribirse a discutir con Rosa el tiempo que ésta había pasado en

la cama el viernes por la noche, especialmente entre las horas diez y doce, lo cual limitó considerablemente su radio de acción. Luego, mandó a un hombre a la Bank Street para interrogar al portero y a los demás inquilinos, pero todo cuanto éstos pudieron aportar fue que no habían visto volver a casa a la señorita Bendini el viernes por la noche. Por último, a eso de las siete. Rowcliff aplazó la cosa *sine die*, y yo conduje a Rosa, con su equipaje, a su domicilio particular, tras telefonar a Wolfe y darle cuenta del resultado de la sesión. El marido nos acompañó y luego se vino conmigo y se apeó en la boca de un metro. Convencido ya de que las

relaciones entre su mujer y un servidor eran de índole puramente profesional, quiso incluso invitarme a una copa.

Pasé el atardecer del domingo en el despacho con mi máquina de escribir. Wolfe hallábase allí también, pero el único de mis cinco sentidos que acusaba su presencia era el de la vista. Cuando telefoneó Saúl Panzer para informar a Wolfe sobre otro caso pendiente, le propuse que, a la mañana siguiente, se reuniera conmigo en un punto de la ciudad en lugar de acudir a nuestro domicilio. Las autoridades habían telefoneado varias veces a su casa, en su empeño de dar con él, y pensaba pasar la noche en el piso de un amigo. Era muy

posible que su ansiedad por encontrarle les llevase a vigilar nuestra casa, y lo cierto es que yo seguía pensando que lo más cortés era dar a Hester Livsey una oportunidad de explicarse en un ambiente propicio.

Tenía la absoluta certeza de que la identificación de la muchacha por parte de Saúl reduciríase a una mera formalidad, y así fue, en efecto. El lunes por la mañana, me reuní con él y, una vez en el vestíbulo del edificio de la William Street, elegí un punto estratégico para observar la llegada del tropel de empleados, camino de los ascensores. Entre ellos, reconocí varias caras. Todos caminaban diligentemente,

dispuestos a iniciar las nuevas jornadas que les valdrían otro salario semanal. A las nueve menos dos minutos, cuando me figuraba ya que la joven nos había pasado por alto y que, por tanto, tendríamos que subir arriba para intentar reconocerla, Saúl me pellizcó, murmurando:

—Ahí está, a la derecha, a unos diez metros, con el mismo abrigo y sombrero, detrás de ese tipo alto con gafas, en dirección al ascensor.

—Sí, ésa es —convine en el preciso momento en que la joven desaparecía dentro del ascensor y la puerta de éste se cerraba—. ¿Cuántos abrigos supones que tiene? Es una honrada trabajadora.

—Eso no es de mi incumbencia —  
gruñó Saúl. —Bien, ya oíste su nombre.  
Si telefoneas a Wolfe y éste te interpela,  
puedes darle una respuesta afirmativa y  
decirle que se la llevaré al despacho  
pero ignoro cuándo. Tengo que averiguar  
si sigo trabajando aquí o no. Hoy se  
celebrará una Junta de directores... Pero,  
¿qué te pasa? No me escuchas...

—Estoy mirando a cierto sujeto.  
¿Conoces a ese hombre con abrigo y  
sombbrero grises, cara carnososa y figura  
gruesa y corpulenta? Ahora está de  
espaldas a nosotros, metiéndose en el  
ascensor...

—Sí, le conozco. ¿Por qué me lo  
preguntas? —No me es desconocido.

—Ya me lo figuro —mascullé, sabedor de que la vista de lince de Saúl y su prodigiosa memoria constituían un verdadero archivo viviente—. Probablemente, le viste el diecisiete de agosto de mil novecientos treinta y ocho, cruzando la Madison Avenue, a contraluz...

—No. Le vi el viernes, por dos veces. Cuando Naylor se reunió con la muchacha en la Primera Avenida, esquina calle Cincuenta y Dos, ese hombre estaba en un portal de la otra acera, mirándoles. Una hora más tarde, cuando ambos se despidieron en la Segunda Avenida, esquina calle Cincuenta y Siete, ese mismo individuo

hallábase de pie en torno al portal, a unos doce metros de distancia, y echó a andar tras la mujer por la Segunda Avenida. Eso es todo cuando vi, pues mi objeto era seguir a Naylor y éste empezaba a alejarse ya.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—Entonces, habrá que creerlo. Por si acaso ese aplasta-cabezas sigue haciendo de las suyas y me convierte en su tercera víctima, te diré que ese hombre se llama Sumner Hoff. Trabaja para Naylor-Kerr y su despacho está en el departamento del almacén.

—Con mil amores. ¿Ya estamos listos de aquí?



Respondí afirmativamente, y Saúl se marchó.

Yo tomé un ascensor al piso 34, algo perplejo respecto a mi posible despido. Era muy posible que me estuviera aguardando una comisión de administradores para darme el pasaporte. Mas no fue así. Claro está que cuando entré en la oficina general y eché a andar por el largo pasadizo lateral, posáronse en mi persona infinidad de miradas, pero eso no era más que una prolongación de lo sucedido la semana anterior. Tras dejar el abrigo y el sombrero en mi despacho, volví a salir inmediatamente en dirección al otro lado de la sala y, al

llegar a la altura del despacho de Hester Livsey, abrí la puerta, entré en la estancia, y cerré de nuevo la puerta tras mí.

—¿Qué desea usted? —inquirió la muchacha, cesando de quitar el polvo de su escritorio.

Parecía nerviosa, cuitada y contrariada. A buen seguro, Fritz habríala incorporado al grupo de personas inapetentes. Personalmente, seguía teniendo la sensación de que la chica estaba en un aprieto y nadie, sino yo, podía comprenderla y ayudarla a superarlo. Con todo, esta vez, saltaba a la vista de cualquiera que la joven hallábase en un apuro.

—Me llamo Archie Goodwin —  
declaré—, y trabajo para Nero Wolfe.

—Eso ya lo sé. ¿Qué desea?

Evidentemente, todo el personal del departamento está al cabo de la calle de mi identidad.

—Temo que no podré dar una respuesta tan precisa y directa como su pregunta —suspiré—. Puedo decirle lo que deseo, pero tendré que dejar más o menos en el aire el porqué. Quiero citarme con usted para las cinco de esta tarde y llevarla al despacho de Nero Wolfe. Mi jefe desea hablar con usted...

—¿Sobre qué?

—¡Por favor, desarrugue ese ceño!  
—rogué—. No puedo darle

explicaciones. Lo único que puedo adelantarle es que se trata de algo relacionado con el asesinato de Kerr Naylor, como supongo habrá usted adivinado de sobra. Bien, primero intentaré pedírselo a usted por las buenas. ¿Está usted dispuesta a hacerlo?

—Ni hablar. ¿A santo de qué?

—En este caso, tendré que cambiar de táctica. Hubiera preferido no llegar a este extremo, pero, por lo visto, no puede uno darse todos los gustos. Verá usted. El señor Wolfe se ha enterado de cierto hecho relacionado con usted y Kerr Naylor, y desea interrogarla sobre el particular. La índole de ese hecho es tal que...

—¿De qué se trata?

—La índole de ese hecho es tal —proseguí, meneando la cabeza negativamente—, que si no va usted a verle y accede a ser interpelada, mi jefe se verá obligado a revelar el mencionado hecho a la policía y entonces nadie aguardará su consentimiento. Se la llevará a la fuerza y el ambiente del interrogatorio será muy distinto.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha con voz inexpresiva, como aquel que se queda insensible de puro aturdimiento.

Eso me irritó.

—Tiene usted suerte de no

habérselas con un policía —declaré—. Le recomiendo que adopte usted una actitud más natural si llega el caso de que la policía deba interpellarla. Se ha quedado usted boquiabierta.

De improvviso, la muchacha acercóse a mí y, levantando los ojos hacia los míos, balbució en un tono entre imperativo y suplicante:

—¿De... qué... se... trata?

Estuvo a punto de lograr su intento. Por fortuna, me contuve a tiempo, antes de que la respuesta aflorase a mis labios.

—No —repuse, firmemente—. Ya la informaré el señor Wolfe.

—¿No quiere usted decírmelo?

—No.

—No creo que esté usted en posesión de ningún hecho. Apuesto a que no es verdad.

—Pues se equivoca usted de medio a medio —gruñí, enojado con ella por sus pésimas condiciones de actriz—. Es usted transparente como el cristal. De su actitud se deduce que no hay un solo hecho, sino dos o quizá más, y que se esfuerza usted en dilucidar cuál es el que sabe Wolfe.

A pesar de haberse descubierto, la muchacha no se arredró, sino al contrario, demostró ser capaz de hacer frente a las circunstancias. En efecto, dirigiéndose al perchero de un rincón de

la estancia, tomó su abrigo e introdujo un brazo en una manga.

—Vamos —dijo.

—Ahora, no —repuse, acercándome a despojarla del abrigo—. La única cita que el señor Wolfe se negaría a romper es la que tiene concertada con las orquídeas de nueve a once de la mañana.

Y consultando mi reloj, añadí:

—Nos iremos dentro de una hora y cuarto. Me reuniré con usted en el vestíbulo a las once menos cuarto.

Pero Hester sabía lo que quería.

—No puedo quedarme aquí sentada —objetó—, y si me llaman para escribir al dictado... no acertaré ni una. Será mejor que nos vayamos ahora y



aguardemos a su jefe. Un momento... Voy a advertir al señor Rosenbaum.

Como yo conservaba aún su abrigo en las manos, lo colgué en la percha, replicando que tenía que hacer una diligencia en el edificio antes de marcharme, ante mi insistencia, la chica no tuvo más remedio que ceder. Yo me alejé, sin tener idea de cómo reaccionaría en caso de que la joven se desdijera y tratase de sonsacarme con todas las de la ley. De momento, accedió a reunirse conmigo en el vestíbulo a las 10,45. Así, pues, regresé a mi despacho y telefoneé a Wolfe para decirle que nos aguardase a las once. Además, le puse en antecedentes de la identificación de

Sumner Hoff por parte de Saúl. Luego me puse al habla con el cuadro telefónico de la casa Naylor-Kerr y pedí el número del despacho del presidente.

Esta vez, tuve que luchar a brazo partido para conseguir mi objeto. El hombre estaba en una importante junta y no podía ser molestado. Por fin, persuadí a su secretaria de que aquella mañana era más importante yo que todas las reuniones habidas y por haber. La mujer me rogó que no me retirase. La espera se prolongó tanto que, a los ocho minutos, sospeché que se habían olvidado de mí. Finalmente; cuando me disponía ya a colgar, la voz de la secretaria profirió:

—Señor Goodwin.

—Aquí estoy esperando.

—Tenga usted la bondad de subir a la Sala de Juntas, en el piso treinta y seis. Será usted recibido.

Del tono de su voz se colegía que era una oportunidad entre mil, por lo que me apresuré a darle las gracias.

Al llegar a mi destino, un centinela apostado ante la puerta cerciorose de mi nombre y me dejó pasar. Yo entré, adoptando un aire de grave dignidad.

Era una sala grande, alta de techo, bien iluminada e imponente a los ojos de un humilde empleado como yo, que llevaba sólo tres quintos de semana en la nómina. Una enorme alfombra cubría

el suelo casi por completo. La mesa, de nogal blanquecino, era tan grande como mi dormitorio, aunque, naturalmente, de forma distinta. Todo a su alrededor había amplios sillones, tapizados de cuero pardo, en número de más de una veintena, todos ocupados., excepto cuatro o cinco. En cada extremo de la mesa figuraban dos de ellos; los demás, discurrían por los lados.

En uno de los sillones del extremo más distante hallábase sentado Jasper Pine. En el otro, un hombre tan enjuto que apenas ocupaba una tercera parte del asiento. Estaba realmente envejecido. Le reconocí a la primera ojeada, por haber visto su retrato en la

pared del despacho del presidente. Era el viejo George Naylor, uno de los fundadores de la firma y padre de la señora Pine —Cecily para mí— y del difunto Kerr Naylor. Pine dijo, sin levantarse:

—Señores, este es el señor Archie Goodwin. Goodwin, la Junta Directiva está celebrando una reunión y aquí presentes se encuentran varios miembros del cuerpo administrativo. Se trata de una sesión especial convocada para examinar la cuestión de la muerte del señor Kerr Naylor.

Hemos discutido el asunto con cierta extensión en todos sus aspectos. Alguien ha sugerido que demos órdenes a su jefe,

Nero Wolfe, de proseguir la investigación extendiéndola a la muerte del señor Naylor. No obstante, algunos de los aquí presentes opinan que, antes de tomar una decisión sobre este punto deberíamos...

Pine tuvo que interrumpirse porque el viejo George Naylor profirió cierta palabra prohibida, muy frecuente entre los ingenieros de caminos en campaña, los chóferes de camión y los detectives en tensión nerviosa, pero totalmente inusitada en una junta de miembros administrativos.

Después de soltarla, el fundador agregó:

—¡Ya está decidido! ¡Wolfe

proseguirá su tarea!

Advertí al punto que su hijo no había heredado de él su voz de tenor, porque la del viejo era decididamente de barítono y dotada aún de fuerza y volumen a pesar de la edad.

Eleváronse algunos murmullos. En tono de cortés deferencia, si bien no del todo exento de impaciencia, Pine aventuró:

—Tenía entendido, señor Naylor, que habíamos convenido en oír primero al señor Goodwin. Vamos a ver, Goodwin, cuéntenos qué ha hecho usted desde que entró a trabajar aquí el pasado miércoles.

Nadie me invitó a tomar asiento, a

pesar de haber cinco sillones vacíos, de modo que, advirtiéndome que uno de los instalados a mi vera estaba libre, me arrellané en él cómodamente.

—¿Lo quieren en líneas generales o con todo lujo de detalles? —inquirí.

Pine dijo que lo contase a mi manera, y que, en caso de que me prodigara demasiado, ya me interrumpirían. Yo atendí a su deseo. Les referí lo que consideré necesario para satisfacer su curiosidad, aunque sin comparación posible con mis prolijas explicaciones a Wolfe, omitiendo, asimismo, por completo algunos pormenores, como por ejemplo mi primer encuentro con Gwynne Ferris



cuando ésta representó la comedia de sus deficiencias ortográficas. De vez en cuando, alguno me interrumpía para formular preguntas o hacer algún comentario crítico, pero cuando Llegué a la escena desarrollada ante la puerta del despacho de Sumner Hoff, en que Kerr Naylor habíame asegurado conocer la identidad del asesino de Waldo Moore, se me echaron todos encima. Al parecer, había dos bandos de opiniones, o acaso más.

Uno de ellos, me dijo con incredulidad:

—Conocía a Kerr Naylor hace por lo menos veinte años, Goodwin, y nunca supe que dijera una mentira. ¡En cambio

a usted no le conozco en absoluto!

Aquel individuo habíame estado atosigando desde el principio, con arrogante desdén, y, naturalmente, yo había tomado ya ciertas medidas contra él. De edad comprendida entre la mía y la del fundador, era, con mucho, el hombre más bien vestido de la estancia, poseedor de una ancha bocaza de labios gruesos y carnosos, y gran amigo de interrumpir a la gente. Cuando me disponía a replicarle, el viejo George Naylor se me adelantó con estas palabras:

—¡Tonterías! Kerr era un inveterado embustero desde su más tierna infancia.

Pero el tipo bien vestido no se

arredró ante semejante salida.

—Naturalmente —me dijo—, Kerr Naylor está muerto. Pero usted no.

Su tono implicaba que esa última circunstancia era sensible.

—Llevo una lista de la gente que me tilda de mentiroso —declaré—. ¿Cómo se llama usted?

La enorme boca del hombre esbozó una sonrisa condescendiente.

—Es usted demasiado viejo para emprenderla a puñetazos con nadie —concedí, poniéndome en pie—. Pero sé un truco que obliga a hablar a los animales mudos, y sería divertido ponerlo en práctica...

—Se llama Ferguson —terció un

flaco y menudo individuo con mostacho.

Era un tipo de mirada adusta, voz áspera y consistencia de tostada.

—Siéntese, Goodwin —prosiguió el mediador—. Ese señor se llama Emmet Ferguson. Es abogado, posee la mayor parte de un Banco y llevaba diez años tratando de convertir a Kerr Naylor en presidente de esta compañía. La última vez, perdió por nueve votos a cinco, y...

—¿Le parece a usted propio hablar de nuestras cosas a un extraño...? —protestó el otro con indignación.

—Si hubiese usted elevado a Kerr a la presidencia —intervino el viejo George Naylor—, me habría presentado aquí para echarle a puntapiés. Era mi

hijo, pero reconozco que no estaba capacitado para llevar este negocio.

—Sin embargo, ardía en deseos de llevarlo —masculló el menudo personaje del bigote.

Entretanto, yo habíame instalado de nuevo en mi sillón, procurando inhibirme en lo posible, en espera de que prosiguiese aquella reyerta familiar tan interesante. De hecho, ésta prolongose lo suficiente para inducirme a suponer que el motivo de que Kerr Naylor se hubiese negado a ser un pez gordo de la Compañía obedecía a que se reservaba para la presidencia. Al parecer, la Junta, que naturalmente tenía la palabra sobre el caso, inclinábase,

por mayoría, por Pine, pero, con todo, Kerr Naylor había obtenido cinco votos. ¿En qué bando habría estado Cecily? Todo cuanto logré formarme fue una idea general, porque, a poco, Pine, como presidente, puso fin a los comentarios e instome a proseguir.

Una vez descartada la cuestión de quién era el embustero, si Kerr Naylor o yo, o cuando menos pospuesta, pude continuar mi relato sin muchas interrupciones. Me mostré bastante locuaz hasta el final, cuidando empero de omitir detalles innecesarios, tales como los recientes descubrimientos relacionados con Hester Livsey. Cuando terminé, todos me formularon preguntas,

especialmente el tipo bien vestido, hasta que Pine intervino diciendo:

—Llevamos más de dos horas discutiendo este asunto, señores. Por consiguiente, opino que ha llegado el momento de tomar ciertas decisiones. La primera se refiere a la cuestión de Nero Wolfe. Vamos a ver, Goodwin. Si damos orden a Wolfe de proseguir esta investigación, extendiéndola a la muerte del señor Naylor, ¿qué podría hacer su jefe?

La mitad de los presentes se pusieron a hablar. Pine impuso silencio con su mazo, aseverando su autoridad de presidente.

—Dejen ustedes hablar a Goodwin.

Tras echarles una mirada circular y detenerme una décima de segundo más en el rostro de Emmet Ferguson, declaré:

—El señor Wolfe daría con el asesino. Mi jefe...

—¿Y por qué no la policía? —repuso Ferguson en tono ofensivo—. Al fin y al cabo, es la más indicada.

—No pienso discutir con charlatanes —advertí a los presentes, sin mirar a Ferguson—. ¿Continúo?

El flaco individuo del mostacho echose a reír sonoramente. Alguien dijo:

—Cállate, Emmet. De lo contrario, estaremos aquí todo el día.

—Depende —proseguí—. Si tienen



ustedes interés en zanjar pronto la cosa, llamen inmediatamente al señor Wolfe. Si no tienen prisa en encontrar al asesino, confíen el caso a la policía y no se gasten el dinero en el señor Wolfe. Es muy carero. Si consideran un deber para con ustedes mismos o para con otras personas asegurarse de que la tarea será llevada a cabo con eficiencia, y sospechan que ésta requiere algo más que un detective corriente, necesitan al señor Wolfe a toda costa. En cuanto a...

—Nadie le ha pedido que proceda a una campaña publicitaria —espetó Ferguson en son de mofa—. Hemos preguntado...

—En cuanto a lo que podría hacer el

señor Wolfe —continué, irritándome a levantar la voz—, confieso que lo ignoro. Nadie sabe lo que el señor Wolfe puede hacer en un caso dado hasta que lo ha hecho. Podría referirles varias actuaciones suyas, pero estaría hablando una semana y, por otra parte, supongo que la mayoría de ustedes ya conocen algo de ellas.

—Propongo —dijo el flaco del bigote— que autoricemos al presidente a contratar a Nero Wolfe...

—Un momento —repitió Pine, dando un mazazo—. Oiga, Goodwin, ¿tiene usted la bondad de salir de aquí y aguardar en la sala de recepción?

—Tengo que acudir a una cita —

repuse, consultando mi reloj—, y ya pasa de la hora.

—Todos tenemos prisa —gruñó alguien.

Pine me aseguró que no tardarían. Así, pues, me retiré.

A juzgar por los visitantes distribuidos en las sillas de la sala de espera, algunos visiblemente impacientes, estaban acumulándose las citas. Reconocí a uno de ellos, ayudante de un fiscal. ¿A cuál de los miembros de la Junta aguardaría? Convencido de que me tendrían al menos media hora esperando allí sentado, consideré la posibilidad de bajar al vestíbulo a advertir a Hester Livsey, pero cuando

casi estaba decidido a hacerlo, presentose el centinela administrativo informándome de que la Junta reclamaba mi presencia. Evidentemente, los miembros de la misma habían convenido con Pine que ya era hora de dejarse de chácharas y tomar decisiones. Eso si no habían decidido formularme más preguntas.

Afortunadamente, no fue así. Al tiempo que me acercaba a la mesa, Pine declaró:

—Goodwin, deseamos dar instrucciones al señor Wolfe conforme extienda su investigación a la muerte del señor Kerr Naylor. ¿Necesita usted una carta?

—No, bastan todos estos testigos. Como a partir de ahora se tratará de una investigación de asesinato declarada, sugiero que me excluyan ustedes de la nómina de la Compañía, con la condición de que me permitan entrar y salir libremente del departamento del almacén. Supongo que podemos contar con su cooperación.

—Efectivamente.

—De acuerdo. Oiga usted, señor Ferguson: el señor Wolfe le aguardará en su despacho a las seis de esta tarde.

El tipo bien vestido se me quedó mirando, asombrado y boquiabierto. La sorpresa dejole sin habla. El flaco del bigote soltó una nueva carcajada.

—¿Para qué? —preguntó Pine.

—Pasémoslo por alto —accedí, benignamente—. El señor Wolfe puede ponerse en contacto con él cuando lo desee. ¿Cómo fue la votación?

—¿Qué votación?

—La efectuada para la posible intervención del señor Wolfe.

—Como usted comprenderá, Goodwin, su pregunta es inconveniente. Le he dicho...

—Discúlpeme, señor Pine —objeté, echando una mirada circular a la mesa—. Esa pregunta dista mucho de ser inconveniente. Sepan ustedes, caballeros, que en caso de asesinato, no hay inconveniente. Por eso resulta tan

molesto para todas las personas interesadas. Les dije que ignoraba qué haría el señor Wolfe, pero sé perfectamente lo que me preguntará, y una de sus primeras preguntas será quién votó contra su intervención. Si me hubiesen permitido ustedes permanecer en la sala...

—El resultado de la votación —manifestó el flaco del bigote— fue de once votos contra cuatro. Los contrarios a la intervención de su jefe fueron Ferguson, Wyatt, Volk y Thomas. Como es de suponer, el presidente no votó, pero sus observaciones indicaron que era partidario de dicha intervención. Me llamo Armstrong.

—Muy agradecido. Ahora,  
permítanme ustedes acudir a esa cita.



# CAPÍTULO

## XXVI

En el extremo opuesto de la sala de recepción, había un par de cabinas telefónicas y, al pasar junto a ellas, entré en la primera y marqué un número. Generalmente, cuando yo no estoy en casa, contesta Fritz al teléfono, pero aquella vez lo hizo el propio Wolfe.

—¿Dónde diablos estás? —espetó —. Son las once y ocho minutos.

No me ofendí, porque no lo decía

con mala intención. Wolfe considera que desplazarse de un sitio a otro en Nueva York constituye una de las empresas más peligrosas que puede emprender un hombre, y estaba preocupado por mí.

—Acabo de salir de una junta de directores —declaré solemnemente—. Hemos sido contratados para investigar la muerte de Naylor por once votos contra cuatro, y personalmente le agradecería en el alma que me hiciera el favor de sentar las costuras a un caradura llamado Emmet Ferguson. Cuando le vea, me dará usted la razón. Estaré ahí con la señorita Livsey dentro de quince minutos.

A pesar de lo tarde que era, no

abrigaba el menor temor de que Hester se hubiera cansado de esperarme. La muchacha sentíase intrigada. No me equivocaba. Allí estaba, inquieta, paciente y hermosa, aguardándome junto al buzón del vestíbulo, en el punto en que éste daba acceso a la William Street. Pero, mientras me dirigía hacia ella, la joven volvió la cabeza para decir algo a un hombre. Por un momento, mi paso vaciló al reconocerle. Era Sumner Hoff, provisto de abrigo y sombrero.

—Siento haberme retrasado —me disculpé, deteniéndome ante ellos, si bien dirigiéndome exclusivamente a Hester—. Me entretuvieron arriba. Por

este lado es más fácil encontrar un taxi...

—Creo que ya conoce usted al señor Hoff —murmuró Hester—. Piensa acompañarnos.

La cosa no me pilló de sorpresa después de observar el detalle del abrigo y del sombrero.

—Vamos —apremié, mirando al hombre con desprecio—. Si el señor Wolfe decide que está usted de más, pondré en práctica la lección que me dio usted la semana pasada.

—Veremos —espetó—. Soy yo el que decidiré.

—No sea usted insolente —insté, afectando un tono lastimero.

Cuando encontramos un taxi, cosa

relativamente fácil a aquella hora del día. Hoff ayudó a subir a Hester y luego subió él, a su vez, colocándose en medio del asiento para que yo no pudiera sentarme al lado de Hester, lo cual me indujo a pensar que el hombre mantenía también fiel al viejo lema del departamento de proteger a la mujer. Daba gusto ver que aunque era ingeniero civil y, por ende, un aristócrata, no se consideraba superior a los demás y cumplía el código como uno de tantos. Francamente; considerando su inminente papada, pareciome que Hester andaba bastante mal de pretendientes, si bien cabía la posibilidad de que el hombre poseyera algunas buenas cualidades

imperceptibles a simple vista.

Al llegar a nuestro destino, Hoff cumplió su promesa de llevar la batuta desde que bajó del taxi hasta que entró en el despacho. En la confianza de que no tuviera inconveniente en que yo tomase la iniciativa de proceder a las consabidas presentaciones, dije a Wolfe:

—Como usted recordará, el pasado jueves, un sujeto llamado Sumner Hoff, al verme entrar en su despacho con la mejor de las intenciones, me ordenó que saliera, llamándome entrometido. Este señor es él. Cabría suponer que su presencia aquí obedece al deseo de presentar excusas. Pero no hay nada de eso. Según él, ha venido para llevar la

voz cantante.

—¿De veras? —murmuró Wolfe, tomando una botella de cerveza—. Siéntese usted, señorita Livsey. Y usted también, señor Hoff. ¿Tomarán un vaso de cerveza?

Ambos aceptaron los asientos, pero no la cerveza. Aprovechando que Wolfe, fiel a la creencia de que la espuma es buena para el labio superior, bebía a más y mejor; aventuré un nuevo comentario al tiempo que tomaba asiento en mi escritorio:

—Me permito añadir que, si prefiere usted hablar a solas con la señorita Livsey, no tengo inconveniente en llevar a cabo un alarde de ingeniería con Hoff,

consistente en echarle de la estancia.

—No, gracias —replicó Wolfe, depositando en la mesa el vaso vacío—. Tal vez más tarde.

Luego, enjugándose los labios con el pañuelo, recostose en el sillón con la mirada fija en Hoff.

—Vamos —le dijo—. Tome usted la batuta.

—Lo haré con sumo gusto cuando sepa de qué se trata —gruñó Hoff, agresivamente.

—¡Caramba! Sin duda, posee usted grandes recursos. De otro modo, no se explica que esté dispuesto a afrontar todos los fenómenos imaginables. He sido contratado por la firma en que



presta usted sus servicios para investigar la muerte del señor Naylor. Se lo digo para que sepa a qué atenerse.

Y dirigiéndose a Hester, agregó:

—Señorita Livsey, tengo entendido que dijo usted a un policía de Westport que no sabía nada del señor Naylor y que sus relaciones con él reducíanse a las de una oscura empleada con un jefe de departamento. ¿No es eso?

—No le contestes —soltó Hoff, procediendo a tomar las riendas del asunto.

—Pues claro que contestaré —repuso Hester, sentada en el sillón rojo, frente a la ventana—. Cuando menos, a esto. Esas no fueron exactamente mis

palabras, pero, de hecho, vine a decir esto. El señor Goodwin me ha dicho que usted habíase enterado de cierto hecho relativo al señor Naylor y a mí, sobre el cual me pondría usted en antecedentes si acudía a este despacho. ¿De qué se...?

—No hay tal hecho —intervino Hoff—, y nosotros deseamos saber a qué se refiere usted.

—Esa puerta —suspiró Wolfe, señalándola con el índice—, conduce a la habitación anterior. La pared y la puerta están a prueba de ruidos. Creo, señor Hoff, que lo mejor será que vaya usted a ella.

—Ni hablar. Pienso quedarme aquí.  
Seguía triunfando el lema: protege a

la mujer.

—¡Bah, tonterías! Aunque fuera usted más fuerte de lo que es, el señor Goodwin podría meterle donde yo le dijera... Archie, si el señor Hoff vuelve a interrumpirnos, llévatelo a donde sea, lo mismo me da.

—Sí, señor.

—Sin cumplidos.

—Sí, señor.

—Tú calla, Sumner —respondiote Hester—. Todo cuanto deseo saber es el motivo por el cual el señor Goodwin me rogó que viniera —añadió, dirigiéndose a Wolfe—. Es imposible que exista ese hecho relacionado con el señor Naylor y yo. ¿De qué se trata?

—¿Cuándo vio usted al señor Naylor por última vez, señorita Livsey?

—No con... —empezó Hoff.

Pero se interrumpió al punto al ver que yo me levantaba. De su actitud deduje con pesar que nunca podría darme el gusto de cascarle. Hoff no se prestaría a pelear. Todo lo más daría ocasión a un empujón o a un zarandeo, pero jamás se enzarzaría en una verdadera pelea. En vista de ello, volví a sentarme.

Sin embargo, Hester no obedeció la orden de su amigo. En lugar de ello, respondió:

—Pues, no sé. Supongo que le vi en la oficina el viernes, pero no me fijé y

no recuerdo.

—No —replicó Wolfe—, no fue en la oficina. El viernes, a las seis treinta y ocho de la tarde, reunióse usted con él en la esquina de la Primera Avenida y la Calle 52, y tras pasear en su compañía por espacio de más de una hora, despidióse usted de él a las siete cuarenta y un minutos en la Segunda Avenida, esquina Calle 57. ¿De qué estuvieron ustedes hablando?

—Eso no es cierto —afirmó Hester con voz innecesariamente alta y mirada desencajada.

—¿No? ¿Qué es lo que no es cierto?

—Todo lo que ha dicho.

—Según eso, ¿no vio usted al señor

Naylor el viernes, al salir de la oficina?

—No, no le vi para nada.

Mis sospechas se confirmaban. Saltaba a la vista que su conversación con Naylor había versado sobre algo que no le interesaba divulgar, y naturalmente la chica negaría haberla sostenido mientras pudiera. Yo no había informado aún a Wolfe de la nerviosa reacción de la muchacha aquella mañana, en la oficina, ni se me artejo necesario hacerlo al presente, consciente de que mi jefe tenía ya la sartén por el mango.

—Es inútil, señorita Livsey — masculló Wolfe—. Renuncie a esa actitud. Tengo un testigo.

—Es imposible que lo tenga — protestó la joven—. No puede usted tener un testigo de ello porque, por entonces, yo no estaba en aquel sector de la ciudad. El viernes por la tarde a las cinco, al salir de la oficina, me dirigí a la Gran Estación Central y tomé un helado en el bar de abajo. Mi intención era tomar un tren con destino a Westport, pero aquel día, en la oficina, el señor Hoff mostró deseos de hablar conmigo y nos citamos en la estación. Nos encontramos en el bar a las seis en punto. Charlamos allí un rato y luego subimos a la sala de espera y proseguimos nuestra conversación. El señor Hoff me persuadió a ir al teatro

con él y a tomar otro tren más tarde. Como era ya demasiado tarde para ir a un restaurante, cenamos en una gran cafetería situada cerca de la estación, en la Calle 42. Después, en vista de que no encontramos entradas para la función que queríamos ver, fuimos al cine a ver *Los mejores años de nuestra vida*. Al salir, tomé el tren de las once cincuenta y seis a Westport. Al día siguiente, sábado, el señor Hoff, sabedor de mi paradero, acudió a Westport a decirme que mi deber era cooperar con las autoridades. Así, pues, me vire a Nueva York y fui al despacho del fiscal del distrito, donde conté lo mismo que acabo de contarle y respondí a todas las



preguntas. De modo que lo de ese testigo que usted dice... bien, me gustaría saber quién es.

Para mis adentros, me dije gozosamente que aquella bella mentirosuela no tardaría en saber lo que quería. Pero me guardé mucho de exteriorizar mi regocijo. Mi rostro permaneció impasible.

En cambio, Wolfe adoptó un aire de disculpa.

—Parece ser —suspiró—, que la que tiene cosas que contarme es usted, no yo. Pues, sí, señorita Livsey, tengo un testigo, pero sin duda éste se equivocó. En cuanto a usted, señor Hoff, supongo que atestigua usted todo esto, ¿verdad?

—En efecto —asintió Hoff, enfáticamente.

—Bien, esto pone fin a la cuestión. Le debo una explicación, señorita Livsey, y conste que rara vez incurro en semejante deuda. En cuanto a mi testigo... ¿podría usted hacerme un favor? ¿Tendría inconveniente en mandarme una buena fotografía suya, lo más reciente posible?

—¿Para qué...? —inquirió Hester, vacilando.

—No faltaba más —respondió Hoff en su lugar—. Ignoro para qué la quiere usted, pero la señorita se la enviará.

—Magnífico. Y yo se lo agradeceré mucho. A ser posible, hoy mismo, por

medio de algún repartidor a domicilio. A lo mejor al testigo se le ocurre ir a la policía, y no vale la pena aturullarles más de lo que están. Buenos días, señorita Livsey —saludó Wolfe, levantándose—. Buenos días, señor Hoff. Gracias por haber venido.

Yo les acompañé al vestíbulo. En la puerta, Hester me dijo, tendiéndome la mano:

—Siento haber sido tan descortés esta mañana, señor Goodwin. Creo que estaba trastornada.

—No se preocupe —disculpé—, estaba usted nerviosa. A todo el mundo le ocurre lo mismo cuando se trata de un crimen, a veces, incluso al asesino.

Volví al despacho y, reintegrándome a mi silla, miré a Wolfe con mirada incendiaria mientras éste abría otra botella de cerveza, llenaba un vaso y se lo bebía tras aguardar a que la espuma descendiese un centímetro por debajo del borde del vaso. Luego, depósito el vaso vacío sobre la mesa y se pasó la lengua por el labio superior hasta decidirse al fin a utilizar el pañuelo. Cuando había visitas, omitía el detalle de la lengua.

—Aparentemente, se han salido con la suya —murmuró al fin—, pero son un par de imbéciles.

—La palabra atracción no expresa plenamente mis sentimientos —declaré

— En realidad, estoy loco por ella... ¿Ha reparado usted en que incluso ha dicho el título de la película que vieron? En cambio, se ha olvidado de decirnos la clase de helado que tomó. Un descuido lo tiene cualquiera. Aún no ha podido contarle a usted mi entrevista con ella esta mañana, pero dudo que el saberlo le hubiera servido de nada. Cuando le dije que usted deseaba interrogarla acerca de un hecho relacionado con ella, mostró tal ansiedad por saber de qué se trataba que por poco pierde el tino. De todo ello se desprende que el hecho en nuestro conocimiento no es ni mucho menos el único que la atañe. Eso lo garantizo.

¿Qué haremos ahora, echarla a las fieras?

—No —repuso Wolfe, enfurruñado—. Dudo que el señor Cramer pudiera sonsacarles. Pero, aun cuando pudiera, comprende que yo no lo toleraría después de aguantar que esa chica me dijera esa absurda mentira en mi propio despacho. ¿Qué hay de Saúl? ¿Le costó reconocerla?

—No, en absoluto. Él mismo la identificó, y ya sabe usted que Saúl es infalible en este aspecto. Aunque la chica tuviese una hermana gemela, no cabría duda: era ella. Además, como ya le he dicho antes, reconoció a Sumner Hoff... Protege a la mujer.

—¿Cómo dices?

—Nada. Es un lema. La farsa que acabamos de presenciar me inclina de nuevo por el departamento del almacén. Al salir de la reunión de directores, me sentí inclinado por el piso treinta y seis, esto es, por un criminal del más alto nivel administrativo. Pero ahora he cambiado de opinión. No obstante, mi ideal sería combinar los dos campos. Me resisto a descartar a Emmet Ferguson.

—Cuéntame lo de esa junta.

Yo accedí a su deseo, en espera de que me escuchase.

No obstante, faltaba saber si lo hacía, porque mantenía los ojos

abiertos. En general, cuando no los cierra mientras hablo, parte de su mente, ignoro en qué proporción, está pensando en otra cosa. En esta ocasión, sospeché que prevalecía el otro pensamiento, consistente en desollar mentalmente a Hester Livsey y rociarle de sal la carne viva, para vengarse de su mentira. De hecho, había contado con arrancarle, como mínimo, una insinuación susceptible de proporcionarle una buena pista en todo aquel embrollo. Pero todo cuanto había conseguido era una insolente patraña, abonada por Sumner Hoff.

Cuando terminé mi informe, en lugar de formular preguntas o hacer



comentarios, Wolfe murmuró que deseaba hablar con el señor Cramer, y una vez éste al habla, rogole que en la tarea de comprobar las coartadas y los movimientos de las personas interesadas, en la tarde del viernes, pusieran particular empeño en lo tocante a Sumner Hoff, sobre todo en las dos horas comprendidas entre seis y ocho. Naturalmente, Cramer quiso saber el motivo, ya que las horas que más le interesaban eran las de diez a doce. Excuso decir que la negativa de Wolfe a dar explicaciones motivó algunos gruñidos de protesta. Por fin, Wolfe colgó y, exhalando un profundo suspiro, recostose en su sillón. Apenas

transcurridos unos segundos, tuvo que enderezarse de nuevo, requerido por una llamada de Saúl Panzer.

Saúl transmitióle un breve informe, del cual yo no pude enterarme por no estar a la escucha. Wolfe lo escuchó sin comentarios, entre algún que otro gruñido, y, tras ordenar a Saúl que acudiera al despacho a las seis de la tarde, añadió:

—Esa mujer es una simplona. ¿Ha dado contigo el señor Cramer? ¿No? Pues ahora dale facilidades para encontrarte. Cuéntale lo del señor Naylor, pero no aludas a la señorita Livsey ni al señor Hoff. Exclúyelos a los dos. Han urdido una historia, que

sólo tu palabra puede refutar. Serían dos contra uno y el señor Cramer te retendría horas o acaso días, inútilmente, lo mejor que puedes hacer es ir a verle y acabar con él a buena hora para estar aquí a las seis en punto.

Luego de colgar el teléfono, Wolfe me miró sin desarrugar el ceño.

—Archie —dijo—. En vista de que hemos sido contratados para efectuar una faena y cuando menos sabemos de qué faena se trata, esta tarde, después de comer, vuelve a Naylor-Kerr y utiliza los ojos, orejas y lengua cuando la ocasión lo requiera y tus facultades te lo permitan.

Y echando una ojeada al reloj de

pared, concluyó:

—Ponte en contacto con Durkin, Gore, Cather y Keems. Diles que vengan aquí todos a las seis. Si están trabajando y necesitan una explicación, dásela. Esa mujer se arrepentirá de su estupidez.

# CAPÍTULO

## XXVII

Transcurrió una semana. Siete días y siete noches infructuosos que desembocaron en otro lunes, el último día de marzo.

Era el lapso de tiempo más largo sin resultados positivos, experimentado en nuestra carrera en un caso de asesinato. Si aquel segundo lunes por la mañana, cuando terminé de desayunar y me puse el abrigo y el sombrero para ir a la

ciudad a iniciar otra semana de trabajo en la oficina de la Compañía Naylor-Kerr, Wolfe me hubiera detenido para pedirme que le mecanografiase un resumen de los progresos efectuados durante la semana, el encargo no habría diferido mi marcha ni siquiera diez segundos. Habríame bastado por entrar en el despacho a por una hoja de papel blanco y entregársela sin más, o bien tres hojas, si exigía un triplicado. Semejante fracaso profesional no sólo me alcanzaba a mí, sino al propio Wolfe, a Saúl Panzer, Bill Gore, Orne Cather, Fred Durkin, Johnny Keems y al inspector Cramer con todo un ejército.

La policía había hecho todo cuanto

estaba a su alcance, dentro de sus posibilidades. Sus peritos, con microscopios y productos químicos, demostraron que el cuerpo había sido depositado en el suelo de la parte posterior del automóvil después de muerto o herido en otra parte, y transportado a la Calle 39 para someterlo al fingido atropello. Privada la teoría de que al asesino no le convenía que el cadáver fuese hallado en el lugar del hecho y, por tanto, decidió llevarlo a otro sitio. ¿Qué le impedía elegir de nuevo la Calle 39 si ésta estaba debidamente desierta como la vez anterior? Podía aprovechar un momento en que no hubiese nadie a la

vista para sacar el cadáver del coche y, caso que apareciese alguien antes de darse tiempo a realizar el atropello, siempre cabía la posibilidad de omitir ese detalle y pisar el acelerador.

Naturalmente, el hecho de que el asesino hubiera juzgado poco deseable que se supiera el lugar y la forma en que había muerto Naylor, despertó la curiosidad de la policía, induciéndola a destacar varios pelotones de investigadores. En su empeño por averiguar dónde había estado el coche, los peritos examinaron al microscopio todas las partículas de polvo y barro de los neumáticos e incluso de la parte inferior del chasis. Purley me dijo que



una de ellas inclinábale a creer que el auto había estado en Passaic, Nueva Jersey, pero nadie compartía su opinión. Total, que la cosa no dio resultado.

Fueron interpelados, un mínimo de una a cinco veces, unos doscientos miembros del personal del departamento del almacén. Rosa Bendini y su marido, Gwynne Ferris, Sumner Hoff, Hester Livsey y Ben Frenkel figuraban entre los favoritos, pero no eran en modo alguno los únicos. Suponíase que el asesino de Naylor y el de Waldo Moore eran una misma persona, sin excluir por ello otras posibilidades, y como por lo menos la mitad de los empleados del piso treinta y cuatro tenían algún que otro motivo

para sentir deseos homicidas respecto a uno de los dos, resulta que el radio de acción era ilimitado. Purley comentó que el caso presentaba múltiples posibilidades para un novato deseoso de aprender a descubrir pistas y comprobar coartadas, pues las había de todas clases.

Dicha actividad no se restringía al piso treinta y cuatro. Arriba, en el treinta y seis, entre los miembros del personal administrativo y de la gerencia, la táctica empleada era, naturalmente, algo distinta, ya que los vicepresidentes y directores son más sensibles y susceptibles que los oficinistas o jefes de sección; pero la tarea llevábase a

cabo con idéntica minuciosidad, tanto más cuanto sucedíanse los días y las noches sin dar la más pequeña pista. Los distinguidos miembros de la policía que trabajaban en el caso descubrieron la consabida maraña de celos y rivalidades, amén de las inevitables tendencias a empujar y a echar la zancadilla, pero todo ello no contribuyó a arrojar luz sobre el asunto, ni siquiera por las apariencias, el ángulo más prometedor era la tentativa de Kerr Naylor de echar a Jasper Pine para ocupar él la presidencia, pero esto tampoco condujo a nada positivo, ya que, en primer lugar, Naylor llevaba años aspirando inútilmente al cargo de

presidente, y en segundo, Pine estaba durmiendo en su domicilio la noche en que Naylor fue asesinado, según Wolfe, Cramer y yo sabíamos a través de Cecily.

No satisfechos con toda la materia prima existente en Naylor-Kerr, los polizontes intentaron investigar también por otros sitios, ampliando su radio de acción a todas las personas relacionadas con Moore o con Naylor. Sin embargo, el resultado fue nulo, al igual que en William Street. Ante la insinuación de Wolfe de que en el relato de Sumner Hoff, respecto a sus idas y venidas entre seis y ocho, pudiera darse alguna inexactitud, la policía interrogó varias

veces a Hoff y a Hester, procediendo, asimismo, a otras indagaciones, sin resultado positivo. El sábado por la tarde, a los ocho días, de la muerte de Naylor, estaban tan desesperados que el propio teniente Rowcliff me invitó a acompañarles en su tercer examen de los papeles y efectos de Naylor, pero personalmente éstos se me antojaron tan carentes de interés como a la policía, exceptuando un documento de cuarenta y seis páginas escritas a mano en el cual Naylor había consignado su programa para la firma Naylor-Kerr, caso que llegase a ocupar la presidencia. La lista de los administradores y directores que pensaba despachar podría haber

resultado de alguna utilidad de no haber sido tan larga.

Entretanto, Wolfe tampoco hacía nada de provecho, como no fuera ponerse nervioso. Claro está que estaba pagando a cinco agentes, aparte de mí —Panzer, Gore, Durkin, Keems y Cather—, pero, en realidad, eso no le costaba nada por ir todo incluido en la cuenta del cliente. ¿Y a qué creen ustedes que se dedicaban los cuatro últimos? Cabe suponer, naturalmente, que estaban poniendo en práctica algún sutil e intrincado plan tramado por Wolfe con su proverbial habilidad e imaginación. Pero, quiá. Limitábanse a seguir los pasos de Hester y Sumner, lo mismo que

si Naylor-Kerr hubiese elegido una agencia al azar entre las que figuraban en el anuario, tal era todo lo conseguido por el genio de Wolfe en el presente caso. En cuanto a Saúl Panzer, no tuve ocasión de enterarme en qué consistía su cometido, pero como me constaba que tenía en su poder la fotografía enviada por Hester Livsey a petición de Wolfe, sospeché que andaba dando vueltas por la ciudad preguntando a la gente si conocían aquella cara.

Los informes de Gore, Durkin, Keems y Cather sobre los movimientos de Hester y Sumner no eran siquiera dignos de ser archivados. Pero nuestros cuatro hombres lo estaban pasando

estupendamente, porque los mencionados sujetos eran también objeto de la vigilancia de la policía, circunstancia que facilitaba en grado sumo la vida de sociedad.

No pretendo ser irónico. De hecho, no puedo permitirme ese lujo, puesto que, durante aquel largo período infructuoso, mi intervención fue tan inútil como la de los demás. Efectué diversas diligencias que no vale la pena citar, pero casi todo el tiempo estuve en la William Street, en el departamento del almacén, tratando de pasarlo bien. La única comida que comía en casa era el desayuno, porque trabajaba horas extraordinarias. El lunes por la noche,



llevé a Rosa a cenar y a bailar. El martes, a Gwynne Ferris. El miércoles hice una tentativa con Hester. Primero, me dijo que aceptaba, pero un par de horas más tarde volvióse atrás con la excusa de que había intentado inútilmente cancelar otra cita. Todo inducía a suponer que Sumner Hoff seguía llevando la batuta y que sí un servidor intentaba volver a la carga el jueves o el viernes, no conseguiría más que humillaciones o acaso un principio de complejo de inferioridad, de modo que desistí y opté por probar fortuna con otra posible fuente de información que pertenecía a la categoría de pesos fuertes femeninos y se llamaba Elisa

Grimes. Ésta resultó ser infructífera en todos los aspectos, en vista de lo cual el jueves repetí la salida con Rosa, y el viernes con Gwynne.

No llegaré al extremo de decir que todo ello resultó una pérdida inútil de tiempo y energías, pero lo cierto es que tuve que hacer un esfuerzo para persuadirme a mí mismo de que era perfectamente justo y natural —de hecho, simple cuestión de rutina— incluir la cosa en la lista de gastos del cliente.

En el curso de aquella semana, Wolfe y yo sostuvimos tres acaloradas discusiones sobre Hester Livsey y Sumner Hoff. En la primera de ellas,

llevé las de perder al proponer que lo mejor sería dejar que la policía hiciera una tentativa con ellos. Wolfe negose rotundamente, objetando que, en primer lugar Cramer mostraríase receloso y resentido de que lo hubiésemos ocultado tanto tiempo; en segundo, Cramer tampoco llevaría a cabo una buena faena con ellos por no estar seguro de nuestras intenciones y de la veracidad de Saúl; y en tercer lugar, aun suponiendo que el inspector diese absoluto crédito a la afirmación de Saúl, serían dos contra uno y probablemente Hester y Hoff no darían su brazo a torcer.

Yo me resistía a darle la razón, pero, al fin, tuve que acceder.

Las otras dos discusiones terminaron en un empate. Insistí en que Hester y Hoff fueran requeridos en nuestro despacho, por separado, para ser sometidos a interrogatorio, de grado o por fuerza. Wolfe sostuvo que era inútil. No tenía nada en qué fundarse excepto un hecho insignificante respecto al cual ambos habían acordado mentir a pesar de comprender que nosotros sabíamos que mentían. Era un círculo vicioso y carecíamos de un buen punto de partida. Objeté que era el único resquicio con que contábamos y que, por tanto, estaba obligado a intentar probar fortuna por aquel lado. Una vez más, Wolfe negose rotundamente. Por entonces, pensé que

mi jefe se limitaba a adoptar aquella posición para llevarme la contraria, pero es posible que su actitud obedeciese a que, a la sazón, acariciase ya la idea de llevar a cabo el experimento que puso en práctica el domingo por la tarde, y no quisiera exponerse a echarlo todo a perder.

Cuando menos, su resistencia no se debía a pereza, porque, de hecho, Wolfe estaba trabajando de verdad. Con un mínimo de insistencia por mi parte, convino en que los administradores y directores de la Compañía requerían un poco de atención, e incluso siguió mi consejo respecto al que, en mi opinión, debía abrir la marcha, por lo que el

jueves por la mañana tuve la satisfacción de hacer pasar un mal rato a Emmet Ferguson. Al principio, el hombre intentó mofarse de mí por teléfono, pero unas pocas insinuaciones bien escogidas le obligaron a atender a razones, y a las dos en punto irrumpió en el despacho de Wolfe con su lujosa corbata de a diez dólares descentrada y el ánimo locuaz y presto a la lucha, Wolfe pasó dos horas con él y cuando al fin le despidió, quedaron perfectamente sentadas dos cosas: que Ferguson votaría siempre contra la decisión de contratarnos a Wolfe y a mí en cualquier circunstancia que se terciase, y que, si Wolfe y yo nos desanimábamos y

decidíamos lanzar una falsa acusación contra un posible autor de los asesinatos, convendríamos a maravilla en la elección precisa de la víctima.

Casi aseguraría que ninguno de los entregados a investigar la muerte de Naylor sacaron ningún provecho de la semana, excepto yo. No sólo tuve las mencionadas oportunidades de estudiar a las mujeres, siempre apetecibles para cualquier detective menor de ochenta años, máxime corriendo a cargo del cliente, sino que, además, obtuve un pase para los partidos de béisbol de Yanquis y Gigantes, no ya por correo o por medio de un mensajero sino de manos de la propia Cecily que se

molestó en traérmelo personalmente. El jueves por la noche a mi llegada a casa después de medianoche encontré a Wolfe aún levantado, leyendo, al parecer, un solo libro en la mesa de su despacho.

—¿Dónde has estado? —gruñó al verme.

—Ya se lo dije a usted antes. Con Rosa. Tiempo atrás (parecen meses y no días), tuve la impresión de que la chica sospechaba que su marido era el asesino de Moore, pero ahora empiezo a creer que hizo la faena ella misma. Tiene mucha vitalidad.

Sin dignarse hacer ningún comentario sobre e: particular, Wolfe



refunfuñó:

—Las fichas de las plantas se están atrasando mucho y Theodore las necesita.

—Reconozco que así es —convine —, pero yo no tengo la culpa de que este caso sea tan complicado y me obligue a trabajar día y noche.

Y, dando un enorme bostezo, agregué:

—Al fin y al cabo, me limito a cumplir sus órdenes. Usted me proporcionó ese empleo en Naylor-Kerr con la recomendación de que utilizase mis órganos cuando la ocasión lo requiriese y mis facultades me lo permitiesen... creo que voy a subir a

acostarme —decidí, lanzando otro bostezo.

—No. La señora Pine está al llegar. Telefoneó diciendo que quiere darte las entradas para el béisbol y le dije que no tardarías en regresar.

—¡Cáspita! ¿No cree usted que debiera... dejarnos solos?

—No. Deseo verla. En realidad, lo de las entradas es un pretexto para venir a verme.

A mi entender, esa opinión exigía una controversia, y en vista de ello me senté para reflexionar sobre el caso. Pero antes de darme tiempo a pronunciar una palabra, tuve que volver a levantarme porque sonó el timbre de la

puerta. Tras dirigir mis pasos al vestíbulo, eché una ojeada a través del cristal y, abriendo la puerta, invité a pasar a nuestra visitante.

Cecily me tendió la mano y estrechó la mía firme y cordialmente, al tiempo que me dirigía una afectuosa sonrisa y escrutaba mi cara. Luego de observarme atentamente, comentó con un ademán de asentimiento:

—Ya me figuraba que sería usted así a pesar de haberle visto sólo con la cara amoratada y congestionada. ¿Está en casa ese gordinflón? Me gustaría verle.

Y sin aguardar respuesta, echó a andar hacia el despacho. Una vez allí, limitose a saludar a Wolfe con una

cortés inclinación de cabeza, sin ofrecerle la mano, y aceptó la silla con respaldo utilizada en el curso de su primera visita, no bien se la acerqué.

—Ya me figuraba, señora —granó Wolfe con aire displicente—, que deseaba usted verme a mí, además de al señor Goodwin.

—Lo cierto es que no tenía particular empeño en ello —repuso Cecily—, a no ser porque siempre constituye un motivo de satisfacción recordar a un hombre, especialmente a uno presuntuoso como usted, que yo tenía razón. Si hubiera hecho usted lo que le pedí, mi hermano no habría sido asesinado.

—¡Bah! ¿Está usted segura?

—Completamente.

Luego, mirándome a mí, la señora Pine prosiguió:

—Sabe usted perfectamente. Archie, que es responsable de esa muerte por haber divulgado la noticia de que Kerr había asegurado conocer la identidad del asesino de Waldo Moore. Si hubiese permanecido usted al margen del asunto, conforme mis deseos, el hecho no habría sucedido. Claro está que no puedo reprocharle nada, pues al fin y al cabo trabaja usted para el señor Wolfe y tiene que hacer lo que le manda. ¡Ah, por cierto! —agregó, sonriéndome—. ¡Aquí tiene sus entradas!

Al propio tiempo, abrió un bolso de tamaño medio confeccionado a base de un género bordado y un armazón dorado, de cuyo interior sacó un sobre que me apresuré a tomar, dándole las más expresivas gracias. Entonces, ella aprovechó la ocasión para confiarme su abrigo —esta vez de chinchilla— y yo la complací, llevándome la prenda para depositarla sobre el diván. Al parecer, Cecily iba de luto, porque su vestido gris y negro cubría buena parte de la rosada piel visible la otra vez.

—Dudo de la exactitud de esa conclusión —masculló Wolfe—. Su hermano había adoptado una actitud de franca indiscreción mucho antes de la

aparición del señor Goodwin en Naylor-Kerr. Además, nos dijo usted la semana pasada que la muerte del señor Moore fue accidental. En cambio, ahora da por sentado que fue asesinado y que el asesino mató a su hermano para impedir que hablara. Tiene usted que decidirse por una de las dos versiones, señora.

De nuevo, Wolfe perdía el tiempo tratando de presentarle los hechos desde el punto de vista lógico.

—¿Mi hermano, indiscreto? — exclamó, ignorando por completo la observación de Wolfe—. ¡Cielos! Y tras una pausa, añadió: —Ayer se efectuó el funeral.

Sin duda, con esta declaración

proponíase aludir a un hecho lamentable, porque dirigiéndome una severa mirada, prosiguió:

—¿Ve usted, Archie? Esto no habría sucedido si hubiese atendido a mi indicación de cesar de trabajar para él y establecerse por su cuenta. ¿Cuánto necesitaría?

—Once mil, cuatrocientos sesenta y cinco dólares —contesté.

—¿Tanto?

—Ajá, inflación.

—Me parece una suma muy elevada, pero veremos. Y encarándose de nuevo con Wolfe, interrogó:

—¿Qué piensa usted hacer ahora?

—He sido contratado para capturar



al asesino de su hermano —respondió mi jefe.

—Eso ya lo sé, pero, ¿qué piensa usted hacer?

—Atraparlo o atraparla —murmuró Wolfe, apuntándola con el índice—. Vamos a ver, señora, ¿le gustaría colaborar?

—No —repuso la mujer, categóricamente—. No soy vengativa... Oiga, Archie, ¿quiere usted cerrar esa puerta o prefiere traerme el abrigo?

Optando por lo de la puerta, me levanté a cerrarla. Entretanto, Cecily prosiguió:

—La policía me ha interpelado sobre las relaciones existentes entre mi

hermano y yo, cosa, en verdad, impertinente y ridícula. Uno de los agentes, un hombrecillo vulgar y calvo, mostrose abiertamente agraviado porque no estoy transida de dolor. De hecho, sentía profundo afecto por mi hermano, pero mis sentimientos hacia él y respecto a su muerte son de mi exclusiva incumbencia personal y a nadie le importan nada. Su más caro deseo, esto es, convertirse en el presidente de la firma fundada por nuestro padre, era totalmente irrealizable porque no estaba capacitado para el cargo. Debiera haber sido policía o bombero, como ansiaba en su infancia. ¡En fin! Ya no podrá serlo nunca, aunque descubran ustedes quién

lo mató. Por mi parte, no creo que fuera asesinado, al menos deliberadamente. Más bien creo que fue un accidente. ¿Usted qué opina, Archie?

—Lo mismo que usted, señora Pine —respondí con una afable sonrisa—. Es decir, lo mismo que usted piensa, no lo que dice pensar. Si se propone usted hacer una oferta en efectivo como prueba de que fue un accidente, desista de su empeño, porque nadie podría aceptarla, ni siquiera nosotros. ¿Es ése el motivo de su visita?

—No —replicó nuestra visitante, correspondiendo a mi sonrisa—. Hoy he recibido esas entradas y me ha hecho ilusión traérselas y enterarme, de paso,

del estado de su cara —agregó, inclinándose hacia delante para verme mejor—. El hecho de que se haya usted curado con tanta rapidez indica que tiene muy buena sangre. ¿Qué edad tiene usted?

—Treinta y tres.

—¡Magnífico! Los hombres de veinte y tantos, ¡son tan sosos! ¿Tiene usted una lista de esos once mil, cuatrocientos sesenta y cinco dólares?

Wolfe emitió un enfático gruñido ininteligible y, levantándose, dio las buenas noches a nuestra visitante y salió de la estancia. A poco, percibimos el rumor de la puerta de su ascensor.

—No hay lista que valga —repuse,

en tono ofendido—. Siento que tenga usted tan poca confianza en mí como para exigirme listas... En cuanto a mi sangre, convengo en que debe de ser excelente, porque soy medio gitano... Por eso comprendo cosas, sin saber exactamente cómo, que ni siquiera el señor Wolfe acierta a comprender. Por ejemplo, sobre esas dos muertes, la de Waldo Moore y la de su hermano...

Cecily echose a reír a carcajadas.

—¡Salta a la vista que no me comprende! —exclamó, al fin, entre risas—. Su padre se llama James Arner Goodwin y nació usted en Cantón, Ohio, en 1914. El nombre de soltera de su madre era Leslie. Tiene usted dos

hermanos y dos hermanas. No, nada de gitano. Soy una mujer muy precavida, Archie, precavida y digna de confianza.

Y poniéndose en pie bruscamente, agregó:

—Si quiero ver esa lista es para cerciorarme de que no olvida usted ningún detalle. Sentémonos en el sofá y charlemos sobre la cuestión.

Estábamos solos, con toda la planta baja a nuestra disposición, pues Fritz habíase ido a acostar a su habitación del sótano. No obstante suspiré:

—No, eso sería peligroso. El señor Wolfe sospecha ya de mí. Tendrá usted que marcharse por mi bien. Si me quedó aquí a solas con usted, creerá que le

estoy engañando en este caso y mandará retirar mi licencia. Entonces, no podría establecerme por mi cuenta por mucho que usted lo desee. Cuando termine este caso, hablaremos... todo lo que usted quiera... pero, ahora, tendrá usted que marcharse, señora Pine.

Y para confirmar, mi aserto, juzgué oportuno añadir:

—Mejor dicho, Cecily.

# CAPÍTULO XXVIII

Al día siguiente, viernes, regresé de Naylor-Kerr a eso de las cinco y media y, apenas llegué a casa, subí a mi habitación con objeto de bañarme y cambiarme: Gwynne Ferris habíame inducido a ir a saborear la cocina y la música del «Salón Plateado del Churchill», y eso requería traje de etiqueta. Tuve que darme prisa porque Wolfe me esperaba en el despacho a las



seis en punto, hora en que descendería del invernadero para escuchar mi informe del día. Bien sabe Dios que dicho informe era absolutamente insustancial, pero, por entonces, Wolfe se hubiera conformado con una simple gavilla de paja, y exigía toda clase de detalles.

Aquella vez, no pude dárselos, porque cuando bajé al despacho a las seis y cinco, el inspector Cramer estaba allí con él en animada conversación.

A juzgar por los primeros gruñidos que llegaron a mis oídos, saltaba a la vista que Cramer había venido a intentar algo que había intentado ya en anteriores ocasiones, sin resultado. En una palabra,

había venido a quitar la tapadera a Wolfe para ver el interior. Eso significaba que la situación era caótica y que el hombre ya no sabía por dónde andaba.

—¿De modo que hizo usted seguir a Naylor, eh? —refunfuñaba a la sazón—. ¡Según eso, sabía que algo iba a sucederle! ¡Voy a decirle lo que pienso! Saúl Panzer es el mejor rastreador de Nueva York. ¡Ni por un momento creo que perdiera a Naylor! ¡A ése no se le escapa nunca nadie!

Aun suponiendo que lo perdiera, cuando Naylor se presentó aquí, ¿no es lógico que lo hiciera usted seguir apenas se marchó, dado el interés que sentía

usted por él? ¡Creo firmemente que Panzer estuvo sobre la pista de Naylor toda aquella noche hasta que éste fue asesinado, e incluso aseguraría que presencié su atropello en la Calle 39!

—¡Uf! —gruñó Wolfe.

—Fíjese en esto —prosiguió Cramer, levantando un dedo—. Primero. Fue usted contratado para poner en clara cierta declaración de Naylor relacionada con la muerte de Moore.

Otro dedo.

—Segundo. Goodwin apremió a Naylor a formular una fatal amenaza contra alguien.

Tercer dedo.

—Tercero. Le hizo usted seguir por

su mejor hombre.

Otro dedo.

—Cuarto. Mantuvo usted a Panzer alejado de mí un par de días.

El pulgar.

—Quinto. Intentó usted entretenernos con ese Hoff y no hay nada entre dos platos.

Por último, cerrando el puño, concluyó:

—Y sexto, tiene usted a Goodwin con los brazos cruzados, sin hacer nada más que divertirse con las chicas. ¡Mírele! ¡Ahí está vestido para una fiesta!

—Ignoraba que hubiese advertido usted mi presencia —murmuré,

cortésmente—. Gracias.

Pero Cramer distaba mucho de prestarme la menor atención.

—¿Está usted al caso? —rugió.

—Sí, señor —contestó Wolfe, secamente—. ¿Eso es todo?

Cramer recostose en su asiento. Luego, de pronto, dando un respingo hacia delante, descargó el puño sobre el escritorio de Wolfe, profiriendo con pausado énfasis:

—He tenido múltiples ocasiones de torearle, Wolfe, o de intentarlo. Pero de hecho, y a usted le consta, nunca le he acusado de encubrir a un criminal, ni le he considerado capaz de hacerlo.

Y levantando el puño, descargolo de

nuevo, con estas palabras:

—Sin embargo, ahora he cambiado de parecer. No sólo le creo capaz de hacerlo, sino que creo positivamente que lo está haciendo. Creo que sabe usted quién mató a Moore y a Naylor, y creo que trata usted de impedir que yo le eche el guante. ¿Está claro esto?

—Usted sabrá lo que dice, señor Cramer.

—Puede estar seguro de que así es.

—Archie —suspiró Wolfe, posando los ojos en mí—. Échale de mi casa. Por fuerza, si es necesario.

La cosa no me atraía en absoluto. Cramer era un inspector de policía, probablemente iba armado, y yo, por mi

parte, llevaba encima mi mejor traje.

En consecuencia, sin moverme de mi silla, dije en tono despreciativo:

—Señores, me imaginaba que ambos se resignarían a aceptar las cosas como son, pero ahora veo que estaba equivocado. Están, ustedes vencidos, eso es todo, y tratan de echarle la culpa el uno al otro como un par de chiquillos. Inspector Cramer, usted sabe perfectamente lo astuto que es el señor Wolfe, y le consta que precisamente por serlo tanto jamás se le ocurriría ir por ahí, o mejor dicho, sentarse por ahí, con un asesino en el bolsillo para preservar su salud. Ha perdido usted el tino y está dando coces al buen tuntún. En cuanto a

usted, señor Wolfe, le consta que el señor Cramer se limita a expansionarse, y si fuera usted dueño de sí mismo reaccionaría tratándole con blandura e ironía, en lugar de ordenarme esa estupidez. Está usted resentido y furioso porque al fin ha tropezado con un caso demasiado arduo para usted.

Dicho esto, me puse en pie y, tras encaminarme a la puerta de salida al vestíbulo, me volví a decirles:

—Les ruego me disculpen, caballeros. Tengo una cita con una sospechosa. Soy un detective y estoy trabajando en un caso de asesinato.

Nunca supe cómo terminó aquella conversación. Wolfe jamás aludió a ello,



y cuando, más adelante, aventuré un par de preguntas sobre la cuestión, todo cuando conseguí fue un imperceptible gruñido.

El sábado y el domingo fueron realmente lamentables. El sábado por la mañana, Wolfe me telefoneó diciendo que pasara por su habitación. Lo encontré desayunando. Sin duda, después de llamarme recobró su tabú de no hablar de asuntos profesionales durante las comidas, porque, tras mandarme sentar, procedió a dar cuenta de cuatro tostadas y un plato de huevos *au beurre noir*, con expresión sombría. Cuando terminó, diome una serie de abrumadoras instrucciones. Por lo visto

estaba dispuesto a atacar enérgicamente. Yo pasaría el fin de semana yendo a por Ben Frenkel, Harold Anthony, Rosa Bendini y Gwynne Ferris y llevándoselos de uno en uno a su despacho, y él pasaría el fin de semana intentando sonsacarles.

Así fue, en efecto. Dedicamos el sábado y el domingo a este menester, con alguna que otra gestión independiente, como por ejemplo mi ida a examinar los papeles y efectos de Naylor con el teniente Rowcliff. Por su parte, Wolfe no se limitaba a hacer algo para pasar el tiempo. El sábado estuvo tres horas con Harold Anthony y cuatro con Gwynne Ferris. El domingo pasó

cinco horas con Rosa Bendini y seis con Ben Frenkel. No se puede negar pues, que trabajó como un negro. A última hora de la tarde del domingo, tras la marcha de Frenkel, permaneció un buen rato inmóvil en su silla y, al fin, profirió con voz sorda y cavernosa, influida, sin duda, por el retumbante murmullo de Frenkel:

—Supongo que tendré que interpelar a los demás. Me refiero a los directores y administradores. ¿Podrías traérmelos aquí mañana a las once de la mañana?

Yo estaba ocupado escribiendo a máquina, en un intento por poner al día los procesos germinativos de las plantas, por lo que, sin molestarme en

volver la cabeza, declaré firmemente:

—No puedo. Están muy atareados con el personal técnico. De hecho, nos tienen por unos inútiles. Incluso Armstrong, el flaco bigotudo, empieza a sospechar que están malgastando el dinero de la Compañía.

Wolfe no tuvo alma ni para gruñir, y menos aún para discutir. En vista de ello, seguí escribiendo a máquina. Listo ya de las *Miltonias*, pasé a las *Phalaenopsis*. Transcurrió una hora e iniciose otra. Era medianoche, hora de acostarse, pero seguí al pie del cañón al observar que Wolfe permanecería recostado en un sillón con los ojos cerrados y los labios en movimiento,

avanzando y retrocediendo, como si quisiera hablar, y me picaba la curiosidad respecto a su posible declaración.

Por fin, mi jefe meneose en su silla, suspiró hasta lo más profundo de su plexo solar, y entreabriendo ligeramente los ojos, musitó:

—Archie.

—Sí, señor.

—Tenías razón.

—Sí, señor.

—Como dijiste, he tropezado con un caso demasiado arduo para mí. Demasiado arduo o demasiado afortunado. El señor Moore murió hace casi cuatro meses, y el señor Naylor

hace nueve días, ¿y qué hemos conseguido?

—Una lista de gastos.

—Sí. Un caso sin precedentes.

Contamos sólo con un hecho susceptible de arrojar alguna luz: el paseo de la señorita Livsey con el señor Naylor, pero no sabemos si es significativo o no, ni tenemos medio de averiguarlo. No podemos entresacar las verdaderas pistas de las falsas porque carecemos de ellas en absoluto. Es más, prácticamente no tenemos ninguna. Otro tanto le ocurre al señor Cramer. ¿Nos ha sucedido eso en alguna otra ocasión?

—No, señor.

—En efecto. Nunca. Se me antoja

interesante y estimulante. A falta de pistas, ¿sabes qué tendremos que hacer?

—No, señor.

—Inventar una. Es posible que tengamos que forjar más, pero de momento empezaremos con una. Experimentalmente. Tapa esa condenada máquina, vuélvete de cara a mí y escúchame.

—Sí, señor.

Pasó cerca de una hora completando el diagrama, en tanto yo tomaba notas. Al concluir, inquirió vivamente:

—¿Qué te parece?

Yo asentí con expresión incierta.

—Si no se le ocurre nada mejor, tendremos que intentarlo... o mejor

dicho, tendré que intentarlo. Todo lo más que puede suceder es que se perpetre otro crimen.



# CAPÍTULO

## XXIX

La mejor prueba de la opinión que merecía nuestra actuación en aquel caso constituía el cambio de actitud hacia mí observado por el personal de Naylor-Kerr cuando aparecí en el departamento del almacén aquel lunes por la mañana. Días atrás, centenares de ojos seguían mi paso por la nave lateral. En cambio, al presente, despertaba el mismo interés que cualquiera de los

muchachos que repartían correo por la oficina general.

La primera diligencia del plan consistía en efectuar una visita, no muy breve, a Hester Livsey, y deseoso de cumplir mi cometido antes de que Rosenbaum llamara a la muchacha para dictarle las cartas de la mañana, atravesé la sala en dirección a su despacho no bien deposité mi abrigo y mi sombrero en el mío, aún a mi disposición. La puerta estaba abierta, pero tuve la precaución de cerrarla tras mí así que entré en la estancia.

Hester había cumplido ya su tarea de limpiar el polvo y en aquel momento procedía a clasificar papeles sobre su

escritorio. Tras echarme una mirada de soslayo, volvió bruscamente la cabeza, preguntando:

—¿Qué desea?

—Está usted adquiriendo la mala costumbre de formularme esa pregunta en cuanto me ve —comenté, sentándome, con una sonrisa—. Aseguraría que son nervios.

—¿Qué desea? —repitió la chica. Parecía envejecida y fatigada. Sin embargo, llegué a la conclusión de que podía seguir mirándola sin repelerme la idea de que me necesitaba. Lo malo era que la tarea que pesaba sobre mis hombros prometía aumentar en grado sumo aquella inicial necesidad que la

muchacha tenía de mí.

—Siéntese y descanse —insté.

—No —repuso ella, conservando varios papeles en la mano—. Sepa usted que podría decir al señor Rosenbaum que me está usted molestando.

—No lo dudo —convine—. Y, por mi parte, no lo desmentiría. Estoy molestando a montones de gente, y ahora le toca a usted. Es inevitable, dadas las actuales circunstancias. Dudo que Rosenbaum intentara echarme a puntapiés. Se armaría demasiado jaleo. ¿Se imagina lo que pasaría si me agarrase a la jamba de la puerta, dando alaridos, y de pronto me soltara y saliese disparado esquivando los

escritorios de los alrededores? No obstante, puede usted intentarlo, si lo desea. O eso o límitese a proseguir su tarea sin prestarme la menor atención. Le aseguro que no la atacaré por la espalda.

La joven seguía clasificando papeles, con el rostro desfigurado a fuerza de contraer los músculos del mentón.

—A propósito de su trabajo —continué—, ¿recuerda que en cierta ocasión me dijo que le gustaba trabajar aquí y que necesitaba contar con un empleo? No creo que siga gustándole esta casa, después de tantas pejugueras, pero comprendo que necesite tener un

empleo porque a mí me ocurre otro tanto. Comprendo, que no quiera dar motivos a que la despidan. Es más, lo aplaudo. Ahora bien, ¿por qué no toma usted la iniciativa renunciando a su empleo? El señor Wolfe conoce a una porción de gente, por ejemplo el socio más antiguo de una de las mejores y más importantes firmas jurídicas de Nueva York. Podría usted entrar ahí como secretaria de un miembro de la firma, con un sueldo inicial de setenta dólares semanales, horario de nueve y media a cinco, y los sábados libres. Además, tenga usted en cuenta que es una casa que en dieciocho años no ha escatimado una sola gratificación navideña. Tendría

un despacho tres veces más grande que éste., con dos ventanas, dos alfombras, máquina de escribir a su gusto, y una magnífica vista del puerto y la Estatua de la Libertad. ¿Qué dice usted a esto?

La muchacha siguió clasificando papeles sin siquiera disponerse a dirigirme una mirada. En vista de ello, decidí insistir y pasé a analizar sus posibilidades de alcanzar un brillante futuro en la susodicha entidad. Para conseguir el fin que me proponía, necesitaba pasar al menos un cuarto de hora charlando en aquel despacho, o mejor veinte minutos. Así, extendime en toda clase de detalles, considerando la cuestión desde todos los puntos de vista

imaginables. Llegué incluso a señalar la posibilidad de verla convertida en una taquígrafa judicial, con todas las dramáticas oportunidades y ventajas económicas que eso suponía. A todo esto, advertí que llevaba ya veintitrés minutos de perorata, y cuando me disponía a reanudar la cosa hasta la hora de almorzar, percibí el rumor de la puerta a mis espaldas. No bien volví la cabeza, comprobé que se trataba de Sumner Hoff.

Éste cerró la puerta, dio un rodeo para ponerse cara a mí y, adoptando un tono profundo y amenazador, masculló:

—Salga usted primero, so entrometido. ¡Vamos, impertinente



figón!

Reaccionó como cabía esperar del caballero que había golpeado a Waldo Moore con el puño a la vista de toda la sala general. De hecho, tuve al punto la sensación de haber cometido una injusticia con él aquel día en el despacho de Wolfe, porque, en realidad, Hoff era perfectamente capaz de enzarzarse en una pelea cuando su susceptibilidad se ponía al rojo vivo. Pero, tal como estaban las cosas, era preferible no abusar de él, máxime habida cuenta de la evidente deficiencia de sus ideas sobre la lucha. Apenas me levanté de la silla, arremetió contra mí con la diestra, como si sólo hubiera un

puño en el mundo y no valiera la pena tomarse la molestia de detenerse a reflexionar. Naturalmente, esquivé el golpe, echando la cabeza a un lado, y, mientras el hombre trataba de recobrar el equilibrio, me dirigí a la puerta, abrila de par en par y dije en voz alta:

—¡Ya es tarde para detenerla, Hoff!  
¡Ya es tarde!

Y eché a correr como alma que lleva el diablo. Al tiempo que atravesaba la sala general, volví la cabeza sin interrumpir mi carrera y comprobé que Hoff habíame seguido hasta el cuarto escritorio. Una vez allí, se detuvo. Yo continué corriendo, despertando de nuevo a mi paso todo el interés que

merecía mi persona. Al llegar al otro extremo, irrumpí en mi despacho, agarré al vuelo mi abrigo y mi sombrero, salí de estampía en dirección a la puerta principal tomé un ascensor descendente, paré un taxi y di las señas de Wolfe al conductor.

Encontré a Wolfe en el invernadero con Theodore, inspeccionando una partida de osmundina recién recibida. Como en aquella estancia hacía mucho calor y humedad, me encaramé a una banqueta y, sacándome el pañuelo, me lo pasé por la frente.

—Bien, ¿cómo te ha ido? —preguntó mi jefe.

—Verá usted. Estuve con ella veinte

minutos y pico. Hoff hizo acto de presencia y me ordenó que saliera. Entonces le insulté y dejé que me persiguiera. Casi aseguraría que tiene espías.

—Excelente. Sigue adelante con tu cometido.

—Sí, señor. Permaneceré aquí un rato para dar a entender que tengo que consultarle a usted sobre un incidente inesperado, y luego volveré para allá. Sin embargo, hay una cosa que sigue sin gustarme. Hasta ahora, todos los días he mecanografiado mi informe por la tarde y lo he subido arriba hacia las cuatro y media. Por consiguiente, si cambio esa rutina presentando un informe antes de

mediodía, a lo mejor alguien sospecha que hay gato encerrado.

—Dijiste eso anoche.

—Y vuelvo a repetirlo ahora.

—El contenido del informe justifica el cambio.

—También era importante la declaración de Naylor y, no obstante, me atuve a la rutina diaria.

—Está bien —accedió Wolfe, encogiéndose de hombros—. No importa. Preséntalo esta tarde como de costumbre.

Bajé entonces al despacho y, marcando el número de Naylor-Kerr, pedí la extensión del jefe del personal de reserva del departamento del

almacén y, ya al habla con él, manifesté mi deseo de hablar con Gwynne Ferris. El hombre repuso que estaba ocupada, a lo cual objeté que otro tanto me ocurría a mí. El resultado fue que, a los dos minutos, oí la voz de la muchacha.

—Escuche, Gwynne —insté—. Estoy en la Calle 35 porque he tenido que venir a ver al señor Wolfe. Pero estaré ahí dentro de una hora y me interesa tanto hacerle a usted una pregunta que he decidido invitarla a comer. ¿Le parece bien que nos encontremos en la calle William esquina a la de Wall, a las doce y media?

—¡Vaya! —profirió la chica, en tono resentido—. ¿Conque es usted? ¡Mire

que dejarse perseguir por ese Hoff hasta la puerta de la oficina y yo no poder presenciar la escena por estar trabajando en el despacho del señor Henderson! ¿Qué es lo que desea preguntarme?

—Algo especial. El penúltimo paso de esta rumba. ¿A las doce y media?

Gwynne asintió.

Mientras me hallaba sentado con las piernas extendidas y las manos en los bolsillos del pantalón, contemplando, enfurruñado, el mando de la caja de caudales, presentose Wolfe procedente del invernadero. En cuanto el hombre hubo acomodado su centro de gravedad, en el asiento de su silla, transferí mi

ceñuda mirada a su persona, preguntando:

—¿Vinieron los muchachos?

Él asintió en silencio.

—¿Los cuatro?

Wolfe hizo otro ademán de asentimiento.

—¿Les expuso usted el plan?

Nuevo cabezazo.

—De acuerdo. Si la cosa da resultado, y conste que usted sabe tan bien como yo que hay una probabilidad contra cien de que así sea, pido al cielo que no la pierdan de vista y que no me vea obligado a efectuar más identificaciones.

—Tonterías —masculló Wolfe,



oprimiendo el timbre para pedir cerveza —. Ya te dije que no espero que suceda nada de esa índole. Pero es posible que la cosa provoque alguna palabra, acción o reacción, y confío en que a ti no te pasará por alto.

—Ajá —gruñí sin desarrugar el ceño—. Ya es mucho confiar. He citado a Gwynne a la hora de comer y reservado una mesa en el «Frisbie», donde una ración de sábalo cuesta tres pavos. ¿Alguna otra sugerencia?

—No.

En aquel momento entró Fritz con la cerveza.

# CAPÍTULO

## XXX

Sí, tortolita —suspiré—. No tengo inconveniente en que beba usted otro martini a media comida, con tal que no se achispe. Me interesa que conserve usted la cabeza clara.

Había salido con Gwynne lo suficiente para echar de ver que a la tercera o cuarta copa sus bellos ojos tenían tendencia a abotargarse y humedecerse.

Ambos nos hallábamos saboreando un plato de sábalo con ensalada de aguacate en un reservado del «Frisbie».

—Yo nunca me achispo —protestó la muchacha—. Una chica como yo no puede permitirse ese lujo. Tengo siempre la cabeza despejada. Pero, ¿para qué quiere usted que la conserve así? ¿Se propone formularme más preguntas sobre aquella horrible noche del viernes de mala recordación? ¡Pensar que tuve que levantarme de la cama para ir a declarar al cuartel de policía! ¡Nunca creí tener que pasar por eso, se lo aseguro!

—Es natural —convine, gravemente—. No, no se trata de aquella horrible

noche, o al menos de su intervención en ella.

Me interrumpí para encargarme al camarero que trajera el martini y más *bourbon* para mí, con miras a la confraternidad.

—El motivo de mi vacilación antes de decidirme a hablar con usted —proseguí—, obedece a que se trata de algo extremadamente confidencial. Por otra parte, necesito sin falta su consejo. Tengo una idea bastante exacta de la opinión que le merece a usted Hester Livsey, pero... bien, ¿no cree usted que está un poco chiflada?

—¿Hester chiflada? —exclamó Gwynne, lanzando un resoplido a pesar

de mi recomendación de que se abstuviera de esa mala costumbre—. ¡Aseguraría que no! ¿Qué ha hecho?

Yo titubeé. Mirando fija y seriamente los bellos ojos azules de la muchacha, declaré:

—Se trata de algo muy confidencial, Gwynne.

—Ya me lo figuro.

—Debe usted prometerme que no lo divulgará.

—De acuerdo.

—Se lo he dicho al señor Wolfe, y éste me ha dado permiso para consultarla.

—¡Por amor ce Dios! ¡Desembuche usted lo que sabe de una vez!

—Bien, confío en que... Verá usted. Hester Livsey me dijo esta mañana que sabe quién mató a Waldo Moore. Afirmó que hace mucho tiempo que está enterada.

El tenedor de Gwynne, provisto de una hoja de aguacate, se detuvo a medio camino de su destino.

—¿Eso le diio?

—Aiá.

—¡No!

—Puede usted estar segura.

—¿Cielos!

El tenedor con el aguacate descendió lentamente al plato hasta posarse en él.

—No me extraña que se sorprenda usted de este modo —comenté con

convicción—. Lo mismo me ocurrió a mí. En el momento que Hester me lo decía se presentó Hoff con aire amenazador y tuve que echar a correr. Fui a contárselo, al señor Wolfe, y ahora estamos los dos en un brete porque no conocemos a fondo a esa chica. Mi jefe me ha encargado que consulte a una persona bien informada y digna de confianza, más o menos enterada de cómo es Hester en realidad. Naturalmente, en seguida me he acordado de usted. ¿Cree usted que esa chica está algo chiflada?

El camarero compareció con las bebidas. Gwynne contempló su martini como si éste constituyera una

complicación imprevista. Por fin, tomando el vaso, lo apuró en dos tragos.

—¿Está chiflada? —insistí.

—No, de ningún modo —declaró Gwynne, limpiándose con su servilleta —. ¡Dios mío, qué audacia! ¿Dijo quién era?

—No. Es posible que lo hubiera hecho de no habernos interrumpido Hoff. ¿Qué opina...?

—¿Atribuyó la muerte de Naylor a la... la misma persona?

—No lo hizo claramente, pero lo dio a entender.

—¿No explicó cómo se había enterado?

—No, pero creo que lo hará.



Precisamente lo que deseaba preguntarle a usted es cómo hay que tratarla. Si no está loca de remate, seguramente...

—Tengo que marcharme —replicó Gwynne, apartando el plato con un brusco ademán que motivó el vuelco del salero—. Sólo dispongo de una hora y debo...

—No, no se marche —repuse con firmeza—. Necesito ayuda y consejo, y contaba con usted. Dispone usted aún de diez minutos —agregué, consultando mi reloj—. ¿Qué me dice de Hester? ¿La cree usted capaz de decir una cosa así con el mero fin de vengarse de alguien? ¿En qué concepto la tiene usted?

—Es una mona orgullosa y

presumida.

La retuve allí los diez minutos completos, sin conseguir que me facilitase más información útil respecto a Hester Livsey y a otra persona o cosa. Al parecer, Gwynne no estaba dispuesta a hablar. Todo su afán era volver a su trabajo.

# CAPÍTULO

## XXXI

Como, a mi juicio, no formaba parte esencial del plan dejarme ver en compañía de Gwynne en la oficina general de regreso de nuestro almuerzo, despedirse de ella abajo, en el vestíbulo del edificio. No bien se cerró tras ella la puerta del ascensor, pasé ante el puesto de tabaco y, sin detenerme, hice una seña a un hombre de anchas espaldas apostado en las inmediaciones, y salí a

la calle. Al doblar la esquina, observé que el de las espaldas me daba alcance.

—Hola, Orrie —saludé—. ¿Qué tal va la cosa?

—Aburrida a más no poder —refunfuñó el otro—. La chica ha almorzado en una casa de comidas y luego ha vuelto al trabajo.

—Es posible que no resulte tan aburrido después de las cinco. ¿No tienes sueño?

—Podría seguirla con los ojos cerrados. ¿Alguna novedad?

—Nada, excepto que esta noche es la noche, o acaso mañana. Si te pasa cualquier cosa...

—Ya sé, ya sé. Por algo me llamo

Cather, Orrie Cather.

—Muy bien, bravo amigo.

Regresé al vestíbulo del edificio, entré en una cabina telefónica y telefoneé a Wolfe para comunicarle que el engranaje estaba en marcha, a lo cual él limitose a contestar con un gruñido, sin formular nuevas sugerencias. Después, tomé un ascensor al piso treinta y cuatro, me dirigí a mi pequeño despacho —advirtiendo que los miembros del personal habían decidido dedicarme de nuevo toda su atención— y, una vez allí, tomé asiento en mi escritorio ante la máquina de escribir.

Tras mecanografiar el consabido encabezamiento, me detuve a considerar

cómo expondría la cosa. El detalle podía ser o no ser importante, según de dónde partiese la esperada reacción, si del piso treinta y cuatro o del treinta y seis. Más bien me inclinaba a redactar un informe puramente informativo, sin alardes de ninguna clase, siguiendo el estilo de mis anteriores informaciones, pero, al fin, optando por una posición intermedia, tecleé:

*Ha sucedido algo bastante prometedor. A las 9,40 de esta mañana fui a ver a Hester Livsey a su despacho. Como dije en otra ocasión, la mencionada señorita se niega a*

*someterse a un nuevo interrogatorio del señor Wolfe, como han hecho los demás. La encontré muy nerviosa. Al principio negose a hablar conmigo, pero, ante mi insistencia, espetó que no se atreve a ir a hablar con Wolfe porque sabe quién asesinó a Waldo Moore. A juzgar por su actitud, creo que la muchacha daba por sentado que me decía semejante cosa confidencialmente, pero no me impuso ninguna condición previa a este efecto. Asimismo, dio a entender que sabía que la misma persona en cuestión había asesinado también a Naylor. Creo sinceramente que me hubiera dicho muchas cosas más si el*

*señor Sumner Hoff no hubiese irrumpido inesperadamente en la habitación obligándome a salir. Con todo, no hay motivos para suponer que dicho señor sabía de qué estábamos hablando, porque lo hablamos en voz baja y con la puerta cerrada.*

*Inmediatamente, fui al despacho del señor Wolfe a darle cuenta del incidente. Mi jefe opina que, por ahora, lo mejor sería, que me reservase la cuestión, pero, por otra parte, le parece impropio ocultársela al cliente. Les mantendremos a ustedes al corriente de cualquier novedad.*



Tal es el texto que se me ocurrió al final, pero como había un par de cosas que no acababan de gustarme, procedí a unas correcciones antes de pasarlo definitivamente a máquina. Luego, dispuse la trampa habitual en el archivador, consistente en introducir en él la segunda copia de mis informes, limpiar las cubiertas de la cartera y esparcir las partículas de tabaco, no ya con la esperanza de sorprender a un curioso, sino con el mero fin de mantener la tradición. Después de atender a este requisito, me metí el original y la primera copia en el bolsillo y, abriendo la puerta de par en par,

coloqué una silla en la debida posición para vigilar la puerta del despacho de Hester, al otro lado de la sala, y me instalé en ella.

La puerta en cuestión estaba cerrada.

A los pocos instantes, las varias docenas de mujeres que trabajaban en la parte de la sala visible desde mi puesto, percatáronse de mi presencia ante la puerta abierta. Múltiples miradas posáronse en mi persona, unas furtivas, otras insistentes. Era una interesante experiencia, es decir lo habría sido si mi estado de ánimo me hubiese permitido considerar todas las posibilidades. Pero, dadas las circunstancias, la cosa pasó sin pena ni

gloria. De hecho, no esperaba que apareciese alguien en la nave lateral al volante de un sedán robado, con ánimo de dirigirse al despacho de Hester y atropellada allí mismo. En realidad, me habría sorprendido el menor incidente en aquel escenario, pero, aun así, durante todo el tiempo que permanecí allí sentado, no bostecé ni una sola vez, tan atento a la puerta de Hester que no pasaban tres segundos sin que ésta gozase de la debida vigilancia.

De hecho, abriose siete veces. A las 2,35, Hester salió de su despacho para dirigirse al de Rosenbaum, y retornó de nuevo al suyo a las 2,48. A las 3,02, repitió la salida, esta vez para ir al

tocador de señeras, y volvió a las 3,19. A las 3,41, Sumner Hoff entró en su despacho, cerrando la puerta tras sí. A las 3,55, salió y vino directo a mí (de esta visita daré más detalles luego). A las 4,12, salió Hester (lo mismo digo, más detalles luego). Con ésta, pues, el número de entradas y salidas elevose a las siete veces antedichas.

La primera prueba de que había tenido una buena idea de elegir a Gwynne como depositaria de una información confidencial llegome a eso de las tres, cuando mi campo de visión fue súbitamente interceptado por un objeto surgido en el marco de la puerta. Dicho objeto era Rosa Bendini. Sus ojos

negros brillaban de excitación, pero al entrar la chica limitose a decir:

—Hoy es lunes. Archie.

—Treinta y uno de marzo — corroboré con un ademán de asentimiento—. Faltan seis días para Pascua.

—¿Recuerda usted el lunes pasado?

—Nunca lo olvidaré. Pero aún recuerdo mejor el jueves.

—Lo mismo le digo. ¿Qué hace usted, aquí sentado?

—Recordar el lunes y el martes. Discúlpeme —agregué, estirando el cuello para ver el exterior.

Hester acababa de salir de su despacho. Cuando me quedé convencido

de que la joven se dirigía al tocador, pregunté a mi visitante:

—¿A qué vienen todas esas miradas encendidas? Supongo que no son exclusivamente por mi linda cara.

—¿Cierro la puerta?

—No, señorita. Son horas de oficina.

Rosa avanzó un paso hacia mí.

—Hester le está mintiendo — murmuró con súbita y desconcertante vehemencia, al tiempo que volvía un instante la cabeza para echar una ojeada a la puerta—. Ya le dije a usted lo que pensaba de ella. Es posible que sepa quién mató a Wally, eso no lo niego, pero está tratando de gastarle a usted

una broma. Conste que ya le previne contra ella.

—En efecto. Baje usted la voz. ¿Qué le hace suponer que esa chica sabe quién mató a Wally?

—El hecho de que se lo dijera a usted. No se deje engañar, Archie. Ahora le saldrá con el nombre del asesino.

—Si tal hace demostrará ser más servicial que usted. Me dijo usted que sabía quién le mató, pero que no quería revelar ningún nombre. Luego, aseguró que no lo sabía. ¡Más tomadura de pelo que ésta!

—Voy... voy a cerrar la puerta — farfulló Rosa, volviéndose a mirar una

vez más.

—¿Para qué? ¿Está usted dispuesta a revelar un nombre?

—No sé ningún nombre, Archie. Pero...

—No, Rosa, no cierre esa puerta —repuse, deteniéndola—. Otra vez charlaremos a nuestras anchas. ¿Quién le dijo...?

—Es posible que no podamos charlar nunca más —replicó ella, con mirada centelleante.

Y dicho esto, se marchó.

Constituía una satisfacción comprobar que Gwynne Ferris no me había fallado, pero, hasta el momento, el plan no daba el resultado apetecido.



Wolfe había me encargado informarle de cualquier palabra, acción o reacción reveladoras, pero no consideré necesario, comunicarle el incidente de Rosa por parecerme carente de importancia. No obstante, determiné llamarle desde una cabina telefónica en cuanto Hester regresara a su despacho. Apenas tomé esta decisión, advertí que una nueva forma interceptaba mi puerta por segunda vez.

Era Ben Frenkel. Avanzó dos largos pasos hacia mí, se detuvo, me escrutó a conciencia y preguntó con su retumbante voz de trueno lejano:

—¿Le molesto?

—Un poco —bromeé, sonriéndole

— ¿Qué desea?

—Hoy ha almorzado usted con la señorita Ferris.

—Sí —asentí—. Nada personal. Sólo deseaba discutir cierto asunto con ella.

—No lo creo —gruñó el otro conservando el tono amenazador.

—Según eso, pasaré por embustero otra vez. Pregúnteselo a ella.

—No necesito preguntárselo. Ya me lo ha contado. Me ha dicho que deseaba usted pedirle consejo, lo cual es absurdo. Tanto usted como el señor Wolfe han hablado largamente con ella y es imposible que, después de eso, quisieran ustedes pedirle consejo,

porque les consta que esa chica no tiene ni un adarme de inteligencia y, por tanto, su opinión sobre cualquier cuestión de que se trate carece en absoluto de valor. No es tonta de remate, pero hay que reconocer que tiene un seso de mosquito.

—¿A qué viene esto? —exclamé, mirándole sorprendido—. ¡Creí que le gustaba a usted esa chica!

—¡Bah! —masculló Frenkel, descartando mi salida con un amplio ademán de su largo y huesudo brazo—. El hecho de estar locamente enamorado de ella no me impide ver las cosas como son. Otra cosa: le dijo usted algo confidencialmente que resulta aún más

descabellado. Sabe usted perfectamente que Gwynne es incapaz de guardar un secreto. Eso le convencerá de que yo no maté a Waldo Moore, y menos a Naylor. De haberlos asesinado, no podría habérselo ocultado a ella, porque nunca le oculto nada. Y no le quepa duda que, si Gwynne lo hubiera sabido, lo habría charlado hace mucho tiempo, no ya a usted, sino a todo bicho viviente. Eso le demostrará que soy inocente.

—No niego que es un tanto a su favor —concedí.

—Y que lo diga. Entonces, ¿cómo explica el hecho de haberle contado algo, según usted estrictamente confidencial, con el ruego de que no lo

divulgase?

—No creo... discúlpeme —me interrumpí, estirando de nuevo el cuello al ver que Hester volvía a su despacho.

En aquel momento eran las 3,19 en mi reloj de pulsera. Tras efectuar esta comprobación, proseguí:

—Es posible que se equivoque usted respecto a la señorita, Ferris. No puede usted dar por sentado que todo el mundo comparta su opinión acerca de su capacidad intelectual. Cabe la posibilidad de que le ciegue a usted el amor.

—Esto es hablar por hablar —replicó Frenkel, describiendo un arco completo con el brazo—. Está usted

tratando de quitar importancia a un asunto muy serio reduciéndolo a una trivialidad. Además, utiliza usted a la señorita Ferris de instrumento para sus fines sin reparar en los posibles peligros que esto entraña para ella. Eso me parece detestable. Es más, creo que la palabra detestable no expresa debidamente la ruindad de esa acción. Gwynne es incapaz de ver el peligro y de guardarse de él. Por lo tanto, tengo perfecto derecho a pedirle y a exigirle a usted que me diga exactamente lo que le contó la señorita Livsey. Quiero las palabras exactas. Puesto que escogió usted a la señorita Ferris por polichinela, presumo que la señorita

Livsey mencionó mi nombre, ¿no es eso?

—Todavía no —murmuré, ladeando la cabeza para verle mejor—, Me sorprende que vuelva usted a las andadas: Con Naylor ocurrió lo mismo, ¿recuerda? Vino usted a preguntarme si aquél había mencionado su nombre. ¿Curioso, eh?

—En modo alguno —replicó Frenkel, tomando al vuelo la silla del escritorio y sentándose ante mí—. Soy una persona muy dada al egocentrismo. Eso explica que mis sentimientos hacia la señorita Ferris hayan trastornado tan a fondo mi personalidad. Han creado un conflicto interno...

El hombre estaba disparado una vez

más. Había, por supuesto, varios medios de atajarle, pero no juzgué necesario herir sus sentimientos porque, de hecho, su presencia no me obligaba a abandonar mi puesto de observación, ya que, aunque mis oídos le escuchaban, mis ojos seguían fijos en su objetivo. Así, pues, no sólo le escuché atentamente, por si la palabra, acción o reacción esperadas surgían de él, sino que, además, le formulé alguna que otra pregunta o aventuré algún comentario. A las 3,41, mientras le escuchaba, vi entrar a Sumner Hoff en el despacho de Hester, y a las 3,55, mientras seguía escuchándole, vi salir de nuevo a Hoff, en dirección a mi propio despacho.



A su llegada, yo me hallaba ya de pie, consciente de que aquel cuchitril no se prestaba a fantasías acrobáticas. Ben Frenkel dejó una frase en el aire, levantándose rápidamente a su vez.

—Deseo hablar con Goodwin — declaró Hoff, dirigiéndose a mi visitante —. ¿Cuándo estará usted listo?

—Yo nunca estoy listo —gruñó Frenkel.

Y dirigiéndose a la puerta a grandes zancadas, volvióse a decirnos, antes de salir:

—Yo nunca estaré listo.

Hoff hizo ademán de cerrar la puerta. Inmediatamente, acudí a impedir su pretensión.

—Me gusta contemplar la sala — manifesté—. Hay chicas muy lindas. Si se trata de algo privado, hable usted en voz baja.

Por unos instantes, pensé que Hoff iba a insistir en cerrar la puerta, pero, por lo visto, el hombre cambió de parecer, porque, acercándose a la silla ocupada un momento antes por Frenkel, tomó asiento en ella. Por mi parte, apenas reconocía en él al Hoff que conocía. No se mostraba belicoso ni indignado; incluso parecía indeciso y poco seguro de sí mismo.

—Siento no haberle apreciado a usted debidamente —declaró, al fin—. Es decir, ni a usted ni a Wolfe.

—No se preocupe —condescendí cordialmente—. Como Eva dijo a Adán, todos podemos equivocarnos.

—¿Piensa usted informar a la Dirección y a la policía de que la señorita Livsey le ha dicho que sabe quién mató a Moore y a Naylor?

La cosa prosperaba a medida que pasaba el tiempo, aunque tal vez la versión se ajustaba a la primera dada por Gwynne.

—No soy un detective municipal —objeté—. Pero, naturalmente, es costumbre informar al cliente de todos los acontecimientos importantes. Por tanto —agregué, golpeándome el bolsillo superior de la americana—, mi

respuesta es afirmativa.

—Ella niega haberle dicho semejante cosa.

—Me lo figuraba —suspiré con expresión pesarosa—. También negó haber dado un paseo con Naylor durante una hora y tres minutos la tarde en que fue asesinado. Al parecer, esa señorita todo lo arregla negando.

Hoff humedeciose los labios con la lengua.

—Apuesto a que tiene usted ese informe listo, ahí en su bolsillo —aventuró, tragando saliva.

—Sí, señor —confirmé, tirando de mis solapas para abrir mi americana—. A la derecha, está el bolsillo con el

informe en su interior. A la izquierda, la pistolera con mi automático «Wembly». Todo está en su sitio.

Hoff no pareció impresionarse en lo más mínimo a la vista de la pistolera; lo que le interesaba era el bolsillo. Luego, sus ojos volvieron a posarse en los míos. No eran tan penetrantes e intensos como los de Ben Frenkel pero les ganaban en firmeza.

—¿Qué intenta usted obligar a hacer a la señorita Livsey?

—Eso depende de ella —repuse, meneando la cabeza—. Tal vez lo único que nos proponemos es darle una lección sobre lo inmoral que resulta negar la verdad.

—Ella ha dicho la verdad —insistió Hoff, humedeciéndose los labios otra vez.

—De acuerdo, amigo. Eso lo sabrá usted.

—Por supuesto. Yo no soy un hombre rico, Goodwin. Cuando se trata de dinero, no puedo alardear. Debo atenerme a la realidad. No obstante, le daré a usted cinco mil dólares en efectivo mañana mismo, si reflexiona usted sobre el caso y llega a la conclusión de que interpretó usted mal las palabras de la señorita Livsey. Eso no le resultará difícil. No tendría que retractarse. Bastaría con decir que la había entendido mal.

—No puedo hacer eso por cinco mil pavos.

—Pero yo...

Hoff interrumpióse para pensar.

—¿Cuánto?

—Nada de dinero. No me gusta el dinero. Es mal consejero. Me avendría a razones si la señorita Livsey viniera aquí ahora mismo, o me acompañase a ver al señor Wolfe dispuesta a decir siquiera parte de la verdad, siempre y cuando nos diésemos por satisfechos con eso.

—Le ha dicho a usted la verdad.

—Eso lo sabrá usted.

Hoff guardó silencio. Lentamente, crispó los puños, mas no con intención

de atacar o destruir. A poco, volvió a abrirlos y sus dedos se relajaron.

—Por amor de Dios —imploró—, ¿no se da usted cuenta de lo que está haciendo? ¿No se da cuenta del peligro en que la pone?

El tono de su voz era cada vez más quejumbroso.

—Sabe usted perfectamente lo que le ocurrió a Naylor. ¿No comprende que peligra la vida de esa muchacha? ¿Es posible que sea usted tan insensible?

Inclinándose hacia delante para darle unos golpecitos en la rodilla, dijo clara y pausadamente:

—Mire usted, amigo. La situación es tal como usted se la figura. No hay



vuelta de hoja. Debe aceptarla tanto si le gusta como si no.

Hoff apartó la rodilla como si temiera contaminarse al contacto de mi dedo y, levantándose de la silla, salió de la estancia.

Considerando que, al presente, tenía motivos más que suficientes para malgastar cinco centavos, no bien vi entrar de nuevo a Hoff en el despacho de Hester, salí del mío y recorrí la nave lateral hacia el rincón donde estaban las cabinas telefónicas.

Informé a Wolfe, sucintamente, de lo sucedido., y después le pregunté si deseaba más detalles por teléfono, a lo cual él replicó que no era preciso

porque la cosa podía aguardar hasta mi regreso a casa. Luego, procedió a formular una serie de preguntas que contradijeron su anterior declaración. Por lo visto, contaba con obtener un resultado mucho más positivo que el que esperaba yo. Al fin, me dejó colgar. A mi paso por la nave lateral, trescientas máquinas de escribir interrumpieron su tabaleo, y todas las miradas posáronse en mí. Era una situación capaz de turbar al propio Dana Andrews.

Al llegar ante la puerta de mi despacho, me detuve, mas no con el fin de prolongar el solaz de mis admiradoras. Mi actitud obedecía a la sorpresa que me causó ver la puerta

cerrada siendo así que tenía la certeza de haberla dejado abierta. Al empujarla y cerrarla de nuevo tras de mí, vi a Hester Livsey de pie en medio de la habitación.

Di un paso, ella dio otros dos y, por último, su mano derecha posose en mi brazo izquierdo.

—¡Por favor! —exclamó, levantando el rostro hacía donde yo estaba.

—¿Por favor qué? —inquirí secamente.

—¡No me haga usted esto! —suplicó la joven, posando su mano libre en mi otro brazo—. ¡No lo haga, por favor!

Yo permanecí inmóvil, sin invitarla

a seguir reteniéndome con sus manos, ni dar a entender que me molestaba aquel contacto. Si ella optaba por establecer aquella proximidad, yo no tenía inconveniente en aceptarla, tanto más cuanto gracias a ella podía comprobar cuan negras eran sus pupilas.

—¡Pero si yo no le hago nada! —protesté—. Al contrario, creo que es usted maravillosa...

—¡No puede negarlo! ¡Está usted mintiendo respecto a mí! ¡Está usted divulgando una deliberada y detestable mentira!

—Tiene usted razón —asentí—. No conoce usted a Saúl Panzer, ¿verdad?

—¿Cómo... a quién se refiere usted?

Está...

—A Saúl Panzer, un amigo mío y el mejor detective del mundo para seguir y reconocer a la gente. Panzer la vio a usted con Naylor aquella tarde. De donde resulta que usted mintió. Y como la admiro a usted tanto y me perezco por hacer lo que usted hace, yo también he mentido.

La joven retiró las manos de mis brazos y retrocedió un paso.

—Después de esta confesión, me siento mucho mejor —murmuré.

—¿De modo que reconoce usted que ha mentido? —preguntó la muchacha.

—Ante usted, sí. Pero ante cualquier otra persona, no. Es nuestro primer

secreto y debe quedar entre los dos. Si no me ama usted lo suficiente para compartir secretos conmigo, la cosa tiene arreglo. Basta que vayamos a ver a Nero Wolfe y le confesemos que ambos mentimos, pasando luego a decirle la verdad. ¿Le parece bien?

—¿Habla usted en serio? —farfulló Hester, respirando con fuerza.

—Muy en serio. Propongo que vayamos a ver al señor Wolfe y acabemos de una vez con este asunto.

—Creí... creí...

La joven se interrumpió. El temblor de su voz y la rigidez de su mandíbula trabábanle el habla.

—Es usted terrible. Creí... ¡Es usted

terrible!

Dicho esto, dirigiose a la puerta pausadamente, sin precipitación y, abriéndola, salió del aposento.

# CAPÍTULO

## XXXII

Aquella noche, a las once y cuarto, sonó el teléfono en el despacho de Nero Wolfe. Al atender a la llamada, oí la voz de Fred Durkin en el auricular.

—Están todas las luces apagadas — dijo éste—, lo cual significa que la chica se ha acostado ya. Por amor de Dios, Archie, no pretendas que...

—Sí, señor, quiero que te quedes, y lo mismo dice el señor Wolfe. Ya sabes



sus instrucciones y, además, te ganas la vida así, ¿no es eso? Sigue ahí de guardia y no te duermas.

Tras colgar el receptor, informé a Wolfe:

—Fred dice que están las luces apagadas. No niego que eso me produce un gran alivio. Pensaba casarme con ella de no haber descubierto que estaba de acuerdo con Hoff para decir esa abominable mentira, y detesto mi participación en este asunto. Supongo que esta noche tendré una pesadilla.

Wolfe ni siquiera se tomó la molestia de gruñir.

Aunque conocía a Wolfe mejor que nadie, no había podido dilucidar si mi

informe del día habíale proporcionado la palabra, acción o reacción que deseaba. Habíalo escuchado todo con la atención requerida, recostado en su sillón con los ojos cerrados y el cuerpo inmóvil, al tiempo que formulaba numerosas preguntas. Incluso quiso saber qué había dicho exactamente la señorita Abrams, esto es, la recepcionista del piso treinta y seis, al recibir el informe para Jasper Pine. Yo había llevado a cabo esta diligencia a las cuatro y media, como de costumbre, y la mujer habíame dicho que Pine estaba ocupado en aquel momento pero que procuraría que el informe llegase a sus manos antes de su partida.

Aquella noche no tuve ninguna pesadilla, pero me la pasé botando y dando vueltas. No era ni mucho menos la primera vez que ponía en peligro la vida de una persona, pero lo de ahora era algo especial. En cierto modo, las cosas habíanse trastocado. Al ver a Hester Livsey por primera vez, experimenté al punto la sensación de que la chica estaba en algún apuro del cual sólo yo podía liberarla, y no obstante, al presente, no vacilaba en exponerla a ser el blanco de un asesino que había perpetrado ya dos crímenes perfectos, cosa en verdad muy poco en consonancia con mi inicial intento.

Al salir de casa el martes por la

mañana, día primero de abril, sentíame inquieto ante la ausencia de llamadas telefónicas, pese a no tener motivos para esperar una. Fred no telefonaría hasta que Hester se dejase ver, tras lo cual no surgiría ninguna otra oportunidad. Llegué a la William Street con un cuarto de hora de anticipación, a las nueve y cuarto, y me aposté en el rincón escogido por Saúl ocho días antes. El desfile de empleados había empezado ya. Cinco minutos antes de expirar el plazo de entrada, llegó Hester. Mientras entraba en el ascensor, advertí la presencia de Fred Durkin que, tras seguirla al vestíbulo, habíase detenido a diez pasos de distancia. Casi al mismo

tiempo, apareció Bill Gore en dirección contraria; éste cambió unas señas con Fred y luego prosiguió su camino. Fred acercóse al puesto de periódicos, adquirió uno y se alejó.

Tomé un ascensor hasta el piso treinta, y cuatro. En mi despacho, dejé la puerta abierta y me instalé en mi puesto de observación. La verdad es que estaba algo desilusionado. Nuestro plan no había surtido efecto con Hester, ni prometía surtirlo, y resultaba contrario a mi temperamento permanecer allí sentado en espera de que alguien aventurase un movimiento. No obstante, al poco rato, sonó el teléfono. Me precipité a él como aquel que espera

que le comuniquen que es padre de un robusto niño de cuatro kilos y medio de peso, pero todo cuanto coseché fue una orden de Jasper Pine de que subiera a verle a su despacho, orden que, por otra parte, me apresuré a cumplir.

En el piso treinta y seis fui conducido al despacho en cuestión sin demora. Pine estaba solo, de pie en medio de la espaciosa sala, con un papel en la mano y aspecto agraviado. Al tiempo que me acercaba a él, agitó el papel, diciendo con su sonora voz, tan intensa como la de Ben Frenkel, aunque no tan retumbante:

—¿Qué es este informe?

—¿Lo ha leído usted? —interrogué.

—Sí.

—Pues ya estará usted enterado de su contenido, señor Pine.

—¿Qué... qué dice esa Hester Livsey? —balbució, echando una ojeada al papel.

—Lo que pone ahí. Que no se atrevía a ir a ver al señor Wolfe y a ser objeto de otro interrogatorio porque sabe quién mató a Waldo Moore. Como usted seguramente recordará, se trata de la chica que iba a casarse con Moore. Eso es todo, a menos que quiera usted que le repita cuales fueron exactamente sus palabras. Al parecer ahora niega haberme dicho semejante cosa. Lo mismo hizo Naylor y ya sabe usted lo

que le sucedió. Me propongo insistir y ver si consigo llevársela a Wolfe.

—¿No mencionó ningún nombre?

—No. Todavía no.

—¿Ha informado usted de esto a la policía?

—Aún no. No creemos que la táctica empleada por la policía diese resultado en el caso de esta chica.

Sonó un timbre en el escritorio de Pine. Éste acudió a tomar uno de los teléfonos, habló unos instantes sobre algo no relacionado con la muerte y luego, contorneando el escritorio, dejase caer en su silla.

—¡Maldita sea, qué agobio! — masculló—. ¡Tener que atender siempre



a tantas cosas a la vez!

Luego, mirándome enfurruñado, agregó:

—El señor Naylor afirmó que jamás le había dicho a usted semejante cosa. Insistió en que usted mentía. Ahora esta mujer hace lo mismo.

—Ajá —convine—. Estoy labrándome una pésima reputación. Usted no creyó a Naylor. Esta vez puede usted creerla a ella, para variar.

—Supongo que se da usted cuenta de lo que está haciendo... de lo que podría sucederle a esa chica.

—Sí —suspiré con un nuevo ademán de asentimiento—. De hecho, la estamos vigilando noche y día.

—Está bien —murmuró el hombre, tomando uno de sus teléfonos—, Manténganme al corriente. Infórmenme de si accede a ir a ver a Wolfe.

Tras prometérselo, me retiré. En la sala de recepción, entré en una cabina telefónica para comunicar a Wolfe que, al presente, estábamos haciéndonos con palabras y reacciones de la plana mayor de la Compañía.

El resto de la mañana me lo pasé haciendo solitarios sin baraja. Permanecía pegado a mi silla, de cara a la puerta abierta, pero no se acercó un alma a charlar un rato conmigo. Resultaba muy monótono y extremadamente adverso. Hester

mantenía la puerta cerrada. Salió una vez, a las diez y cuarto, para ir al despacho de Rosenbaum, y allí estuvo una hora, a buen seguro tomando el dictado de la mañana. La única otra vez que la vi fue a la una en punto, su hora de almorzar, en que apareció provista del abrigo y del sombrero. Bajé en el mismo ascensor, sin cambiar ningún saludo con ella, y, tras comprobar que Bill Gore hacía cargo de su persona en el vestíbulo, me encaminé a un bar sito en aquella misma calle y tomé unos bocadillos y leche.

De vuelta a mi despacho, me dije que llevaba ya demasiado tiempo solo y en consecuencia telefoneé a la sección

de personal de reserva diciendo que quería una taquimecanógrafa y que sólo la señorita Ferris valía para el caso. Por entonces, teníanlos ya tan bien enseñados que, a poco, presentose Gwynne con su libreta en la mano. Le ofrecí una silla poniéndola de modo que la chica estuviese de cara a mí, de espaldas a la puerta abierta, sin interceptar la vista de la sala general.

—Esta es la primera vez que me dicta usted —observó la joven, sentándose—. Será mejor que lo haga usted despacio;

—No faltaba más —convine—. Disponemos de toda la tarde. Es una carta al comisario de Policía. C-O-M-I-

S-A-R-I-O... D-E... P-O-L-...

—Se cree usted muy listo, ¿eh?

—Si usted lo dice... Vamos a ver.

Querido señor comisario. Deseo formular una queja. La muchacha más bella del Universo ha traicionado mi confianza. Prometió no hablar y ha hablado. Se lo dijo a un centenar de personas en un centenar de minutos. Se llama Gwynne Ferris y...

—No pienso escribir eso. ¡No es verdad!

—¡No hable tan alto, la puerta está abierta! —susurré sonriendo afablemente—. Ya sé, querida Gwynne: se lo dijo sólo a cinco o seis personas y éstas prometieron guardar el secreto.

¿Recuerda lo reservada que estuvo usted el primer día que vine aquí?

Y tomando su libreta de notas, arranqué la página en que la muchacha había anotado mis palabras.

—Olvídelo —suspiré, devolviéndole la libreta cerrada—. Todo cuanto deseaba era contemplarla a usted. Pero de todos modos será mejor que hablemos para guardar las apariencias. La gente nos está mirando. ¿Hay alguna novedad?

—En efecto —asintió la chica—. Todos están como perros y gatos discutiendo quién es el embustero, si usted o Hester.

—Supongo que resultaré vencedor.

—Casi lo aseguraría, pero algunos bobalicones parecen inclinarse por ella. Esa mona de Ann Murphy... ¿la conoce usted?

—De vista.

—Dice que va a formular una queja contra usted por poner en peligro a Hester. ¿Sabe usted algo de eso? Y, ¡ah, sí! —Dios mío, debiera habérselo dicho ya—, resulta que el presidente, señor Pine, ordenó a su secretaria que telefonease a Hester para decirle que pasara a verle, a lo cual ésta se negó. Entonces la telefoneó el propio señor Pine y ella siguió negándose a acudir. ¿Qué le parece a usted? ¡Decir al presidente que no quería ir a su

despacho! Eso es muy propio de ella. Ojalá la despachen.

—No hable tan alto. ¿Quién le ha contado todo esto?

¿Cómo sabe usted que Hester no quiso acudir? No puedo creerlo.

—¿De veras no lo cree?

—No.

—Está bien, allá usted. Me figuro que las telefonistas están perfectamente enteradas. Almorcé con una de ellas. Naturalmente, tienen órdenes de no escuchar las conversaciones, pero ya sabe usted lo que ocurre; de vez en cuando tienen que comprobar si los comunicantes han terminado de hablar. ¿Sigue usted sin creerlo?



—Aún no sé qué pensar. Ya le comunicaré mi decisión. Es usted mi informadora predilecta. ¿Cuándo sucedió todo esto entre Pine y Hester?

—Esta mañana, antes de almorzar. Ignoro a qué hora exactamente. El incidente me induce a pensar que Hester sabe algo, ¿no cree usted?

—Es posible. ¿Alguna otra novedad?

—Pues, sí. El señor Hoff no contestó a su correo en todo el día de ayer. Probablemente, ni siquiera lo leyó, y el viejo Birch, ¿sabe usted a quién me refiero?, el verificador de correspondencia de la verruga en la nariz... La muchacha se interrumpió al

ver que me levantaba.

—Perdóneme —me disculpé—. Se me olvidaba algo. Tengo que ir a telefonar.

—Le aguardaré aquí.

Le dije que no se molestara porque de momento, ya no tenía que dictar más cartas. En una de las cabinas telefónicas de la nave lateral marqué el número de Wolfe. Fritz atendió a mi llamada y me puso al habla con mi jefe.

—Dijo usted que le informase sin demora de cualquier novedad —murmuré—. Es posible que la presente noticia le parezca carente de interés, pero es la primera que consigo en horas y ya empezaba a temer que muriese

usted de consunción. Esta mañana Pine ha ordenado a su secretaria que telefonease a la señorita Livsey invitándola a presentarse en su despacho, a lo cual la chica se ha negado. Entonces, ha insistido Pine personalmente, con el mismo resultado. Eso es todo. Al parecer, la chica está trastornada y no acepta invitaciones de ninguna clase. Lo que me sorprende es que cierta vez me dijo que necesitaba contar con un empleo y que le gustaba trabajar aquí.

—¿La has visto? ¿Has hablado con ella?

—No. Si lo hubiese hecho, se lo habría comunicado a usted.

Sobrevino una pausa. El silencio prolongose unos instantes. Por último, me decidí a quebrarlo preguntando:

—Oiga, ¿está usted ahí?

—Sí. ¿Cómo te has enterado de esto?

—Por una de mis amigas, Gwynne Ferris, que a su vez lo supo a través de una telefonista de la casa. Apuesto a que no se trata de ninguna invención.

—¿Desde dónde telefoneas?

—Desde una cabina.

—Bien. Ahí van mis instrucciones.

Wolfe procedió a dármelas. Saltaba a la vista lo que se proponía, y como, a mi juicio, las tres o cuatro mentiras que me ordenaba decir no empeorarían la

situación, no hice objeciones. La cosa era muy complicada, con varias contingencias entrañadas, y rogué a mi jefe que me lo repitiera todo para cerciorarme de que lo había entendido bien.

Al salir de la cabina, fui primero a mi despacho a por mi abrigo y mi sombrero y luego me dirigí al despacho de Hester. La puerta estaba cerrada. Entré, cerré de nuevo la puerta, y tomé asiento en una silla conservando el abrigo y el sombrero en el regazo.

Hester interrumpió su tabaleo en la máquina de escribir para posar su mirada en mi persona. No era la misma mujer de dos semanas atrás. Entonces,

parecía hallarse a mil leguas de distancia. En cambio, al presente, mostrábase próxima, muy cerca de mí. Era evidente que yo significaba algo para ella. Me escrutaba con la mirada como para adivinar qué me llevaba allí, sin preguntarme qué deseaba, ni aventurar ninguna otra pregunta.

—Me encuentro en una situación difícil —declaré con naturalidad—. Hay gente que desea saber quién miente, si usted o yo. De hecho, eso me tiene sin cuidado. Lo que me molesta es, que tengan la desfachatez de pedirme que haga de recadero. Sin embargo... —mascullé, encogiéndome de hombros—. Según mis informes, el presidente de la

Compañía, señor Pine, mandó a por usted esta mañana y usted se negó a acudir a su despacho.

Hester permanecía impasible, sin mover ni un solo músculo.

—¿Es eso cierto? —inquirí.

—Sí. Yo... Sí.

—¿Quiere usted ir a verle ahora, conmigo o sin mí?

—No —repuso la muchacha, sin titubear.

—Quisiera dilucidar una cosa —aventuré, mirándola con ceño fruncido—. Esa negativa suya a acudir a la llamada de Pine, ¿obedece a una posible presión por parte de alguien?

—No.

—En tal caso, me han dado la versión exacta. Su situación es la siguiente, y forzoso es reconocer que tienen razón. Les informé de que usted me había dicho que conocía la identidad del asesino de Waldo Moore. Ahora se han enterado de que usted niega haber hecho semejante declaración. Han celebrado una entrevista conmigo y ahora desean cambiar impresiones con usted. Esto parece muy razonable. No entreveo la posibilidad de que pueda usted librarse de esa entrevista. Si prefiere usted no hablar con Pine, puede hacerlo con otra persona. Cuando digo «ellos» no insinúo que pretendan interpelarla todos en comisión. Basta



con uno de los tres vicepresidentes.  
¿Quiere usted hablar con uno de ellos?

—No —repuso la muchacha con voz apenas perceptible.

Me figuro que de vez en cuando la joven parpadeaba, ya que resulta imposible no hacerlo, pero tenía mis dudas sobre el particular.

—Es natural que no lo desee. Pero, ¿se prestaría a hacerlo?

—Sí.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Con cuál?

—Con cualquiera, lo mismo me da.

—No obstante, hace un momento se ha negado usted a ir a ver a Pine.

—Me refiero a los demás.

—De acuerdo. Verá usted. Esos señores opinan que debiera usted discutir esta cuestión con un representante de la Junta Directiva, y preferirían que lo hiciera usted con el hombre a quien han encargado la aclaración de estos crímenes. Ese hombre es Nero Wolfe. ¿Quiere usted venirse conmigo a verle?

Hester no respondió.

—No trato de obligarla —aseguré—. Ayer le rogué que fuera usted a decirle la verdad. Ahora puede usted decirle lo que quiera. Esos señores preferirían que viese usted al señor Wolfe, pero si no le gusta la idea, opte

por un vicepresidente. Se lo dejo a su elección. ¿Por qué no va usted a consultar a Hoff?

La joven se ruborizó, con gran alegría por mi parte, pues ya empezaba a dudar de que le circulase la sangre por las venas.

—No necesito consultarle —declaró con voz algo más sonora—. Ni a él ni a nadie.

Y levantándose bruscamente, agregó: —De acuerdo, iré. Aguarde a que vaya a advertir al señor Rosenbaum.

A poco, reapareció y, tomando su abrigo y su sombrero, se vino conmigo. Si por entonces hubiese sabido que aquélla era la última vez que iba a ver el

departamento de almacén de Naylor-Kerr, me habría despedido de él con la mirada. Sin embargo, debo reconocer que abandoné el lugar cubierto de gloria, en compañía de Hester Livsey y con todas las miradas pendientes de nuestras personas.

Al llegar al vestíbulo inferior, hice señas a Bill Gore de que permaneciera en su puesto. Era muy posible que Hester estuviese de vuelta pronto y, por otra parte, cabía preguntarse si Wolfe estaría en vena de proceder a un interrogatorio en regla.

En el taxi nos comportamos como extraños, sin cambiar una sola palabra.

La acogida de Nero Wolfe no brilló

por lo calurosa. Cuando ambos nos acercamos a su escritorio, me refunfuñó:

—¿Para qué diablos la has traído aquí?

Hester nos miró alternativamente, con expresión de asombro.

—Ha sido idea mía —expliqué—. Todo sucedió de acuerdo con el plan. La señorita Livsey estaba dispuesta a hablar con quienquiera que fuese, excepto Pine, lo cual es, al fin y al cabo, lo que usted deseaba saber, y entonces me dije: ¿y por qué no con usted? Total que la he traído aquí para saber, cuando menos, dónde para. Tras decirle la mentira que la impulsó a obrar, no quise pasar el resto del día y la noche con el

ansia de si estaría viva o muerta.

Wolfe volvióse a mirar a Hester.

—Tengo mucho que hacer, señorita Livsey —dijo en tono muy cortés—, y en realidad no la necesito. Pero el señor Goodwin tiene razón. Su vida está en peligro, o lo estará en muy breve plazo. Es posible que lo sepa usted mejor que yo, pero, sea como fuere, es preferible que se quede aquí. ¿Qué te parece, Archie? ¿Le damos la habitación orientada al sur?

A juzgar por su expresión, Hester creyó, con razón, que nos faltaba un tornillo.

—¡Dijo usted que mis jefes querían que hablase con él! —me increpó.

—Una mentira más —confesé, tomándola por el brazo—. Usted y yo las estamos prodigando a más y mejor. El señor Wolfe está a punto de aclarar el asunto, o al menos se lo figura, y, como habrá oído usted, no la necesita para nada, a menos que esté dispuesta a contárnoslo todo de cabo a rabo.

—¡No!

—Ya me lo figuraba. Es usted muy dura de pelar, querida. Creo, además, que demostrará ser estúpida de nacimiento si se vuelve a la ciudad o a donde sea.

—He decidido —intervino Wolfe, sucintamente—, que esta chica no salga de aquí abajo ningún pretexto, máxime

sabiendo que estoy dispuesto a actuar.

—¿Ve usted? —exclamé, sin soltarle el brazo—. Conste que no pretendo meterla en el cuarto oscuro. Arriba hay una hermosa habitación soleada...

Me interrumpí porque la chica, desasiéndose de mí, dirigióse al rincón donde estaba instalada la gran lámpara de globo y tomó asiento en una de las sillas amarillas dispuestas junto a ella.

—Me quedaré aquí —declaró.

—Es tan terca como usted —dije a Wolfe—. El único sistema sería llevarla a la fuerza, pero seguramente se pondría a chillar y a patalear.

—Déjala donde está —suspiró mi jefe—. Ponte al habla con la señora



Pine.

Al punto me dirigí a mi escritorio y marqué el número de Cecily.

# CAPÍTULO

## XXXIII

Todo aquello no me gustaba en absoluto. En mi opinión, Wolfe cometía un supino error, y sigo aferrado a esta idea a pesar de que se salió con la suya. No cabía duda que por fin contaba con la acción reveladora apetecida, pero, a mi entender, una vez hallada la pista, lo mejor era desplegar fuerzas en todas direcciones y llevar a cabo un avance lento y cauteloso pero seguro. Sin

embargo, esa táctica no se prestaba para él. Proponíase atacar con un solo cartucho en el revólver, y aun éste acaso sin bala. De no haberse hallado presente Hester, habría armado camorra, pero me abstuve ante la idea de que la chica había oído ya más de lo debido. En consecuencia, marqué el número.

A veces me he preguntado qué habría hecho mi jefe si la señora Pine hubiese estado de compras o de paseo por la Quinta Avenida, pero el caso es que Wolfe no tuvo que enfrentarse con esta contingencia. Una impersonal voz masculina atendió a la llamada. Expliqué entonces que el señor Wolfe deseaba hablar con la señora Pine. A los

pocos instantes, ésta se puso al aparato y yo hice una seña a Wolfe.

—Buenas tardes, señora Pine — saludó mi jefe, decididamente inclinado por la afabilidad—. Me encuentro en una desagradable situación. He recibido cierta información y lo más adecuado, por mi parte, sería ponerme en contacto con el señor Cramer, o sea el inspector de Policía, y sugerirle que enviase inmediatamente a por todos los miembros del servicio personal de ustedes, así como a por todos los empleados del edificio donde residen que estaban de servicio el viernes por la noche, o sea el veintiuno de marzo, la noche en que su hermano fue asesinado...

Por favor, permítame terminar. Ahora bien, consciente de que eso representaría una tremenda molestia para ustedes, le propongo esta alternativa: ¿Por qué no me los trae usted misma a mi despacho? Recuerde que deben ser todos sus sirvientes particulares y también los empleados del edificio...

—¿Para qué? —replicó la mujer con voz tajante—. ¿A qué viene todo esto?

—¿No lo sabe?

—¡No!

—Tonterías. Pues claro que lo sabe, a menos que sea usted más obtusa de lo que me figuraba, cosa que dudo. ¿No salta a la vista que esta petición que le

formulo indica que estoy al cabo de la calle de todo excepto de unos pocos detalles? Deseo saberlos sin tardanza, y le brindo a usted esta oportunidad de facilitármelos. Conque ya sabe — prosiguió Wolfe en tono seco e incisivo —. Una de dos: o eso o el señor Cramer se encargará de obtenerlos de muy distinta manera. Elija usted. Su marido perdió la cabeza. Mandó a por la señorita Livsey dos veces, y ésta negose a acudir. En lugar de ello, se vino para acá. En este momento está sentada frente a mí. Como es de suponer, lo primero que haría el señor Cramer no bien le entregásemos a la señorita Livsey, sería ir en busca del señor Pine. Yo prefiero

ser más directo. Por eso he recurrido inmediatamente a usted.

—¿Dónde está mi marido?

—En su despacho. Nadie le ha molestado todavía.

—¿Y la señorita Livsey está ahí con usted?

—Sí.

—No lo creo.

—Bien, señora. Adiós. Me pareció justo darle esta oportunidad dada la cuantiosa participación que posee en la Compañía para la cual trabajo...

—Un momento. ¿Puede usted aguardar unos instantes?

—Pocos. Le doy a usted un minuto para decidirse.

Cecily necesitó más de un minuto para ello. Wolfe y yo aguardábamos con los receptores pegados al oído. Yo manteníame con la silla ladeada para vigilar a Hester, por si le daba por saltar de la silla y ponerse a gritar, con peligro de que sus voces llegasen a nuestra comunicante a través del transmisor. Seguía opinando que Wolfe se equivocaba, y, en mi furor, apretaba con tal fuerza el receptor contra mi oreja que por milagro no me aplasté un cartílago. Finalmente, a los tres minutos, Cecily declaró:

—Estaré ahí dentro de media hora.

—¿Con los demás? —apremió Wolfe, aprovechándose de la situación



—. ¿Con sus sirvientes?

—No, no los necesitará usted para nada.

—¿No puede usted acortar esa media hora?

—Tengo que vestirme. Estaré ahí lo antes posible. ¿No hará usted nada?

—No. Aguardaré su visita.

Wolfe colgó el receptor y, volviéndose a Hester, propuso:

—La señora Pine va a venir a contármelo todo. ¿Quiere usted subir arriba?

Hester guardó silencio, con el cuerpo inmóvil y la mirada fija en la alfombra como si la vista de ésta la subyugase. Conservaba el abrigo puesto,

sobre sus rígidos hombros, y sujetaba el borde de su bolso de piel con ambas manos.

Yo ardía en deseos de decir a Wolfe lo que pensaba de todo aquello, pero no me pareció correcto hacerlo en presencia de una visita.

Y tenía lo aún en el buche treinta minutos más tarde, cuando, por fin, llegó la señora Pine.

# CAPÍTULO

## XXXIV

Cecily sentose en el sillón de cuero rojo. Aquel día llevaba un abrigo de visón y un vestido de lana parda con un elegante cuadro negro. Según ella, no conocía personalmente a Hester Livsey y al serle presentada ésta, le ofreció una mano que Hester no aceptó. El desaire no desconcertó a la recién llegada. A juzgar por su aspecto, nada habíala desconcertado, si bien el hecho de que

se abstuviera de dedicarme sus habituales comentarios personales indicaba que tenía oírás muchas cosas en qué pensar. Al tomar asiento en el sillón rojo, dijo a Wolfe:

—Todo esto no habría sucedido si hubiese usted atendido a mis deseos. Mi hermano no habría muerto asesinado y se hubiera dejado de tonterías. Todo se habría arreglado.

—No —repuso Wolfe—. Se equivoca usted. Sin duda su hermano no hubiera renunciado nunca a convertirse en presidente de la firma y, por otra parte, la muerte del señor Moore habría quedado por aclarar. Pero esto a usted no le interesaba. Le ruego que empiece

por aquel viernes por la tarde. ¿Por qué me dijo usted que su marido estaba acostado en casa siendo así que eso no era cierto?

—Porque no me pareció... ¿qué está usted haciendo ahí, Archie?

—Tomando notas taquigráficas —respondí—. Soy muy buen taquígrafo.

—Entonces, pare. No quiero que registren ustedes mis palabras.

—En cambio a mí me interesa —dijo Wolfe sucintamente, apuntándola con el índice—. Mi intención, señora, es demostrar a la Junta Directiva que he llevado a cabo satisfactoriamente la tarea que me encomendó. Por lo que a mí se refiere, ése será el único informe

presentado, y naturalmente deseo registrarlo. Por otra parte, no necesito andar con tapujos. Lo cierto es que en este momento sé únicamente lo estrictamente necesario. Por ejemplo, lo de que su marido no estaba durmiendo en cama como usted dijo era una simple suposición mía hasta que reaccionó usted como lo hizo ante mi ruego de hablar con sus sirvientes. Eso convirtió la conjetura en certidumbre. ¿Por qué mintió usted acerca de ello?

—Yo no mentí.

—¡Bah! ¿Que no mintió?

—No intentaba hacerlo —murmuró

Cecily sin perder de vista mi libreta de notas—. Cuando ustedes telefonearon,

estaba en mi sala de estar. La habitación de mi marido está algo alejada de allí, y pensé que por entonces ya estaba acostado. Cuando fui a comprobarlo, no estaba allí. Yo no sabía que hubiese salido. Pero, considerando que no tenía por qué darles a ustedes tantas explicaciones ya que, en realidad, por entonces la cosa carecía de importancia, les dije que estaba dormido. Regresó poco después de su llamada telefónica...

—¿Cuánto tiempo después, exactamente?

—No recuerdo... unos veinte minutos o media hora. Más tarde, cuando llegó la noticia de que mi hermano había sido asesinado,

comprendí que el autor de su muerte era mi marido.

—¿Cómo se entero? ¿Se lo dijo él mismo?

—Aquella noche, no. Pero lo presentí y, al día siguiente, hablé con él y me lo confesó. Tarde o temprano mi marido me lo cuenta todo porque sabe por experiencia que es lo más sensato.

—¿Cuándo le dijo que había matado al señor Moore?

—No pienso hablar de eso —dijo, cesando de prestar atención a mi libreta para clavar la mirada en Wolfe—. He decidido pasar por alto ese asunto. Sé a qué se debe todo esto y estoy dispuesta a decir lo suficiente para contentarle a



usted. Comprendo que hay ciertas cosas que debo decírselas para evitar que transfiera usted la cosa a la policía, pero no tengo por qué extralimitarme. Es cierto que mi marido mató a Waldo, pero eso no tuvo nada que ver conmigo. Le mató porque la señorita Livsey habíase enamorado de él y proyectaba casarse con él.

Yo no era tan ducho como Wolfe en el arte del disimulo. Al oír esto di un respingo y levanté la cabeza para mirar a Cecily. En cambio, Wolfe limitose a murmurar:

—Celos.

—En efecto —asintió la mujer—.

Mi marido había perdido completamente

la cabeza por ella... Pero supongo que la señorita Livsey ya le ha contado todo esto...

—Todo, no. Necesito su versión. Prosiga usted.

—La conoció en la cena baile anual ofrecida por la Compañía a todos los empleados, hace cosa de un año, y mi marido es un hombre muy apasionado. Me habló de ello y dijo que quería pedir el divorcio. A medida que pasaba el tiempo, la cosa empeoraba. Ella no se dejaba ver mucho por él, y menos públicamente. Mostró mucha habilidad en el asunto, hasta el extremo de no aceptar el ventajoso cargo que él le ofrecía en la oficina. Y cuando insistí en

que la única solución era convertirla en su amante, mi marido repuso que ella se negaba. Cecily volvióse a mirar a Hester.

—Demostró usted ser muy lista, señorita Livsey —dijo sin resentimiento—, pero me creó usted muchas dificultades.

Hester permaneció inmóvil, sin despegar los labios.

—Decía usted que su marido deseaba solicitar el divorcio —instó Wolfe.

—Sí, pero yo no accedí a sus deseos. La cosa hubiera trastornado todo mi plan de vida. Entre otros pormenores, figuraba el de que yo había convertido a

mi marido en presidente de la firma. Y al ver que incluso estaba dispuesto a renunciar a su carrera por ella, persuadí a Waldo Moore a que aceptase un empleo en la Compañía.

Tras corroborar sus palabras con un ademán de asentimiento, prosiguió:

—Ustedes no conocían a Waldo. Era la persona más encantadora que he conocido... hasta que con el tiempo, resultó fastidioso, como le ocurre a todo el mundo. Dudo que existiera una mujer capaz de resistirle. Así, pues, conseguí que aceptase un empleo en el departamento del almacén, donde trabajaba la señorita Livsey para... en fin, para apartarla de mi marido. Tal

como me figuraba, la cosa dio un magnífico resultado. Waldo la conquistó por completo en... lo he olvidado, pero no creo que llegase a...

—¡Miente usted! —profirió Hester.

—¡Por favor, señorita Livsey, no tiene usted nada de que avergonzarse! —exclamó Cecily volviéndose de nuevo hacia ella—. ¡Al fin y al cabo es usted la única mujer a quien Waldo propuso matrimonio!

Y posando una vez más la mirada en Wolfe, continuó:

—Por consiguiente, ya no había razón de que mi marido deseara el divorcio. O al menos eso me figuraba. Parecía olvidar que, cuando se le metía

una cosa en la cabeza, no aceptaba la derrota tan fácilmente. Lo que sucedió en realidad fue que Waldo Moore murió asesinado. No pienso extenderme en ese punto por considerarlo innecesario. Sea como fuere, lo cierto es que la culpa no fue mía. No incurrí en ningún error susceptible de provocar el hecho.

—Simple mala suerte —murmuró Wolfe.

—En efecto —asintió Cecily—. No obstante, cometí un error, un grave error, el de confiárselo a mi hermano. Como él era mayor que yo, adquirí ese hábito en la infancia y seguí practicándolo de mayor a pesar de haberme dado cuenta de que Kerr era un hombre muy

particular que no podía tomarse en serio. En esto último también me equivoqué de medio a medio. No supe comprender hasta qué punto mi hermano deseaba ser el presidente del negocio fundado por nuestro padre. Excuso decir la sorpresa que me llevé cuando supe que se valía de mis confidencias de hermana a hermano para acuciar a mi marido a que le cediese la presidencia. Yo tenía en mi poder varias cartas que mi marido había recibido de la señorita Livsey, y mi hermano me las robó.

—¿Le dijo usted que su marido había matado al señor Moore?

—Ya le advertí a usted antes que no pensaba hablar de este asunto —replicó

Cecily, enojada—. De hecho, mi hermano se lo imaginó y amenazó a mi marido y también a mí. Una vez más incurrí en el error de no tomarle en serio. Le dije que no tenía capacidad para ponerse al frente del negocio y que debía renunciar a la idea para siempre. Entonces él... ya sabe usted lo que hizo: mandar un informe con la declaración de que Waldo había sido asesinado.

Wolfe asintió en silencio.

—No cabía la alternativa de pasar por alto la cosa —prosiguió Cecily—, ya que mi hermano habíase encargado de divulgarla entre los empleados dando pábulo a toda clase de chismes y suposiciones. Mi marido no se atrevió a



ocultarlo a los jefes administrativos, y cuando la mayoría de éstos se inclinaron por confiar el caso a un investigador, no tuvo valor de oponerse. Reconozco que mi hermano demostró ser muy hábil; nunca creí que fuese tan inteligente. ¿No opina usted que fue listo?

—Muy listo —convino Wolfe—. Su talento le costó la vida.

—Pero él ignoraba que iba a ser asesinado —protestó Cecily—. Lo sucedido después no quita que Kerr ideara un ingenioso medio de hostigar a mi marido. Como es natural, tomé la determinación de poner fin a aquel estado de cosas, y sigo opinando que habría logrado mi empeño si usted

hubiese accedido a mis ruegos, esto es, si usted hubiese renunciado a la investigación. En realidad, ésta estimulaba aún más a mi hermano. Si usted se hubiese retirado, no me cabe duda de que habría podido persuadir a Kerr a hacer lo propio. Lo malo es que a éste no se le ocurrió otra cosa que decir a Archie que conocía la identidad del asesino de Waldo. Naturalmente, luego se arrepintió, consciente de haber ido demasiado lejos, ya que lo que quería no era que mi marido fuese detenido. Si Archie no hubiese estado en la oficina, mi hermano no habría caído en la tentación de revelar el secreto a nadie. Aquel mismo día le vi y, al reconvenirle

por lo que había hecho, negó haber hablado. Pero quizás era ya demasiado tarde. Al menos, tal fue lo que pensó mi marido. Sabedor de que mi hermano tenía en su poder las cartas ce la señorita Livsey a él dirigidas, se dijo que las cosas habían ido demasiado lejos y que, por tanto, Kerr ya no podría volver atrás aunque quisiera. Por otra parte, no confiaba en absoluto en él y dudaba de que quisiera retractarse. Así, pues, aquella noche...

La mujer se interrumpió con un ademán de impotencia.

—Sí —murmuró Wolfe—, aquella noche, cuando comprobó usted que su marido no estaba acostado en casa y

supo que su hermano había sido asesinado, figurese al punto lo ocurrido. ¿Cómo le mató? ¿Dónde y con qué arma le quitó la vida?

—Lo ignoro.

—Tonterías. Lo sabe usted perfectamente. Su marido se lo contó todo. Vamos, señora. Ya sabe usted cuál es el fin de este interrogatorio.

—¿Cree usted que importa ese punto?

—A usted, no. Para usted, todo carece de importancia. Pero yo debo justificar mis honorarios, y ya conoce usted la alternativa.

—Mi hermano y mi marido tenían un grave defecto en común —suspiró

Cecily—. Los dos pecaban de ser excesivamente presuntuosos. Cuando mi hermano reunióse con él aquella noche para discutir el asunto y subió a su coche, dudo que experimentase la menor sensación de alarma al ver que mi marido paraba el auto en una calle solitaria. Era demasiado vanidoso. Tenía confianza en sí mismo. Probablemente no se le ocurrió ni por un momento desconfiar. Pero el caso fue que cuando mi marido volvióse a coger su cartera de mano del asiento posterior del coche, lo que realmente cogió fue un tarugo de madera petrificada previamente colocado allí, y mi hermano perdió el conocimiento o tal vez la vida

al primer golpe. Mi marido no estaba seguro... pero procuró no quedarse con la duda.

Y encogiéndose de hombros, Cecily concedió:

—Naturalmente, algo había que hacer, porque, al fin y al cabo, era el coche de mi marido, pero sólo a un hombre supremamente engreído y confiado pudo ocurrírsele semejante solución. En primer lugar, escondió el tarugo de madera y más tarde lo trajo a casa, lo limpió y lo guardó de nuevo en el escritorio de su estudio. Justamente delante de su auto había otro coche aparcado, previamente robado por mi marido y estacionado allí, y a él trasladó

el cadáver. El motivo de dirigirse a la calle Treinta y Nueve y repetir exactamente, hasta el último detalle, lo efectuado con Waldo era dar a entender que ambas muertes eran obra de la misma persona, cosa que le ponía a él a cubierto de sospechas porque nadie suponía autor de la muerte de Waldo. Esta fue la explicación que me dio él, porque algo tenía que decir. Pero, en realidad, lo hizo porque debía deshacerse del cuerpo y su vanidad y seguridad en sí mismo, le inducían a llevar a cabo una acción difícil y complicada que nos dejase pasmados a usted, a mí y a todos los demás... A todos, excepto a usted, señorita Livsey

—agregó Cecily volviéndose a la muchacha—. Que yo sepa es usted la única persona para con quien mi marido era incapaz de sentirse presuntuoso. Eso despertó mi curiosidad por usted.

Hester siguió encerrada en su mutismo.

—A propósito de la señorita Livsey —gruñó Wolfe—, queda un detalle por dilucidar. A última hora de la tarde del viernes, su hermano estuvo paseando con ella por la calle durante más de una hora, sin cesar de discutir. ¿De qué hablaban?

—No tengo idea —respondió Cecily, sorprendida—. ¿Qué dice usted a esto, señorita Livsey?



Hester no se dignó contestar. En vista de ello, Wolfe hizo una tentativa.

—Supongo —dijo a la joven— que no piensa usted seguir manteniendo esa mentira. Si lo hace, le advierto que me daré por ofendido porque seguirá en pie la duda de quién es el embustero, si usted o mi testigo,, y no entra en mis planes cargarle a él con el sambenito. ¿Qué discutía usted con el señor Naylor?

Sin mirar siquiera a Cecily, Hester respondió a Wolfe, enfáticamente:

—El señor Naylor deseaba verme y me rogó que me reuniera con él.

—¿Qué quería?

—Se figuraba que yo tenía cartas del

señor Pine dirigidas a mí, y quería que se las diera.

—¿Accedió usted a su deseo?

—Aquellas cartas no obraban en mi poder porque las había roto ya — confesó Hester, tragando saliva con dificultad—. Pero él no me creyó. No era la primera vez que me las pedía, y amenazó con despedirme de la oficina si no se las entregaba.

—¡Dios mío: —exclamé sin poderlo remediar—. ¿Por qué no me dijo usted eso?

Al parecer, la chica no tenía inconveniente en dirigirme la palabra, porque posando los ojos en mí, murmuró:

—¿Cómo quiere usted que lo hiciera? Decirlo equivalía a que saliera a relucir todo lo... del señor Pine.

—¿Sabe Hoff todo esto?

—No. Sólo sabe que necesito ayuda.

—¿Sabía usted que Pine había matado a Moore y a Naylor?

—No... en... en realidad no sabía nada. ¿Cómo iba a saberlo? Además, ¿qué importa lo que pensaba yo?

Por lo visto a Wolfe no le interesaba nuestra conversación, porque tomando de nuevo las riendas del interrogatorio, preguntó a Cecily:

—¿Y las cartas que su marido recibió de la señorita Livsey? Si su hermano las tenía, ¿por qué no fueron

halladas entre sus papeles? ¿Dónde están ahora?

—Ya no existen —declaró la mujer—. Mi marido fue a por ellas aquel viernes por la noche y las destruyó.

Luego, añadió, enfurruñada:

—¿Pero no basta ya con lo dicho? Le he confiado a usted más cosas de las que esperaba. No obstante, reconozco que me he visto obligada a hacerlo? ¿Quién me asegura que la cosa no trascenderá a la policía?

No pude menos de mirarla, asombrado. ¿Era posible que, además, aquella mujer fuese una necia?

—Nadie —respondió Wolfe—. Usted ha hecho lo que ha podido para

justificar los hechos, pero su marido tendrá que arrostrar las consecuencias. Supongo que no se figura usted...

Sonó el teléfono. Pasándome la libreta a la mano derecha, tomé el receptor.

—Aquí, el despacho de Nero Wolfe. Archie Goodwin al aparato.

—¡Oye, Archie! —dijo la voz de Bill Gore—. ¡Ahí va una noticia!

—De acuerdo. Dámela.

Bill no se hizo rogar. Era un escueto informe sobre un suceso. Tras escucharle y formularle una o dos presuntas, colgué y volvíme a decir a Wolfe:

—Noticias de Bill Gore. El señor

Jasper Pine se ha caído desde una ventana de su despacho del piso treinta y seis. Bill le ha visto y, a juzgar por su descripción, parece ser que ha quedado en peor estado que si le hubiese atropellado un coche. Muerte instantánea.

Procedente del rincón de Hester llegó una exclamación ahogada. Cecily, por el contrario, permaneció inmóvil e impasible.

Wolfe lanzó un suspiro. Luego, dirigiéndose a Cecily, masculló:

—Al parecer, no pasó usted todo el tiempo vistiéndose antes de venir acá, ¿verdad, señora Pine? Bastaba con una llamada telefónica, ¿eh? Naturalmente,

la cosa no me sorprende. Estoy convencido de que, de otro modo, hubiérase mostrado usted mucho más discreta conmigo.

No, no era ninguna necia. El lema de proteger a la mujer no rezaba con ella. Cecily no necesitaba protección.

# CAPÍTULO

## XXXV

Cuatro días con sus noches nos llevaron a otro sábado. El miércoles celebramos una larga sesión con Cramer. Tras pasar dos horas sentado en el sillón rojo, el inspector se marchó profesándonos tan poco afecto como a su llegada. A falta de otra alternativa, aventuró varios gruñidos. Era natural. Su sueño dorado, esto es, ver en *La Gaceta*: LA POLICÍA ACLARA DOS



CRÍMENES, en grandes titulares, ya no se realizará jamás.

El viernes, o sea al día siguiente del funeral de Jasper Pine, celebramos otra larga sesión con los tres vicepresidentes de Naylor-Kerr, uno de ellos en funciones de presidente. La entrevista fue estrictamente personal, al margen del expediente. Cecily habíales hablado, en calidad de accionista, y supongo que su padre, el viejo Naylor, hizo lo propio. La Junta Directiva nunca vio una copia de las notas que figuraban en mi libreta. La única que sacamos pasó al interior de nuestra caja fuerte y sigue encerrada allí.

El sábado, a las once de la mañana,

al bajar Wolfe del invernadero, yo me hallaba en mi escritorio, ocupado en mecanografiar un par de asuntos relacionados con el caso Naylor-Kerr, uno de ellos la factura de los servicios prestados. Dicha cuenta incluía una minuciosa y cabal especificación de los gastos efectuados (Wolfe ponía siempre singular empeño en este particular), pero los citados gastos eran ridículos comparados con el asiento principal, esto es, los honorarios. Yo no habría tenido inconveniente en defender la posición de que, en realidad, mi jefe había ganado la décima parte de aquella cantidad, con lo cual resultaba que, al fin y al cabo, sobraba sólo una cifra.

Mientras mecanografiaba, pues, la minuciosa relación de los gastos adicionales, sonó el teléfono. No bien atendí a la llamada, una voz femenina profirió:

—¿Archie? ¡Adivine usted quién soy!

—Vamos, Gwynne, no sea tontita, ¿Cómo quiere que no reconozca esa hermosa voz?

—Según eso, ¿no me ha olvidado usted del todo? Estaba seguro de que ya no se acordaba de mí. ¿Tendremos el gusto de volver a verle por la oficina?

—Pues creo que no. No puedo soportar la propincuidad. P-R-O...

—No sea usted mordaz. Siento que

no piense usted ir por allí porque tengo una porción de cosas que contarle, ¡Jamás, habían sucedido tantas cosas en una semana! El señor Rosenbaum es el nuevo jefe del departamento, y el señor Appleton ha sido nombrado... ¡Oh, tengo que verle sin falta! Por mi parte tengo la noche libre. ¿Y usted?

En realidad, a mí me ocurría otro tanto. Habíame citado con Lily Rowan, pero ésta estaba en cama con un resfriado. En vista de ello, declaré:

—Estoy ardiendo en deseos de que me cuente usted lo del señor Appleton. Nos encontraremos en el bar del Rusterman a las siete.

—¡Pero allí no hay baile! Creo que

sería mejor...

—Perdone que la interrumpa, pero tengo mucho que hacer. Podemos ir a otro sitio después de cenar y bailar toda la noche. Hasta las siete en punto, preciosa.

Y haciendo caso omiso del resoplido procedente del escritorio de Wolfe, reanudé mi tarea mecanográfica. Una vez completada la factura, la repasé y comprobé las sumas. Luego, doblándola cuidadosamente., la metí en un sobre y archivé la copia en el archivo instalado junto al diván. Acto seguido, volví a sentarme ante la máquina e, insertando en el rodillo una hoja de mi papel de cartas personal, escribí la

fecha y empecé:

*Querida Sra. Pine:  
Anoche fui...*

Pero tuve que interrumpirme para atender a una nueva llamada telefónica.

—¿Archie? Aquí, Rosa:

—¡Bien, bien! No hace falta que me lo diga. Basta con oír esa melodiosa voz. ¿Sigue usted tan guapa?

—Vamos, no sea usted guasón — exclamó la chica con una risita—. Verá usted, anoche me acosté a las nueve y esta mañana no me he levantado hasta las diez. ¡Estoy en plena forma!

Mientras tomaba el café, me he acordado de usted y, como hoy es sábado, me he preguntado si tendría usted algún plan para esta noche.

—Pues no, ningún plan especial. ¿Y usted?

—Tampoco. Por eso le telefono. He pensado...

—¡Estupendo! Reúnase usted conmigo en el bar del Rusterman a las siete en punto.

—¡Oh, qué bien! ¿Se acuerda usted de aquel exquisito vino? ¿Pediremos un bistec?

—Sí, o dos o tres, los que convengan. ¿A las siete entonces?

—¡SÍ!

Wolfe, lanzó otro resoplido y, una vez más, me hice el desentendido. De hecho, debía concentrarme en mi tarea. No era ya mera cuestión de copiar notas, sino que se trataba de una redacción original. Por fin, escribí lo siguiente:

*Querida Sra. Pine:*

*Anoche fui a una adivina, cosa que no suelo hacer con frecuencia. Me preocupaba la observación que hizo usted el otro día sobre el hecho de que todo el mundo llega a cansar tarde o temprano, y quise averiguar mis posibilidades personales. La adivina me dijo que lo máximo que*



*podía tirar eran dos meses. Al parecer, resulto maravilloso mientras duro, pero de pronto me vuelvo fastidioso, sin previo aviso.*

*Siento decirle que, dadas las circunstancias, no vale la pena que se moleste usted y, por consiguiente, aquí le devuelvo las entradas de béisbol. Como faltan aún dos semanas para la inauguración de la temporada, tiene usted tiempo de sobra de preparar otro plan.*

*Sinceramente...*

Al tiempo que dudaba entre firmar simplemente Archie o con el nombre y

apellido, y me decidía al fin en favor de esto último, interrumpiome de nuevo el timbre del teléfono.

—Aquí, el despacho de Nero Wolfe.  
Archie Goodwin al habla.

—Soy Hester Livsey, señor Goodwin.

—Buenos días —saludé, aclarándome la garganta—. ¿Qué desea usted?

—Sé que merezco esa acogida —murmuró la joven—. El motivo de mi llamada es disculparme por haber sido tan brusca con usted cuando me telefoneó el jueves por la noche. Confío en que... podrá usted perdonarme. Sentíame muy decaída... y estuve muy

descortés. Por eso quería darle una explicación...

—No se preocupe. ¿Se encuentra ya un poco mejor?

—Desde luego, mucho mejor. De hecho, quisiera explicarle a usted varias cosas. ¿Podría usted venir aquí esta noche? Creo que ya sabe usted mis señas, ¿verdad? Vivo en un pisito con mi madre.

—En Brooklyn.

—Sí, dos mil trescientos noventa y cuatro...

—Sí, ya sé. Creo que lo encontraré sin dificultad. ¿Qué le parece si mañana fuésemos a dar un paseo por el campo en el viejo sedán «carraca» del señor

Wolfe para ver si ha llegado ya la primavera?

—Lo siento. Mañana no podrá ser porque tengo que ir con mi madre a visitar a unos amigos. No se moleste usted; en realidad...

—No es ninguna molestia —repuse.

De pronto, se me ocurrió una idea.

—Lo malo es que soy tan tosco que temo causar una mala impresión a su madre. Estimo que debería usted conocerme mejor antes de invitarme a su casa. ¿Sabe usted dónde está el restaurante Rusterman?

—¿El Rusterman? Pues, sí. Ya sé a cuál se refiere usted.

—Es un sitio muy agradable y

tranquilo donde se come muy bien. ¿Qué le parece si nos encontráramos en el bar del establecimiento a las siete de la tarde?

—Pues... la verdad es... que no intentaba obligarle a usted a invitarme a cenar...

—No, ya sé. Usted nunca obliga a nadie. Pero opino que sería muy agradable, al menos para mí. ¿Quiere usted?

—Bien...

—¿Sí., verdad?

—De acuerdo, sí.

Colgué el receptor, tomé mi pluma y firmé la carta dirigida a Cecily.

—¿Qué demonios piensas hacer con

todas esas mujeres? —refunfuñó Wolfe.

—Dios dirá —respondí, sonriéndole—. De momento, no tengo idea. Pero, ¡soy tan sociable! No puedo soportar desilusionar a la gente.

*FIN*

# Notas

El personaje de la novela propone dos apellidos festivos: «Camembert», localidad normanda de donde procede el queso del mismo nombre, y «Pickerel», cuyo significado es «lucio» o sea el conocido pez de agua dulce. (N. de la T.)<<



«True» significa «leal, sincero» en inglés (N. de la T.)<<

La muchacha confunde «Truman» con «Truett», poniendo así de manifiesto la causa que le hace perder el empleo. (N. de la T.)<<

Tres clases de «whisky», a saber:  
«whisky» escocés de cebada, «whisky»  
de centeno y «whisky» de maíz y  
centeno, respectivamente. (N. de la T.)

<<

En inglés «read» (leer) y «eat» (comer) se pronuncian con voces muy parecidas, a saber: «rid» e «it». (N. de la T.)<<